

María Victoria Uribe Alarcón

Colectión Debates



Hilando fino

Voces femeninas en La Violencia





Universidad del
Rosario

Hilando fino

Voces femeninas en La Violencia



Uribe Alarcón, María Victoria

Hilando fino. Voces femeninas en La Violencia / María Victoria Uribe Alarcón. – Bogotá: Editorial Universidad del Rosario, 2015.

xiv, 272 páginas. — (Colección Debates, Facultad de Jurisprudencia)

Incluye referencias bibliográficas

ISBN: 978-958-738-633-2 (impreso)

ISBN: 978-958-738-634-9 (digital)

Violencia / Violencia – Historia – Colombia / Violencia contra la mujer - Historia – Colombia / Bogotá (Colombia) – 1930 / Tolima (Colombia) / I. Título / II. Serie

303.609861

SCDD 20

Catalogación en la fuente – Universidad del Rosario. Biblioteca

agh

Julio 7 de 2015

Hecho el depósito legal que marca el Decreto 460 de 1995

Hilando fino

Voces femeninas en La Violencia

María Victoria Uribe Alarcón



Universidad del
Rosario

Colección Debates

- © Editorial Universidad del Rosario
- © Universidad del Rosario, Facultad de
Jurisprudencia
- © María Victoria Uribe Alarcón

Editorial Universidad del Rosario
Carrera 7 N° 12B-41, oficina 501
Teléfono 297 02 00
editorial.urosario.edu.co

Fecha de evaluación: 23 de marzo de 2015

Fecha de aprobación: 17 de abril de 2015

Todos los derechos reservados. Esta obra no puede ser reproducida sin el permiso previo por escrito de la Editorial Universidad del Rosario.

Primera edición: Bogotá D.C., septiembre de 2015

ISBN: 978-958-738-633-2 (impreso)

ISBN: 978-958-738-634-9 (digital)

Coordinación editorial: Editorial Universidad del
Rosario

Corrección de estilo: Ella Suárez

Diseño de cubierta: Miguel Ramírez, kilka DG

Imágenes de portadilla y bibliografía: archivo

Instituto Caro y Cuervo y archivo particular

Diagramación: Precolombi EU-David Reyes

Impresión: Xpress. Estudio Gráfico y Digital S.A.

Impreso y hecho en Colombia

Printed and made in Colombia

Contenido

AGRADECIMIENTOS	xi
INTRODUCCIÓN	1
CAPÍTULO I	
EL SILENCIO DEL ÁNGEL	11
CAPÍTULO II	
UNA HERIDA REPOSA BAJO LA TIERRA	23
Bogotá en la década de 1930, una ciudad escindida	24
La vida de las mujeres bogotanas de clase alta	26
De la finca a la ciudad. Educación y vida social	31
Los años anteriores al asesinato de Gaitán	42
Mataron a Gaitán	46
En las fincas se asomó La Violencia	49
CAPÍTULO III	
LA VIOLENCIA, UNA ENFERMEDAD QUE AQUEJA A LA NACIÓN	55
El Tolima, escenario de movimientos defensivos y ofensivos	62

Inés, una mujer del Líbano, habla de los sonidos de La Violencia	64
Ligas agrarias, resistencia campesina y guerrillas en el sur del Tolima	75
La división entre “limpios” y “comunes” en El Davis	81
Villarrica, pueblo gaitanista en el oriente del Tolima	87
CAPÍTULO IV	
TRAUMA Y PELIGRO EN EL RELATO DE LAS MUJERES	91
Narrar al Otro	99
Las mujeres de La Violencia	102
Niñas campesinas, niñas invisibles	106
Leonor y Teresita	110
CAPÍTULO V	
LEONOR EN EL MUNDO DE LOS “LIMPIOS”	113
Una infancia solitaria en medio de una familia extensa	113
Mataron a Gaitán, un tío más entre tantos tíos	132
El Davis: una polémica fundacional	136
La familia se disgrega y se va para Dolores, Tolima	142
Hugo, un hijo de La Violencia	148
Caquetá, la tierra prometida para los desplazados por La Violencia	170
El regreso a Gaitania. Leonor y Betty se casan de nuevo	179
Leonor retorna al campo, a sus orígenes	182
CAPÍTULO VI	
TERESITA EN EL MUNDO DE LOS “COMUNES”	199
Primera infancia y muerte del padre	199
Éramos arrendatarios, vivíamos en el campo	203

Una familia pobre colonizadora de baldíos	207
La ilusión de ir a Villarrica	211
Gerardo, el amado hermano de Teresita	213
De nuevo en Villarrica cuando matan a Gaitán	219
Teresita y Eusebio se casan	221
La Violencia desgarró a la familia con la muerte de Gerardo	226
La Escuela de Cuadros de Viotá	235
Los campesinos comunistas se juntan en Galilea y marchan hacia El Duda	240
La familia se desplaza al Meta y se integra a la Unión Patriótica	245
CONSIDERACIONES FINALES	255
BIBLIOGRAFÍA	261

Agradecimientos

Este libro está en deuda con varias personas que me ayudaron con sus críticas y comentarios y con su apoyo a lo largo del trabajo de campo.

Ante todo, quiero mencionar a dos mujeres que contribuyeron a que este libro fuera tomando cuerpo: a la filósofa María del Rosario Acosta, quien fue profesora del Departamento de Filosofía de la Universidad de los Andes y ahora es profesora asociada en la Facultad de Filosofía de la Universidad De Paul, en Chicago. A ella le agradezco su amistad generosa y su permanente disposición a escucharme y orientarme, desde su vasto conocimiento, acerca de los temas teóricos que aparecen en los capítulos I y IV. También quiero agradecer la generosidad y las orientaciones de la socióloga e historiadora Rocío Londoño, amiga muy querida y conocedora en profundidad de ese periodo infausto de la historia reciente colombiana, que denominamos con el eufemismo de *La Violencia*.

A LEONOR, OLGA, TERESITA, LOLA, INÉS y MARÍA TERESA, de cuyos apellidos no quise hablar por respeto a su intimidad. Sus voces femeninas son centrales en este libro, al igual que las de las mujeres que no pudieron hablar, porque no quisieron revivir

sus dolorosos recuerdos sobre La Violencia. Las narraciones y las historias de vida de todas ellas revelan el lado desconocido de un universo descarnado y cruel.

A EUNICE, MARTHA, CARLOS ORLANDO y ROCÍO, cuyas voces alternas ayudaron a enriquecer los testimonios de las mujeres mencionadas anteriormente. Sin sus comentarios y aportes, este libro no estaría completo.

A los profesores Laura Porras, Jorge Andrés Hernández, Julio Gaitán, María Helena Restrepo y demás integrantes del Seminario Permanente del Doctorado en Derecho de la Universidad del Rosario, por sus críticas a las versiones preliminares de algunos capítulos del libro.

A los profesores Camila de Gamboa, Ángela Santamaría y Eric Lair, de la Universidad del Rosario, les agradezco su apoyo permanente a mis preocupaciones académicas.

Finalmente, agradezco a la artista y amiga Doris Salcedo su generosidad al facilitarme tan excelente fotografía de su obra *Shibboleth*, instalación en tiempo real hecha en la Tate Modern en Londres, en el 2007.

El pasado nunca desaparece, ni siquiera es el pasado.

WILLIAM FAULKNER, *Réquiem para una monja*

Pasado, pequeña fracción de la eternidad de la que tenemos un breve y lamentable conocimiento. Una línea móvil llamada Presente lo separa de un periodo imaginario llamado Futuro. Estas dos grandes porciones de la Eternidad, una de las cuales borra continuamente a la otra, son eternamente distintas. Una está oscurecida por la pena y el desengaño, la otra iluminada por la prosperidad y la alegría. El Pasado es la región de los sollozos, el futuro, el reino del canto. En uno se acurruca la Memoria, vestida con un sayal, la cabeza cubierta de ceniza [...] en la luz solar del otro vuela la Esperanza.

AMBROSE BIERCE, *Diccionario del Diablo*

Introducción

Este libro tiene varios protagonistas. El primero de ellos es La Violencia, un acontecimiento político que sacudió a Colombia y la envolvió en una realidad espectral durante al menos tres décadas, que la llenó de cadáveres y desaparecidos y que produjo una crisis humanitaria de la cual ya nadie habla. Hablar de crisis humanitaria para referirme a La Violencia implica deslindarme de las caracterizaciones políticas y sociológicas que se han hecho y han prevalecido sobre esta en el mundo académico. En ese sentido, este texto no pretende explicar eventos históricos, suficientemente contados en el país, sino señalarlos, con el fin de ubicar el sentido de unas narraciones que constituyen el núcleo de este libro.

Un segundo lugar protagónico le corresponde al político liberal Jorge Eliécer Gaitán, pues a raíz de su asesinato en 1948 La Violencia se regó como pólvora por todo el país. El asesinato de Gaitán fue un hecho paradigmático que tuvo efectos tanto entre las élites ciudadanas, conocedoras de oídas y espectadoras de La Violencia, como entre los sectores populares, protagonistas en campos y veredas. En este texto pretendo dejar ver el contraste

existente entre las mencionadas clases sociales, sin proponerme un estudio en profundidad de la estructura de clases.

Sin embargo, las verdaderas protagonistas de este libro son varias mujeres que nacieron antes de La Violencia, la vivieron en carne propia y, después de muchos años, decidieron contar sus historias. Sus testimonios fueron grabados en audio, luego fueron transcritos con el fin de convertirlos en textos y, finalmente, fueron editados y trabajados de manera conjunta con algunos familiares cercanos a ellas.

En este libro, el lector no encontrará un relato histórico que dé cuenta de los hechos de La Violencia en Colombia, tema ampliamente estudiado a lo largo de las últimas décadas. No me referiré ni a las causas que la originaron, ni a los acontecimientos que la caracterizaron; tampoco me interesa entrar a discutir las tesis prevalentes sobre La Violencia, ni las dinámicas regionales que la caracterizaron. En ese sentido, este texto puede resultar incómodo para algunos historiadores que invalidan la historia oral como fuente válida de conocimiento, enfoque que no comparto. El lector tampoco encontrará aquí una historia de los movimientos insurgentes que se originaron durante La Violencia, de sus ideales y batallas, historias que ya han sido contadas de mil formas y desde diversos ángulos.

Apelando a la metáfora del ángel de la historia que fuera esbozada por Walter Benjamin, me propongo analizar de qué manera esa oleada incontenible de asesinatos y atrocidades, ocurridos en Colombia durante las décadas de los cuarenta, de los cincuenta y de los sesenta del siglo xx afectó la vida y la sensibilidad de algunas mujeres de la clase alta y de campesinas que para entonces eran unas niñas. De esta manera, pretendo entender cómo los hechos y los comportamientos violentos de la época configuraron subjetividades femeninas y cómo esas

subjetividades fueron, a su vez, transformadas por las acciones de otras personas.¹

A lo largo de la investigación de campo que realicé para darle sustento empírico a este libro, tuve la suerte de escuchar las narraciones de varias mujeres que quisieron hablar de sus vidas. Sin pretender explicar un universo tan variado como puede ser el femenino, considero que sus relatos nos permiten reconstruir y entender, a partir de una perspectiva femenina, lo que fue el universo fundamentalmente masculino de La Violencia. Los relatos están centrados en un escenario geográfico que abarca el sur del Tolima y el oriente de Cundinamarca, un universo convulsionado en el que tuvieron notable protagonismo guerrilleros liberales, llamados *limpios*, y guerrilleros comunistas, denominados *comunes*. Ese universo rural aparece delineado en los relatos tanto de Teresita como de Leonor, que configuran una historia de los inicios de La Violencia contada por mujeres que la vivieron y la padecieron.

Adriana Cavarero denomina *paradoja de Ulises* al hecho que tiene lugar cuando alguien conoce su propia historia a través del relato de un tercero. Ulises, al oír su propia historia contada por otro, prorrumpe en llanto, no solo porque considera doloroso lo que está oyendo, sino porque cuando vivió lo que el otro está narrando no había entendido aún qué significaba.² La vida nos arrastra, al igual que el viento del progreso empuja al ángel de la historia, y a veces queremos detenernos para entender por

¹ Se trata de un enfoque muy interesante planteado por el historiador Francisco Ortega y por la antropóloga Veena Das, quienes exploran el fenómeno de La Violencia desde la perspectiva del lenguaje y las prácticas de los sufrientes, privilegiando los modos en que estas personas padecen la violencia, la negocian y obtienen, a cambio, reductos de dignidad. Véanse Ortega, “Rehabilitar la cotidianidad”, 21; Das, *The Act of Witnessing*”.

² Véase Cavarero, *Relating Narratives*, 18.

qué nos pasa lo que nos pasa; pero casi nunca lo logramos, y es únicamente cuando alguien narra nuestra historia que finalmente creemos entender o podemos entender. Adriana Cavarero analiza detalladamente lo que implica que alguien narre nuestra historia, lo que, a mi manera de ver, plantea necesariamente el tema de la escucha y del carácter dialógico que implica narrar y escuchar. En este libro soy quien escucha a quienes narran su historia, pero también soy quien narra, porque después de escuchar las historias de las mujeres, les he dado una forma y las he puesto por escrito con mi propia voz. Sin embargo, son sus voces las que hablan, pues las entrevistas transcritas fueron revisadas y complementadas por parientes cercanos. Creo que es, en ese momento, cuando las historias adquieren un sentido, tanto para quienes las vivieron y las relataron como para quien las ha puesto por escrito.

Este libro consta de seis capítulos. El primero está dedicado a la figura del ángel de la historia, esbozada por Benjamin en su novena tesis sobre la filosofía de la historia. Una figura silenciosa y trágica que me permite referirme al silencio que circunda La Violencia, así como a las dificultades que debe enfrentar el historiador que no quiere hacer historiografía, porque su objeto de estudio no son los acontecimientos y tampoco los eventos, sino el dolor causado y padecido por la gente del común. ¿Por qué apelar a una metáfora como la del ángel de la historia para hablar de La Violencia? Porque tengo la firme convicción de que el silenciamiento de las doscientas mil víctimas que dejó a su paso constituye una catástrofe para la historia. Como antropóloga e historiadora, siempre he estado interesada en lo marginal, en lo indecible de la violencia, y por esto la impotencia del ángel ante la pila de restos y de ruinas que va dejando a su paso llama poderosamente mi atención. Me interesa, ante todo, su mirada hacia atrás, porque a partir de esa mirada retrospectiva puedo

explorar dos nociones que son las de *trauma* y *peligro*, en relación con la vida de algunas mujeres.

El segundo capítulo está dedicado a ilustrar, mas no a explicar —porque ese no es el propósito del libro—, el abismo existente entre las clases sociales en Bogotá, donde tuvo lugar el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, y entre liberales y conservadores en la provincia y durante La Violencia. En esta parte, el análisis se centra en la percepción que tuvieron algunas mujeres bogotanas de clase alta del asesinato pero, sobre todo, en sus modos de vida, valores y preferencias, un panorama que establece un alto contraste con la vida y los padecimientos de dos mujeres campesinas cuyos testimonios aparecen al final del libro. La intención de este capítulo es ubicar la fecha del 9 de abril de 1948 en el centro del relato, por tratarse de un evento emblemático que causó gran conmoción, como si se tratara de un *tsunami* social de grandes proporciones, capaz de generar sucesivas oleadas de destrucción. Esta parte termina con el testimonio revelador de una mujer bogotana acerca de la percepción que tuvieron las clases altas urbanas de La Violencia rural.

El tercer capítulo examina las consecuencias del 9 de abril en provincia, al tomar en consideración dos escenarios privilegiados: el sur y el oriente del Tolima. La intención es describir las condiciones en las que se dio la resistencia campesina armada en ambas regiones y la división que se produjo entre los liberales, o “limpios”, y los comunistas, o “comunes”, en el asentamiento de El Davis. La reconstrucción de ambos contextos le da sentido al relato de las dos mujeres campesinas.

El cuarto está dedicado a las implicaciones teóricas que se derivan del hecho de narrar al otro, recoger testimonios y trazar trayectorias de vida. En el me refiero a la hipérbole y a la metáfora, dos figuras que encontramos con frecuencia en el relato de las mujeres que para hablar de algo, hablan de otra cosa. En esta

parte se describen las condiciones en las que vivieron las niñas campesinas que no fueron propiamente combatientes; pero que vivieron al lado de hombres que sí lo fueron. El objetivo de este capítulo es darle un sustento teórico a los testimonios de las dos mujeres campesinas que narran sus vidas en los capítulos quinto y sexto del libro.

El quinto capítulo está dedicado a Leonor, una niña que vivió entre los “limpios” del sur del Tolima, y cuya vida ejemplifica a la mujer combativa y valiente que no se dejó doblegar por La Violencia que la circundó en todo momento. Su trayectoria vital transcurre entre el sur y el suroriente del Tolima, el Magdalena Medio, el Caquetá, y nuevamente el sur del Tolima, para terminar donde empezó, trazando lo que parece ser una elipse.

Finalmente, en la última parte del libro habla Teresita, una campesina liberal quien, a raíz del asesinato de su hermano y de otros hechos violentos que tuvo que presenciar, se volvió comunista. Teresita narra sus experiencias desde su posición de madre, como líder y como compañera de un connotado dirigente agrario. Su relato es único y personal, y lo que cuenta no deja de tener tintes épicos y trágicos. La azarosa trayectoria de su vida traza un extenso círculo que va desde el oriente del Tolima hasta Caldas, transcurre posteriormente en Meta y retorna nuevamente al oriente del Tolima, donde se originó.

A partir de la lectura de los testimonios, el lector podrá percibir la existencia paralela de tres fenómenos que están interrelacionados. En primer término, aparece ese fenómeno político que denominamos en Colombia con el eufemismo de *La Violencia*, y con el cual nos referimos al periodo sangriento comprendido entre el asesinato de Gaitán, en 1948, y los años que le siguieron. En segundo término, los relatos dejan ver la existencia permanente de una animadversión política que impregna los espacios cotidianos y que nos habla de la violencia como fenómeno con-

sustancial a lo social.³ Finalmente, la lectura de los testimonios también permite constatar la existencia de un fenómeno que ha sido muy poco explorado y que tiene que ver con la acumulación continua de experiencias violentas en la memoria y en la psiquis de la gente, debido a la larga duración de la guerra.

Nací el mismo año en que mataron a Gaitán, hecho que marcó mi vida, como la de tantos colombianos de mi generación. *La Violencia* fue una compañera de infancia y un referente permanente para todos los que nacimos bajo ese signo. Las fotografías de cadáveres desmembrados fueron un lugar común para todos nosotros en periódicos y revistas nacionales y de provincia durante las décadas de los cincuenta y de los sesenta del siglo xx. Crecí con el mal sabor de vivir en un país donde los hechos de sangre se han sucedido uno al otro, donde los muertos de una masacre han quedado opacados por los muertos de la siguiente. En este libro recurro a la imagen del ángel mudo que retrata Benjamin, y cuyo sino es constatar las ruinas que el llamado progreso va dejando a su paso. Se trata de una figura que me es extrañamente familiar, pues me remite a los cientos y miles de muertos sin nombre y sin justicia que quedaron abandonados sin que nadie haya podido contar sus historias o reivindicar sus memorias. Quienes nacimos antes, durante o poco después del asesinato de Gaitán y hemos vivido bajo la sombra de una violencia que no ha cesado, no podemos dejar de escuchar las voces de *La Violencia*. A la manera del ángel de la historia, que mira desolado las ruinas que va dejando a su paso, nuestra tarea ha consistido en recoger los escombros de memoria que quedaron sepultados bajo montañas de olvido. Y para ello qué mejor que oír los relatos de mujeres mayores que durante *La Violencia* fueron niñas. Este libro es solo una contribución a tan ardua labor.

.....
³ Tesis planteada por Daniel Pécaut, en su libro *Orden y violencia*, de 1987.

Papá, que mataron a Gaitán

Un niño campesino llega corriendo y avisa “papá, mataron a Gaitán”. Sin prestar mayor atención el padre trata de enganchar al viejo buey con unas rústicas correas para que jale la yunta. Después de una agitada pausa el niño pregunta ¿Y quién es Gaitán, papá? “Creo que un político, de esos de la ciudad”. Mijo, ayúdeme a enganchar la yunta; la vaca va a parir esta noche, así que avísele a sus hermanos para que estén pendientes. Y luego, mirando a su hijo a los ojos y muy serio le dice: “mijo, seguro va a haber problemas”.

CAPÍTULO I

El silencio del ángel

Hay un cuadro de Klee que se titula Angelus Novus.

Se ve en él a un ángel, al parecer en el momento de alejarse de algo sobre lo cual clava la mirada. Tiene los ojos desorbitados, la boca abierta y las alas tendidas. El ángel de la historia debe tener ese aspecto. Su rostro está vuelto hacia el pasado. En lo que para nosotros aparece como una cadena de acontecimientos, él ve una catástrofe única, que arroja a sus pies ruina sobre ruina, amontonándolas sin cesar. El ángel quisiera detenerse, despertar a los muertos y recomponer lo destruido. Pero un huracán sopla desde el paraíso y se arremolina en sus alas, y es tan fuerte que el ángel ya no puede plegarlas. Este huracán lo arrastra irresistiblemente hacia el futuro, al cual vuelve las espaldas, mientras el cúmulo de ruinas crece ante él hasta el cielo. Este huracán es lo que nosotros llamamos progreso.

Walter Benjamin, *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*, citado en Bolívar Echeverría, *La mirada del ángel*

Siempre sentí fascinación por los escritos de Walter Benjamin, una fascinación que me enmudecía, pues poco entendía su “constelación de imágenes del pensamiento”, tal como Adorno denomina su particular manera de ver el mundo.¹ Algo en Benjamin me atraía poderosamente y no eran propiamente sus escritos, que siempre sentí crípticos y muchas veces indescifrables. ¿Qué era entonces lo que me fascinaba? ¿Su destino trágico de judío alemán desadaptado y perseguido? ¿Su mirada inteligente? ¿Su permanente sentimiento de estar en el lugar equivocado? ¿La clarividencia con la que anticipó la catástrofe del nazismo y el Holocausto? Vine a descubrir de qué se trataba cuando leí su novena tesis sobre el concepto de historia y comencé a buscar textos que comentaran e interpretaran al ángel de la historia, esa imagen inquietante que ha dado lugar a tantas interpretaciones. Entonces era la figura de ese ángel desamparado y solitario, paráfrasis del mismo Benjamin y de tantas otras figuras trágicas, el que atraía mi mirada de antropóloga interesada en lo marginal, en lo indecible de la violencia; era su impotencia ante la pila de restos y de ruinas que iba dejando a su paso lo que incitaba mi curiosidad.

La descripción que hace Bolívar Echeverría del ángel de la historia, en el capítulo “El ángel de la historia y el materialismo histórico”, del 2005, explica el juego de imágenes que subyace bajo tan inquietante figura. Dice Echeverría:

[...] conocemos la acuarela de Paul Klee de 1920 titulada *Angelus Novus*, la misma que fue adquirida en 1921 por Walter Benjamin, y estamos así en condiciones de compararla con la descripción que él afirma estar ha-

¹ Véase Tackels, *Walter Benjamin: una vida en los textos*, 156.

ciendo de ella. Cuando las confrontamos, constatamos, sin embargo, que no existe ninguna similitud entre las dos: la escena dramática, vertiginosamente dinámica de la que Benjamin da noticia no se parece en nada al dibujo bidimensional, a la vez encantador y enigmático, del ángel tranquilamente suspendido en el aire que presenta el cuadro de Klee. En mi opinión esta falta de coincidencia parece indicar que lo que Benjamin hizo con el ángel de Klee no fue en realidad solo cambiarle el nombre, sino mucho más: sustituirlo por otro, un nuevo ángel, inventado por él. Podría decirse incluso, que lo que Benjamin tenía ante los ojos como imagen de partida, a la que su invención habría de someter a alteraciones considerables, no estaba en verdad en el cuadro de Klee sino más bien en un viejo grabado del siglo XVIII hecho por H. F. Gravelot y Ch. N. Cochin (1791) que tiene el nombre de El Ángel de la Historia.²

Para comenzar, tenemos que distinguir entre la acuarela de Klee y el ángel de la historia, pues son dos cosas bien distintas. La lectura que un pensador como Walter Benjamin puede hacer de un cuadro que fue pintado por un artista como Paul Klee plantea un primer tema que me interesa recalcar, pues, según lo deja ver Echeverría, se trata de una lectura imaginada. Y, ¿cómo podría ser de otra forma? Leer el arte desde la filosofía, la historia o la antropología es divagar, porque el arte en sí no *dice* nada. Las obras artísticas pueden evocar, representar o, interrogar contenidos y significados que desconocemos, que no vemos o que no podemos ver, porque, tal y como dice Nadia Seremetakis, “los

² *Ibid.*, 24.

sentidos representan estados interiores que no afloran en la superficie, aunque los sentidos son una institución social como el lenguaje, no se reducen al lenguaje”.³

Si Benjamin hizo una lectura tan personal del ángel que aparece pintado en el cuadro de Klee, ¿por qué no intentar hacer mi propia lectura de la figura del ángel de la historia esbozada por Benjamin en su novena tesis? Me propongo, entonces, interpretar la figura del ángel de la historia desde un ángulo antropológico y hacer una lectura de la novena tesis de Benjamin, donde aparece dicha figura, a partir de consideraciones que provienen de una antropología de la guerra y el conflicto, una lectura situada de esa imagen tan inquietante y misteriosa mediante la cual Benjamin puso de presente los desaciertos del historicismo y la fatalidad del progreso.⁴

En su libro *Walter Benjamin y la destrucción*, Federico Galende se refiere a un incidente de particular interés para quienes, como yo, sentimos fascinación por el pensador alemán, a pesar de no entender a cabalidad algunas de sus disertaciones. Galende recuerda un artículo escrito por un profesor suyo muy querido, donde este citaba un par de frases de Benjamin asociadas con el nexo entre revolución y relámpago, la revolución como relámpago, en la que un pasado inacabado se exhibe en todo su espesor.⁵ Dice Galende que él, por supuesto, no entendió dichas frases; pero que estas “encerraban una paradoja esperanzadora que lo llenó de tribulaciones”. Se refiere a la fascinación que sintió por “ese primer atisbo de melancolía anhelante que venía a destruir el hábito tan común de sopesar un argumento solo en

.....
³ Seremetakis, “The Memory of the Senses, Part I”, 5 y 6.

⁴ Benjamin, *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*.

⁵ Galende, *Walter Benjamin y la destrucción*, 217.

función de su coherencia o sentido”. No fueron ni una imagen, ni su interpretación las que atrajeron a Galende, como me ocurrió a mí, sino la percepción que tuvo de una cierta melancolía que impregnaba los escritos de Benjamin. Y continúa Galende, “no dejaba de ser interesante encontrarse con un autor que reventaba una frase contra otra, que las aplastaba o las disolvía, dejando al lector desvalido; Benjamin—escribe Galende—, literalmente no se entendía”.⁶

En este texto quiero explorar la idea de la inevitabilidad de la mirada del ángel de la historia hacia atrás pues, según algunos pensadores, es incapaz de mirar hacia adelante, porque el futuro no existe. Esa mirada es equiparable a la del investigador que indaga por las huellas de hechos violentos del pasado, a partir de las narraciones que hacen los vencidos. Al igual que el ángel de la historia, el investigador de la violencia también entra en contacto con episodios catastróficos que no puede remediar. Si es cierto que ontológicamente el futuro no existe, ya que el “progreso” no es una tendencia de acercamiento a un futuro mejor, sino de alejamiento del paraíso perdido, como cree Stefan Gandler,⁷ entonces estaríamos en la senda correcta, pues se trata de una tesis que aparece insinuada en los relatos y en las vidas de algunas de las mujeres con las que hablé para hacer este libro. A pesar de las penurias vividas y después de mil peripecias que las convierten en sobrevivientes, tanto Leonor como Teresita regresan a su tierra, a ese paraíso perdido que dejaron momentáneamente atrás, y lo hacen porque quizá consideren que todo pasado fue mejor, así este haya sido atroz. Ello corroboraría aquello de que el tiempo no es algo homogéneo que avanza

⁶ *Ibid.*, 218.

⁷ Gandler, “¿Por qué el ángel de la historia mira hacia atrás?”.

hacia adelante automáticamente, como creen quienes aún operan bajo los presupuestos de una temporalidad objetiva y neutral, o adoptan lugares comunes que convierten en verdades, como sucede con algunos relatos nacionalistas, discursos políticos y narrativas sobre La Violencia.

Para Federico Galende la figura del ángel de la historia de Benjamin plantea un doble dilema respecto al problema de la representación. Sobre ello nos dice: “dado que lo terrible de la vida no reside en los sobresaltos que la interrumpen, y sí en el curso que la toma y la pone a florecer en cada una de sus pequeñas conquistas, el ángel es aquello que, libre de este curso, libre de su destino, plantea el problema de la representación”.⁸ Galende considera que por un lado “el ángel de la historia es incapaz de dar su espalda a las ruinas, y por otro está vuelto hacia el nombrar del hombre. El ángel no trasciende al *continuum* sino que, más precisamente, lo contempla y expone como catástrofe”. En términos de Galende, “la catástrofe no sería el cuchillo que intercepta la representación de la historia, sino la representación histórica de la vida en el curso del tiempo, su continuidad formal, su continuidad vacía”.⁹ Según lo anterior, el ángel de la historia sería entonces una figura que, aun cuando escapa al *continuum* del tiempo de los seres humanos, no puede dar su espalda a las ruinas que va dejando atrás; se erige entonces como testigo mudo de la catástrofe. Un trágico destino, sin lugar a dudas.

Las lecturas femeninas del ángel de la historia se preocupan por situar dicha figura en el espacio y en el tiempo. Algunas de estas lo ubican en el contexto social y político que le tocó vivir a Walter Benjamin, entre las dos guerras mundiales; mientras

⁸ Galende, *Walter Benjamin y la destrucción*, 50.

⁹ *Ibid.*, 52.

que otras lo sacan de su contexto original y lo ponen de cara a nuevas incertidumbres. Nora Rabotnikof, por ejemplo, desubica al ángel de la historia con el fin de hacer una lectura crítica de dicha figura y la sitúa de frente a las desterritorialidades del posmodernismo contemporáneo, como si la figura del ángel de la historia, en el contexto en el que la sitúa Benjamin, entre dos devastadoras guerras mundiales, no implicara suficientes dilemas.¹⁰ Y continúa diciendo Rabotnikof:

[...] más que la pila de escombros que el progreso obliga a dejar atrás, me parece que el ángel hoy se detendría y contemplaría cómo los fragmentos son objeto de memorias en disputa, de rescates que construyen continuidades y rupturas contingentes y de tradiciones no veneradas sino inventadas. El ángel aceptaría hoy en cambio, como creo que ya aceptamos nosotros, el desafío de mantener con los muertos una relación permanentemente irresuelta.¹¹

Situar la mirada del ángel de la historia de una manera diferente a como lo hizo Benjamin, como pretende hacerlo Rabotnikof, desnaturaliza por completo el sino catastrófico que signa dicha figura, porque la priva del sentimiento de impotencia que nace de su incapacidad para cambiar el sentido de la historia. Rabotnikof nos dice que, en 1940, Benjamin miraba al ángel pintado por Paul Klee con una mirada aparentemente poco benjaminiana, pues “no veía al ángel como la antigua esperanza en la forma estética moderna, sino como emblema de una filosofía de la historia en la cual el pasado es una catástrofe única que amontona ruina sobre

.....
¹⁰ Rabotnikof, “El ángel de la memoria”, 158.

¹¹ *Ibid.*, 169.

ruina”. Para Rabotnikof la visión benjaminiana de la memoria es, ante todo, rescate de imágenes únicas que corren el riesgo de perderse para siempre.¹² Rabotnikof hace su lectura del ángel de Klee a partir de los planteamientos de Theodor Adorno, quien consideraba que dicho dibujo tenía origen en una serie de caricaturas del káiser Guillermo, hechas por Paul Klee durante la primera guerra mundial. Adorno hablaba de “un ángel-máquina que contempla al espectador (nosotros) sin poder decidir cuál es su papel: si anunciar la culminación del desastre (la montaña de ruinas) o la promesa de salvación allí escondida (en el desastre)”.¹³ Tal como sucede con Benjamin cuando lee el dibujo del ángel pintado por Paul Klee, la lectura que hace Adorno de dicho dibujo también es imaginaria. Y lo mismo sucede con la lectura que hace Rabotnikof del ángel de la historia ideado por Walter Benjamin.

En cambio, la interpretación que hace Shoshana Felman del conjunto de la obra de Benjamin, en la cual incluye al ángel de la historia, resulta la más apropiada para un trabajo como el que aquí me propongo, pues toma en cuenta al pensador y sus circunstancias y se preocupa por la relación que pueda existir entre los hechos y la teoría. Felman se centra en el tema del silencio y en el impacto que tuvieron las dos guerras mundiales en la vida y en los escritos de Walter Benjamin.¹⁴ En general, se considera a Benjamin como un filósofo abstracto, crítico y pensador de la Modernidad en la cultura y en el arte, y Felman, en contraposición a lo anterior, se propone leer a Benjamin como pensador, filósofo y narrador de las guerras y revoluciones del siglo xx.

.....
¹² *Ibid.*, 156.

¹³ *Ibid.*, 155.

¹⁴ Felman, “Benjamin ‘s Silence”.

Una lectura que me interesa por varias razones. En primer lugar, porque establece una relación estrecha entre los planteamientos abstractos del sujeto pensante y las condiciones materiales de su existencia, algo con lo cual estamos familiarizados antropólogos y etnógrafos. En segundo lugar, porque Felman ve en Benjamin al narrador de dos guerras, una perspectiva sin duda muy interesante para un trabajo como el que aquí presento, que tiene como hilo conductor la narración de dos mujeres que han vivido de cerca los estragos de la guerra. Y, en tercer lugar, porque Felman llama la atención acerca de la *sobrecarga de sentido* que yace prisionera en los silencios elocuentes que caracterizan las obras de Benjamin.¹⁵ Los parámetros de mi propia lectura del ángel de la historia comparten muchos de los elementos planteados por Felman, los cuales afianzan mi convencimiento acerca de la identificación personal que Benjamin estableció con ese ángel desolado, con su impotencia y con su silencio.

En su artículo sobre el silencio de Benjamin, Felman se ocupa de varios textos teóricos y autobiográficos del autor, tomando en cuenta especialmente dos que considera interrelacionados con las dos guerras mundiales, y sobre los cuales ella va a formular dos teorías sobre el silencio: *El narrador* y las *Tesis sobre la historia*.¹⁶ *El narrador* fue escrito en 1936 y en este, y en otro texto anterior de 1933, titulado “Existencia y pobreza”, Benjamin se refiere al silencio de los combatientes que regresaron mudos de la primera guerra mundial. Las *Tesis*, en cambio, fueron escritas antes del suicidio de Benjamin en 1940 y durante los comienzos de la segunda guerra mundial; por lo tanto, fueron redactadas en diferentes momentos, entre finales de 1939

¹⁵ *Ibid.*, 202.

¹⁶ *Ibid.*, 203.

y comienzos de 1940, bajo la forma de notas garrapateadas en un cuaderno, en papeles de muy distintos formatos, incluso en bordes de periódicos.

Esa forma discontinua de escribir siempre caracterizó a Benjamin. Aquí cabe traer a colación la apreciación que hace Echeverría de las tesis de Benjamin como “ese género escaso de los escritos de náufragos, borroneados para ser metidos en una botella y entregados al correo aleatorio del mar”.¹⁷ Es ese sentido de urgencia el que tantas veces nos acorrala a los etnógrafos cuando nos enfrentamos a realidades violentas y desconocidas, como las realidades de la guerra, y sabemos, con certeza, que no podemos dejar escapar nada de lo que vemos u oímos, porque las cosas nunca volverán a ser las mismas. La apreciación de Echeverría corrobora la analogía que, creo, existe entre el quehacer de Benjamin y el de los etnógrafos, lo cual facilita una lectura antropológica de sus escritos, algo que ya hizo de manera brillante el antropólogo Michael Taussig, a propósito del shamanismo y el colonialismo en Amazonas.¹⁸

Felman hace su lectura de *El narrador* y de las *Tesis* de Benjamin como si fueran textos que estuvieran ligados, como si el uno fuera el correlato del otro, como si representaran dos etapas de un panorama filosófico y existencial más amplio y como si se tratara de dos variaciones de una teoría benjaminiana

.....

¹⁷ Bolívar Echeverría fue un gran estudioso y traductor de las tesis de Benjamin. En uno de sus escritos se refiere a ellas diciendo que son “ideas que Benjamin envía por correo a su amiga Gretel Adorno, más como un manojo de hierbas juntado en paseos pensativos, destinado a un intercambio de ideas íntimo, que como un conjunto de tesis que estuviera maduro ya para la publicación y preparado así para absorber el entusiasta malentendido que su contenido iba a provocar necesariamente” (Echeverría, “El ángel de la historia y el materialismo histórico”).

¹⁸ Véase Taussig, *Shamanism, Colonialism and the Wild Man*.

sobre el silencio y la guerra. Además, Felman considera que ambos textos son variaciones de un mismo subtexto más profundo referido al trauma de la guerra.¹⁹ Lo que resulta muy interesante de su lectura es que Felman introduce el concepto de trauma a partir de la experiencia personal de Benjamin de las dos guerras mundiales, pues la primera la vivió en carne propia, a través del suicidio de su mejor amigo, y la segunda la presintió antes de suicidarse. Felman considera que, a partir de la repetición de ese trauma basado en su experiencia, Benjamin deriva su crucial percepción de la filosofía de la historia como un proceso de silenciamiento de las víctimas.²⁰ De allí deduce que, por ello, el ángel de la historia es mudo, que su boca abierta no pronuncia ningún sonido y que su cuerpo es empujado hacia el futuro por el viento del progreso que sopla en contra de su voluntad.

Benjamin nunca escribió un texto sobre el silencio a pesar de que su vida, al parecer, estuvo inmersa en este. Fue Felman quien, al revisar su trayectoria de vida y analizar algunos de sus textos, visualizó la existencia de un subtexto que los conecta y que, a su vez, alimenta —como manantial subterráneo— su particular percepción de la filosofía de la historia como un proceso de silenciamiento de las víctimas. Como correlato a lo anterior, quise referirme al silencio que circunda a La Violencia, un silencio que cubre los crímenes y atrocidades que se cometieron y que paraliza a las personas que los sufrieron, un silencio que también circunda a una sociedad que nunca quiso hablar de ello. Sin embargo, La Violencia fue la partera de la historia reciente del país y, como evento, permanece latente en el inconsciente colectivo y alimenta muchas de las manifestaciones culturales y artísticas de los últimos cincuenta años.

.....
¹⁹ Véase Felman, “Benjamin’s Silence”, 204.

²⁰ *Ibid.*, 227.

Al pensar en el silencio es inevitable hacerse la pregunta acerca de los contenidos no simbolizados de las atrocidades cometidas y sufridas durante La Violencia. Es como si las memorias traumáticas de esta época operaran sin asimilarse, como si se tratara de un cuerpo extraño, rodeado de silencio, que yace sepultado dentro de la sin memoria del cuerpo social. Sin embargo, las experiencias violentas fueron sucediéndose una a otra y acumulándose en la psiquis de muchas personas sin que estas encontraran un espacio público propicio para procesarlas y hablar de ellas. Las narrativas sobre memoria y olvido que acompañan a la justicia transicional, y que por estos días están de moda en Colombia, no incluyen en sus análisis las memorias de La Violencia con el peregrino argumento de que son demasiados años para tener en cuenta. Sí, son demasiados años, pero ¿cómo puede un país como Colombia, que intenta reinventarse después de una larga y dolorosa guerra, hacer caso omiso de esas memorias cuando sabemos que La Violencia fue la partera de su historia reciente?

En los relatos de las mujeres que aparecen en este libro se entrelazan emociones, recuerdos e interpretaciones que ponen en evidencia la ruptura traumática que producen los eventos de la guerra. Las sobrevivientes, aunque logran articular oralmente su relato, tienen dificultades para darles sentido a los hechos vividos. Mi intención al escribir este libro es hacer audible el silencio de medio siglo que ha rodeado la vida de algunas mujeres que fueron niñas durante La Violencia, y con ello contribuir a darle un sentido al sin sentido.

CAPÍTULO II

Una herida reposa bajo la tierra



Shibboleth. Instalación de la artista Doris Salcedo en la Tate Modern, Londres, 2007.

BOGOTÁ EN LA DÉCADA DE 1930, UNA CIUDAD ESCINDIDA

En 1938, Bogotá era una ciudad pequeña, fría, sucia y provinciana que había sido fundada cuatrocientos años atrás por españoles. Estaba surcada por una vía principal —llamada la Calle Real— la misma carrera séptima que más adelante recorrería la ciudad con un eje, de norte a sur. En la Calle Real estaban ubicados los principales almacenes, negocios y tiendas y las oficinas de gobierno. Para esa época, Bogotá contaba con unos 355.000 habitantes, de los cuales más del 30 % no sabía ni leer, ni escribir. Eran pocas las personas que tenían una profesión, pues había unas cuantas universidades, y los cupos en estas eran muy limitados; además, pocas personas contaban con los medios económicos para estudiar una profesión.

La relativa modernización urbanística de Bogotá, que comenzó por esos años, no se vio acompañada por el desarrollo de una cultura urbana moderna, en gran parte debido al aislamiento de la ciudad respecto a otras urbes y a la concentración del poder en unas cuantas familias y de la riqueza en unas élites altaneras y distantes. Por esos años, los nuevos intereses de la burguesía cosmopolita comenzaron a marcar distancias entre los habitantes de la ciudad. Al ritmo de la modernización, algunas partes del centro y el oriente de la ciudad fueron surgiendo como espacios sucios, malolientes, insalubres y oscuros; algunas de sus calles se volvieron demasiado estrechas y la presencia indiscriminada del pueblo y su deambular por el centro de la ciudad comenzaron a resultar fastidiosos.¹ Durante esos años comenzó a tomar forma

¹ Véase el interesante estudio de Zandra Pedraza acerca de las visiones del progreso y la felicidad en Bogotá durante las primeras cinco décadas del siglo xx. Tomado de Pedraza, *En cuerpo y alma*, 7 y ss.

entre la burguesía citadina una sensación de rechazo, que más adelante se convirtió en repulsión, hacia ciertas calles y ciertos rincones de la ciudad que eran percibidos como espacios habitados por el pueblo.²

La ciudad contaba con muy pocas vías, por algunas de las cuales transitaban los abarrotados tranvías, y estaba dividida entre los pobres, que habitaban en el sur y en el oriente de la ciudad, y las familias acomodadas, que vivían en el centro y en el norte de esta. Unos y otros estaban separados por abismos de discriminación, desdén y aprehensión. A pesar de los pincelazos de modernización y de las campañas de salubridad emprendidas por diferentes administraciones, la gente del pueblo seguía tomando chicha, usando ruana y alpargatas y viviendo en chozas de bahareque con piso de tierra, modos de vida que hablaban de su origen campesino y rural y que eran vistos con enorme desprecio por la gente adinerada. En cambio, las familias de la burguesía —oligarquía la llamaba Gaitán— habitaban en grandes casas y se desplazaban en lujosos automóviles por la ciudad.

Los integrantes de la burguesía bogotana iban a Europa con cierta frecuencia. Para ello, debían emprender largos y azarosos viajes que comenzaban a caballo y en mula en la sabana de Bogotá y continuaban por entre páramos y montañas hasta llegar al caluroso valle del río Magdalena. De ahí en adelante, el viaje seguía en barco de vapor por el río Magdalena hasta llegar a Barranquilla, donde la gente se embarcaba en trasatlánticos que cruzaban el mar océano para llegar a Europa. Dependiendo de los recursos económicos disponibles, los viajeros permanecían en Europa por temporadas largas, se daban la buena vida y algunos estudiaban para luego regresar a ejercer sus profesiones en la ciudad.

² *Ibid.*

Una vez de regreso, entraban de lleno en el ambiente burgués de la ciudad, que se alimentaba de las fiestas en las que trataban de deslumbrarse los unos a los otros. Allí se enteraban de los chismes sobre los amores y las relaciones clandestinas de unos y otros; hablaban de las adquisiciones materiales, del nuevo automóvil, de los muebles recién importados de Europa que habían comprado para la casa y de las nuevas indumentarias que lucirían en fiestas y bailes. Lo anterior hacía de la clase alta bogotana algo muy similar a cualquier otra sociedad de la misma índole, es decir, compuesta por seres humanos nacidos en condiciones privilegiadas.³

LA VIDA DE LAS MUJERES BOGOTANAS DE CLASE ALTA

Para finales de la década de los treinta del siglo xx, las dos mujeres bogotanas que narran sus historias en este capítulo eran unas niñas pertenecientes a familias acomodadas. María Teresa, una de las mujeres entrevistadas,⁴ habla de sus orígenes:

Mi mamá se casó con mi papá, que era de familia santandereana. Yo siempre estuve mucho más al lado de mi familia materna que de mi familia paterna, aunque yo nunca conocí a mi abuela paterna, porque mi papá quedó huérfano siendo muy niño. Mi papá fue un hombre

.....
³ Descripción tomada de la novela *El cuarto sello*, de Ignacio Gómez Dávila (1952), quien hace un retrato fidedigno de la clase alta bogotana.

⁴ Entrevista con María Teresa, 3 de mayo de 2014, en su casa en Chía, Cundinamarca.

de la sociedad de Bogotá pero pobre; le tocó pasar por muchas vicisitudes. Y yo nací de esa unión. Mi mamá era de Bogotá, bogotana totalmente. Mi papá y mi mamá se casaron y mi papá le puso una casa que se llamaba La Magnolia, que quedaba en la calle 45 con carrera 7ª; eso era puro campo en el año 1938. Mi papá le puso sus muebles, que todavía conservo, eran los muebles de mi papá y de mi mamá, y esa era su finca, su casa. Pero como mi mamá era la niña consentida de mis abuelos, mi abuelo materno convenció a mi papá para que no se fueran a vivir a La Magnolia cuando yo nací en el año 1938, sino que se fueran a vivir a la casa de ellos.

Las mujeres de la clase alta vivían en amplias casas en el centro de la ciudad o en las fincas que tenía la familia en la sábana de Bogotá. Dependían casi totalmente de lo que decidieran y ordenaran los hombres de la familia, y si se casaban, no podían disfrutar de la herencia que les dejaban sus padres, pues el que disponía de los bienes era el marido. Si la mujer viajaba fuera del país, tenía que tener permiso del marido para hacerlo.⁵ Olga, otra de las mujeres entrevistadas,⁶ pertenece a una familia antioqueña que había migrado a Bogotá huyéndole a una quiebra familiar. Ella nos habla de su temprana infancia y de sus vivencias en las fincas de la familia:

Nací el 29 de noviembre de 1924, allá en la hacienda La Chucua. Mi papá nunca fue dueño de la finca; la tomaron en arriendo. Llegaron a Bogotá porque venían de una

.....
⁵ Véase Muñoz Rojas y Suescún, “Memorias de las décadas de 1930 y 1940 en Colombia”.

⁶ Entrevista con Olga, 29 de mayo de 2013, en su casa en Bogotá.

quiebra económica, ellos también tomaron en arriendo otras haciendas hasta que se recuperaron y empezaron a comprar tierra. Compraron primero La Ramada, luego La Margarita, en la Mesa (Cundinamarca) y luego la Compañía Cafetera de Cunday. Somos como de clase media, o alta pero sin plata.

Mi papá era gente muy “distinguida” de la Ceja en Antioquia, y mi mamá también, puros paisas. Fuimos quince hijos, cinco se murieron pequeños y ya crecimos diez, de los cuales ya no quedamos sino tres. Un tío mío, que se llamaba Manuel, fue el único que se graduó de abogado; los demás tíos fueron todos hacendados. Manuel fue el que se trajo a sus hermanos para Bogotá. Mi papá se casó con mi mamá en La Ceja, y luego se la trajo para acá, y entonces después de eso terminamos en La Chucua.

La vida en las fincas era una vida de autosuficiencia, pues allí se cultivaba lo que se consumía: había huerto, vacas de ordeño, se hacían quesos y cuajadas, en fin. Así lo narra Olga:

La Chucua era una finca ganadera, de ganado de leche. Mi mamá, por ejemplo, hacía unos quesos que se llamaban quiches, que eran como unas cuajadas deliciosas. Había también una huerta de higos, ah, y había gansos. Fabio, mi hermano mayor, era el que me seguía y era el que cuidaba los gansos. Como vivíamos en la finca, mi mamá tenía muy buen servicio, mi papá tenía carro y tenía chofer y veníamos de La Chucua a Bogotá, ellos a hacer sus vueltas. Mi mamá tenía como tres empleadas, y ahí nos criamos todos, como dicen, a la buena de Dios. Sí, a la buena de Dios.

No deja de resultar paradójico que Olga diga que fueron criados “a la buena de Dios”. En sentido estricto, la frase no se compadece con la realidad que le tocó vivir, pues su familia administraba varias fincas que producían, algunas café, y otras, productos lácteos. Su mamá tenía empleadas del servicio doméstico que atendían permanentemente a las niñas de la familia. “A la buena de Dios” es un dicho que resulta útil más bien para describir la vida de las dos niñas campesinas, Leonor y Teresita, cuyas familias pobres vivían casi en la miseria, y niños y niñas debían trabajar desde muy pequeños.

Lo que sí parecen haber compartido en aquellas épocas las mujeres, tanto de clase alta como las campesinas, fue el hecho de tener muchos hijos. Así lo relata Olga:

Mi mamá se dedicaba a nosotros, y como cada ratito era teniendo un hijo, no tuvo más tiempo de nada, pues vivía embarazada. Mi mamá a la edad de 38 años ya había tenido todos sus quince hijos. Mi mamá se casó de 18 años.

Las familias, tanto conservadoras como liberales, eran muy religiosas y muy numerosas; más aún las antioqueñas, en cuyo seno podía haber diez, quince y hasta veinte hijos de la misma madre. Las familias bogotanas eran más pequeñas y no faltaban las que tenían en su seno uno o más sacerdotes. El ámbito por excelencia donde se desenvolvían las mujeres era la familia. Así nos lo cuenta María Teresa:

En el barrio San Victorino fue donde bautizaron a mi mamá y a mis tíos. A mí ya me bautizaron en la Clínica de Marly, que en ese entonces era la parroquia del Carmen. Hubo cóctel de bautizo, porque yo tenía dos tíos,

el uno era monseñor y el otro también era monseñor, y eran canónigos de la Catedral.

La religiosidad católica comandaba la educación que los padres impartían en la casa a niños y niñas. Las familias rezaban el rosario juntas, algunas leían textos sagrados, tradiciones que daban cohesión y establecían límites a los comportamientos de los jóvenes. Olga se refiere a ello:

Mi mamá era muy religiosa y mi papá también. Eran “regodos”,⁷ pero no recalcitrantes. Papá era “laureanista”, y después fue “ospinista”, fue muy amigo del Dr. Ospina.⁸ Precisamente, nosotros vivíamos con mi abuelita y mi abuelita era como una santa. Enrique, mi hermano, estaba muy chiquito y no rezaba; entonces mi abuelita le decía: “mire que de pronto va a venir el diablo y lo asusta”. Entonces el “chino”⁹ vivía muerto del susto de que lo fueran a asustar, lo hacían rezar y cuando lo acostaban le decían que rezara el Ave María, el Ángel de mi Guarda, unas oraciones corticas. Todos éramos muy respetuosos con mi papá y mi mamá. A papá lo respetaban todos. Claro que mis dos hermanos, Francisco y Eduardo, no quisieron estudiar; Francisco solo hizo como hasta segundo de bachillerato. Entonces mi papá les dijo: “Yo no los quiero aquí para que se pierdan”, y se los llevó a la finca a trabajar.

⁷ Nombre empleado para referirse a las personas ultraconservadoras.

⁸ Los “laureanistas” fueron los seguidores de Laureano Gómez, caudillo y presidente ultraconservador (1950-1951), y los “ospinistas” eran partidarios de Mariano Ospina Pérez, quien era el presidente cuando asesinaron a Jorge Eliécer Gaitán (1946-1950). Era un conservador moderado.

⁹ Palabra bogotana para referirse a los niños, a los infantes.

DE LA FINCA A LA CIUDAD. EDUCACIÓN Y VIDA SOCIAL

Los niños y las niñas de clase alta que vivían en las fincas aledañas a Bogotá debían ir al colegio cuando alcanzaban la edad escolar. En ese momento, la familia se trasladaba a la ciudad o alternaba su vida entre la finca y la ciudad. La vida de las niñas en los colegios de monjas era muy tranquila: iban a misa diariamente, organizaban festivales y fiestas religiosas y jugaban entre ellas. De la esfera íntima, de los secretos familiares y de las primeras fantasías sexuales poco o nada sabemos, pues no era de buena educación hablar de esas cosas. Olga nos habla al respecto:

En el año 1930 ya nos vinimos para Bogotá cuando yo tenía 6 años porque ya teníamos que entrar al colegio. Vivíamos en la calle novena, al frente del Colegio de la Presentación que era de monjas. Ahí me eduqué yo, en la calle 9 con carrera 5ª, en el puro centro, cerca al Palacio de Nariño. En Bogotá uno vivía tranquilo y después ya más grandecitas nos pasamos a vivir al frente de la Nunciatura Apostólica, en la esquina de la calle 12 con carrera 4ª; de ahí nos pasamos a la calle 23 con carrera 5ª. Nos íbamos a pie al colegio, porque en ese tiempo uno no tenía miedo, ni nadie le hacía nada. Desde el colegio nos veníamos a pie hasta mi casa en la calle 23, caminando, de pronto con amigos porque ya estábamos más grandecitas, pero uno no tenía miedo, ni nadie lo atracaba. Era el colegio de monjas de la Presentación del centro y éramos puras mujeres. Había kínder, y Enrique, mi hermano, y creo que Manuel también, estuvieron en primaria donde había niños, ya los otros años eran de solo mujeres. Nosotros íbamos a misa todos los días; la

capilla era muy linda y después empezaban las clases a las ocho de la mañana.

Eduardo Santos¹⁰ era el presidente cuando yo estaba estudiando. Nosotros estábamos en el colegio y como nos veníamos caminando, llegábamos a la esquina de la carrera 5ª con calle 23 a coger el bus para ir al colegio. Y siempre pasaba el Dr. Santos y nos saludaba. Salía del palacio en carro para su casa y siempre nos saludaba; nosotros estábamos ahí paradas y él pasaba en su carro como a la 1:30. Nosotras éramos externas, así que nosotros almorzábamos en la casa.

A pesar de lo cerrada que era la alta sociedad bogotana, algunas mujeres se las ingeniaban para tener un poco de libertad. María Teresa, por ejemplo, cuenta cómo las monjas de su colegio le alcahuteaban su afición por el canto y una que otra esporádica copa de licor:

Yo estudié en el Colegio San Façón de la calle 19. A mí me sacaba el bus del colegio y me dejaba en frente de mi casa. Cuando yo estaba en 4º o 5º de bachillerato quería tener hijos pero sin papá, ¿para qué papá, para qué? Así solo serían míos. ¡Y yo estudiando en el colegio de la Presentación de San Façón! Pero esas monjas fueron divinas conmigo y me aceptaron. Claro, yo tenía mis dos tíos monseñores y ellos iban mucho por allá. Cuando yo estaba como en 3º de bachillerato, la directora era Inés Salamanca, de las mejores familias de Tunja. Había sido

¹⁰ Eduardo Santos fue un abogado, político y periodista colombiano, miembro del Partido Liberal y presidente de la República entre 1938 y 1942.

novia de mi papá antes de entrar al convento. Entonces ella me adoraba; ella decía que yo he debido ser hija suya. Me aguantaba todo lo que yo hacía, tomaba trago en el colegio que dizque porque yo era cantante, yo necesitaba tomar brandy para calentar la voz. Entonces llevaba una botella de brandy Napoleón siendo estudiante.

Otras familias preferían educar a los hijos en la casa, mediante institutrices. Muchas de estas fueron mujeres extranjeras que les enseñaron a sus pupilos a leer y a escribir y a hablar otros idiomas. Las *nannys* inglesas son recordadas por esas familias con cariño, pues entraban a hacer parte de la familia. María Teresa se refiere a ello:

Siendo muy pequeñita mi mamá me puso una institutriz cuando vivíamos en San Victorino. Mi mamá quería, yo no sé cuál era la idea de ella, que yo no fuera a un colegio sino que fuera la institutriz a mi casa. Sin embargo, mis tíos, los canónigos, le dijeron que necesitaba que fuera a un colegio. Mi familia era muy religiosa de lado y lado, muy religiosa, muy de principios religiosos, sin ser cismáticos.

Los viajes entre Bogotá y las fincas de la sabana se hacían en automóvil, por caminos de terracería y tardaban varias horas. Olga se refiere al tema:

Los viajes entre La Chucua y Bogotá los hacíamos en carro. Mi papá tenía un automóvil La Salle; esa marca ya no la volvieron a hacer. También mi papá tenía coche y en el coche nos íbamos al pueblo, a Soacha. Nos llevaban allá de paseo en coche. Ir a Bogotá era lejos.

Algunas familias pudientes tenían grandes casas y propiedades en la zona central de Bogotá, en el barrio San Victorino. Las casas solían tener locales en la planta baja que se alquilaban o se adecuaban como pensiones u hoteles. Allí transcurría la vida y así lo relata María Teresa:

Mis abuelos tenían una casa en el parque de Los Mártires, en el puro centro de Bogotá. Quedaba en la calle 11 con carrera 7ª, en el barrio San Victorino. Mi abuelo tenía negocios, tenía unas casas o unos locales porque él producía miel en una finca que tenía en San Joaquín, Cundinamarca.¹¹ Traía la miel en unas cosas en cuero que se llamaban zurrones, eran de cuero con una tapa de corcho. Él vendía la melaza en la finca, pero no en San Joaquín, sino en Madrid, donde tenía una finca cómo de 700 hectáreas o fanegadas, no recuerdo. Mis abuelos eran acomodados, no eran familias millonarias, no; pero mi abuelo fue un hombre de muy bajo perfil. Él trabajaba, trabajaba muchísimo. Mi abuelo tenía varias fincas; él producía la caña, sembraba la caña y sacaba la miel, la traía y para eso compró en San Victorino que era el centro de Bogotá e hizo unos locales. Y ahí vendía la miel que traían en mulas. Cuando mi mamá murió, en el año 1982, en la sucesión de mi mamá, uno de esos locales de San Victorino me tocó a mí y yo lo vendí.

Muchas de las memorias de las mujeres de clase alta que entrevisté están ligadas a esa parte de la ciudad, donde sus padres y abuelos

¹¹ San Joaquín es una población en Cundinamarca donde la familia tenía una finca panelera que producía melaza que extraían de la caña de azúcar.

habían vivido antes de que la ciudad comenzara a expandirse hacia el norte. María Teresa continúa con su relato:

San Victorino era todo el centro, es más, la Universidad Nacional, donde estudió mi tío que era médico cirujano, quedaba donde queda hoy en día un batallón. O sea, en el Voto Nacional, y ahí quedaba la Universidad Nacional. No quedaba en la carrera 30 en esa época. Mi tío se graduó en el año 39 como médico. Mi abuelo tenía una casa muy grande que quedaba puro en frente a la universidad de mi tío y la tuvo que vender cuando abrieron la carrera 10ª. Se la expropiaron, sí. Dijeron que tenía que venderla y mi abuelo la vendió.

Los niños y las niñas iban a diferentes colegios donde frecuentaban a otros niños y niñas de su mismo estrato social, y entre todos conformaban un cerrado círculo social. Allí no entraban niños ni niñas de otros estratos sociales. Olga rememora esos años:

A mí no me entraban todavía al colegio, pues yo entré de nueve años. Nosotros vivíamos en este tiempo con mi abuelita, la mamá de mi mamá, y mi abuelita me enseñó a mí a leer y a escribir. Cuando yo entré al colegio me salté los infantiles, porque yo ya sabía leer y escribir y entré a primero de primaria. Era el año 1933. Sí, más o menos entré al colegio y duré 10 años en el colegio. Salí en el año 1943 de bachiller. Yo hice hasta sexto de bachillerato. La única bachiller de las cinco mujeres de la familia soy yo, porque Lucrecia, creo, que salió en segundo, y Teresa, creo, que en cuarto. Y Margot y Elena creo que no hicieron nada, las mayores. Claro que sí sabían leer

y escribir, pero ellas no hicieron nada, no hicieron ni bachillerato. Nosotros vivíamos en el puro centro y el colegio nos quedaba al frente, yo no era sino atravesar la calle y llegaba al colegio.

La vida social de los jóvenes de clase alta transcurría en las fincas de la familia, en tertulias familiares y en las fiestas y bailes que se organizaban en las casas o en los clubes sociales u hoteles elegantes de la capital. Las mujeres de la élite estaban bien informadas acerca de los últimos dictados de la moda europea, a la cual seguían fielmente. Los hoteles Regina y Granada estaban de moda, y en ellos se organizaban suntuosas comidas y bailes; en ellos, los hombres vestían elegantes fracs y las mujeres lucían sus vestidos largos. El éxito de los hombres radicaba en que fueran buenos bailarines y amenos conversadores, amantes del buen vestir y buenos bebedores. En los cabarets de moda las fiestas eran amenizadas por orquestas como la de Lucho Bermúdez o la de Pacho Galán, por mencionar las más conocidas. Así lo relata Olga:

Pasábamos muy sabroso, la juventud de nosotros fue muy agradable. Eran bailes con orquesta o sin orquesta, con discos o con lo que sea, según el tipo de fiesta, si era un cumpleaños o una cosa más especial. Inclusive se usaba mucho en ese tiempo el vestido largo, íbamos de vestido largo. Nosotros íbamos a tomar el té al Hotel Granada con mi mamá. Eran dos, el Hotel Granada y el Hotel Regina, que quedaba al frente. Nosotros íbamos a bailar a los cabarets, al cabaret Montecarlo que quedaba en la calle 23; íbamos allá con los amigos a bailar, también al cabaret, al grill del Hotel Granada.

La vida social también giraba alrededor de las bodas que tenían lugar en las iglesias del centro de Bogotá, como San Francisco o La Tercera; pero si la familia era muy elegante, sus miembros se casaban en el Palacio Arzobispal, al lado de la Catedral.

Las revistas de la época dejan ver cuáles eran los intereses de las élites bogotanas que las leían: la moda, los clubes y los matrimonios. Eran unas élites conservadoras que vivían pendientes de lo que pasaba en Europa y en lo que concierne a la política internacional, Hitler y Mussolini eran personajes centrales, pues sus fotos aparecen en casi todos los números de la revista *Cromos* de 1938, cuando ya se veía venir la segunda guerra mundial. Los medios bogotanos reproducían lo que publicaban las revistas internacionales; por ejemplo, en 1938, Hitler fue elegido “Hombre del año” por la revista *Time*, año en el que sentó las bases de lo que sería su imperio de terror. El artículo de *Time* está escrito con bastante tacto, quizá a sabiendas de que la guerra estaba por llegar, tanto así que en la portada no aparece su cara, como es habitual en esta revista. En su lugar, vemos una composición en la que Hitler toca su Himno de Odio en una catedral, mientras las víctimas cuelgan de la rueda de Santa Catherine y la alta jerarquía nazi los observa. La ilustración de *Time* fue hecha por el barón Rudolph Charles von Ripper.¹²

En las revistas bogotanas de la época vemos fotografías de Hitler y de Mussolini de pie saludando al pueblo, en reuniones sociales o presidiendo paradas militares. Sin embargo, son fotos mudas, pues no están acompañadas por textos que expliquen lo que estaba pasando en la convulsionada Europa, ni hay alusiones al contexto político de la época. La revista es prolífica en fotos del general Franco y en alusiones a la Falange española, lo que

¹² Tomado del número especial de la revista *Time*, “Person of the Year”, de 1938.

deja ver cuáles eran los líderes respetados en Colombia por las familias conservadoras. En medio de la banalidad que caracterizaba las revistas de la época, las fotos de estos dos líderes fascistas se alternaban con fotos del entonces presidente Alfonso López Pumarejo, del candidato a la presidencia Eduardo Santos y de otros dignatarios de turno; también se ven fotos del aniversario de la muerte del presidente Enrique Olaya Herrera.

Ocasionalmente se pueden leer reportajes en los cuales aparecen indígenas o campesinos a los cuales la revista describe como “pintorescos”, una palabra muy bogotana para referirse a las manifestaciones culturales populares. En las correspondientes fotografías de *Cromos*, los fracs y los sombreros de copa contrastan brutalmente con los harapos y las caras tiznadas de la gente del pueblo. En las calles y las plazas de Bogotá, multitudes de personas se reunían para vitorear a Jorge Eliécer Gaitán o para escuchar al presidente Eduardo Santos. Y lo que vemos en esas fotografías es un mar de sombreros.

La vitrina de moda era el recién construido Hipódromo de Techo de Bogotá, en el que se paseaban las mujeres ricas mostrando sus lujosos atuendos. Pero quizá el evento más importante para las mujeres de clase alta, algo con lo que soñaban desde niñas, era la presentación en sociedad, una fiesta en la que el padre de la homenajeadá tiraba la casa por la ventana. A partir de ese momento, la mujer se volvía casamentera y podía aspirar a tener marido e hijos. Hay pocas noticias acerca de los jóvenes y, menos aún, de los niños y las niñas de las clases altas por aquellos años. A las niñas se las menciona únicamente con ocasión de su primera comunión, un rito de enorme significación tanto para la familia como para quien lo acometía. Poco sabemos de las vivencias infantiles, las cuales transcurrían en las casas y en las fincas de la familia, adonde iban con frecuencia sus miembros a temperar y a escapar del frío bogotano. Allá se

reunía toda la familia, los jóvenes montaban a caballo, se hacían comidas campestres y se gozaba de libertad.

Había muy pocos contactos entre los miembros de la clase alta bogotana y las personas del pueblo, pero ¿acaso existen memorias de dichos encuentros? Fuera del contacto forzoso con las muchachas del servicio doméstico que trabajaban en las casas y con los trabajadores de la fincas, ¿había otros encuentros? ¿Qué ideas o imaginarios tenían los miembros de la clase alta acerca de la gente del pueblo? Al respecto Olga, proveniente de una familia antioqueña asentada en Bogotá, manifiesta lo siguiente:

Nosotros en mi familia toda la vida hemos sido como la gente del pueblo. Por ejemplo, cuando llegaba de visita cualquier persona, una muchacha,¹³ por ejemplo, mi mamá la sentaba en la mesa con nosotros, no la ponía por allá aparte, sino era en la mesa con nosotros. O el chofer de fulano que llegaba, ese también se sentaba en la mesa. Mamá fue muy democrática en ese sentido y mi papá también. Yo me acuerdo que las amigas de mi mamá le decían, Martina, ¿tú le das carne a las muchachas?

Y mi mamá decía, “pues claro, ellas comen lo mismo que nosotros”.

Y decían sus amigas, “es que nosotros aquí les damos es hueso en la sopa”. “¿Hueso en la sopa?”, preguntaba mi mamá.

¹³ Palabra bogotana para designar a la empleada del servicio doméstico.

Y todo eso hacían, si había un postre a las muchachas no les daban postre; en mi casa lo mismo que comíamos nosotros, comía el servicio.

Ese tratamiento democrático hacia las empleadas del servicio doméstico o hacia los trabajadores de las fincas es representativo de las élites antioqueñas, mas no de las élites bogotanas que, por lo general, eran frías y distantes con sus empleados; según lo dejan ver algunos testimonios, había verdaderos abismos entre unos y otros. A propósito de ello, Lola, otra de las mujeres bogotanas entrevistadas, narra una experiencia que tuvo siendo niña cuando se encontró de repente con un niño campesino, algo que ella describe como un verdadero encuentro con la alteridad:¹⁴

Mi abuelo tenía una finca muy grande en Fusagasugá; era una finca cafetera, pero mi abuelo poco iba por allá porque él era lo que llaman un terrateniente ausente. A mis hermanas y a mí nos encantaba ir a la finca, porque la casa era grande y de madera y tenía unos corredores que daban a unos canales de agua por los que nosotras echábamos barquitos de papel. En la finca montábamos a caballo, nos subíamos a unas enormes piedras, que para nosotras eran castillos habitados por seres extraños, y nos bañábamos en una alberca que había de agua oscura y fría. Pero lo mejor era cuando nos subíamos a los árboles a bajar zapotes, porque comíamos zapotes todo el día.

A mí me gustaba salir con mi abuelo a dar la vuelta por los potreros y nos íbamos con Cuco, el vaquero, un hom-

¹⁴ Entrevista a Lola, febrero de 2014, en su casa de Bogotá.

bre alto y flaco que estaba casado con una mujer bajita y gorda. En uno de tantos paseos con mi abuelo, fuimos a dar a una cañada que quedaba muy lejos de la casa de la finca. Bajamos con cuidado y cuando llegamos abajo, vi que había lo que parecían unas chozas de madera que estaban medio caídas y rodeadas de mucha basura. Me impactó verlas ahí; no entendí qué eran, ni qué hacían ahí tan lejos de todo. Me di cuenta que mi abuelo no quería acercarse, como que les sacaba el quite, como que no quería acercarse; pero yo sí me fui acercando con el caballo para ver qué era eso. De repente, de entre la basura y los deshechos que rodeaban la choza, salieron lo que parecían ser dos niños sucios que al vernos se escondieron rápidamente. Mi abuelo le dijo al mayordomo que cogiera mi caballo por las riendas, porque ya nos íbamos y dándose una vuelta tomó la delantera para sacarnos de allí.

Durante el largo paseo de regreso a la casa le pregunté a Cuco quiénes eran esas personas y por qué vivían así, y él me respondió que eran campesinos que tenían arrendadas unas tierras y que trabajaban para mi abuelo sembrando café. Pero mi curiosidad iba más allá de sus escuetas respuestas, por lo que pregunté por qué esos niños estaban tan sucios, dónde estaban los papás, preguntas que él nunca me respondió. Ese fue mi primer encuentro con campesinos arrendatarios, y ahí me di cuenta que mi abuelo no sabía de su existencia y tampoco le importaba.

LOS AÑOS ANTERIORES AL ASESINATO DE GAITÁN

Los años anteriores al 9 de abril de 1948, y los posteriores también, han sido recreados magistralmente con base en testimonios recogidos por Arturo Alape entre personas que estuvieron cerca al caudillo liberal Jorge Eliécer Gaitán.¹⁵ Con el fin de ir delineando el contexto político de aquellos años, situémonos en los días previos a la renuncia del presidente Alfonso López Pumarejo, en agosto de 1945. Gobernaba en su segundo periodo, el Partido Liberal estaba dividido y había un enorme descontento tanto entre los liberales como entre los conservadores. Gaitán lideraba una campaña para desprestigiar al gobierno de López, y se enfrentaba a Gabriel Turbay, un político liberal con grandes expectativas de ser presidente, pero sin la popularidad y el carisma de Gaitán.

Ante la orfandad creada por la renuncia de López, los liberales pobres empezaron a ver en Gaitán al auténtico representante de sus intereses, y Gaitán comenzó a capitalizar ese descontento: pronunciaba frases que hacían eco en los oídos del pueblo, como aquella que decía que el hambre no era ni liberal ni conservadora. Según Daniel Pécaut,¹⁶ Gaitán consideraba imposible una verdadera relación social en Colombia, pues para él tanto el pueblo como la oligarquía eran exteriores a lo social. El pueblo quedaba fuera, debido a causas biológicas y raciales como la desnutrición, el alcoholismo y la falta de higiene; mientras que la oligarquía representaba un poder absoluto que también

.....
¹⁵ Un recuento testimonial de gran valor fue publicado por Arturo Alape, bajo el título *El Bogotazo: memorias del olvido* (1983).

¹⁶ Véase Pécaut, citado por González, *Poder y violencia en Colombia*, 277.

era externo a la sociedad. Debido a esta escisión estructural, el encuentro entre el pueblo y la oligarquía no podía ser diferente a una confrontación arcaica entre un pueblo despojado de toda cualidad y una oligarquía que dominaba por completo el espacio de las representaciones.¹⁷

Lo que lanzó a Gaitán al estrellato fueron sus viernes culturales en el Teatro Municipal en Bogotá, una especie de rito donde él oficiaba como gran orador que era. Las multitudes que se aglomeraban alrededor del caudillo comenzaron a ser percibidas como algo peligroso por parte de las élites, y así lo relata María Teresa, quien durante su infancia estuvo muy cerca de la hija de Gaitán:

Antes de que lo mataran, Gaitán era para los liberales de la clase alta un indio de lo peor, como un Petro de hoy en día. No sé por qué se me hace tan por el estilo. Mi abuelo decía que en esa época había un Turbay que era candidato a la Presidencia cuando entonces surgió Gaitán. Yo estudiaba piano en esa época, y mi profesora de piano se llamaba Paulina, era del conservatorio, pero me iba a dar clases a mi casa, en este piano que está acá. La hija de Gaitán y de Amparo, así se llamaba la señora de Gaitán que era gente “muy bien”¹⁸ de Medellín, era amiga mía por lo del piano, porque a ella le gustaba el piano y a mí también. Yo oía en mi casa siendo muy niña que mi papá odiaba a Gaitán, no, era mi abuelo el que odiaba a Gaitán. Eso que decía Gaitán, “a la carga”, eso era

.....
¹⁷ *Ibid.*

¹⁸ Algunos modismos bogotanos describen a las familias que eran consideradas de alcurnia con las siguientes palabras: “gente muy bien” y “gente divinamente”.

para él lo peor que existía. Lo veía como una amenaza, la amenaza del comunismo en Colombia.

Yo estudiaba piano con la misma profesora de la hija de Gaitán, y un día la profesora mía, que era una mona que tocaba piano divino, me dijo: “Vamos a hacer un intercambio: hoy te hago la clase aquí en tu casa, invito a Gloria y después hacemos la clase en la casa de Gloria”. Bueno, me pareció normal. Yo un buen día, no sé por qué, pues en la mesa de mi casa era así, pues éramos 12 personas, llegué tarde a la comida. Mi abuelo estaba sentado en la esquina. En esa época uno no se tuteaba con su abuelo, le decía “sumercé”, y los abuelos le decían a uno de usted. Entonces mi abuelo me preguntó: “Teresita, ¿por qué llega usted tan tarde a la comida?”.

Y yo le dije, “Papá —yo le decía a mi abuelo papá—, porque estaba en la clase de piano en casa de Gloria Gaitán”.

“¿Cuál Gloria Gaitán?”, preguntó mi abuelo.

Cuando yo dije Gloria Gaitán, él se echó para atrás, tiró la silla y dijo “¿cuál Gloria Gaitán?”.

Entonces yo le dije, es que yo estoy tomando clases de piano de vez en cuando en la casa de Gloria, la hija de Jorge Eliecer Gaitán.

Y él me dijo, “de aquí en adelante usted nunca vuelve a pisar esa casa, nunca”.

“Sí, señor”, le dije yo, pero sin saber por qué.

Yo era una niña muy niña, tendría unos 8 años, pues sí, porque yo tenía 9 años cuando el 9 de abril, ¿cierto? Nací en el 38, yo tendría entonces unos 8 años. Si uno no entendía lo que le mandaban los papás, tenía que quedarse callado. Nadie explicaba nada, no, había que comer callado. Se acabó la comida de ese día, todo el mundo se levantó, dijo hasta mañana, todo el mundo se fue a su habitación. Entonces yo le pregunté a mi mamá: “¿Qué es lo que pasa?”.

Y ella me dijo: “Mija, no puedes volver a la casa de Gloria Gaitán”.

Y yo le dije: “¿pero, por qué, mamá?”.

Y ella me respondió: “porque el papá de Gloria Gaitán es Gaitán y en esta casa no se puede nombrar a Gaitán porque es el candidato del pueblo”.

El diálogo anterior podría tener lugar en la Sudáfrica del *apartheid*; pero no, ocurrió en el seno de una supuesta sociedad democrática. Ese tipo de diálogos tenían lugar en muchas de las casas de la gente de clase alta bogotana. Los sentimientos y los prejuicios de clase son algo que se hereda y, muchas veces, los niños no comprenden el porqué de su existencia, pues provienen de los padres, y para los menores nunca hay explicaciones. María Teresa nunca entendió por qué le prohibieron tomar clases de piano con la hija de Gaitán:

Yo no veía nada especial en la casa de Gloria Gaitán. Yo veía un señor que llegaba, se metía en el primer piso y cuando nosotros estábamos en plena clase, saludaba

“buenas, buenas”, y no más. Yo no veía nada malo. La mamá era una señora “distinguidísima”; además, Amparo era una mujer muy bonita, una señora igual a la gente de mi casa. Yo no veía la diferencia. Pero de ahí nunca más pude volver a ver a Gloria, ni siquiera verla, increíble. Ella me llamaba y me decía: “¿no vas a volver a la clase?” y yo cómo le decía. Nunca nos volvimos a ver, nunca, jamás.

MATARON A GAITÁN

El viernes 9 de abril de 1948, Jorge Eliécer Gaitán, jefe del Partido Liberal y admirado líder político, estuvo en su oficina desde muy temprano, recibiendo a las personas que fueron a felicitarlo con motivo del notable triunfo profesional que había logrado la noche anterior en la defensa del teniente Cortés Poveda.¹⁹ A la una de la tarde, atendiendo una invitación del doctor Plinio Mendoza Neira, abandonó sus oficinas para ir a almorzar a un restaurante, en compañía de un grupo de amigos. Al salir del Edificio Agustín Nieto, que estaba situado sobre la carrera séptima, un sujeto joven, pálido y sucio que estaba esperando le hizo tres disparos, que le produjeron dos heridas en la espalda y una en la base del cráneo. El asesino retrocedió haciendo un nuevo disparo mientras los amigos del jefe liberal —todavía no repuestos de la

¹⁹ El 12 de octubre de 1938, el teniente Jesús María Cortés Poveda asesinó de dos balazos al periodista Eudoro Galarza, Eudoro Galarza Ossa, quien dirigía *La Voz de Caldas*. Diez años después, el teniente Cortés fue defendido por Jorge Eliécer Gaitán en una audiencia que tuvo lugar en Bogotá. En la que fue la última defensa que hizo, Gaitán obtuvo la absolución para el teniente Cortés. Esto ocurrió a las dos de la madrugada del 9 de abril de 1948, el día en que asesinaron a Gaitán.

sorpesa— depositaron al herido en un taxi y lo condujeron a la Clínica Central, la más próxima al lugar del atentado. Era la una y cuarto de la tarde... A pesar de los esfuerzos hechos por los médicos, a la una y cincuenta y cinco minutos el corazón de Jorge Eliécer Gaitán, el más querido del pueblo, dejó de latir.²⁰

Es posible que fueran algunos mandos medios y no los de arriba los que azuzaron a Juan Roa Sierra para que se parara con el Smith & Wesson calibre 32 en el bolsillo, sobre el andén de la séptima, al lado de la oficina del caudillo, para esperar a que saliera a la una de la tarde a almorzar. Pero no lo sabemos.²¹

No lo sabemos y nunca lo sabremos, porque así ocurre en Colombia donde han muerto asesinados centenares de líderes, cuyos crímenes han quedado en la impunidad. El relato anterior tiene tintes épicos y podría describir el asesinato de cualquier héroe contemporáneo que muere abatido por las balas de un homicida. A los pocos minutos de ocurrido el magnicidio, las calles del centro de la ciudad comenzaron a llenarse de personas airadas que, valiéndose de piedras y palos, apedrearon automóviles, rompieron vidrios de las vitrinas de los almacenes, incendiaron los tranvías y asaltaron las ferreterías en busca de instrumentos cortantes, picas, machetes, y todo lo que pudiera servir para vengar la muerte del líder inmolado. Esa masa humana enardecida se desparramó por todo el centro de la ciudad como un vendaval arrollador. Sin embargo, contrario a lo que muchos han sostenido, esta no era una masa humana ciega que iba arrasando con lo que

.....
²⁰ Descripción tomada de la revista *Cromos*, 8 de mayo de 1948.

²¹ Véase Braun, *Mataron a Gaitán*.

encontraba a su paso. Por el contrario, sus objetivos eran bien claros, pues atacaron las oficinas del Capitolio Nacional, donde se había instalado parte de la infraestructura de la Novena Conferencia Panamericana, que por esos días tenía lugar en Bogotá; el Palacio de San Carlos, que era, por ese entonces, la sede del Gobierno nacional; la Nunciatura Apostólica y el Palacio Arzobispal, donde tenían asiento las máximas autoridades católicas; el Palacio de Justicia y la sede de la Procuraduría General de la Nación, y las sedes de los ministerios de Gobierno y Educación. También atacaron e incendiaron el periódico conservador *El Siglo* y el Hotel Regina, donde tenían lugar los bailes de gala de la clase alta bogotana.

La asonada estuvo protagonizada por partidarios de Gaitán que habitaban en los barrios pobres cercanos al centro de la ciudad y que, de manera espontánea, se volcaron contra las instituciones y los símbolos del poder en la ciudad; una retaliación con sabor a odio de clase. Como parte de la arremetida violenta de liberales y gaitanistas, también fueron destruidos numerosos edificios de la Calle Real y del barrio San Victorino, donde estaban ubicados almacenes y residencias de la “gente bien” de Bogotá. El paroxismo duró treinta y seis horas interminables, después de las cuales el centro de Bogotá quedó reducido a cenizas y a ruinas humeantes.

Jorge Eliécer Gaitán era un caudillo liberal con gran ascendiente entre los sectores populares. Los políticos liberales y conservadores, que fueron sus contemporáneos y rivales, lo percibían como un peligro por su enorme caudal de votos, a pesar de que no contaba con el aval del liberalismo oficial. A través de su brillante oratoria, Gaitán incitaba a las masas populares a que se reunieran en grandes manifestaciones callejeras que llenaban calles y plazas. Y no solo eso, las familias liberales que simpatizaban con su causa escuchaban fielmente sus discursos por la radio y de

viva voz en el Teatro Municipal, que se llenaba cada viernes hasta reventar. Mediante su oratoria, Gaitán invitaba al pueblo a que se levantara contra la “oligarquía” de ambos partidos, convocatoria que hacía estremecer a los jefes tradicionales de ambos partidos políticos y a sus seguidores. Tal y como lo afirma Daniel Pécaut, mediante dicha convocatoria Gaitán ponía en entredicho los signos políticos y se situaba por fuera de la división partidista que escindía al país desde su constitución como república.²² Gaitán y el gaitanismo encarnaban, de diversas maneras y con diferentes intensidades, el miedo al pueblo que siempre han sentido las élites en Colombia, un miedo atávico a cualquier manifestación de disenso, insurrección o rebeldía popular.

EN LAS FINCAS SE ASOMÓ LA VIOLENCIA

Fue en las fincas de tierra caliente donde los bogotanos de la clase alta tuvieron contactos y encuentros, fugaces y esporádicos con los protagonistas rurales de La Violencia. No fue necesariamente un contacto directo, sino más bien indirecto, a través de los relatos de los trabajadores y empleados que trabajaban en las fincas, cuidando el ganado o cogiendo café. Lola, una mujer bogotana nacida en épocas de La Violencia, recuerda esos encuentros:

Mi papá era un abogado bogotano a quien le gustaba irse de cacería al Tolima. Para unas navidades había alquilado una finca en Ambalema, Tolima, donde pasaríamos las vacaciones del colegio; el lugar era parte del territorio

.....
²² Para un análisis sobre el populismo y la figura de Gaitán, véase Pécaut, “El populismo gaitanista”, 362 y ss.

por el cual deambulaba un famoso y temido “bandolero”²³ liberal. El ambiente en la zona estaba impregnado de historias de terror que corrían de boca en boca, entre los habitantes de pueblos y veredas. Días antes de salir de viaje, algunas personas le dijeron a mi papá que la zona era muy peligrosa y que era mejor no viajar. Pero temerarios e ignorantes como buenos ciudadanos, nos fuimos para Ambalema con los nietos de un expresidente conservador muy amigo de mi padre. La finca tenía una casa colonial enorme, con gruesas paredes de bahareque y ventanas pequeñas que estaban tapadas con angeo para controlar la plaga de mosquitos.

Los techos de la casa eran muy altos y en la noche volaban unos enormes murciélagos que nos llenaban de terror. Nos alumbrábamos con lámparas de querosene y cenábamos en la enorme cocina, junto con los trabajadores y las empleadas de la finca. Allí, al calor de las velas, los niños y las niñas que pasábamos vacaciones oímos por primera vez hablar de la “chusma”, de los “chulos”, de los “cortes de franela”, y de cuerpos incinerados. Los trabajadores contaban unas historias aterradoras que nos dejaban sin habla; una atmósfera de terror se generaba cuando los campesinos se las contaban entre ellos. Ese terror y la fascinación que me producían las historias de violencia me habrían de acompañar durante toda mi vida.

²³ El término *bandolero* lo han utilizado muchos analistas para referirse a los liberales y conservadores que se armaron y se organizaron para defenderse de sus enemigos durante La Violencia. Sin embargo, algunas de las mujeres entrevistadas para esta investigación no están de acuerdo con este, y menos cuando se utiliza para referirse a quienes ellas consideran luchadores populares y no bandidos.

Una noche, serían las ocho, estábamos adultos y niños en una zona abierta de la casa que daba a un enorme potrero, era la zona social donde los mayores tomaban whisky y conversaban mientras los niños jugábamos cartas y monopolio y a veces a las gambetas y a las escondidas. De repente, el guardaespaldas del hijo del expresidente le dijo al oído a su patrón que habían visto unas luces más allá del potrero y que después de brillar un rato estas se habían apagado. Hubo pánico, los adultos sacaron las escopetas de cacería y algunos revólveres y a los niños nos mandaron a escondernos debajo de las camas, en el último de los cuartos, a oscuras. Escondida debajo de esa cama, supe lo que era el terror que paraliza y no te deja llorar, la premonición de que algo terrible ocurrirá. Allí estuvimos durante varias horas hasta que los adultos comprobaron que todo había sido una falsa alarma y nos dejaron salir.

Yo me fui inmediatamente a la cocina a averiguar qué había pasado y me encontré con que todos los trabajadores habían salido corriendo para el monte y no volverían sino unos días después. Preguntando qué había pasado, supe que los trabajadores habían huido porque había llegado la “chusma”, y por ello sus vidas corrían peligro. Esa palabra, que oí por primera vez en aquellas extrañas circunstancias, me puso en contacto con el mundo real de La Violencia.

Lola recuerda otro episodio de su niñez que le reveló el abismo que yacía entre ella, una niña bogotana de familia acomodada, y los campesinos que deambulaban borrachos por los pueblos los días de mercado y que gritaban a voz en cuello “vivas” y “abajos”

a sus partidos políticos. Ella recuerda especialmente la escena que le tocó ver siendo niña en el pueblo un domingo, día de mercado:

Otro pasaje que se me pegó y me ha acompañado toda la vida fue el día que Anabela, la empleada de la finca de Ambalema, me invitó para que fuera con ella al mercado. Nos fuimos a caballo con uno de los vaqueros de la finca, en medio de un calor asfixiante. Yo iba feliz, montada en mi caballo, hasta que llegamos al pueblo y nos bajamos y amarramos las bestias, como les decían allá a los caballos.

El mercado era un sitio más bien sucio donde vendían frutas y verduras en medio de nubes de moscas negras y de mosquitos que ululaban y picaban como el demonio. El piso del mercado era resbaloso, porque estaba forrado de cáscaras de plátano. El mercado estaba rodeado por calles estrechas donde había cantinas y bares de los cuales salía una música destemplada, una música que parecía de 78 revoluciones pero tocada a 45. Solo se veían hombres, solo hombres que orinaban parados en un sitio que olía muy feo.

Yo estaba allí parada cuando vi a un hombre borracho salir de una de las cantinas dando tumbos. Me dio miedo y me agarré del delantal de Anabela. El hombre se vino hacia nosotras gritando con una voz monótona y gutural, “viva el Partido Liberal, hijueputas”, “abajo godos, abajo el Partido Conservador” y así gritaba hasta que lo tuvimos en frente. Tenía una mirada vidriosa y atravesada que nunca olvidaré y un tufo agrio salía de su cuerpo. Ese sonido de su voz, una voz casi mecánica, me pareció un llamado del más allá.

Y así fue porque de repente salieron dos hombres de otra de las cantinas con machetes en la mano y se abalanzaron sobre él. Todo ocurrió a unos pasos de donde estábamos nosotros y desde ese momento en adelante fue tal el terror que sentí que dejé de oír los sonidos y las cosas empezaron a pasar en cámara lenta, como si fuera una película muda. El borracho sacó su machete y comenzó a dar sablazos a diestra y siniestra, sin atinarle a nada, mientras que uno de los dos hombres, que al parecer no estaba borracho, le pegó un machetazo en el hombro. Una lengua rosada fue lo que vi, una lengua que se movía al ritmo en que se movía el borracho que seguía mandando sablazos. La gente miraba y nadie decía nada y yo, ahí parada, sentí pánico ante el espectáculo, sin entender qué sucedía. Anabela me jaló, en realidad me arrastró hasta donde estaban los caballos y nos fuimos de allí, alejándonos del sonido del chocar de los machetes de regreso a la finca. Esa noche le pedí a Anabela que me explicara qué había pasado y su respuesta fue: “Se lo buscó, ¿pa’ qué se puso a gritar así? No ve que el mercado queda en un barrio de godos?”.

CAPÍTULO III

La violencia, una enfermedad que aqueja a la nación

*Corremos y corremos con rumbo que nos parece ser el
de la civilización, y cuando vamos a tomar la altura,
hallamos que hemos estado andando sobre un témpano
flotante. Solo la energía puede hacernos superar la
violencia de las fuerzas que nos arrastran en sentido
inverso del rumbo que queremos seguir.*

Citado en Zandra Pedraza, *En cuerpo y alma: visiones
del progreso y de la felicidad*

El párrafo anterior resulta muy apropiado para introducir este capítulo del libro. Aunque fue enunciado en el siglo XIX, viene al caso para la Colombia del siglo XX y quizá para la del siglo XXI también. Se trata de una descripción en la cual los colombianos parecemos tratando de ejercer un movimiento vertiginoso hacia arriba —¿hacia el progreso, quizá?—, movimiento que se ve frustrado por otro de carácter inercial que nos jala hacia abajo

y nos desvía del rumbo que buscábamos alcanzar. Como si se tratara de un sino trágico, la figura arriba descrita habla de la imposibilidad de alcanzar el progreso, una imposibilidad que se plantea en algunos textos y discusiones que se tuvieron en tiempos decimonónicos, cuando en Colombia imperaba el pesimismo racial y se hablaba de eugenesia. Mi interés por la mencionada figura radica en que me permite establecer una analogía con la figura del ángel de la historia que mira hacia atrás y solo ve ruinas mientras es arrastrado contra su voluntad por el viento del progreso. Resulta sugestivo comparar los dos movimientos que se insinúan en ambas figuras, pues ambos pueden verse como metáforas de la historia.

En primera instancia, el ángel de la historia se aleja de algo sobre lo cual clava su mirada mientras es empujado por el viento del progreso; su rostro está vuelto hacia el pasado y en lo que nosotros percibimos como una cadena de acontecimientos, él ve una catástrofe única que arroja a sus pies ruina sobre ruina, amontonándolas sin cesar. El ángel quisiera detenerse, despertar a los muertos y recomponer lo destruido, pero el huracán del progreso que sopla desde el paraíso lo arrastra irresistiblemente hacia el futuro.¹

En el caso de la metáfora arriba enunciada, en la que corremos y corremos buscando la civilización, algo nos atrapa —¿la barbarie, quizá?—; pero en ningún momento miramos hacia atrás —como lo hace el ángel— para tratar de entender que nos atrapa, que nos sujeta y no nos deja volar. Es el propio instinto el que nos empuja hacia adelante mientras una fuerza inercial nos ancla, ¿al pasado y presente de barbarie?, y no nos deja avanzar. Lo que allí se insinúa es un movimiento que resulta

¹ Véase Benjamin, *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*; Echeverría, “El ángel de la historia y el materialismo histórico”, 24.

contrario al del ángel de la historia, quien es empujado en contra de su voluntad por una fuerza externa a él mismo, el viento del progreso. En cambio para quienes corremos y corremos buscando la salvación, el futuro parece existir bajo la forma de una promesa, la civilización; es más bien la barbarie, de la cual huimos, la que nos detiene y nos ancla a un pasado que no reconocemos como propio.

Ahora bien, si examinamos La Violencia de cerca, a través de los relatos de las mujeres que la vivieron, podemos percibir en estos una constante sensación de peligro, una búsqueda de salvación, una necesidad de dejar atrás lo que las atrapa y no las deja avanzar. No hay en ninguno de los relatos un intento por detener la carrera para tratar de entender, como lo haría el ángel de la historia que se siente tan perturbado por las ruinas que va dejando a su paso. No, antes bien, corremos y corremos buscando zafarnos de ese peso muerto que nos jala y no nos deja volar. Pensando en el caso colombiano, si el ángel de la historia transitara por entre las ruinas que dejó a su paso La Violencia, podría ser testigo de la catástrofe, mas no podría reclamar su representación porque dada la idiosincrasia que nos caracteriza como país desmemoriado, nunca miraría hacia atrás y si lo hiciera, no reconocería como propio ese pasado que yace en ruinas. Solo buscaría salvarse y para ello tendría que zafarse del peso muerto que lo arrastra; pero, sobre todo, porque en su loca carrera poco le importarían los demás que también corren con él.

Antes de morir asesinado en Bogotá, Jorge Eliécer Gaitán había pronunciado aquella frase que selló la identificación entre su persona, sus ideas, y sus partidarios “Yo no soy un hombre, soy un pueblo”. Al matar a Gaitán habían herido de muerte no solo a su familia y a sus seguidores, los gaitanistas, sino a miles de liberales colombianos que se identificaban con sus ideas. Ese brote violento del pueblo que se inició en la capital a raíz de su

muerte, donde se le conoce como *El Bogotazo*, se propagó posteriormente por diferentes regiones del país e instauró lo que en Colombia denominamos con el eufemismo de *La Violencia*. Un periodo infame que duró más o menos diez y seis años y cuyo solo nombre nos remite inmediatamente a cientos de masacres, a quemas de pueblos, a persecuciones partidistas, a cuerpos desmembrados y a la conformación de autodefensas campesinas y guerrillas armadas, pero sobre todo nos remite a los doscientos mil muertos anónimos, cuyos cuerpos quedaron tirados en campos y veredas.

En este texto considero el asesinato de Gaitán no como un evento crítico, que lo es sin lugar a dudas, sino como el síntoma de una enfermedad que aqueja a la nación desde sus orígenes. Una enfermedad que se manifiesta en el asesinato recurrente de sus líderes, una práctica que se ha venido repitiendo desde el siglo XIX, a lo largo del siglo XX y en los albores del siglo XXI, y por medio de la cual se han silenciado para siempre las voces de miles de personas que han disentido con el régimen político y el estado de las cosas. Tal parece que no solo nosotros, los colombianos, corremos y corremos en busca de la civilización; pero la barbarie no nos deja levantar vuelo. La nación también adolece de esa misma enfermedad que se manifiesta bajo la forma de un vacío de carácter fundacional, una especie de *pathos* que regresa una y otra vez y que, a mi manera de ver, explicaría no solo la violencia crónica que circunda muchos ámbitos de la vida nacional y que ha terminado por naturalizarse, sino diferentes aspectos de la conflictiva historia colombiana.

La Violencia no fue una guerra convencional, ni enfrentó ejércitos constituidos. Fue una confrontación entre diversos bandos, entre los que predominaron liberales y conservadores, y tuvo como escenario la provincia, a lo largo y ancho del país. Por sus características, recuerda más bien las guerras étnicas en

las que los grupos adversarios se liquidan sin piedad. No en vano Daniel Pécaut habló de “subculturas” para caracterizar a los partidos tradicionales colombianos.² Durante esos años la historia del país cambió para siempre y dio un viraje cuyas consecuencias aún se sienten; por ello, no es exagerado decir que La Violencia es un parte aguas de la historia reciente del país. Aunque ha sido un periodo muy estudiado y quizá sobrediagnosticado por las ciencias sociales, y muy a pesar de sus dimensiones y de las atrocidades cometidas, se trata de un vacío de humanidad muy profundo que encierra memorias en ruinas, sepultadas bajo inmensas capas de desmemoria y olvido.

Durante los años que duró La Violencia, y en las décadas posteriores, se fue conformando entre la gente impactada por esta, lo que podría considerarse como un *palimpsesto* de experiencias traumáticas, un fenómeno que acompaña a los conflictos prolongados y que consiste en la acumulación continua de experiencias violentas en la memoria y en la psiquis de la gente, y a lo largo de muchos años. Ese proceso de acumulación de vivencias traumáticas en personas cuyas vidas quedaron truncadas o tuvieron que reinventarse es algo que ha caracterizado la historia reciente colombiana.

Pero ¿qué pasa en el alma de los seres humanos cuando se ha perdido aquello que convierte a los seres humanos en seres humanos?, se pregunta el escritor húngaro Sándor Márai en uno de sus últimos libros. Esa misma pregunta me la he hecho tantas veces a lo largo de los últimos treinta años, desde que comencé a interesarme por el estudio de La Violencia y todavía no hallo la respuesta. En este libro he querido indagar acerca de los avatares de la condición humana entre personas que se han visto

.....
² Véase Pécaut, *Orden y violencia: Colombia 1930-1952*; Uribe, “Dismembering and Expelling”; Uribe, *Antropología de la inhumanidad*.

sometidas a grandes dosis de sufrimiento como resultado de la guerra y la devastación que esta va dejando a su paso. Entiendo por condición humana algo que no deriva de definiciones teóricas de alcance universal, sino que emana directamente de las condiciones materiales y concretas en que viven los seres humanos, que para el caso colombiano resultan ser violentas. Se trata, por lo tanto, de un objeto de estudio que solo puede abordarse a partir del contacto cara a cara con los dolientes, y a partir de la escucha de sus testimonios y narraciones.

Cuando se aborda el tema de la condición humana y del sufrimiento en escenarios de guerra, uno de los aspectos más complejos, dramáticos y desconocidos es el de la crueldad inherente a la guerra, la deshumanización que tiene lugar antes, durante y con posterioridad al asesinato, al desplazamiento forzado, a la desaparición o a cualquiera de las catástrofes humanas inherentes al conflicto. Durante esos procesos, desconocidos muchos de ellos en sus particularidades, el ser humano es puesto a prueba de formas inimaginables y es precisamente desde allí desde donde pretendo narrar la historia de dos mujeres campesinas que a lo largo de su vida han visto acumularse capas y capas de experiencias violentas: me refiero a Leonor y a Teresita, cuyos relatos aparecen en los capítulos finales de este libro.

En su texto sobre el narrador, Walter Benjamin advierte con estupor que los soldados que pelearon en la primera guerra mundial regresaron enmudecidos del campo de batalla, más ricos en experiencias vividas pero más pobres en experiencia comunicable.³ Pero no solo los soldados quedan mudos ante el horror, ellos que son actores directos de la guerra; las mujeres que vieron pasar a su lado la devastación, ellas también tienen

.....
³ Véase Benjamin, *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*.

dificultades para comunicar su experiencia. De hecho, algunas de las mujeres que intenté entrevistar para que narraran sus vivencias de La Violencia se mostraron reacias a hablar, a revivir sus recuerdos y prefirieron callar o simplemente llorar. Durante el tiempo que duró la entrevista que le hice a Teresita, su marido, un connotado líder campesino que logró sobrevivir a un atentado que casi lo mata, estuvo todo el tiempo sentado escuchando y comentando con pocas palabras algunas cosas dichas por su mujer. Sus ojos azules inundados de lágrimas me miraron durante todo el tiempo que duró la entrevista. Cuando salí de su casa me invadió un profundo dolor, alimentado por la rabia y la impotencia, y me pregunté ¿qué clase de sociedad es esta que empuja a sus campesinos y líderes naturales a situaciones tan desesperadas?

El silencio y el llanto son elocuentes cuando las palabras no alcanzan para nombrar lo vivido, cuando son insuficientes para dar cuenta de la ignominia, del desaliento y de la injusticia. En la historia desconocida de estas mujeres sobrevivientes radica una posible razón de esperanza en el futuro, pues a través de sus voces hablan los miles de seres humanos que fueron aniquilados durante La Violencia y cuyos recuerdos descansan sepultados por montañas y montañas de olvido. Los secuestros, las masacres, la violación sexual, la desaparición forzada de miles de personas cuyos cuerpos han sido tirados a los ríos o sepultados en fosas comunes, las ejecuciones extrajudiciales, el homicidio y demás modalidades que han caracterizado el conflicto en Colombia, han tenido consecuencias difíciles de comprender para quienes no hemos vivido la guerra en carne propia. Los impactos de la guerra no tienen que ser necesariamente directos para ser devastadores, pueden ser indirectos y sistemáticos, pero imperceptibles para terceros, como los que narran Leonor y Teresita,

dos niñas que crecieron en el campo durante la década de los cincuenta del siglo xx, en un mundo de hombres despiadados e indiferentes a sus necesidades y urgencias, en medio de ataques, asesinatos constantes y exhibición permanente de cuerpos mutilados, escenas cotidianas de La Violencia, como lo atestiguan sus testimonios.

EL TOLIMA, ESCENARIO DE MOVIMIENTOS DEFENSIVOS Y OFENSIVOS

En provincia, el asesinato de Gaitán propició levantamientos espontáneos en varias regiones del país donde había predominio de gaitanistas, que estuvieron acaudillados por líderes locales. Como parte de ese fragor, se conformaron juntas de vecinos en diversas localidades tolimenses, las cuales tuvieron una existencia efímera. Dos de esas localidades son el sur y el oriente del departamento del Tolima; en la primera nació Leonor, y en la segunda, Teresita, las dos mujeres cuyos relatos constituyen la columna vertebral de este libro.

Son varios los departamentos y regiones que a lo largo de los últimos sesenta años han sido azotados por una oleada continua de violencia que se origina en la década de los cuarenta del siglo xx, en medio de una recalcitrante pugnacidad entre liberales y conservadores, y se prolonga durante las décadas de los cincuenta y de los sesenta; continúa en las décadas siguientes con el auge de los movimientos guerrilleros y toma un cariz dramático con el surgimiento del narcotráfico y los grupos paramilitares durante las décadas de los ochenta y de

los noventa.⁴ Sin embargo, entre todos estos lugares se destaca el departamento del Tolima por haber sido escenario de guerrillas liberales y comunistas durante La Violencia y posteriormente de cuadrillas de bandoleros; el Tolima fue también epicentro de la lucha guerrillera de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), y a partir de 1980 sus pueblos y veredas han sido testigos del surgimiento de un nuevo actor armado: los paramilitares.

Al constatar ese proceso ininterrumpido de confrontación política que ha tenido lugar en tierras tolimenses, uno se pregunta, y en medio de tanta violencia ¿cómo han vivido y sobrevivido los hombres, las mujeres y los niños sometidos al imperio del terror? ¿Cómo lograron las mujeres sobreponerse al asesinato de sus maridos, hijos, padres y hermanos? ¿De qué manera la violencia en la que nacieron y crecieron contribuyó a moldear sus vidas? ¿Cómo han percibido las mujeres la violencia permanente que ha impregnado los espacios familiares y sociales? Con el fin de responder algunas de estas preguntas, entrevisté a varias mujeres mayores de setenta años que no hubieran sido protagonistas de los hechos más destacados de La Violencia. Intencionalmente, no busqué a combatientes pues quería entender de qué manera la guerra prolongada afectó la trayectoria vital de mujeres que vieron, oyeron y sintieron pasar La Violencia; me interesaba, ante todo, conocer que dilemas tuvieron que enfrentar a partir de sus experiencias.

.....

⁴ La bibliografía sobre La Violencia es muy amplia y diversa y no le haría justicia si citara únicamente a algunos autores. Por ello remito al lector a la compilación hecha por Carlos Miguel Ortiz, "Historiografía de la violencia".

INÉS, UNA MUJER DEL LÍBANO, HABLA DE LOS SONIDOS DE LA VIOLENCIA

Una de ellas fue Inés,⁵ una mujer que vivió durante muchos años en Líbano, un municipio cafetero y liberal del norte del Tolima que fue colonizado por antioqueños y que se encuentra rodeado por poblaciones conservadoras como Santa Isabel, Anzoátegui, Villahermosa y Herveo.⁶ En el siglo xx, Líbano fue desde los años treinta un bastión gaitanista y ya en 1929 había sido escenario de una frustrada insurrección obrera y sede del partido UNIR fundado por Jorge Eliécer Gaitán, razones suficientes para que se lo identificara como un nido de rebeldes e inconformes. En Líbano se vivió La Violencia como en ningún otro municipio antes y con posterioridad al asesinato de Gaitán, y de ello da cuenta el interesante relato que hace Inés.

El relato de Inés llama la atención por la presencia de elementos sonoros que ella asocia directamente con el terror. En un diálogo que tuvimos en su casa, donde estuvo presente su hijo para ayudarle a recordar ciertos episodios que ella tiene desdibujados por la pérdida de la memoria, Inés detalla lo que fueron las vivencias cotidianas de los liberales en un pueblo liberal acosado permanentemente por los chulavitas, un relato que permite sentir, ver y oler La Violencia:

La tranquilidad empezó a romperse el 9 de abril. Claro que antes hubo muchos amagos alrededor del pueblo del Líbano, en todo lo que fueron caseríos cómo Santa

⁵ Entrevista con Inés, 26 de enero 2013, en su casa de Ibagué.

⁶ Véase Sánchez, *El Bogotazo fuera de Bogotá*, 107.

Teresa, Santa Isabel y Convenio. Sí, recuerdo los brotes de violencia y la llegada de los cadáveres.

El hijo de Inés le pide a su mamá que narre cómo fue la primera vez que supo que había llegado La Violencia al Líbano. Le pide que relate el episodio del cementerio, cuando ella estaba asistiendo al entierro de un dirigente liberal que acababa de ser asesinado. Se trata de una escena arquetípica, pues ha sido común que en Colombia los matones aprovechen los sepelios para rematar a la familia del que acaban de asesinar:

Fuimos a un entierro de un líder que habían asesinado ahí, en pleno pueblo y nos fuimos al entierro. Cuando empezaron a salir detrás de las tumbas los bandidos, a tratar de masacrarnos a nosotros, a todos los que íbamos al entierro. No nos tocaba, y afortunadamente salimos ilesos; pero ahí es donde uno ve como es la vida, no vale nada para esa gente. Uno estaba acostumbrado a llorar el buen morir y ahí veía uno caer gente a los lados de uno y eso que estábamos en el cementerio.

El hijo de Inés aclara quién era el muerto que estaban enterrando:

El muerto era un hombre de apellido Agudelo, un jefe liberal que era carnicero. Primero lo cogió el SIC [Servicio de Inteligencia Colombiano, el antiguo DAS] y le pegó una gran golpiza, luego lo colgaron y lo torturaron y de esa golpiza se murió. Desde luego al entierro fue todo el liberalismo, pero todavía, salvo los brotes que cuenta mamá, no se había presentado La Violencia.

A lo que la madre añade:

Tremendo ese día porque murió bastante gente, ni siquiera supimos cuántos, porque de una vez los fueron echando a las fosas que había abiertas por ahí. Eso es increíble, uno al contar eso le parece que está fabulando, pero lo vivió. Yo quedé muy asustada, claro que sí, pero mi marido no. Él era un joven muy vigoroso y amante de sus ideas liberalizadas, o liberales, no, digamos liberalizadas, me gusta la palabra. La verdad es que a partir de ese momento se rompió esa belleza de imagen que uno tenía de la tranquilidad del pueblo, luego en cada barrio y más en esos barrios donde nosotros vivíamos porque supuestamente éramos una gente diferente. Cuando eso no se hablaba de estrato, sino de la posición de las familias que vivían allá. Nos tocaba turnarnos para vigilar que no nos pusieran las bombas y que no nos atacaran, estoy hablando del Líbano exactamente.

Yo le pregunto a Inés quiénes eran los que atacaban, quiénes eran los que ponían las bombas, a lo que ella responde: “Supuestamente la guerrilla”. Pero su hijo la interpela: “¿No eran los ‘pájaros’, mamá?”. Y ella responde:

Sí, eran los “pájaros”, sí. Eran los que estaban en contra del gobierno y eran bandidos prácticamente, solo que se disfrazaban como ahora, de guerrilleros.

Ante la evidente confusión de Inés, intervengo en la conversación y le recuerdo que los presidentes, durante los inicios de La Violencia, fueron conservadores, Laureano Gómez, Roberto Urdaneta Arbeláez y Mariano Ospina Pérez. Ello con el fin de

que aclare lo que acaba de decir, pues los “pájaros” eran matones conservadores que no estaban en contra de los mencionados gobiernos, como ella asevera. Pero quien responde es su hijo:

Eran gobiernos godos y disfrazaban muchas veces a los chulavitas, a los del sic y a la Policía de guerrilleros para que la gente creyera que eran los liberales los que habían cometido esas masacres, para empezar a buscar una solidaridad hacia ellos. Pero la militancia de la gente era muy clara y sabían que se trataba de un engaño y no les iban a meter gato por liebre.

La madre interviene nuevamente y describe a uno de los chulavitas que asolaron al pueblo:

“El Capador” era el que organizaba todas las muertes de los liberales en el Norte del Tolima. Era un teniente de la Policía retirado. Era un... Como lo denominara yo, un bandido, sí, un bandido de esos sin misericordia de nada, ni de nadie. Creo que mi mente lo borró porque era tan repugnante que no quise grabarlo más en mi mente. Pero lo conocí, desafortunadamente. El rostro sí, era un hombre joven, lo conocí precisamente allá en el cementerio, cuando sepultamos al amigo que fue todo el pueblo y entonces allá nos cogieron y nos abalearon a todos. A esas cosas hay que ponerles un poco de humor para que no lo laceren a uno tanto, ¿no es cierto? Entonces cuando eso ya empezaron los jóvenes liberales a reorganizarse con unos viejos antiguos liberales fuertes que había en esa época, los Agudelo y todos esos. Ellos organizaron al liberalismo otra vez para que se defendiera, porque ya era demasiada la matanza, porque ya Laureano Gómez y

el partido conservador a nivel central habían mandado que exterminaran todo lo que fuera liberalismo.

Es interesante la percepción que tiene Inés acerca del origen del nombre *chulavita*, como si este tuviera origen en el municipio del Líbano, y no en la vereda Chulavita, del norte de Boyacá, de donde provenían estos policías sectarios y ultraconservadores. Según su relato, en Líbano se utilizaba el nombre *chulavita* como sinónimo del terror y lo empleaban los habitantes de este municipio con el fin de alertar a los liberales que venía la Policía:

Los *chulavitas* eran los policías, y nosotros, los del pueblo, fuimos los que los bautizamos así, *chulavitas*, porque era un nombre repugnante. Los *chulavitas* eran personas despreciables; entonces así los pusimos, los *chulavitas* y entonces eso se volvió una clave del liberalismo, que nos sentíamos perseguidos. Los *chulavitas* van para tal parte, los *chulavitas* van para tal otra a exterminar. Entonces uno se escondía o se preparaba.

De eso vivían, como aún ahora, de los secuestros, de las amenazas. Inclusive comenzaron a salir las listas y en las noches el gran terror era que se sintiera la volqueta del municipio, que era la volqueta de la basura. Le sonaban las cadenas y el ruido de las cadenas era mortal, era sentir el tintineo de la muerte. La volqueta era común y corriente, la que cargaba la basura en el municipio, recogía la basura de la ciudad, del pueblo, pero tenía cadenas, porque al bajarle las tapas tiene unas cadenas que se arrastraban contra el piso y sonaban. Ese sonido se nos volvió a nosotros como una campanada de alerta y de terror.

La descripción que hace Inés del sonido de las cadenas nos remite inmediatamente a otros sonidos de La Violencia, como el del “cacho de venado”, que se tocaba en Santander para alertar a la gente de la llegada de la “chusma”. Le pregunto a Inés si el terror que infundía la volqueta era porque ahí echaban los cadáveres de la gente, a lo que el hijo de Inés responde:

No, ahí echaban a los hombres vivos que sacaban de las casas y uno sabía que al que subían a la volqueta, como ganado, era gente que no regresaba, porque la echaban a la quebrada.

El procedimiento era entonces sacar de sus casas por la noche a los liberales, llevarlos en la volqueta hasta el río, matarlos y echar sus cuerpos al agua, con el fin de desaparecer toda evidencia; un procedimiento que ha sido utilizado en Colombia por guerrilleros, paramilitares y narcotraficantes. Desde aquel entonces los asesinos se han valido de los ríos para desaparecer las evidencias de sus crímenes:

A una vecina mía le trató de dar un infarto, y como yo soy versada en la enfermería, entonces yo iba y le ponía sus inyecciones. Varias veces la salvé de que se fuera, porque le llamaba rápidamente al médico y el médico venía. La señora me cogió mucho cariño, pero el hijo de ella era un temible, era un policía, un chulavita.

El hijo complementa lo dicho por su madre, añadiendo dos calificativos más para describir al sujeto, el de *pájaro*, lo que no viene al caso, pues esa palabra corresponde a los matones conservadores del Valle del Cauca, y el de *sapo* o señalador. El policía al que se refiere Inés era considerado un “sapo”, pues al

pertenecer a la comunidad, conocer a sus integrantes y sus filia-
ciones políticas, le resultaba fácil señalarlos y delatarlos: “Era un
‘pájaro’; era el que señalaba quiénes se morían y quiénes subían
a la volqueta”. La madre aclara y, de paso, describe cómo los so-
nidos de La Violencia estaban naturalizados, pues hacían parte
de la cotidianidad:

Pero yo no sabía eso, y cuando atendí a la mamá, yo lo
hacía con todo el mundo. Cuando me tocan a la puer-
ta, venían a sacar a mi marido de ahí; nosotros los dos
éramos muy jóvenes, apenas teníamos la criatura y en-
tonces nos avisábamos. Como las casas eran de madera,
las paredes eran de madera entonces teníamos señales,
tantos golpes vienen tantos o ya vienen, o si no, era el
sonido de la volqueta, la cadena de la volqueta. Eso era
pavoroso, pero después, como todo en la vida de un ser
humano, nos acostumbramos. Uno se acostumbra porque
toda acción humana tiene sus características como esa,
sonaba la cadena y entonces nosotros sabíamos que ahí
iban a echar los muertos en la volqueta y cuántos amigos
caerían entonces. Era la cotidianidad obligada y al otro
día salíamos a la puerta todas las mamás, todas las amas
de casa, y preguntábamos, ¿quién falta? ¿A quién se lle-
varon?, y entonces empezábamos a hacer el inventario.
Después nos tocó hacer guardia a nosotras mismas y
teníamos claves como cualquier guerrilla y nos parecía
muy natural, muy corriente podernos comunicar así
para evitar que se nos llevaran los hijos o los maridos,
pero fue terrible eso.

El hijo interviene y le recuerda a su madre que el hijo de la veci-
na, el policía chulavita, nunca la saludaba, ni se metía con ella;

tampoco le daba las gracias por las atenciones que tenía con su mamá cuando estaba enferma, y añade:

Pero cuando llegaron a golpear a la puerta, a él se le despertó la cosa humanística y les contestó: “ese hombre se fue, yo mismo lo vi”. Eso lo dijo para salvar a mi papá en recompensa.

Inés complementa el relato de su hijo:

Mi marido escapó saltando tres paredes, así, tres paredes. Mi marido era muy ágil, por no declararlo héroe, y él se saltó por esas paredes y se fue. Esa fue de la única manera que se fue, huyó y se fue para Armero. De allá nos comunicábamos con los amigos por los toc toc.

Yo le preguntó a Inés y ¿no se llevaban a las mujeres? Y su hijo le pregunta a ella también:

Mamá, pero a las mujeres las torturaban para que confesaran, ¿verdad? Cuando yo le pregunté ¿por qué tantas mujeres tenían pañoleta?, sumercé me dijo “es que les faltan las orejas”. Pues resulta que las cogían para que confesaran dónde estaban los maridos. Los “chulos” perseguían a los que dirigían la resistencia liberal. Ahora sí dije la palabra que es, la resistencia. Entonces resulta que a las mujeres las martirizaban, les cortaban las orejas para que confesaran. Después veía uno a muchas con pañoletas en la cabeza, para que no se les viera que estaban sin orejas. A los que llevaban la talegada de orejas les daban premios y posiciones y todo dentro de la guerra. O sea que podían agarrar a la gente, así no más, como en los falsos positivos...

En el párrafo anterior Inés se está refiriendo a una práctica del Ejército colombiano que asesina ciudadanos y los hace pasar por guerrilleros muertos en combate con el fin de acceder a ciertas recompensas y bonificaciones. Ante ello su hijo interviene y dice lo siguiente:

Como falsos positivos, aunque no tenga nada que ver porque en el Líbano todos tenían militancia. Esos falsos positivos nacieron hace poco. Si la persona era del pueblo decía: “yo no tengo política”, entonces le decían: “usted es godó”, porque el que es liberal dice de una vez, “yo soy liberal”, dice yo soy liberal, así pase lo que pase.

Yo le pregunto a Inés si el hijo de la señora que era su vecina y que ella atendía era un “sapo”, porque llama la atención que no las delatara sino más bien las protegiera:

El policía, no, al contrario. Él nos salvó muchas veces, a muchos amigos. Seguramente con otra gente era “sapo”, pero con nosotros no fue así. ¿Por qué él fue así? Porque yo atendí a su madre cuando estuvo enferma, era mi vecina y en ese tiempo había esa solidaridad; ahora usted no tiene vecinos en ninguna parte ¿o sí?

El hijo explica las limitaciones que tenían los liberales para movilizarse dentro y hacia afuera del municipio:

Hay un momento en el Líbano en que no dejaban salir a los liberales porque los querían masacrar a todos. Mi papá estaba en Armero, se fue por el monte con un revólver viejo que le había regalado mi abuelo de la Guerra de los Mil Días y un machete recortado y afilado para

defenderse. Se fue con dos amigos por el monte y media botella de aguardiente atrás y en Armero se fue donde mi tía Belén, a buscar la manera de sacar su familia adonde no nos persiguiera la muerte y el miedo. Pero mi mamá tuvo que salir de una manera clandestina.

Inés interviene y complementa lo que está diciendo su hijo:

Pues resulta que fueron varias veces en la noche con la volqueta a buscar a mi esposo Pablo. Qué lástima, no tengo la foto conmigo, yo tengo la foto en la habitación y cuando estoy sola converso mucho con él. Llegaba la volqueta, llegaba por los hombres, y cuando llegaron preguntaron: “¿Pablo vive aquí? ¿Quién vive aquí?”. Pues fulana de tal y fulano de tal. Yo tenía unos vecinos que eran ultragodos, pero nos querían mucho, ellos eran los que nos cubrían cuando venían a buscarnos con nombre propio.

Los recuerdos auditivos sobre la violencia son experiencias sensoriales traumáticas que nunca se olvidan. Actualmente, en la costa pacífica colombiana los paramilitares llegan en canoas con motores fuera de borda, y el sonido del motor fuera de borda es la señal de que se aproxima la muerte. En Líbano el terror estaba encarnado en las cadenas que arrastraba la volqueta del aseo del municipio.

El hijo de Inés cuenta que una vez llegaron los godos a requisar su casa y que su papá le había dejado el revólver a su mamá:

Sí, pues, él me dejó el revólver porque estaban requisando, entonces yo lo cogí. Era un revólver treinta y ocho largo, divino. Pues teníamos en esa época una sala que

tenía cojincitos sobrepuestos y llegaron a revisarme la casa. Yo lo único que hice fue sacar el revólver, ponerlo debajo del cojín del asiento y sentarme encima. Cogí a mi muchacho y me lo senté encima. Que venimos a requisar, dijeron, y yo les respondí: “bien puedan, sigan”. Yo vivía con una familia goda pero como los liberales decían que ellos nos estaban encubriendo, así fue que le salve el revólver a mi pobre marido. De la existencia de ese revólver nadie sabía, absolutamente nadie, porque todo era un secreto que teníamos, una pequeña defensa que nos había mandado el doctor Carlos Lleras. Mi papá inclusive llevó las armas en el automóvil, todas las armas que nos envió el Directorio Liberal para la defensa de los liberales en el Líbano. Nosotros estuvimos involucrados, todavía somos discretos porque uno nunca sabe...

Con la aseveración anterior, Inés pone en evidencia que su familia hizo parte de la resistencia liberal contra los ataques de conservadores y chulavitas, y que dicha resistencia contó con el aval y el apoyo material del directorio del partido:

El Líbano era un foco gaitanista, el Líbano era uno de los pueblos más liberales del Tolima. Gaitán tuvo una novia allá, tengo el apellido de la novia. Él iba mucho al Líbano y allá vivió y un hermano de Gaitán que era librero también vivió allá durante muchísimos años en el Líbano. Y lo mataron ¿no?, en una esquina lo asesinaron. A uno no le daba miedo, le daba ira, porque yo apenas tenía 21 años; entonces me daba esa ira contra esa gente tan malvada y le provocaba a uno como insultarlos, pero uno no los insultaba, pero yo creo que le adivinaban a uno en la cara.

Inés se refiere al odio que los liberales llegaron a sentir hacia los conservadores y sus aliados, los chulavitas por los ataques indiscriminados de los que fueron objeto. Ese mismo odio aparece también en el relato de Teresita en la parte final del libro. La diferencia radica en que cada mujer liberal lo resolvió a su manera y según sus posibilidades. A manera de conclusión, el hijo de Inés dice algo muy interesante respecto a la polarización política que se vivió durante La Violencia:

Mi papá decía, como todos los de su generación, “no hay trago malo, ni godo bueno”, y uno con el tiempo vio que había tragos malos y godos buenos. Pero eso lo aprendió uno muchos años después del sectarismo, porque esa generación mía que creció bajo el miedo y la persecución, todavía conserva por más intelectualizado que uno tenga el proceso, una cierta bronca a los godos, es decir, una cosa atávica.

Y el hijo aclara que esa situación duró hasta el instante en que su mamá le pegó un par de golpes al capó del carro de su papá y le dijo: “He decidido irme del Líbano, ya no es La Violencia; ahora soy yo”.

LIGAS AGRARIAS, RESISTENCIA CAMPESINA Y GUERRILLAS EN EL SUR DEL TOLIMA

El sur y el oriente del Tolima fueron siempre zonas propensas a la rebeldía y al desacato a las autoridades. Años antes de que surgiera la resistencia armada que caracterizó La Violencia, en el sur del Tolima se conformaron numerosas ligas campesinas

y sindicatos agrarios al amparo de varios partidos políticos que venían ejerciendo su influencia entre los campesinos, como el Partido Socialista Revolucionario, la UNIR, fundada por Jorge Eliécer Gaitán, y el Partido Acción Nacional (PAN), entre otros.⁷ Cuando la UNIR se disolvió, algunas de estas organizaciones quedaron adscritas al Partido Comunista. Lo que confluuyó alrededor de todos estos dirigentes campesinos, fue una tradición de luchas agrarias, una marcada antipatía hacia los partidos políticos tradicionales y un sentimiento de injusticia acumulado a lo largo de varios años de infructuosa lucha por la tierra.

Los dirigentes de estos movimientos agrarios tuvieron un papel protagónico en la conformación de la resistencia armada una década después.⁸ Entre ellos estaba Isauro Yosa, un campesino conocido en las filas armadas comunistas unos años más tarde como el “Mayor Lister”, y hubo otros más. Por ejemplo, en un proceso de 1941 se mencionan algunos dirigentes agrarios que venían impulsando la lucha por la tierra en el sur del Tolima. El dueño de una de las haciendas sindicó a varios de estos dirigentes de los mismos delitos que se imputaban a los colonizadores de baldíos, a saber “asociación para delinquir, invasión arbitraria de terrenos ajenos, alteración y destrucción de mojones, hurto de frutos, robos de madera e injurias”. Los acusados en este caso fueron Eliseo Manjarrés o “Melco”, Isauro Yosa o “Mayor Lister”, Raúl Valbuena o “Comandante Baltasar” y Alfonso Castañeda o “Richard”, campesinos que unos años después fueron los organizadores de los primeros grupos armados, entre 1948 y 1953.⁹

.....
⁷ Véase Sánchez, “Violencia, guerrillas y estructuras agrarias”, 143-145.

⁸ Véase Medina, *Cuadernos de historia del Partido Comunista*, 71; Medina, “La resistencia campesina”, 317.

⁹ Tomado de Medina, “La resistencia campesina”, 327.

Estos nombres aparecen frecuentemente citados por Leonor y Teresita, en sus respectivos relatos.

En el sur del Tolima hubo una gran agitación liberal a raíz del asesinato de Gaitán, sobre todo en los municipios de Chaparral, Coyaima y Natagaima. En el corregimiento de La Profunda, los liberales Jorge Vargas y su hijo Hermógenes, conocido como “General Vencedor”, organizaron la resistencia de una forma un tanto tumultuosa.¹⁰ También hubo movilizaciones en la inspección de San José de las Herosas, en La Virginia y en El Davis. Toda la zona se vio asolada por numerosas bandas liberales errantes que se dedicaron a acosar a los conservadores y a expropiarlos del ganado, todo ello acompañado de insultos, amenazas de muerte, requisas y robos; sin embargo, la violencia se concentró en la persecución a los liberales y gaitanistas que se habían rebelado con ocasión de la muerte de Gaitán. También continuó la persecución en contra de los miembros de las ligas agrarias que ya traían la impronta de ser insurgentes.

La arremetida contra los liberales generó, a su vez, unas dinámicas que los llevaron a organizar la resistencia y a conformar diferentes grupos armados en varias zonas del departamento del Tolima.¹¹ Durante La Violencia prácticamente todo el territorio del Tolima se vio envuelto en confrontaciones armadas entre liberales y conservadores, y en múltiples conflictos entre terratenientes y hacendados. Ello dio por resultado un abigarrado panorama de ataques cruzados entre liberales y comunistas y conservadores y policías “chulavitas”, tal como lo deja ver el relato de Leonor, en el que se percibe ese clima de confrontación permanente. En los municipios donde había mayorías liberales,

¹⁰ Véase Sánchez, *El Bogotazo fuera de Bogotá*, 138 y ss.

¹¹ Véase Tafur Pinto, “El movimiento guerrillero y el bandolerismo”.

los chulavitas se dedicaron a perseguirlos, amenazarlos y asesinarlos y a incendiar sus propiedades.¹²

Fue ese clima generalizado de persecución el que llevó a liberales y a comunistas a conformar un amplio movimiento de resistencia en el sur y en el oriente del Tolima, el cual adoptó desde sus inicios la consigna de la “autodefensa” que había sido propuesta en 1949 por el Partido Comunista. El campesino Pedro Antonio Marín, conocido bajo el seudónimo de Manuel Marulanda Vélez, fue miembro del comando central de dicho movimiento y, según él, la simbiosis entre este y el Partido Comunista se cristalizó desde muy temprano.¹³ Entre 1949 y finales de 1953, la resistencia campesina pasó por varias etapas y en la fase inicial los campesinos se agruparon alrededor de algunas familias y se organizaron para defenderse de las comisiones punitivas integradas por conservadores y “chulavitas”. Esta fase corresponde a los años tempranos de La Violencia, durante los cuales tanto el sur como el oriente del Tolima fueron escenario de masacres, asesinatos, saqueos, quema de viviendas y robos continuos llevados a cabo tanto por liberales como por conservadores y “chulavitas”. De hecho, las infancias tanto de Leonor, en Planadas, como de Teresita, en Villarrica, ilustran con detalle la atmósfera de terror que se vivía en pueblos y veredas con posterioridad al asesinato de Gaitán.

Un campesino del sur del Tolima, que posteriormente entró a formar parte de las autodefensas comunistas, se refiere a la manera como los liberales interpretaban la persecución de la que estaban siendo objeto, sin entender que se les perseguía

¹² Véase Uribe, *Matar, rematar y contramatar*.

¹³ Véase Manuel Marulanda Vélez, *Cuadernos de campaña*.

por el solo hecho de ser liberales, una identidad que se heredaba de padres a hijos:

La policía comenzó a matar gente, a los chusmeros que eran liberales, y el pueblo se fue quedando solo. Todavía no se hablaba de grupos armados, la gente era muy noble y caminaba. Cuando la policía llegaba al campo a llevarse a los campesinos, se iban con ellos, los llevaban a la cárcel, a la mayoría los mataban y algunos los soltaban. La gente no sabía por qué se los llevaba. Después fue que se empezó a dar cuenta que era por ser liberales, la gente con el tiempo se fue perdiendo, se fue quedando sola esa vereda, pero la gente no sabía qué era eso del color político, era por herencia, no lo negaban pero en el fondo no sabían que era eso. La familia mía era liberal por la herencia de mi abuelo.¹⁴

Durante los años iniciales de La Violencia, el Partido Comunista ejerció una influencia notoria en el movimiento de resistencia campesina, a la cual se sumó la experiencia acumulada por los campesinos en su lucha por la tierra y en contra de los hacendados. El Partido Comunista aprovechó la coyuntura de movilización social e insurrección posterior al asesinato de Gaitán para enviar cuadros políticos y emisarios que reunieran a los campesinos con el fin de darles instrucción política. En el relato de Teresita se aprecia claramente de qué manera comenzó a penetrar el comunismo en la región de Villarrica, a través de algunos emisarios como Isauro Yosa y “Richard”, enviados por el partido con el fin de organizar la lucha armada en ese municipio. Los cuadros del

¹⁴ Tomado de Moreno Torres, “Campesinos del sur del Tolima”, s. p.

Partido Comunista distribuían propaganda mediante periódicos, hojas volantes y panfletos donde incitaban a luchar contra lo que llamaban la *dictadura de la oligarquía*, insistiendo en las bondades del comunismo soviético. El lenguaje utilizado en este tipo de propaganda política revolucionaria introdujo entre los campesinos algunos términos que les eran desconocidos como *capitalismo*, *falangismo*, *movimiento de masas*, *lucha de clases*, *camaradas*, *revolución*, entre otros.

Las acciones militares y la presión de la fuerza pública en contra del movimiento de autodefensa obligaron a los campesinos a desplazarse y a buscar sitios donde esconderse con sus familias.¹⁵ La forma en que los campesinos hicieron sus desplazamientos se conoce con el nombre de “columnas de marcha”, una práctica que tuvo lugar tanto en el sur del Tolima como en la región de Sumapaz y Villarrica. Por ejemplo, en el sur del Tolima se conformó una “columna de marcha” a finales de 1949 y principios de 1950, la cual estuvo integrada por cerca de doscientos campesinos armados con sus familias.¹⁶ Esa columna se desplazó por varias regiones, por el término de tres meses, y bajo las consignas de luchar a favor de la democracia, por la reforma agraria y contra el imperialismo norteamericano.¹⁷ Después de recorrer varios municipios, los integrantes de la “columna de marcha” se establecieron en un sitio denominado El Davis donde, junto con guerrilleros liberales procedentes del municipio de Rioblanco, conformaron un enclave guerrillero. A El Davis llegó Leonor siendo una niña en compañía de su tío Drigelio y allá permaneció por un tiempo con su familia liberal.

.....
¹⁵ Tomado de González, *Espacios de exclusión*, 44.

¹⁶ Véanse Uribe, “Violencia y masacres en el Tolima”; Tafur Pinto, “El movimiento guerrillero y el bandolerismo”.

¹⁷ Tafur Pinto, “El movimiento guerrillero y el bandolerismo”, 45.

LA DIVISIÓN ENTRE “LIMPIOS” Y “COMUNES” EN EL DAVIS

El Davis fue un asentamiento campesino que estuvo integrado por gente muy diversa, pues allí había líderes agrarios, artesanos, algunos profesores de provincia y, en general, campesinos agraristas que habían llegado procedentes de diversos lugares y que venían huyéndole a la persecución encabezada por conservadores y chulavitas. En su extenso relato, Leonor menciona haber estado en El Davis cuando era una niña, huyendo junto con su familia a la situación de peligro que los circundaba en la localidad, donde vivían en el municipio de Planadas.¹⁸

Con el fin de coordinar las acciones en El Davis sus integrantes crearon un estado mayor conjunto que estaba compuesto tanto por campesinos liberales, conocidos como “limpios”, como por comunistas, conocidos como “comunes”.¹⁹ El grupo de los campesinos “limpios” estuvo integrado por:

- Gerardo Loaiza y sus cinco hijos, un terrateniente liberal procedente del municipio de Rioblanco, donde había organizado la resistencia de los liberales.
- Leopoldo García, “General Peligro”, y su hermano Abelardo, “Terror”, campesinos procedentes del municipio de Herrera. El “General Peligro” se suicidó junto con su esposa Alcira López, en Ibagué, en 1967, cuando debía presentarse en la sexta brigada del Ejército cada dos meses.

.....
¹⁸ Si el lector desea conocer detalles de lo que fue El Davis, puede consultar Matta Aldana, *Colombia y las FARC-EP*; Medina, “La resistencia campesina en el sur del Tolima”.

¹⁹ Tafur Pinto, “El movimiento guerrillero y el bandolerismo”, 334-339.

- Jesús María Oviedo, “Mariachi”, un pastor protestante procedente del municipio de Planadas que fue hostilizado y desplazado por la policía “chulavita” y años más tarde se convirtió en aliado del Ejército con el fin de perseguir guerrilleros comunistas.
- Hermógenes Vargas, “General Vencedor”, quien operaba en el cañón de La Profunda; en 1949 un grupo de policías asesinó a su padre por el simple hecho de ser liberal, hecho que lo llevó a tomar las armas.²⁰
- Efraín Valencia, “Teniente Arboleda”, un jefe liberal que era amigo de “Mariachi” y operaba en el cañón de Las Hermosas y que, en alianza con este, organizó en 1953 una verdadera persecución contra los campesinos comunistas o “comunes”.²¹
- Aristóbulo Gómez, “Santander”, quien tenía su cuartel en Ambeima.

Esa era la denominada “chusma”, que estaba compuesta por campesinos liberales que se la pasaban peleando contra la Policía con el fin de sustraerle las armas. En palabras de un campesino comunista, “la chusma era la guerrilla, la gente que no quiso dejarse matar de la policía así, amarrado, la gente que se rebeló y no se dejó coger, entendían que si los cogían los mataban”.²² Es decir, los “limpios” eran campesinos liberales que optaron por armarse para defenderse y no dejarse matar. Con estos grupos tuvo relación la familia liberal de Leonor, pues su tío Drigelio fue un liberal “limpio” y, además, varios de los nombres de los

.....
²⁰ Tomado de *ibid.*, 55.

²¹ *Ibid.*

²² Dicho por el “Sargento Pascuas” a Moreno Torres, “Campesinos del sur del Tolima”, 10.

comandantes aparecen en su relato. Sin embargo, a pesar de que ella asegura en varias ocasiones que su tío Drigelio era un dirigente agrario y un guerrillero, no fue posible encontrar ninguna referencia histórica a dicho personaje. Gonzalo Sánchez menciona a un tal Drigelio, pero no aparece su apellido, de tal forma que no hay manera de situarlo con precisión.

Por otro lado, estaba el grupo de los campesinos comunistas, o “comunes”, que estuvo liderado por Jacobo Prías Alape, “Charro Negro”, y por Ciro Trujillo, campesinos procedentes del municipio de Natagaima, lo que habla de su origen indígena. Los “comunes” más reconocidos fueron:

- Pedro Antonio Marín, conocido como “Manuel Marulanda Vélez” o “Tirofijo”, campesino originario del municipio de Génova, en Quindío. Marulanda organizó en su juventud una guerrilla integrada por sus primos, con el fin de defenderse de los conservadores. Marulanda fue posteriormente y durante muchos años el comandante de la guerrilla de las FARC.
- Isauro Yosa, “Mayor Lister”, campesino comunista que adoptó su nombre en homenaje a Enrique Lister, un general proletario de la guerra civil española.
- Alfonso Castañeda, “Richard”, campesino comunista que junto con el “Mayor Lister” y otros más, después de la ruptura de El Davis se dispersaron y se fueron a colonizar regiones distantes como Marquetalia, Riochiquito, El Pato y Guayabero, donde instalaron sus campamentos armados.²³

²³ Véase Téllez, *Punto de quiebre*.

Teresita en su relato menciona a algunos de estos comandantes, especialmente a “Richard” y al “Mayor Lister”, quienes fueron los encargados por el partido comunista de organizar la resistencia en Villarrica. Según relata Teresita, “Richard” fue quien le ayudó a cargar a sus hijos pequeños en la larga caminata de la “columna de marcha” de la cual hizo parte.

El abismo que se planteó entre los campesinos agraristas “limpios” y “comunes” no deja de sorprender, pues ambos grupos pertenecían a una misma clase social pobre, que luchaba contra los terratenientes conservadores y la policía chulavita, aliada de estos últimos. Las diferencias entre ellos no eran propiamente ideológicas, aunque obviamente las había; entonces, ¿qué fue lo que los separó y los convirtió en enemigos irreconciliables? Las diferencias entre unos y otros siempre existieron y tenían que ver con las concepciones divergentes que tenían unos y otros acerca de la lucha agraria, del carácter que debería tener la propiedad sobre la tierra, del papel que debía cumplir la mujer en la estructura familiar. Pero quizá la diferencia más importante entre unos y otros tenía que ver con el respeto a la autoridad y la disciplina que fomentaban los “comunes” vs. la indisciplina, la obsesión por matar conservadores y la lucha por la autonomía que defendían los liberales. Los “comunes” estaban interesados en hacer la revolución; mientras que los “limpios” eran amigos del *statu quo* y de los partidos tradicionales y no estaban interesados en armar ninguna revolución. Estas diferencias se fueron profundizando y se volvieron insalvables durante la convivencia que tuvieron “limpios” y “comunes” en el destacamento de El Davis, diferencias que dieron lugar, finalmente, a la fragmentación de este en varios grupos a principios de la década de los cincuenta del siglo xx.

Los “comunes” achacaron la ruptura a la indisciplina y al desmedido personalismo de los “limpios,” a su errada concep-

ción de lo que debería ser la lucha y a la intención que tenían los “limpios” de convertir el proceso insurreccional en un negocio. Los “limpios”, por su lado, acusaron a los “comunes” de intentar imponerle al movimiento de resistencia una orientación con la que no estaban de acuerdo pues rompía la unidad de la familia al involucrar a las mujeres en la lucha armada. Los “limpios” tampoco estaban de acuerdo con la intención que tenían los “comunes” de suplantar las prácticas católicas, tan afectas para los “limpios”, por doctrinas extrañas a sus tradiciones culturales que preconizaban la socialización de los bienes, los alimentos, las mujeres y las drogas, algo que iba en contra del individualismo consuetudinario de los “limpios”.²⁴

La ruptura definitiva entre “limpios” y “comunes” se produjo a raíz de la amnistía decretada en 1953 por el general Gustavo Rojas Pinilla, en ese entonces presidente del país, a la que se acogieron los liberales que se desmovilizaron y entregaron las armas. Los comunistas, en cambio, se negaron a desmovilizarse y, más bien, se dispersaron hacia nuevas regiones, integrando destacamentos móviles en busca de lugares seguros donde asentarse con el fin de ir preparando su futura ofensiva contra el gobierno.²⁵ Tal fue el caso de la comisión comandada por Isauro Yosa, “Mayor Lister,” y por Alfonso Castañeda “Richard”, quienes en su desplazamiento desde el sur del Tolima hasta Villarrica, a finales de 1953, se organizaron junto con los campesinos de la región con el fin de que estos hicieran caletas donde resguardarse. De paso aprovecharon para arengarlos diciéndoles que:

.....
²⁴ Sánchez, *Los días de la revolución*, 265 y 266.

²⁵ Un estudio completo acerca de la conformación de las llamadas *repúblicas independientes* en González, *Espacios de exclusión*. Véase también Molano, *Los años del tropel y Trochas y fusiles*.

[...]el Frente Democrático iba a acabar con el gobierno, que tenían que ser leales y de esta manera tendrían garantías y con el tiempo todos serían ricos y que no pensarían en lo que habían perdido, que cuando triunfaran les serían devueltas todas sus fincas que habían perdido, tendrían máquinas para trabajar y que las mujeres serían estudiadas y sus hijos serían civilizados.²⁶

Con la caída de Rojas Pinilla, en 1957, se conformó una junta militar que buscó por segunda vez convencer a los jefes guerrilleros de entregarse y deponer las armas. Algunos de los guerrilleros liberales que depositaron las armas —tal fue el caso de Jesús María Oviedo, “Mariachi”— se convirtieron en agentes estatales al mando de terratenientes y gamonales locales, y constituyeron lo que podría considerarse los primeros grupos paramilitares. En efecto, los enfrentamientos entre “limpios” y “comunes” se intensificaron hacia finales de la década de los cincuenta cuando “Mariachi” entró en componendas con miembros del Ejército, con el fin de recibir armas y entrenamiento por parte de este, con miras a atacar a los comunistas asentados en Marquetalia.²⁷ Las localidades de Gaitania y Planadas, en el sur del Tolima, fueron el escenario de la cruenta lucha entre “limpios” y “comunes”, y del asesinato del dirigente comunista Jacobo Prías Alape, “Charronegro”, a comienzos de 1960. “Charronegro” fue figura central de las autodefensas comunistas y su muerte se le atribuyó a “Mariachi”, guerrillero liberal amnistiado y al servicio del Ejército. Varios investigadores consideran el asesinato de

²⁶ Tomado de Tafur Pinto, “El movimiento guerrillero y el bandolerismo”, 87.

²⁷ *Ibid.*

“Charronegro” un motivo central para el surgimiento posterior de las FARC.²⁸

Después de la amnistía ofrecida por el general Rojas Píñilla, cualquier campesino alzado en armas que no se hubiese desmovilizado fue catalogado como “bandolero”, lo que en términos judiciales equivalía a que este pasara a ser considerado un delincuente común, sin ninguna filiación política o ideológica.²⁹ Algunos de los guerrilleros liberales que entregaron las armas y se desmovilizaron fueron posteriormente asesinados, lo que inauguró una práctica que ha sido frecuente en Colombia.

VILLARRICA, PUEBLO GAITANISTA EN EL ORIENTE DEL TOLIMA

Desde las dos primeras décadas del siglo xx, la región del oriente del Tolima que colinda con Cundinamarca fue escenario de importantes luchas agrarias lideradas por el partido político UNIR y por el gaitanismo. Desde los años treinta, el Partido Comunista había realizado un amplio trabajo político en la región de Villarrica y Sumapaz, que propició el surgimiento de un amplio movimiento campesino, integrado por guerrilleros procedentes de varias zonas del oriente del Tolima. El coordinador de dicho movimiento fue el guerrillero liberal Marcos Jiménez. Gonzalo Sánchez menciona dos formas de reacción de los campesinos de la región con posterioridad al asesinato de Gaitán, el 9 de abril de 1948: la de los trabajadores que construían la carretera entre

²⁸ Véase González, *Poder y violencia en Colombia*; Téllez, *Punto de quiebre*.

²⁹ Tafur Pinto, “El movimiento guerrillero y el bandolerismo”, 100.

Villarrica y La Colonia, los cuales se organizaron con ánimo beligerante y ofensivo, utilizando los explosivos que tenían a su disposición, y una reacción de resistencia que tuvo funciones puramente defensivas.³⁰ Esta situación no duró mucho tiempo y fue precedida por la retaliación de los conservadores en contra de los liberales “nueveabrileros”.

A partir de 1953, el gobierno de Rojas Pinilla emprendió acciones militares de clara inspiración anticomunista en contra del campesinado liberal y comunista del occidente de Cundinamarca y oriente del Tolima. Las más notorias fueron contra las comunidades de Sumapaz, Villarrica y Cunday. Adicionalmente, hacia finales de 1953 llegaron a Villarrica “Richard” y el “Mayor Lister”, campesinos comunistas procedentes de El Davis, cuyo objetivo era orientar la lucha armada que estaba teniendo lugar en el oriente del Tolima, para lo cual se instalaron en la región, combinando las labores agrícolas y el trabajo político propio del Partido Comunista.

A principios de 1955, Rojas Pinilla declaró las regiones de Sumapaz y el oriente del Tolima “zonas de operaciones militares” e inició lo que se conoce como la Guerra de Villarrica. El Ejército desplegó lo que se llamó en su momento el *Destacamento Sumapaz*, un contingente militar que, según el gobierno, tenía como fin “prevenir una futura rebelión”. Ante el ataque militar, los combatientes provenientes de El Davis organizaron una guerrilla local, con el fin de enfrentar al Ejército. Desde Viotá y Girardot, el Partido Comunista hacía llegar las armas para la defensa de los campesinos de Villarrica. Esta fue una guerra desigual, debido a que el Ejército operó con tanques, camiones para el transporte del personal militar y armamento pesado; mientras tanto, los

.....
³⁰ Véase Sánchez, *El Bogotazo fuera de Bogotá*, 174.

campesinos se defendieron con fusiles, machetes, hachas, cuchillos y emboscadas que tenían como fin hacerse a las armas que traían los militares.

La guerra de Villarrica ha sido ampliamente documentada por Jaques Aprile,³¹ quien afirma que los militares concentraron sus operativos en el pueblo de Cunday, y allí retuvieron a los insurgentes detenidos, los que en su gran mayoría eran miembros de la organización agraria y del Partido Comunista. La resistencia campesina al mando de “Richard” se ubicó en las afueras de la población, en un sitio denominado La Colonia, y desde allí los campesinos resistieron los embates del Ejército por cerca de dos años, entre 1955 y 1957.³² No se sabe a ciencia cierta cuántos muertos dejó esa guerra, lo que sí sabemos es que la perdieron los campesinos armados, quienes tuvieron que replegarse y conformar una nueva “columna de marcha”. Estos abandonaron la región y caminaron por entre el barro y el frío de los páramos circundantes y conformaron una columna de la cual hicieron parte unos cinco mil campesinos pobres que, con el paso de los días y la falta de comida y abrigo, se fueron desperdigando en varias direcciones.³³

Teresita, en su relato, se refiere a la guerra de Villarrica. Habla de la presencia en ella de los líderes comunistas Isauro Yosa, “Mayor Lister” y “Richard”; narra de una manera confusa su participación en la “columna de marcha”, que salió de Villarrica en medio de mil penurias y se desplazó hasta El Duda, en

³¹ Véase Aprile, *La crónica de Villarrica*.

³² *Ibid.*, 110 y 111.

³³ Un relato de primera mano de lo que fue la guerra de Villarrica y los posteriores desplazamientos que se dieron se encuentra en “Tras las huellas de nuestros recuerdos” (capítulo cuarto). El texto está basado en las narraciones del comandante Efraín Guzmán (manuscrito sin fecha).

busca del líder campesino del Sumapaz, Juan de la Cruz Varela. También se refiere a su posterior formación en la escuela de cuadros del Partido Comunista en Viotá. Su trayectoria política la tipifica como una verdadera “común” y la ubica en el corazón del movimiento de resistencia comunista.

CAPÍTULO IV

Trauma y peligro en el relato de las mujeres

En uno de sus textos, el psicoanalista Dori Laub se refiere a una entrevista que lo impactó hecha por investigadores del Archivo Sonoro de Testimonios del Holocausto de la Universidad de Yale.¹ En ella, una mujer judía de más de sesenta años relata su experiencia del Holocausto. A lo largo de su relato, la mujer se expresa mediante susurros, como si hablara consigo misma. Tanto así que para algunos de los que la escuchaban su presencia pasó casi inadvertida, no obstante la magnitud de la catástrofe a la cual se estaba refiriendo. Su relato se centra en su experiencia como testigo de la sublevación de los judíos en el campo de concentración de Auschwitz. Después de un rato de estar hablando en susurros, repentinamente su voz se hace más intensa y su presencia más evidente y dice: “de repente vimos explotar cuatro chimeneas. Las llamas se alzaron hasta el cielo y la gente corrió. Fue algo increíble”. Acto seguido se hace silencio entre

¹ Véase Laub, “Bearing Witness or the Vicissitudes of Listening”, 59-61.

los presentes, un silencio frente al cual el relato de la mujer reverbera con fuerza, como si arrastrara el eco de las explosiones, la estampida, los gritos y los disparos provenientes del otro lado del alambre de púas del campo —como si un meteoro del pasado hubiera irrumpido en el presente—. La mujer guarda silencio y poco después el tono de su voz vuelve a ser monótono como antes.

Meses más tarde, los psicoanalistas, los historiadores y los artistas que la habían entrevistado se reunieron para escuchar y comentar el testimonio de la mujer. Los historiadores dijeron que no era confiable, porque el número de chimeneas al que se había referido la mujer no era exacto, ya que solo había explotado una. Alegaban que, dado que una parte de su testimonio no era confiable, había que desconfiar del relato en su conjunto. Dori Laub había escuchado el relato atentamente y estuvo en desacuerdo con los historiadores, pues consideraba que el testimonio de la mujer no podía entenderse de manera literal respecto al número de chimeneas que se habían quemado; el relato aludía a un asunto más crucial, a la vivencia de un hecho inimaginable.² Para la mujer judía, una chimenea equivalía a cuatro; lo relevante no era la veracidad del relato, sino la alusión que ella hacía al evento de sublevación de los judíos en un campo de concentración, algo que rompía con la presunción de que los judíos eran incapaces de una revuelta armada. La figura que encontró la mujer para referirse a este hecho fue la hipérbole, pues solo esta podía dar cuenta para ella de la magnitud de lo sucedido.

Dori Laub, quien también es un sobreviviente del Holocausto, al escuchar el testimonio tuvo el presentimiento de que aquella mujer había formado parte del Comando Canadá, un *Sonderkommando* conformado por un grupo de judíos que de-

.....
² *Ibid.*

bían hacerse cargo de las pertenencias de los judíos que morían en las cámaras de gas. Las pertenencias de estos condenados las recogían los integrantes del comando y los nazis las enviaban, posteriormente, a Alemania. La mujer entrevistada describió su trabajo en un comando que trabajaba independiente de los demás y explicó que por las noches ella regresaba con ropa y zapatos en buen estado, los cuales entregaba orgullosa a sus desdichados compañeros de barraca. Ella, al parecer, nunca se preguntó de dónde provenía la ropa que entregaba a sus camaradas, simplemente se sentía orgullosa de su quehacer. A pesar de conocer el trasfondo atroz del relato de la mujer, el papel de Dori Laub como entrevistador y escucha se limitó a respetar el balance sutil que la mujer había establecido entre lo que sabía y lo que no podía saber. Procediendo de esta manera, Laub buscaba tocar los límites del silencio, sin perturbarlo ni provocarlo.

¿Por qué traer a colación lo relatado por Dori Laub respecto al Holocausto para hablar de unas mujeres que no son judías e hicieron parte de contextos sociales y políticos que en nada se parecen a los del Holocausto? Por una sencilla razón, porque en los relatos de las mujeres que hablan en este libro vamos a encontrar formas del lenguaje mediante las cuales ellas se refieren a unos hechos que las impactaron, utilizando para ello metáforas y alusiones. Quisiera ilustrar mi argumento con un ejemplo. En su relato, Teresita se refiere a lo que algunos historiadores han denominado la Guerra de Villarrica, un ataque militar llevado a cabo durante el gobierno de Gustavo Rojas Pinilla con el fin de reprimir a los campesinos comunistas del oriente del Tolima y Cundinamarca. Teresita y sus familiares vivieron la guerra en carne propia y, sin embargo, ella no centra su relato en el quehacer de ninguno de sus protagonistas, no relata los ataques, las escaramuzas y demás avatares de la guerra, como probablemente lo haría un hombre que hubiera vivido la misma experiencia, tal y

como lo hace su marido en sus memorias.³ El relato de Teresita se centra más bien en describir de manera pormenorizada cómo los gusanos y las lombrices fueron devorando a sus hijos pequeños, cómo le arrebataron a una de sus hijas y amenazaban con hacer lo mismo con sus otros hijos. Se refiere a la forma como ella se enfrentó a la mujer que distribuía las drogas para prácticamente quitarle de las manos las medicinas y purgar a los pequeños. Su relato es estremecedor y marcadamente femenino, pues ningún hombre narra una guerra hablando de los estragos que los parásitos pueden causar en los cuerpos de los niños cuando estos son pobres y carecen de lo más elemental. Los hombres hablan de héroes, de batallas, de armas, de escaramuzas, en fin, de todo lo que los hace guerreros; mientras que las mujeres nos cuentan las miserias de la guerra a través de los cuerpos de sus hijos.

Lo que estos episodios narrados por la mujer judía ponen de presente es que aquello que puede dejar insatisfecho a un historiador por la falta de precisión, o a un filósofo que desde la teoría no tiene cómo acceder a la subjetividad, puede, en cambio, ser muy revelador para un psicoanalista o un antropólogo, que busca en los relatos no solo la veracidad acerca de lo ocurrido, sino trazas de contenidos inconscientes —de aquello que no se dice—y nuevas formas de nombrar lo ocurrido. Por ello, el testimonio de la mujer judía respecto a las chimeneas de Auschwitz resulta tan iluminador, porque, al decir de Laub, su solo relato rompe los límites del campo de concentración. La mujer en cuestión en ningún momento estuvo interesada en el número exacto de chimeneas, y en lugar de referirse a la traición que implicada ser judía y pertenecer a un *Sonderkommando*, habla de lo mucho que significó para ella ayudar a sus compañeros de barraca. Esa fue

.....
³ Véase Prada, *La vida que vivimos*.

su manera de estar, de sobrevivir y de resistir. Por el solo hecho de no referirse al número exacto de chimeneas que explotaron y a otros hechos que resultan cruciales para los historiadores, estos últimos resolvieron que la mujer nada sabía. Sin embargo, Laub considera que sabía más que cualquiera.

En varios de sus textos, Dori Laub se refiere a la noción de *trauma* como “un evento que no tiene principio, ni fin, ni un antes, ni un durante, ni un después, como algo que nunca se completó, que no tuvo un cerramiento y que por lo tanto, para el sobreviviente, continúa vivo en el presente”.⁴ La memoria de ese tipo de trauma se alimenta del miedo a que este regrese y golpee nuevamente y, por ello, resulta tan difícil hablar de él. Los sobrevivientes de hechos violentos no viven necesariamente asediados por las memorias del pasado, más bien se encuentran atrapados por los recuerdos de eventos que nunca se cerraron, que no tuvieron un fin, por lo cual estos invaden continuamente el presente. Para que el proceso testimonial tenga lugar, nos dice Laub, es necesario que exista alguien que escuche porque los testimonios no son monólogos, no suceden de manera aislada.⁵

Otro autor que habla del *trauma* es Shoshana Felman, quien se refiere a este en relación con la teoría de la historia formulada por Walter Benjamin.⁶ Para este último, nos dice Felman, la historia está constituida por una serie de interrupciones traumáticas, más que por secuencias de eventos racionales. Pero los traumatizados, los sujetos reales de la historia, no tienen un lenguaje mediante el cual hablar de su victimización. Por lo tanto, la relación entre trauma e historia carece de lenguaje. Felman

.....
⁴ Laub, “Bearing Witness or the Vicissitudes of Listening”, 69.

⁵ *Ibid.*

⁶ Felman, “Benjamin’s Silence”, 201-234.

considera que las teorías tradicionales sobre la historia tienden a negar esa incapacidad del trauma para expresarse, pero que es precisamente a esa conexión muda entre historia y trauma a la que Benjamin intenta darle voz en su muy personal teoría sobre la historia.

Hay un evento que, según Felman, marca un punto de no retorno en la vida de Benjamin y este es el suicidio de su amigo Fritz Heinle y de su novia, en agosto de 1914, unos días después de la invasión alemana a Bélgica en la primera guerra mundial. Heinle tenía para entonces 19 años y, al suicidarse, dejó una carta para su amigo Benjamin, donde le explicaba dónde podría encontrar los cuerpos. El gesto contundente de Heinle, nos dice Felman, fue interpretado por Benjamin como de protesta contra la guerra, y su suicidio fue para él un evento traumático que significó pérdida, *shock* y desilusión y, al mismo tiempo, fue su despertar a la realidad inexorable de una guerra que establecía una conexión trágica entre juventud y muerte. Según Felman, el impacto de este trágico evento marcó un antes y un después en la vida y en el pensamiento de Benjamin, quien para entonces participaba activamente del movimiento estudiantil. A partir del suicidio de su amigo, Benjamin renunció a su liderazgo en el movimiento, se retiró de la actividad política, rompió su relación con Wyneken —su querido maestro— y se rehusó a tener algo que ver con la locura de la guerra a la que consideraba una traición al lenguaje. Benjamin dejó Alemania y se fue a vivir a Suiza, donde permaneció apartado durante seis años, hasta 1920. Durante esos años no publicó nada, más bien se dedicó a editar los poemas de su amigo muerto.⁷

El itinerario descrito por Felman no puede ser más elocuente respecto a la relación que necesariamente existe entre

.....
⁷ *Ibid.*, 201-234.

un pensador que vive en carne propia la guerra y sus teorías acerca de la historia. Lo que los críticos de Benjamin no ven, o no quieren ver, nos dice Felman, es cómo la narración que hace Benjamin de su experiencia personal de la guerra en su texto “Crónica de Berlín”, es en esencia una reflexión autobiográfica y teórica acerca del significado de su silencio.⁸

A la luz de las definiciones anteriores del trauma, quisiera examinar la noción de peligro formulada por Benjamin en su sexta tesis sobre la historia. Dicha tesis dice lo siguiente: “Articular históricamente el pasado no significa conocerlo tal como verdaderamente fue. Significa apoderarse de un recuerdo tal como este relumbra en un instante de peligro”.⁹ Una idea muy similar aparece también en su quinta tesis: “La imagen verdadera del pasado pasa de largo fugazmente. El pasado solo es atrapable como la imagen que relumbra para nunca más volver, en el instante en que se vuelve reconocible”.¹⁰ Stefan Gandler comenta la sexta tesis de Benjamin, estableciendo una analogía entre *trauma* y *peligro*:

[...] en el momento del peligro vemos las imágenes de los recuerdos no como algo pasado, como algo que está a distancia, separado por el tiempo de nosotros hoy, sino como algo presente en este momento. Nos confrontamos de manera inmediata con estas imágenes y nos vemos a nosotros mismos en ellas. Este es el único momento en el cual lo que llamamos memoria es realmente capaz de hacernos entender algo nuevo.¹¹

.....
⁸ *Ibid.*, 214-215.

⁹ Véase Benjamin, *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*, 4.

¹⁰ Citado en Echeverría, “El ángel de la historia y el materialismo histórico”, 3.

¹¹ Véase Gandler, “¿Por qué el ángel de la historia mira hacia atrás?”, 20.

La interpretación que hace Gandler del peligro guarda similitud con la noción del trauma de Kathy Caruth,¹² quien considera que los eventos traumáticos implican una brecha fundamental en la experiencia, y que son en sí mismos un desafío a la idea misma de una historia que resulta del registro de eventos que se comprenden, se poseen o se dominan si se sitúan linealmente, como hechos temporalmente discriminados y sucesivos. Según Caruth, no hay experiencia del evento cuando este sucede, sino cuando regresa. Por lo tanto, no estaríamos hablando de olvido, sino de una brecha en la experiencia, una ausencia de marca, un periodo de latencia que precede al regreso traumático del evento.¹³ Volviendo a Gandler podríamos decir que las memorias de eventos pasados se activan en situaciones de riesgo, y que estas son las únicas capaces de hacernos comprender ese momento de peligro que tiene lugar en el presente.

Revisando detalladamente los testimonios, ese no parece ser el caso de las mujeres que entrevisté en relación con La Violencia. Ninguna de ellas sufre de un trauma en el sentido en que lo define el psicoanálisis, como un evento tan inesperado y apabullante que trastoca por completo la vida, algo que nunca tuvo un cerramiento y que, por lo tanto, para el sobreviviente, continúa vivo en el presente. Las campesinas que fueron niñas durante las décadas de los cuarenta y de los cincuenta del siglo xx tuvieron una experiencia cotidiana y naturalizada de la violencia. Por ello resulta útil hablar más bien de *trauma cultural* para referirse a la dimensión social de vivencias particularmente amenazantes, intensas y desconcertantes.¹⁴ Según Ortega, un acontecimiento como La Violencia de la década de los cincuenta en Colombia

.....

¹² Caruth, *Trauma: Explorations in Memory*, 4.

¹³ *Ibid.*, 4 y 5.

¹⁴ Véase Ortega, "Rehabitar la cotidianidad", 27.

presenta contextos extremadamente fluidos en los que el cálculo o la motivación de los diversos actores no son fácilmente descifrables, homologables o reducibles a factores económicos, políticos o estructurales.¹⁵ Ortega considera que las memorias de un pasado doloroso pueden operar en el presente y darle a la violencia que se manifiesta en la cotidianidad de la vida familiar el sentido de un pasado continuo. Dichas memorias no regresan a partir de un pasado reprimido; tampoco viven consignadas en el inconsciente de las personas. Más bien, como lo dejan ver los diferentes testimonios, habitan y marcan la superficie del texto social.¹⁶ Por ello, el concepto *conocimiento envenenado*, acuñado por Veena Das para referirse a la experiencia de la violación en la India durante el periodo de La Partición resulta tan útil en el caso colombiano, porque se refiere a esa capacidad que tienen las personas que viven en entornos violentos de incorporar las experiencias dolorosas y traumáticas con el fin de seguir adelante con la vida.¹⁷

NARRAR AL OTRO

En esta parte entramos de lleno al tema nuclear de este libro, la narración, un asunto central para la antropología contemporánea, el psicoanálisis y la crítica literaria. Una autora que se interesa por el tema es Hannah Arendt, para quien el discurso filosófico es incapaz de poner en palabras la unicidad de cada

.....
¹⁵ *Ibid.*, 30.

¹⁶ *Ibid.*, 34.

¹⁷ Véase Das, "The Act of Witnessing".

ser humano. Según Arendt, es esa unicidad la que la filosofía es incapaz de expresar. Cada vida individual puede narrarse como una historia que tiene un principio y un fin, y dicha historia puede encerrar un significado que de otra forma solo sería una secuencia insoportable de eventos.¹⁸ Esta manera de conceptualizar las posibilidades narratológicas que tienen las vidas de los seres humanos nos permite pensar en las historias de vida de otras personas no como una intromisión en su intimidad, sino como un encuentro dialógico, a partir de la necesidad o el interés que tenemos los seres humanos por que otros conozcan las vicisitudes de nuestra propia vida.

Adriana Cavarero retoma los planteamientos de Arendt acerca de la unicidad del ser humano como punto de partida en su interesante libro *Relating Narratives. Story Telling and Selfhood*. Cavarero considera, junto con Arendt, que lo que una persona es, o fue, solo se puede conocer a través de la historia de la cual es, o ha sido, protagonista. Todos somos seres factibles de ser narrados por otros, una condición de la historia que para Arendt es prepolítica y prehistórica.¹⁹ Dice Cavarero que cada trayectoria vital mezcla intención y accidente, y que los pasos dados a lo largo de la vida dejan tras de sí una figura que no necesariamente corresponde a marcas confusas, sino que tiene unidad, cualquiera que esta sea. El diseño es lo que permanece de esa trayectoria y ese diseño se hace evidente cuando la persona cuenta su historia personal. La historia siempre aparece después de ocurridos los eventos; se trata, por lo tanto, de un resultado imprevisible e incontrolable, como la vida misma, y la narración lo que hace es revelar el significado sin cometer el error de definirlo.²⁰

.....
¹⁸ Arendt, citada por Cavarero, *Relating Narratives*, 2.

¹⁹ Cavarero, *Relating Narratives*, en la "Introducción".

²⁰ *Ibid.*, 2 y 3.

Los anteriores planteamientos resultan útiles para una antropología del ser que transita por escenarios de violencia y dolor, y que se nutre del testimonio. De acuerdo con Arendt, únicamente cuando ese ser escucha la historia que le ha contado a otro, cae en cuenta de su significado. Y qué significa dicha historia, se pregunta Arendt, y concluye que lo importante no es la acción, tampoco el agente, sino el significado de la historia que el agente deja tras de sí.²¹ ¿Qué tanto deseamos conocer nuestra propia historia narrada por un tercero? La respuesta a esa pregunta es fácil de responder, pues quien no quiere ser narrado por otro no cuenta su historia; mientras que aquel que lo desea simplemente narra su historia. Ahora bien, la narración no es unívoca, pues depende de muchos factores, como la confianza hacia la persona que escucha, el estado de ánimo de la persona que narra, lo que se quiere decir, lo que se quiere callar, lo que no se puede contar, lo que se cuenta a medias, además de otros factores. Una misma persona puede narrar su historia de diversas formas.

La pregunta acerca de qué tanto nos interesa narrar nuestra historia a un tercero plantea dos temas cruciales. Por un lado, cuestiona a fondo aquello de la legitimidad de la representación del otro, algo que tanto ha preocupado a la antropología contemporánea y que la ha sumido muchas veces en dilemas morales complejos.²² Por otro lado, trae a escena ese esquivo componente que es el deseo, pues plantea el tema de la reciprocidad en la

.....
²¹ Arendt, citada en Cavarero, *Relating Narratives*, 17.

²² Durante los últimos treinta años, algunos etnógrafos norteamericanos se han preocupado por el tema de la representación del otro. Véase: Clifford, *The Predicament of Culture*; Clifford y Marcus, *Writing Culture*; Marcus y Fischer, *Anthropology as Cultural Critique*; Rosaldo, *Culture and Truth*; entre otros. Algunos debates contemporáneos en antropología han planteado la cuestión en términos éticos, buscando convertir el trabajo etnográfico en un asunto colaborativo y recíproco. Véase Agee, "Developing Qualitative Research".

escena narrativa, por la cual transitan tanto los deseos de la persona que narra como de la persona que escucha. Tal como dice Cavarero, quien narra su historia está siempre atento a la unidad identitaria de su relato, pero dicha unidad carece de realidad sustancial, pues corresponde únicamente al deseo que orienta las expectativas de quien narra. La lógica de la narración no es la misma que la lógica de la escucha.²³ ¿Por qué lloramos y nos indignamos cuando oímos contar historias de dolor a quienes han sido protagonistas de la violencia? Porque reconocemos en sus relatos nuestro propio deseo.

LAS MUJERES DE LA VIOLENCIA

La Violencia en Colombia tuvo lugar a campo abierto, en veredas y lugares alejados de los centros urbanos, en las calles de pequeños pueblos, así como en los espacios más íntimos de bares, cantinas y prostíbulos. Pero La Violencia también tuvo como escenario los cuerpos de hombres, mujeres e infantes, así como la mente y el sentir de la gente. Pensar la condición humana en circunstancias de una violencia prolongada implica tomar en cuenta no solo cómo se estaba cuando se era una niña, sino cómo se está y se continúa estando como mujer adulta, pues la trayectoria vital no es un resultado final, sino un proceso, un estado de cosas que se transforma continuamente.

Durante La Violencia, las mujeres del campo fueron perseguidas y amenazadas de mil formas, y ellas, a su manera, también libraron sus propias batallas. Algunas fueron parte activa

.....
²³ Cavarero, *Relating Narratives*, 41.

y beligerante de los grupos armados y tuvieron participación en las diferentes confrontaciones; otras simpatizaron en secreto con alguno de los bandos; otras más se sintieron perseguidas y se escondieron y espionaron por entre las ranuras; algunas otras escucharon impotentes los gritos de los condenados y no hicieron nada, porque quedaron paralizadas por el terror. Sin embargo, la mayoría de las mujeres que vivieron La Violencia fueron testigos de los más aberrantes crímenes ejecutados contra los hombres de la familia o en sus propios cuerpos, vieron morir a sus familiares y debido al peso de sus recuerdos decidieron callar. Han preferido callar a pesar de tener el cuerpo y el alma saturados de recuerdos; solo unas pocas se deciden a contar sus experiencias. En este punto, ¿cómo no recordar a Benjamin cuando dice “¿acaso no nos roza, a nosotros también, una ráfaga del aire que envolvía a los de antes? ¿Acaso en las voces a las que prestamos oído no resuena el eco de otras voces que dejaron de sonar? Acaso las mujeres a las que hoy cortejamos no tienen hermanas que ellas ya no llegaron a conocer?”²⁴

Las vivencias traumáticas no son los únicos recuerdos que aparecen en las entrevistas realizadas para esta investigación. Leonor y Teresita abordan la narración de sus trayectorias vitales de manera espontánea y libre, sin que quien escucha condicione de ninguna manera sus relatos. En sus narraciones aparecen memorias traumáticas, memorias domesticadas y memorias acomodaticias y también aparecen memorias a medias y grandes silencios. Como dice Benjamin cuando se refiere a los actos de memoria, “no hacemos otra cosa que usar imágenes ya suavizadas y preparadas para fundamentar todo lo que de por sí estamos pensando e imaginándonos. Pero estos no son actos

²⁴ Benjamin, *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*, tesis II.

de memoria, sino una citación superficial y sin seriedad de imágenes que ya están domesticadas por el signo que les dimos en el contexto de nuestras explicaciones”.²⁵ O sea, para Benjamin, la memoria aparece de otros modos, a la manera de verdaderos actos de memoria que nada tienen que ver con las imágenes ya domesticadas por el tiempo y por los relatos propios y de otros.

Durante mi búsqueda de mujeres mayores de setenta años que pudieran narrar sus recuerdos de La Violencia, encontré dos tipos de respuestas. Algunas mujeres dijeron que sí, que querían narrar sus experiencias, y al momento de hacer la entrevista se negaron de manera rotunda a testimoniar, porque no querían revivir recuerdos insoportables. Otras, al contrario, hablaron de sus experiencias de manera fluida. En varias ocasiones tuve que interrumpir mis preguntas para dejar que fluyera el relato, tal y como la mujer lo quería dar, y no como yo lo quería plantear. Las conversaciones que tuve con algunas de estas mujeres las convirtieron en testigos de su propio trauma, pues nunca antes habían verbalizado sus experiencias ante un tercero desconocido. Lo importante para ellas fue hacer el relato, narrarse, pues ninguna de ellas mostró interés por revisar las entrevistas y hacer cambios, como les había pedido. Sin embargo, fueron una hija, un hijo y una sobrina quienes plantearon sugerencias y modificaron los relatos hechos por las mujeres mayores, no solo mientras se realizaba la entrevista, sino posteriormente cuando esta ya se había convertido en un texto escrito.

A pesar de haber transcurrido cerca de cincuenta años entre las experiencias vividas por las mujeres cuando fueron niñas y las experiencias narradas por ellas mismas ahora que son adultas mayores, dialogar con ellas puso en evidencia que sus

²⁵ *Ibid.*, 20.

memorias de la infancia permanecían intocadas, como si hablaran de ellas por primera vez. La puesta en conjunto de la voz de la mujer que narra sus experiencias, la hija, el hijo o la sobrina que interviene y corrige lo dicho por la mujer, o añade nuevos detalles dejados de lado por esta, y la atenta escucha de quien graba la entrevista y la convierte en un texto escrito, conforman una entidad dialógica que quisiera denominar *testimonio*. De esta forma, del testimonio de Leonor hacen parte también el de su exmarido, el de su hija y el trabajo de edición y documentación histórica hecho por mí. Así mismo, del testimonio de Teresita también hace parte el de su hija, complementado por las memorias escritas por su marido. Debo decir que la entrevista mejor lograda dialógicamente es la de Leonor pues, una vez transcrita, pasó por varias revisiones y discusiones con su hija, quien hizo unos aportes invaluable.

El rol que cumplieron familiares cercanos durante las entrevistas, y posteriormente cuando leyeron los textos transcritos, fue crucial para desentrañar algunos aspectos oscuros de los relatos. Había cosas que las mujeres callaban, temas de los que no querían hablar, uno de los cuales era el espinoso tema del acoso sexual. En ese caso, la presencia del pariente servía como una pantalla sobre la cual la mujer proyectaba su silencio. Una vez las entrevistas fueron transcritas, los familiares hicieron anotaciones, suprimieron párrafos incriminatorios que consideraban inadecuados y añadieron detalles que las mujeres habían pasado por alto. Ese trabajo contribuyó a situar mejor el hilo cronológico de los relatos y a enfocar algunos aspectos de la vida de las mujeres que habían quedado desdibujados durante la entrevista grabada.

NIÑAS CAMPESINAS, NIÑAS INVISIBLES

Una generación que todavía había ido a la escuela en el carro de sangre, se encontró a la intemperie, en un paisaje en que nada quedó inalterado salvo las nubes, y bajo ellas, en un campo de fuerza de torrentes devastadores y de explosiones, el ínfimo y quebradizo cuerpo humano.

Walter Benjamin, *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*

A la intemperie, en medio de paisajes alterados, esa podría ser la mejor descripción del estado en que se encontraban las niñas campesinas que vivían en campos y veredas azotados por La Violencia. Sus memorias son preciosas y desconocidas y no podemos confinarlas a una esfera puramente subjetiva, pues se trata de contenidos afectivos que están mediados por la cultura, que se heredan y que se activan a partir de ciertos actos, circunstancias u objetos. La memoria es un metasentido que conecta y cruza todos los sentidos, aunque cada sentido tenga su propia memoria. La experiencia sensorial de la memoria supone la existencia de artefactos que condensan múltiples significados e historias y que pueden evocar memorias acumuladas y ancladas en los sentidos. A la manera de un palimpsesto, las experiencias violentas se acumulan en la conciencia, en el corazón y en el cuerpo de los seres humanos y se condensan en determinados sonidos e imágenes.

Según Félix Reátegui, la memoria aparece bajo la forma de *estructuras heredadas de percepción*, es decir, la memoria no es necesariamente un conjunto de enunciados sobre hechos concretos, sino un conjunto de disposiciones, asentadas en una colectividad, que orientan a las personas a percibir los hechos

de un cierto modo.²⁶ Pero esas estructuras de percepción que se heredan de padres a hijos y a nietos, no solo orientan a las personas a percibir de algún modo, también inciden en ciertos comportamientos familiares que se heredan de padres a hijos. Puede decirse que durante la época de La Violencia las muertes y los asesinatos eran algo tan cotidiano, como el clima o el paisaje, que las estructuras heredadas de percepción naturalizaban la violencia y facilitaban que los crímenes, las violaciones, los atropellos y demás fenómenos connaturales a esta fueran vistos como algo inevitable. Lo mismo sucedía con los abusos sexuales a las niñas y mujeres; ocurrían en cualquier lugar o momento y por parte de familiares, amigos de la familia o desconocidos. De estos hechos no se hablaba porque implicaba vergüenza para las mujeres y sus familias y porque la cultura circundante los naturalizaba. Sin embargo, el asunto no era del todo natural, pues muchas de las mujeres que fueron violadas no hablan de ello y prefieren callar. Desde esta perspectiva, el olvido, según Reátegui, no sería otra cosa que una memoria de cuyas fuentes u orígenes no somos enteramente conscientes, porque ha sido presentada con éxito como una versión natural del pasado.²⁷

Las campesinas que narran sus historias en lo que sigue de este libro fueron niñas durante La Violencia, niñas que vivieron en casas y en fincas, en pueblos y en veredas, niñas que no conocieron la infancia tal como la conocemos hoy quienes habitamos en las ciudades y sí hemos tenido infancia. Vivían entre la pobreza y la precariedad y desde muy pequeñas eran obligadas por sus padres a realizar trabajos pesados y permanentes. La vida era muy dura para ellas y los adultos nunca se tomaban la molestia de explicarles nada de lo que acontecía. Sin temor a exagerar, se

²⁶ Véase Reátegui, "Las víctimas recuerdan".

²⁷ *Ibid.*

puede decir que adultos y menores habitaban mundos paralelos que casi nunca se tocaban; por ello, las niñas crecían solas y entre ellas. Las estructuras familiares estaban construidas sobre creencias religiosas que se heredaban de padres a hijos y que muy rara vez eran cuestionadas. Las niñas campesinas, en general, no iban a la escuela porque esta quedaba lejos y para acceder a ella tenían que caminar muchos kilómetros. Por ello carecían de espacios públicos de interacción y sus vidas transcurrían en los espacios domésticos donde los golpes, las palizas y los abusos eran frecuentes.

Durante los años de La Violencia, las noticias y los rumores sobre asesinatos, masacres, mutilaciones corporales, robos de café y ganado, incendios de ranchos y parcelas impregnaban los espacios y las conversaciones familiares. A pesar de esta sobrecarga de violencia, ningún adulto se tomaba la molestia de explicar a los menores qué estaba pasando, por qué se mataban unos a otros, y no era porque los menores no preguntaran. Era normal encontrar muertos entre los cafetales, en las acequias o a la orilla de los caminos, pero esos muertos nunca tenían una explicación. Los infantes no solo eran testigos mudos de lo que hacían y decían los adultos, sino que muchas veces eran obligados a enrolarse en la confrontación como estafetas, soplones o simples testigos. Eso de ser testigo de escenas para las cuales no había ninguna explicación era algo común, pues aparece a lo largo de los relatos de La Violencia. Los niños y las niñas no solo presenciaban los asesinatos, sino que muchas veces, a pedido de algún familiar, tenían que verificar quiénes eran los muertos. Así lo relatan Leonor y Teresita, que vieron y oyeron tantas cosas crueles e inexplicables a lo largo de sus infancias.

Esa familiaridad de los infantes campesinos, tanto niños como niñas, con los asesinatos y con la muerte desde muy temprana edad es algo de lo que poco se habla. No sabemos qué

secuelas dejaron las escenas que presenciaron, ni la forma en que estas afectaron sus vidas de adultos. Desconocemos el impacto que pudieron tener episodios como los de las volquetas del municipio que descargaban cadáveres en descomposición, o aquellas otras donde desfilaban las recuas de mulas que cargaban cuerpos desmembrados. Recuerdo especialmente una fotografía que vi alguna vez en un archivo de un periódico bogotano, donde se ve una volqueta que tiene el contenedor en lo alto y está descargando cadáveres en una fosa. Al borde de la fosa había varios niños que miraban la escena y entre ellos había un niño de unos cinco o seis años en cuya cara no se traslucía ni horror, ni repugnancia, ni asco ante lo que está viendo: su cara se veía impasible, como si mirara una escena cotidiana.

Algunas mujeres quedaron profundamente traumatadas y prefieren no hablar, como de hecho ocurrió con tres de las mujeres a quienes iba a entrevistar y a última hora decidieron no hacerlo, por el dolor que significaba para ellas volver a recordar el pasado. Otras mujeres se endurecieron con el paso de los años, y cuando hablan de las experiencias que tuvieron, se refieren a estas como si se tratara de algo natural. A la pobreza en que vivían las familias campesinas, hay que sumar el aislamiento de quienes habitaban en parajes apartados unos de otros. Se carecía de todo, pues no había carreteras que intercomunicaran pueblos y veredas, no había instituciones de salud, ni medicamentos para curar las enfermedades más sencillas de los niños y las niñas, los cuales morían invadidos de parásitos, deshidratados por la diarrea, como lo deja ver el triste testimonio de Teresita.

Como investigadora que escucha, observa y registra las palabras y los modos de hacer de las mujeres a las que entrevisté, no dejo de preguntarme desde dónde lo hago y de qué manera. Si tuviera que definir mi metodología de escucha, diría que se trata de una que, por un lado, toma muy en cuenta las condiciones

materiales de existencia del ser al que entrevisto, las condiciones en que ha vivido y se ha desenvuelto y, por otro lado, pongo especial atención a su subjetividad y a aquellos contenidos, verbales o no verbales que aluden al dinamismo y a la posibilidad de trascender las condiciones materiales de la existencia.²⁸ La capacidad de adaptarse a condiciones de vida duras, solitarias y crueles y seguir adelante, fue evidente en el relato de vida de varias de las mujeres con las que hablé. Las suyas fueron infancias que transcurrieron durante La Violencia, cuando en Colombia no se hablaba de víctimas, ni de justicia, ni de reparar los daños causados por el conflicto y la guerra.

LEONOR Y TERESITA

Cuando comencé la investigación, tuve la suerte de conocer y entrevistar en profundidad a dos mujeres excepcionales, cuyos relatos de vida alimentan este libro. Una de ellas, Leonor, es una mujer de origen campesino del sur del Tolima, con más de 75 años y quien desde su nacimiento y a lo largo de toda su vida fue testigo y partícipe de múltiples episodios de violencia. Ante la gran fluidez de su relato y su insistencia permanente en no ser interrumpida por preguntas externas a este, pude constatar que se trata de una mujer endurecida y orgullosa de su valentía, pero reacia a hablar de sus debilidades, miedos e incertidumbres. Por haber nacido en una de las regiones más emblemáticas de La Violencia, esperaba encontrarme a una mujer abatida y silenciosa, instalada en el rol de la víctima; no obstante, lo que encontré fue a una persona camaleónica, con una gran capacidad

.....
²⁸ Véase Zemelman, *El ángel de la historia*, 13-23.

para cambiar el rumbo de su vida a medida que la violencia la fue impactando.

Hablar de infancia, en el caso de Leonor, no deja de ser un sofisma porque, como lo deja ver su relato, los primeros años de su vida transcurren en medio de escenas atroces, de asesinatos cometidos por parientes cercanos o en contra de estos, peleas y conflictos que ella no entendió de niña. El suyo fue un mundo doblemente duro y cruel, porque su madre la dejó sola siendo muy niña, junto con su hermana, en medio de un mundo de hombres belicosos y porque, además, en esas épocas las mujeres desempeñaban papeles muy a la sombra de los aconteceres masculinos. Ella nunca entendió por qué había tantos muertos y por qué tenían que trasladarse de un lado al otro continuamente. Leonor y su hermana Betty se vieron expuestas a todo tipo de peligros y fueron obligadas, desde muy niñas, a desempeñar oficios y papeles propios de adultos y de hombres.

El testimonio de Leonor es un relato de vida a dos voces, pues se trata de una conversación entre una madre y su hija, a propósito de temas cruciales para entender lo que ha sido la vida de una mujer del pueblo. La hija de Leonor estuvo presente a lo largo de toda la entrevista, y en sus intervenciones resultaron evidentes las tensiones que tenía con su madre y sus divergentes puntos de vista respecto a varios temas. La hija precisó muchos detalles que a la madre se le habían borrado de la memoria y contribuyó a darle sentido a un relato complejo y por momentos muy confuso. El primer marido de Leonor, padre de la hija que habla, no estuvo presente durante la entrevista; sin embargo, se mostró interesado en aportar sus propias memorias a instancias de su hija, quien le explicó el tipo de trabajo que estábamos realizando. Él murió al poco tiempo de hacerme llegar su testimonio. Aunque el relato de Leonor es central, lo que dice su exesposo es crucial para entender la vida trashumante de una familia ligada

desde muy temprano a las guerrillas liberales del sur del Tolima, al bando de los “limpios”. Como veremos, los tres relatos dejan ver cómo se vivía y se sobrevivía en aquellas épocas turbulentas.

Teresita, en cambio, habla en solitario al comienzo de la entrevista para verse luego acompañada por su hija, quien comenta y amplía su recuento narrativo. Teresita también es de origen campesino y con una historia de vida llena de vicisitudes. Debido a su valentía y a la necesidad de trascender las condiciones que le tocó vivir de niña, logró sobreponerse para convertirse en una aguerrida dirigente campesina. Cuando la conocí, Teresita tenía 84 años y su vitalidad seguía intacta. Nos sentamos a conversar en su casa, alrededor de una mesa y en compañía de su hija y de su marido, un respetable dirigente agrario. A lo largo de las horas que duró nuestra conversación, don Eusebio, su marido, no dejó de llorar. A pesar de su experiencia política y de lucha, don Eusebio casi no interrumpió la narración de su mujer, y solo hizo un par de anotaciones y lo mismo sucedió con su hija, quien en todo momento trató de mantener a su entusiasta madre dentro del hilo de la conversación.

Teresita es campesina y militante política y su narración está salpicada con palabras y conceptos que hacen parte de un discurso familiar en el que, de manera intermitente, sale a flote el sentimiento de una gran injusticia. Los tres miembros de la familia con los cuales conversé se han sentido tratados de manera injusta por sus camaradas, copartidarios y compañeros de lucha, y por el Estado colombiano, que permitió que dos insignes luchadores campesinos permanecieran durante gran parte de su vejez sin ningún tipo de amparo institucional. El discurso de Teresita oscila permanentemente entre la urgencia de hacer evidentes los peligros que tuvo que afrontar siendo niña, la necesidad de verbalizar sus sufrimientos y el orgullo de saberse miembro de una familia luchadora que a pesar de todo nunca se entregó.

CAPÍTULO V

Leonor en el mundo de los “limpios”¹

UNA INFANCIA SOLITARIA EN MEDIO DE UNA FAMILIA EXTENSA

Leonor comienza su extenso relato refiriéndose a sus recuerdos más antiguos, cuando era muy niña:

Cuando empezó La Violencia resulta que nosotros teníamos un tío que se llamaba Drigelio, que era hermano de mi papá Luis Julio, un muchacho que crio mi mamá Romelia; no era hijo de ella, pero lo quería como si fuera su hijo. Mi mamá tuvo plata en ese tiempo, y como no había carretera, llevaban fríjol y queso para vender al Valle. No me acuerdo del año, yo estaba muy pequeña y no me acuerdo.

¹ Entrevista a Leonor, 26 de enero de 2013, en casa de Carlos Orlando Pardo, en Ibagué.

La primera intervención de la hija de Leonor es esclarecedora, como todas las que tendrá a lo largo de la entrevista:

Mi mamá y mi tía nacieron en 1943, lo que indica que para 1948, año del asesinato de Gaitán, ellas tenían cinco años. Por eso ellas no tienen claro el concepto de los movimientos agrarios que organizaba el tío-abuelo Drigelio, criado por mi abuela Romelia y medio hermano de mi abuelo Luis Julio. Hay que tener en cuenta que ya esa zona del sur del Tolima tenía un proceso adelantado en el tema de los movimientos agrarios y estaba bastante permeada por los odios entre liberales y conservadores.²

El tío Drigelio es una figura paradigmática de lo que fue un dirigente campesino liberal y analfabeta, dispuesto a no dejarse de nadie, como tantos campesinos en esas tierras tolimenses antes de La Violencia y durante esta. Las andanzas del tío Drigelio marcaron la vida de la niña Leonor de una manera indeleble, como lo dejará ver su relato:

El tío Drigelio llevó unas cargas de frijol para un señor Cruz Bonilla que se alió con la policía chulavita. Cuando mi tío llegó llevaba como diez cargas pero Cruz le reclamó y le dijo que eran veinte. El tío mío nunca había cono-

.....
² En el sur del Tolima hubo numerosas ligas campesinas y sindicatos agrarios. Entre las primeras estaban la liga de Irco y El Limón, fundada en 1937, y liderada por el comunista Isauro Yosa, un campesino que tiene un papel protagónico en la conformación de la resistencia comunista armada unos años más tarde; la liga de agricultores de Ambeima, presidida por Vicente Cruz; el Sindicato de Agricultores de Chaparral, fundado en 1937; la Liga de la Comunidad Indígena Yaguará, y el Sindicato Agrícola de Buenos Aires y Espíritu Santo, bajo la presidencia de Ángel Parga.

cido un fusil porque se crió en el campo con mi mamá y con los trabajadores; no había tenido nunca un fusil. Como el Sr. Cruz Bonilla ya tenía cuadrada a la policía dijo que eran veinte cargas, y Drigelio que no, que eran diez. Entonces llegó la policía a coger a mi tío y a decirle que tenía que conseguir las otras cargas de fríjol. Había cinco policías, un cabo y otros. Mi tío cogió el fusil, les disparó; ahí los dejó, y arrancó a correr. Le echó mano al fusil de dos o tres más. Arrancó a correr y se fue.

Según el relato de Leonor, el involucramiento de su tío Drigelio con la guerrilla liberal tuvo origen en el robo que pretendió hacerle un campesino conservador, en alianza con la Policía, de unas cargas de fríjol. Ese tipo de incidentes eran comunes durante La Violencia, pues los conservadores actuaban de la mano de la Policía para perseguir a los liberales, a lo que estos respondían armándose para defenderse:

Ya se volvió guapo y muy matón el tío Drigelio, hermano de mi papá. El arrancó por allá donde un Sr. José Mejía, que ya tenía guerrilla, estaba cuadrando gente para tener guerrilla, iba bien armado con fusiles. A mi tío lo recibieron y, de una vez, y lo nombraron comandante de la guerrilla. En ese tiempo eran los “chulos”, ya había “chulos” en Herrera. Los “chulos” eran los policías, los chulavitas. Les decían “chulos” y uno aprendía a decirles “chulos”.

La hija de Leonor aclara cuál era la relación que existía entre los policías y los conservadores en la zona:

Volviendo a las confusiones de mi mamá. Creo que ella habla desde esa época de los chulavitas, pero estos aún no habían llegado. Existían grupos armados que, aliados con la Policía y los gamonales de la zona, perseguían al incipiente Partido Comunista asociado con los liberales. Mamá habla de chulavitas, porque empezó a tener conciencia de los “enemigos chulavitas” a medida que fue creciendo, así antes de la muerte de Gaitán no se llamaran así; eran un fenómeno paramilitar que nunca ha dejado de existir. Los llamados chulavitas por mi mamá era la Policía que se había aliado con la gente del pueblo; ya la violencia estaba como establecida en ese momento. La familia de mi mamá era liberal y la Policía creó una encerrona para poder matar al tío Drigelio. El tío se les escapó, mató a los policías, se llevó los fusiles y llegó donde la gente que se estaba organizando en ese momento, que eran los liberales. Era una guerrilla liberal. Es la primera referencia que ella tiene de la violencia. Mi mamá era pequeña, debía tener como cinco o seis años.

Luego de la intervención de su hija, Leonor comenta lo siguiente:

Lógico que el tío ya tiraba a ser comunista. Se encontraron con don José Mejía, y siguieron reuniendo gente. Llegaban de noche y sacaban viejitos, se llevaban palas y machetes para armarse la guerrilla. En ese tiempo eran los... No les decían guerrilla... Les decían la “chusma”. Ya él era comandante; mi tío cogió su escuadrón y don José se fue aparte. Se formaron varios grupos de guerrilla y con la Policía se perseguían unos con otros, o sea, los liberales mataban a la Policía, la Policía llegaba a las casas... La Policía empezó a hacer más maldades.

Enseguida, Leonor se refiere a unos hechos escalofriantes que oyó contar cuando era niña, sucesos que eran cotidianos durante La Violencia y para los cuales no había ninguna explicación:

Yo tenía un tío que se llamaba Julián, creo que era hijo de mi abuela Josefina no más, pues no era hijo del papá de los otros, de Pedro. Él vivía por allá de Planadas para abajo y nosotros estábamos donde mi abuelito Pedro. Llegaron los “chulos” a la casa de ellos, la esposa de él estaba esperando bebé y la cogieron, no sé por qué, la rajaron, le sacaron el bebé, la colgaron de manos y pies y le echaron piedras en la barriga y le abrieron la boca y le metían el niño por la boca.

La escena que narra Leonor fue recurrente durante La Violencia. A las mujeres del bando contrario las violaban, las ultrajaban y luego las mataban. Son frecuentes los relatos donde aparecen mujeres embarazadas a las que les abrían el vientre, les sacaban el feto y les metían objetos como piedras o animales:³

Nosotros estábamos donde mi abuelo cuando llegó un muchacho. Mi abuelo Pedro tenía tres hijos varones fuera de mi mamá y de otra hermana que ella tenía. Un hijo de mi abuelo se llamaba Estanislao y lo llamaban tío Conejo, porque era chiquito. Mi tío Estanislao estaba recién casado y la esposa de él estaba batiendo huevo para hacer un ponche... Me acuerdo tanto de eso. El muchacho fue y le dijo que habían matado a Julián, le contó que cogieron a mi tío Julián, lo amarraron a un palo, le chuzaron los ojos,

³ Un análisis detallado de las prácticas atroces de La Violencia, en Uribe, *Matar, rematar y contramatar*.

lo castraron, le hicieron todo lo que le pudieron hacer. Sí, fueron los “chulos”. Como sería la rabia de ellos que me acuerdo que mi tío Estanislao se arrodilló y le dijo a mi abuelito Pedro, “écheme la bendición, lo juro por Dios que de hoy en adelante me vuelvo el hombre más malo que hay sobre la tierra”, y salió y se fue. La esposa de Estanislao se quedó ahí en la casa de mi abuelo. La policía siguió yendo allá, no sé por qué se la montaron a ellos, por qué fue que se la montaron a toda la familia.

A la familia de Leonor la perseguían por el hecho de ser liberal; no hay que buscar más explicaciones. En su relato, Leonor se refiere a la soledad que sentía siendo una niña, en medio de tanta zozobra:

Yo de niña andaba por ahí en la casa, ponía cuidado. Uno se para a poner cuidado, ya no nos dejaban salir a ninguna parte ni nada, porque era peligroso, nos mataban. Ya mi mamá se había venido de la finca.

La familia de Leonor era de filiación liberal; pero estaba muy mezclada, pues también había familiares que eran conservadores. La polarización política o división partidista no respetaba los lazos familiares, y muchos de sus miembros acababan liquidándose por pertenecer a diferentes bandos, tal como lo relata Leonor:

La mía fue una familia trocada, unos eran liberales, otros eran conservadores. Entre ellos había un primo hermano de mi mamá por parte de mi abuela que se llama Juan Ángel Molano y era godísimo, de esos malos que se aliaron con la Policía para matar gente. Entonces el tal Juan Ángel Molano se la montó a mi mamá porque como no

podía matar a su hijo Virgilio, que era hijo de él, pero criado por mi mamá, entonces la perseguía a ella. Se la montaron a mi mamá que le tocó venirse de la finca; ya estábamos donde mi papá Pedro, ya habíamos hartos niños ahí. Eso fue cuando el tío Drigelio empezó a matar, mataba policías solo por verlos morir. Entonces ya se empezaron a perseguir unos con otros, los unos porque eran liberales, los otros porque eran godos, chulos. Ya llegaban a las casas. Nosotros nos fuimos de ahí de la casa.

En este punto la hija de Leonor interviene y aclara quién era el tal Virgilio del cual acaba de hablar su mamá:

Virgilio era hijo de Juan Ángel Molano y había sido criado los primeros años por mi abuela Romelia. Pero hubo problemas familiares por cuestiones políticas y el señor Juan Ángel empezó a perseguir a mi abuela por ser liberal. En el fondo eran problemas de herencias también.

Toda esta violencia de la que habla Leonor es anterior al asesinato de Gaitán. Se trataba de una violencia que enfrentaba a liberales y comunistas contra conservadores y policías. Por lo tanto, el asesinato de Gaitán no inauguró la violencia en el sur del Tolima, más bien la continuó y la magnificó:

Cuando empezó la violencia fuerte, Gaitán todavía no se había muerto. Cuando lo mataron, estábamos en la finca de mi mamá. Eso ya se volvió terrible: la guerrilla sacaba viejitos y muchachitos; los liberales llevaban hachas, penillas, palas, lo que encontraran para pelear porque los chulos venían armados. Ya mi tío Conejo y mi tío Drigelio se volvieron los más malos.

En el relato de Leonor hay un tema rodeado de silencio que aparece insinuado, pero nunca es explícito: el de su relación de niña con el tío Drigelio, un hombre muy violento, pendenciero y de pocas palabras. Y aunque el otro tío, Estanislao, también se volvió vengador y pendenciero, Leonor nunca le tuvo miedo. Es evidente que en el momento de rendir su testimonio, es decir, cuando ella ya es una mujer mayor de 75 años, su relato deja traslucir un evidente rencor hacia dicha figura masculina, rencor que se hace evidente en las palabras despectivas que utiliza para referirse a él. Es más, su hija cuando comenta y complementa la entrevista de su mamá, deja entrever que hubo abusos y acosos sexuales por parte del tío, tema al cual Leonor nunca se quiso referir. Si tuviéramos que describir el sentimiento que se percibe en el relato de Leonor cuando habla de su tío Drigelio, hablaríamos de peligro. El tío —y no solo él, pues aparecen varias figuras masculinas que también lo encarnan— era una presencia que transmitía la sensación de peligro, un hombre de comportamientos violentos, impredecible y que nunca daba explicaciones:

No se oía sino decir que en la Herrera, en la Aurora, en Monte Loro, mataron a no sé quién, que el comandante era el tío Conejo, que el comandante era fulano. Yo nunca le supe bien el sobrenombre al tío por parte de papá. Eso mataban mucha gente, mucha. Había dos comandantes, uno era conservador, godo, y el otro era liberal, y se llamaba Gutiérrez, ese era el apellido de ese señor; el otro liberal era bueno. Se encontraban y se daban bala. Una vez se citaron todos... Nosotros anduvimos con la guerrilla durante mucho tiempo.

La niña Leonor no entendía bien qué pasaba entre los tíos y conocidos cercanos que se mataban unos a otros; ella llamaba

tíos a todos. Tío era aquel que movilizaba los afectos y las bajas pasiones familiares:

Era la política, unos porque eran liberales, los otros porque eran godos, unos porque eran chulos y los otros porque eran pájaros. Mi tío Conejo porque le mataron a su hermano Julián; pero él era un hombre trabajador. Yo no conocí a ese señor Julián, porque vivía de Planadas para abajo, por el lado del Cóndor. Era un tío, un hermano de mi mamá. Esa gente se volvió mala. Mi tío Conejo también tenía un hermano que se llamaba Juan y hacía billetes.

El relato de Leonor que sigue a continuación es bastante confuso pero da cuenta de los encuentros y arreglos que hacían los unos y los otros con el fin de vengarse de las muertes causadas:

Juan Ángel tenía un hermano que se llamaba Luis Antonio, que resultó muerto debajo de un puente, ahí en Herrera. Le echaron la culpa a su hermano Juan Ángel; pero él no había sido. Un poquito antes de que Drigelio matara a los policías, otro tío también resultó muerto y entonces le echaron la culpa a Drigelio. Se citaron entonces el hijo de misía Pola, que se llamaba don José y era un duro, ya era de los guapísimos, y Juan Ángel. Se dijeron que iban a encontrarse allá en el filo. El hijo de misía Pola sí tenía buenas armas, tenía los fusiles que le había dado el tío Drigelio. No ve que el tío Drigelio lo primero que hizo fue matar a los policías y llevarse como tres fusiles, por eso él se volvió el más guapo de todos. Eran fusiles buenos. Para este lado de acá había montaña, y para allá solo había rastrojo. A los liberales

del tío Drigelio y de don José les tocó donde estaba el rastrojo, y los otros eran los de Juan Ángel, la Policía venía a encontrarse con ellos pero ellos no tenían muchas armas. Ellos se citaron. Mientras tanto, don José mandó a hacer un sancocho en la casa donde estábamos viviendo nosotros. Llegaron las doce, la hora precisa para encontrarse los chulos con la guerrilla, cuando eso no se llamaba guerrilla. Le acababan de servir el almuerzo y don José estaba empezando a comer un cocidito cuando le dijeron: “Llegaron los chulos”. Él dejó el plato y salió. Sí, señor, se dieron bala ese día; mataron al guapo de los liberales, al de nosotros, decíamos nosotras. Mataron a don José y mataron a Gutiérrez también. Mataron dos comandantes y los otros salieron corriendo y dejaron los muertos.

Leonor retorna nuevamente a la figura del tío Drigelio, a quien describe como un hombre cruel que se valía de las dos niñas, Leonor y su hermana Betty, quienes tendrían para entonces cinco o seis años, con el fin de que fueran hasta los potreros y comprobaran cuántos muertos había. Les daba la orden de apoderarse de los fusiles para que se los trajeran a él. También pedía a las niñas que describieran cómo habían quedado los cuerpos. Y ahí es cuando uno se pregunta: ¿qué sentiría la niña Leonor ante sus permanentes abusos de poder, su machismo, su incontenible violencia y su incapacidad de dar afecto? Eso nunca lo sabremos, porque es un tema rodeado de silencio:

El tío guapo de nosotras, Drigelio, fue el que empezó con los fusiles. Él era un hombre, yo no sé, era una porquería en todo caso, porque no tenía caridad con nadie. Nosotras éramos pequeñitas y nos mandaba: vayan a

ver si hay muertos en el filo, traigan los fusiles, lo que tengan. Nos íbamos corriendo con Betty mi hermana. Y sí, encontramos a don José Mejía, que estaba recostado contra unas chircas. El fusil que tenía, quién sabe si estaba disparado, nosotras no sabíamos. Don José, don José, le dijimos, mire que mi tío nos mandó a ver si usted está muerto. Pues el hombre estaba muerto, porque cuando le movimos las chircas salió rodando. Como para acá era loma y para allá había montaña, él salió rodando y cayó por allá boca abajo. Nos fuimos y como pudimos le quitamos el fusil. Porque los otros no, fíjese cómo eran de cobardes, no fueron capaces de desarmarlo y nos mandaron a nosotras. Nos mandaba a mirar, que sí había muertos y que sí tenían algo que les lleváramos. Y nosotras a rastras cargábamos las cartucheras y el fusil, porque él tenía un fusil. Nosotras a rastras cogimos eso y se lo llevamos al *gurre* ese que era malísimo y que nos había mandado. Le decíamos “Tío, mire él se acostó, estaba chorreando sangre en la espalda, le entró el tiro por acá y le salió por la espalda”, y claro, nosotras lo vimos ahí parado, no sabíamos que estaba muerto y cuando lo movimos el salió rodando. Ahí sí nos abrazaba con mucho dolor por la muerte de don José, pero de todas maneras con ganas de los fusiles. Ahí sí nos abrazaba contento, porque le llevábamos parte y le llevábamos armas.

La hija de Leonor interviene aquí y aclara lo que acaba de decir su mamá:

El tío Drigelio, que lo crio mi abuela, ya era comandante. Él mandaba a las niñas a quitarles el arma y las pertenencias a los muertos. El tipo ese fue... Hay partes que

de pronto ella no va a contar. El tipo fue muy malo, muy malo. Abusador, abusador.

Ante el comentario de la hija, y enterada de la frecuencia con que ocurrían las violaciones, yo le pregunto a Leonor si tuvo que vivir acosos sexuales y abusos por parte de sus tíos y ella, de manera evasiva, responde:

No, pues, en ese tiempo yo no sabía nada de eso, nada. Yo oí decir que a una muchacha la violaron, que la mataron, pero nosotras no sabíamos qué era eso. De pronto el hombre después con el tiempo, por acá...

La hija termina la frase de su madre: “Intentó abusar de ellas, pero en ese tiempo no porque eran muy chiquitas”. Las niñas Leonor y Betty se acostumbraron a quedarse solas desde muy chiquitas, circunstancia que las fue uniendo hasta volverlas inseparables. Leonor relata cómo fueron abandonadas a su suerte en la finca por un tiempo, en medio de una violencia atroz y como se las arreglaron para sobrevivir:

Nosotras estábamos en la finca cuando mi mamá nos dejó; era que tampoco nos quería. Nos dejaron a Betty y a mi solitas. No sabíamos hacer de comer, ordeñábamos una vaca para darle leche a unos gatos que teníamos y a los perros. Sabíamos ordeñar desde pequeñitas, porque nos tocaba muy duro. Pues mi mamá no decía nada, como tenía plata se montaba en su caballo y se iba. Nos dejó solas, y ya cuando volvieron no sé cuánto tiempo había pasado. Nosotras no sabíamos hacer de comer. Éramos gemelas, cuando volvieron nosotras nos habíamos subido a un zarzo a morirnos, porque si tomábamos esa leche,

la vomitábamos. No comíamos nada, quién sabe cuánto tiempo pasó. Cuando mi mamá regresó lloraba; entonces nos hizo un caldo de pollo y nos daba cuchareado y nos bajó de allá del zarzo.

Leonor habla con rencor de su madre, que se iba sin decir nada y regresaba meses después, dejándolas solas en medio de hombres armados y dispuestos a todo:

Resulta que cuando nos dejaron solas, llegaron los chulos con el primo de mi mamá, Juan Ángel Molano. Él llegó con mucha gente y cargaban como unas lámparas. La casa quedaba en un plan pero había que bajar y subir y allá enfrente, ellos cargaban unas luces y ponían unas luces y se veía bien clarito. Nosotras les teníamos miedo porque el cuento era que mataban hasta los huevos. Entonces nosotras echamos mano de ese gato como a las diez de la noche, quién sabe qué hora sería, porque no sabíamos la hora ni nada, le echamos mano al gato. Había por ahí unos palos muy gruesos que cuando los cortaban se astillaban. Había un roble grueso, pero estaba a la orilla del camino. Entonces nos hicimos allá con el gato, nosotras nos subíamos a todos esos palos, miqueábamos, hacíamos de todo. Nos subimos a ese palo cuando ellos llegaron.

Como lo deja ver el relato, los conservadores llegaban a las propiedades de los liberales, y lo mismo hacían los liberales con las propiedades de los conservadores, y disponían de los animales, de la comida, de lo que hubiera. Las niñas estaban solas y al verlos llegar huyeron para el monte. Los conservadores enemigos de la familia de Leonor aprovecharon que las niñas habían quedado solas para llegar a la casa y saquear lo que encontraron:

Nosotras matábamos las gallinas para comer, quién sabe si bien lavadas o mal lavadas; pero la cosa es que las matábamos. Estábamos cocinando una gallina que habíamos matado, pero los que llegaron se comieron esa gallina, encerraron a los marranos, mataron becerritos que estaban en el corral, mataron unos marranos, dejaron animales muertos y los otros los metieron a los graneros, que eran unos cajones grandes donde echaban el maíz, los frijoles y la remesa. Encerraron los pocos marranos que dejaron y nosotros por allá subidas en ese palo. Hacían tiros y así amanecieron. Nosotras de lejos no oíamos, solo los tiros, pero no nos arrimábamos. Como ponían unas lámparas, no sé qué clase de lámparas serían, se veía el reflejo allá abajo. Ahí nos quedamos dormidas con el gato, porque no lo soltábamos.

Las niñas podían pasar varios días en el monte, y solo regresaban a la casa cuando el peligro había pasado, cuando los forasteros se habían ido:

Al otro día nos vinimos para la casa, porque ya se habían ido. Se llevaron un caballo de mi mamá, que llamaban el Calomon... Ella montaba un caballo buenísimo, pero el caballo solo se dejaba coger de ella o de los conocidos. Como era un caballo caro, entonces se llevaron el caballo, pero no lo pudieron coger, se voló, lo encontraron como a los dos meses por allá en una finca.

Después de la intempestiva visita nocturna de Juan Ángel Molano, el enemigo acérrimo de la familia, las dos niñas se trasladaron a la finca del abuelo Pedro. Así lo relata Leonor:

Entonces nos vinimos para el pueblo a decir que habían matado. Antes de venirnos alcanzamos a ordeñar y a llevarnos un poquito de leche en una botella. Nos encontramos al tal Juan Ángel en un portón, en un monte, y dijimos “Aquí nos mataron”; pensábamos nosotras, porque como el cuento era que mataban hasta los huevos. Veníamos solitas las dos, el gato lo dejamos en la casa. Andábamos por unas cochas de barro que nos llegaban hasta acá.

Y Leonor hace una seña para indicar que el barro les llegaba a la cintura:

Es que la vida de nosotras fue muy cruel. Hemos sufrido. Hemos aguantado hambre. Juan Ángel no nos dijo nada, salió al camino, nos saludó, nos dio de a diez centavos a cada una, mientras los otros estaban por ahí. Nos preguntó: “¿Van para donde su mamá, no?, porque dijeron que ella se había ido”. A uno se le graba eso, porque ella se fue. “Vamos para donde mi abuelito, mi papá Pedro”. Nada, nos dio de a diez centavos. Si nosotros nos hubiéramos quedado en la casa, él no nos hubiera matado, pero los otros sí, porque los otros acababan con todo. Después de eso mi mamá se fue de la finca del todo, y de allí se fue de finca en finca.

Comienza la peregrinación de la familia de finca en finca, huyéndole a los conservadores y a la Policía. A partir de ese momento, la familia se vuelve trashumante, se desplaza huyéndole a la violencia. En toda la región se conforman bandas armadas, tanto de liberales como de conservadores, que deambulan por las fincas saqueando y matando, tal y como lo relata Leonor:

Llegamos a Berlín, un caserío más abajo de Santiago Pérez. Llegamos donde una prima del papá de nosotros, una vieja que se llamaba Marciana, rica esa vieja y miserable. Nos ponía a coger café, y si no llevábamos yo no sé cuánto, no nos daba almuerzo; nos daba un agua ahí no más. Era muy miserable esa vieja, tenía mucho café y mandaba a hacer ranchos por allá en el monte para empaquetar café. Pero le metieron candela a eso y duró como dos meses saliendo humo, oliendo a café, azulito se veía.

Se fueron a refugiar donde una tía; pero al rancho de ella lo incendiaron y tuvieron que huir nuevamente. El contexto cotidiano era de extrema polarización entre liberales y conservadores y no faltaba quien gritara “vivas” y “abajos” a su partido o al partido contrario, gritos que podían provocar enfrentamientos, y aun la muerte. Los enfrentamientos eran permanentes, por rencillas, venganzas, cuentas pendientes, ofensas al honor. Así lo relata Leonor:

Esa vez que nos llevaron a Berlín donde la tía Marciana iba con nosotros un señor, don Segundo, que tenía siete hijos. Pobre señor, había peleado con un hermano del tío Drigelio. Ese día estaban haciendo la comida, habían tomado tinto y estaba lloviendo. Cuando en esas se paró el tío Drigelio y le dijo a don Segundo: “Usted peleó con mi hermano Emilio, usted es goda”. Y él dijo: “Yo soy liberal y muero por el Partido Liberal. Yo no he peleado, tuvimos unas voces pero no hemos peleado”. Entonces Drigelio sacó el revólver. Estaban en la gotera del rancho donde vivíamos y les caía agua. El señor empezó por ahí como a la hora a decir: “Soy liberal y muero por el Partido Liberal”. El tío mío le decía: “Usted es goda y lo voy

a matar”, y ahí lo dejó. Como a la hora se vio que él no estaba muerto, solo estaba privado y volvió en sí y dijo: “Muero por el Partido Liberal”. Como a la hora empezó: “Compañeros, Dios quiera que les vaya bien, déjenme ver a mi familia por última vez; muero por el Partido Liberal. Déjenme ver a mi familia”. Fue la primera vez que yo vi matar a una persona, yo nunca había visto un muerto. De pronto, muertos sí, dos o tres; pero matados así, jamás.

Las incursiones de los liberales armados en las fincas y haciendas de los conservadores tenían por objeto buscar armas y dinero; por lo general, violaban a las mujeres de la casa y se llevaban la ropa, las ollas y la comida que encontraban por ahí:

Nosotras nos habíamos encontrado un tarro con un poco de perlas, siquiera no nos dio por probar, porque era cianuro. Nos encontramos el tarro por allá en un camino escondido y dijeron que era cianuro. Los liberales hacían bombas con un papel negro grueso, lo envolvían, molían y hacían bombas con ese cianuro. Todavía le echan veneno a las bombas, les echan cianuro, muelen y envenenan lo que les echan por dentro. Muelen hierro y puntillas. Cualquier pedacito de hierro se lo llevan porque eso les sirve para hacer bombas.⁴

Debido a la escasez de municiones, uno de los instrumentos más utilizados por las guerrillas liberales a la hora de atacar fueron las llamadas bombas caseras, según consta en varios expedientes judiciales de la época. La fabricación de dichas bombas se llevó a cabo de una manera rudimentaria, a pesar de lo cual revestían

⁴ Véase Tafur Pinto, “El movimiento guerrillero y el bandolerismo”, 66 y ss.

grandes peligros para la población. Algunas estaban elaboradas en tubos de hierro, con tuercas que se fijaban con cemento, a lo que se añadían algunos tacos de dinamita, fulminantes y mecha de combustión lenta. En el oriente del Tolima se les llamaba *cantalicones*. Las niñas Leonor y Betty encontraron una bomba, pero no entendieron para qué podría servir:

¿Esa gente como haría para saber todo eso? Nos preguntaron dónde están esas perlas, y nosotras las buscamos y se las pasamos. Tibiaron agua y le dieron de tomar a don Segundo, y se murió. No lo mataron a tiros sino que le dieron de esa agüita y ahí se murió don Segundo. Él era de ellos mismos; pero como había peleado con el hermano del tío Drigelio, había alegado, no peleado, por eso lo mataron. Mugres que eran también. Al otro día por la mañana ellos no durmieron, cogieron a don Segundo, lo desvistieron, le robaron la ropa y se la llevaron, porque ellos tenían que tener ropa como fuera. Le quitaron la escopeta que llevaba, porque en esa época sí había escopetas de cápsula de dos cañones, en la casa había una de dos cañones. Lo amarraron de los pies y las manos y lo colgaron en una vara y lo botaron por allá en unas rozas que había. No lo enterraron, porque andaban de paso esperando a los “chulos”; por eso lo botaron. Esa gente andaba mucho, perseguían a los “chulos” por todos lados; se buscaban, se encontraban y se daban bala. Ya estaban bien armados, tenían buenas escopetas, a los policías que mataban les quitaban el fusil.

Y en medio de la guerra y su zozobra, la cotidianidad seguía su curso. La mamá de Leonor y de Betty quiso celebrarle el cumpleaños a su hija más pequeña, para lo cual destinaron un cerdo

que se comerían entre todos. Pero La Violencia no daba tregua y el tío Drigelio irrumpió nuevamente en casa de la mamá de Leonor con su cuadrilla de matones y dispuso del cerdo para darle de comer a su tropa:

Mi mamá tenía una niña pequeñita, lindísima, hija de ella, era que ella todavía estaba joven. Nosotras le llevamos cuatro años a esa niña. Era hija de mi papá; ellos estaban separados pero mi papá de vez en cuando iba... Ahora es que yo caigo en cuenta. Tenía la niña pequeñita, estaba cumpliendo un año, y en ese tiempo para hacerle una fiesta, al menos en el campo, mataban marrano, invitaban a la gente. Por allá estaban todos corriendo y consiguieron un marranito y lo tenían amarrado porque al otro día cumplía años la niña.

El tío Drigelio iba a veces por allá a jodernos la vida, no más, y un día llegaron esos liberales; eran un poco de tontos con palas y picas. El tío Drigelio nos hizo levantar, nosotras teníamos fiebre y nos hizo levantar. Tanta gente que iba, eran como doscientas personas, nos hizo levantar para que fuéramos a traer agua para hacer de comer a toda esa gente y mataron el marrano.

Leonor explica la procedencia de todos esos guerrilleros que andaban con su tío Drigelio:

Esa gente venía de sus casas. Se fueron juntando niños y llevaban de todo, llevaban liberales, viejos; pero ya a lo último cuando se organizaron sacaron a los viejitos y los dejaban ir para la casa, de resto no. Se fueron armando. Una vez hubo una creciente por allá en Berlín y se

ahogaron muchos “chulos”. Se ahogó ganado, animales, de todo, y también cogieron ellos muchos fusiles que llevaba esa quebrada. Los jefes de toda esa gente eran los tíos míos, mi tío Drigelio y mi tío Juan.

En este punto de la narración interviene, nuevamente, la hija de Leonor para aclarar cuestiones del parentesco que había entre los miembros de la familia y los roles que desempeñaban los diferentes tíos en la conformación de las cuadrillas armadas:

Mi mamá se refiere al tío Juan, hermano de mi abuela Romelia. Los hermanos de mi abuela Romelia eran Estanislao, Juan y Julián, que era hermano medio, y más o menos desconocido para ellas. Julián fue asesinado cruelmente junto a su esposa embarazada, lo que motivó que el tío Conejo (Estanislao) se convirtiera en un asesino horrible. El tío Juan era el que hacía los billetes falsos y quien defendía a mi tía y a mi mamá durante los desplazamientos.

MATARON A GAITÁN, UN TÍO MÁS ENTRE TANTOS TÍOS

Es interesante el relato de Leonor cuando se refiere a la muerte de Gaitán, un hecho que conmocionó a la región y que ella percibió como parte de un movimiento general que involucraba a sus tíos. A pesar de la confusión reinante, Leonor se refiere al evento como un parteaguas que cambió y agudizó la situación que venían viviendo:

Se llamaban comandantes, camaradas se decían también. Mi tío Drigelio tiraba a ser comunista desde mucho antes; él la iba mucho con el comunista, porque hacía reuniones en la casa cuando todavía no había nada. Hablaban mucho de Gaitán, iba gente, eran liberales y hacían reuniones. Por eso cuando mataron a Gaitán, yo creí que ese también era tío mío, porque todos lloraban, mataron a Gaitán decían. Cuando mataron a Gaitán mandaban tipos a avisar a las casas, que mataron a Gaitán. Y los aviones, eran como avionetas pequeñas, allá en la finca nunca se habían visto, pero ese día que mataron a Gaitán o al otro día, ese día sí hubo avionetas. No había radio, allá una linterna con pilas era lo que más había, no más.

Nos mandaron a Betty y a mí: “Vayan avísenle a su tío que mataron a Gaitán”. Nosotras nos fuimos corriendo a avisarle a ese tío: “Tío, que vaya, que mataron a mi tío Gaitán”, no sabíamos ni quién era. El tío Drigelio era muy inteligente, no había estudiado pero sabía leer y escribir, por ahí seguro mirando aprendió. Enseguida se vino y de una vez arrancó a llevarse gente. Cuando él mataba policías, ya tenía su gentecita por ahí, no mucha, pero ya tenía gente. De una vez se fue y ahí se dañó todo. La matada de Gaitán fue la dañada de todo, ahí se acabó con todo. Llegó el tío Drigelio, reunió gente, nos sacaron de la finca y nos vinimos.

De Berlín, la familia se desplazó hacia otras localidades, huyéndole a la violencia que se agudizó con la muerte de Gaitán. La cuadrilla de Drigelio siguió creciendo con la gente que se fue añadiendo en busca de protección. Leonor y su hermana Betty

hicieron parte de ese grupo de liberales que se desplazó por entre las montañas buscando protección:

Ya después nosotros nos vinimos de Berlín, salimos de ahí. El tío Drigelio ya andaba con hartísima gente, con niños, qué gente tan ignorante, con familias completas. Hacía como seis meses que nosotros habíamos empezado, quién sabe, uno de pequeño no sabe cuánto tiempo. Nos vinimos por la montaña, a mi hermana y a mí nos cogieron el tío y esa gente y nos tiraban de una mano a otra. Había mucho capote y uno quedaba enterrado, llorábamos y entonces nos sacaban. Por allá en un punto llamado Copete, entre Planadas y el Alto, me tropecé y me tumbé una uña. Se me hinchó el pie, pues yo iba descalza. Como lloraba mucho, el tío Drigelio dijo que me iba a matar, porque yo hacía mucho ruido. Entonces mi tío Conejo le dijo a Drigelio que se armara su gente y que se mataran entre ellos, pero que a mí no me dejaba matar. Mi tío Conejo sí nos quería, pues no me dejó matar. Mi mamá les dijo: “Déjenme acá, que si me mata la Policía, que me mate con mis hijas, pero yo no dejo que me maten a mi niña”. No dejaron que me matara. “Aquí hay muchos muertos, pero a ella no la dejamos matar”, dijo mi tío. Me iban a matar porque lloraba de dolor.

Lo que sigue es un recuento de las penalidades que sufrían las familias desplazadas por La Violencia y de las estrategias de las que se valían para sobrevivir:

Mi mamá traía a la niña por entre ese monte. Llegaban y mataban una vaca que traían de donde fuera, cogían la

carne y la secaban un poquito por la noche y los plátanos los fritaban y sacaban tajadas delgaditas, platanitos fritos delgaditos, los echaban en talegos y cada uno echaba a andar con su carne y sus platanitos, porque ni arroz ni nada, ni sal se conseguía. Andando por lo oscuro que ni conocían, ahí nos quedábamos de noche.

Leonor narra las penurias de un desplazamiento forzado por las circunstancias del que hacían parte hombres armados, mujeres, niños y ancianos que huían de la persecución de conservadores y policías a los cuales ellos también perseguían y mataban. Esa era la naturaleza de esa guerra bipartidista, atacar, defenderse, huir y atacar nuevamente.

Después nosotras nos volvimos guapas. Por eso es que yo odio a la gente. Antes uno es persona, porque hubo un momento en que nos tocó por allá en ese monte cuando nos mandaban a ver si había policías y nosotras sin conocer. Nosotras nos cogíamos de la mano con Betty y corríamos, nos subíamos a los palos, sabíamos qué pepas se comían en el monte, comíamos puras pepas. Pues resultó que nos perdimos y “mamacita” (la abuelita Romelia) lloraba mucho asustada.

Por allá en Santiago Pérez —yo que ahora he andado por esos sitios me acuerdo de las partes donde estuvimos— nos encontramos a la Policía, nos cogieron y nos dieron comida. Ellos llevaban comida de la que cargan y nos dieron, prendieron candela y nos preguntaron que dónde estaba nuestra familia. No les dijimos, dijimos que ellos se habían muerto, a uno lo enseñan a ser mentiroso. Les dijimos que ellos se murieron y que nosotras quedamos

solas en el monte. Y “¿Dónde se murieron?”. “No sé, por allá en Herrera, en un monte”, contestamos.

Dos noches dormimos con los policías ahí y nos dieron comida y al otro día se fueron a pelear, porque los atacaron. Entonces nosotras cogimos sal y lo que pudimos porque ellos cargaban sal, y nos fuimos para el monte otra vez. Nosotras dos andábamos solas, sí, solas cuando llegaron los policías. Había gente buscándonos y nos encontraron saliendo a Santiago Pérez, no sé por qué no conocíamos. Nos encontraron y nos llevaron. Mi tío Juan, hermano de mamacita Romelia, la abuela, era el que hacía los billetes, y mi tío Conejo nos trajeron de por allá de ese monte y fuimos a dar al Davis. Yo creo que usted ha oído nombrar El Davis.

EL DAVIS: UNA POLÉMICA FUNDACIONAL

Después de andar por entre el monte, comiendo semillas y durmiendo a la intemperie, la familia liberal de Leonor llegó finalmente a El Davis. El historiador Medófilo Medina se refiere a El Davis y lo describe como un enclave guerrillero, integrado por liberales y comunistas que no solo se defendían de las agresiones de los conservadores, sino que organizaban acciones ofensivas.⁵ Allí se habían juntado algunas familias liberales, como la de Leonor, procedentes de varios municipios del sur del Tolima, junto con campesinos comunistas, algunos artesanos

.....
⁵ Véase Medina, “La resistencia campesina”, 334-339.

y profesores que habían llegado allí procedentes de diversos lugares. Muchos de sus integrantes venían huyéndole a la persecución que los conservadores llevaban a cabo en pueblos del Tolima y del Huila. Con el objeto de coordinar las acciones en El Davis, sus integrantes conformaron un estado mayor conjunto que estuvo integrado tanto por campesinos liberales como por comunistas. Es interesante la descripción que hace una mujer como Leonor, que nunca fue militante, del enclave guerrillero de El Davis. Ella, por ejemplo, era demasiado pequeña como para poder distinguir que entre sus integrantes había tanto liberales como comunistas. Ella solo habla de la presencia de liberales y de uno que otro conservador:

Eso allá era gente armada hasta los dientes. Anduvimos con “Peligro”⁶ y ahí en El Davis también estaba “Tirofijo”.⁷ Cuando nosotros estuvimos en El Davis estaba recién hecho. Allá fue que se formó el tío mío, el guapísimo malo ese Drigelio. Se juntó con “Peligro” y ellos dos se respetaban y andaban juntos, porque juntos eran duros. “Peligro” fue trabajador en la finca de nosotros;⁸ toda esa gente era liberal.

También hubo un godo con nosotros que se llamaba Carlos Garzón y le decían “El Pájaro”. En El Davis nos

⁶ Leonor se refiere a Leopoldo García, o “Peligro”, guerrillero liberal procedente del municipio de Herrera.

⁷ “Tirofijo” se llamaba Pedro Antonio Marín, conocido también como Manuel Marulanda Vélez. Después de vivir en Marquetalia, Marulanda Vélez fue, durante muchos años, el comandante de las FARC.

⁸ Las guerrillas del sur del Tolima fueron conformadas en sus inicios por Gerardo Loaiza y por Leopoldo García, alias “General Peligro”.

recibieron a muchas familias. El Davis quedaba de Planadas para arriba; es muy difícil calcular dónde pero sí quedaba por el lado de Planadas, de para arriba. A “Peligro” nos lo habíamos encontrado en otra parte, y allá llegó para llevarnos al Davis. La gente regañó a “Tirofijo”. Le decían que por qué nos cargaba, que por qué no nos habían sacado y dejado en un pueblo. “Tirofijo” era pollo. Nosotros duramos como tres meses en El Davis. De allá salían a trabajar y llevaban de regreso ropa, comida y de todo. “Tirofijo” se puso bravo porque andaban con las familias, dijo: “Saquen a los niños de acá”.

Una de las discrepancias serias que se presentaron entre “limpios” y “comunes” en El Davis fue a raíz de la presencia de mujeres y niños que acompañaban a los guerrilleros liberales. Los comunistas no estaban de acuerdo con esta práctica, pues consideraban que los combatientes debían andar solos, sin sus familias, para poderse mover y atacar. El enclave se abastecía de lo que obtenían de las “comisiones” que organizaban los “comunes”, las cuales consistían en operaciones mediante las cuales extorsionaban y despojaban a las poblaciones cercanas, robándoles el ganado. También organizaban labranzas colectivas en tierras incultas y los productos se repartían equitativamente entre las familias que integraban la comunidad. Estos procedimientos generaban resistencia entre los campesinos liberales, y lo mismo sucedía con el autoritarismo y la disciplina que imponían los comunistas, pues los liberales no compartían estos criterios.⁹ Leonor se refiere al momento en que se disgregó El Davis y “comunes” y “limpios” cogieron por diferentes caminos:

.....

⁹ Véase González, *Poder y violencia en Colombia*, 307 y 308.

Después “Tirofijo” salió de El Davis y estuvo en Puerto Tolima, estuvo de jefe abriendo carreteras. Primero estuvo en la guerrilla, luego se salió y siguió trabajando y luego volvió a la guerrilla y se fue para Marquetalia.¹⁰ El terreno allá era muy bonito; allá tenían muchas cosas. “Tirofijo” conocía todo eso y se fue para allá.

Manuel Marulanda Vélez, o “Tirofijo”, fue miembro del comando central de Marquetalia, una finca que se llamaba El Támara, antes de que los subversivos entraran a la zona. Había sido propiedad de un señor Bonilla, que la abandonó en los años cincuenta por causa de La Violencia. Era una hacienda profunda, metida en la montaña, con fincas vecinas apartadas unas de otras. El nombre de Marquetalia lo había escogido Jacobo Prías Alape, “Charro Negro”, quien fue el que reclutó a los primeros combatientes y se instaló con sus familias en la región del Támara, en 1955:

“Peligro”, en cambio, se quedó y a nosotros nos trajeron. Al fin, el hombre ese vino y nos trajo. Lo que más me acuerdo es cuando pasamos a Planadas. Mi tío nos pasó en un lazo por un puente, bajamos por un cementerio viejo, pusieron un lazo y por ahí pasaba toda la gente; cantidades porque no íbamos nosotros solos. Vimos llorar a un muchacho en una de esas. Pasando una vez por un filo, no sé dónde sería, nos encontramos a la Policía y todos al ladito quieticos, sin resollar siquiera, porque nos mataban a todos. Eso nos cuidaban siempre a las familias, cada uno tenía su gente que ayudaba a los niños, a tirar los niños de un lado al otro, cuando uno no podía pasar

¹⁰ Véase Marulanda Vélez, “Carta de Tirofijo a parlamentarios del MRL”, 754 y 755.

un palo no se ponían a darle la mano a uno sino que lo tiraban. Pasamos de Planadas para arriba y salimos de allí a Puerto Tolima, por el monte. Ya “Tirofijo” no contaba, ya nosotros no andábamos con él.

La ruptura de El Davis separó a los “limpios” de los “comunes”. Los comunistas se movieron a zonas apartadas donde establecieron campamentos y estancias; mientras que los liberales permanecieron en la región y siguieron persiguiendo a los conservadores. La familia de Leonor salió de El Davis y siguió moviéndose entre Planadas y Gaitania, para irse después a Dolores, Tolima:

Nosotros salimos a Gaitania, pero no sabíamos que era Gaitania. Nos dejaron en una finca de Los Sotos. En Gaitania nos dejaron en una finquita y ellos se vinieron. Mataron a los policías que había en Gaitania y al otro día llegó la guerrilla por la tarde e hicieron fiesta esa noche. Se casaba una rica, pero al novio lo dejaron vivo; no mataron a ningún hombre, hicieron ellos la fiesta. Nos llevaban tenis, nos llevaban lechona, nos llevaban ropa, eso saquearon todo. Dejaron las cabezas de los policías clavadas en una mesa, ahí en Gaitania. Los liberales hacían lo mismo que hacían los chulos, cuando iban a pelear. No es como ahora que se dan bala de un filo a otro. No, en ese tiempo no. Mandaban una nota, en tal parte nos encontramos a tal hora, se encontraban y se daban bala. El que se moría, se moría y el que vivía, vivía. Después de eso nosotras nos fuimos para Dolores, ya habíamos crecido, estábamos grandecitas, teníamos por ahí entre doce y trece años. Me acuerdo que estaba pequeña, cuando subió Rojas Pinilla.

El relato de Leonor tiene su propio orden cronológico. Los acontecimientos no obedecen a la idea de un antes y un después; por ello, habla del viaje a Dolores, cuando tanto Leonor como Betty eran adolescentes, y luego su relato se remonta cuatro años atrás, cuando la familia salió de El Davis:

Nosotros nos vinimos de El Davis a Puerto Tolima, y ahí duró trabajando el tío Drigelio, y ahí fue donde quiso violar a Betty, que era chiquitica. Teníamos ya como siete años. Ella... Pues como nos tocaba... Él aserraba madera y conseguía plata para darnos para que mi mamá se fuera. El vino hasta Neiva a traernos, el tal tío ese. Entonces mi tío Conejo, que se llamaba Estanislao, él sí nos encontró. Llevaba plata, tenía un cajón lleno de plata y se iba para los pueblos y cambiaba, cambiaba. Él cargaba una máquina y unos cajones, y eso cargaba gente que le ayudaba. Él se fue para La Arada, para Palo Cortado, todos esos pueblos de Dolores para arriba, a cambiar esa plata. Le dejó doscientos pesos a mamacita, doscientos pesos en esa época era harta plata, nos dejó la plata y se fue. Lo volvimos a ver, yo fui una vez por allá a Herrera a buscarlo, pero en esa época no. Él se perdió, nosotros teníamos un hermano y también se nos quedó por allá. Nosotros llegamos a Dolores, pero antes estuvimos en Algeciras.

Aunque Leonor solo utiliza unas pocas palabras para referirse al acoso sexual del que fue objeto su hermana pequeña por parte del tío Drigelio, en su relato se percibe un vacío, una brecha narrativa. Ante ello me pregunto ¿qué tipo de historia podría dar cuenta de ese vacío? Su experiencia infantil me interpela y me conmueve, y es en este punto donde podría hablarse de una cierta

escucha del trauma.¹¹ La frase de Leonor “ahí fue donde quiso violar a Betty, que era chiquitica. Teníamos ya como siete años. Ella... Pues como nos tocaba...” es como un eco, un murmullo que habla de algo de lo que no se puede hablar. Algo que, sin embargo, está siempre presente, un peligro latente.

LA FAMILIA SE DISGREGA Y SE VA PARA DOLORES, TOLIMA

En este punto del relato resulta evidente que la familia extensa, en cuyo seno tuvo lugar la infancia de Leonor, se ha disgregado. El tío Drigelio ya no aparecerá en el relato de Leonor y tampoco seguirá mandando sobre la vida de las mujeres de su familia. Ahora Leonor, su hermana Betty y su madre serán protagonistas de sus propias vidas y buscarán sobrevivir de mil maneras. En lo que sigue del relato, veremos aflorar la capacidad de Leonor de acoplarse a las cambiantes realidades que tendrá que vivir, dejando a su hija en manos de la abuelita. Por ese cuidado que le brindó su abuela la hija de Leonor manifiesta un gran amor hacia ella, sentimiento que no comparte Leonor, quien siendo su hija no gozó de su afecto.

La hija de Leonor interviene en este punto del relato y explica que la niña que cargaba su abuelita tenía meningitis, debido a las penurias que habían tenido que vivir y a lo azaroso del desplazamiento. Solo algunos miembros de la familia se asientan en la población de Dolores, adonde llegan con la niña enferma, a quien ya para entonces se le notaba que tenía retardo

.....
¹¹ Caruth, *Trauma: Explorations in Memory*, 5 y ss.

mental. Así nos lo explica la hija de Leonor: “Íbamos solas, pues la guerrilla se quedó por allá. Íbamos con mi tía Rosa, Leonor, Betty y la niña chiquita”. A lo cual Leonor añade: “...y el Drigelio ese, el hermano mío... El nacido en Puerto Tolima”.

La hija de Leonor aclara que ese Drigelio no es el tío maloso, sino otro hijo de mamacita, de la abuelita Romelia, hermano de su madre. Leonor describe cómo fue la llegada a Dolores y las primeras experiencias por fuera de su tierra natal:

Mamacita, en ese trayecto, quedó embarazada y tuvo al hermano menor de ellas. Lo bautizaron con el nombre del tío maloso, es decir, lo llamaron Drigelio, pero él se fue a vivir al Caquetá. Esos fueron los que llegaron a Dolores. Marcelo, el mayor, también se quedó en la guerrilla. Nosotros llegamos a Dolores y mi mamá buscó una pieza en el pueblo. Pobrecita, ella no estaba enseñada, porque mi mamá tuvo plata, harta plata. Ella no nos cuidaba; pero tenía buena plata, tenía mucho ganado, sacaba los lotes de ganado para el Valle, sacaba leche y queso, y sembraba frijol y maíz. Cuando le robaron el caballo, tenía muchas bestias.

Nos fuimos a Dolores y buscamos una pieza. El viejo dueño de la casa se llamaba don Antonio. Él se peleaba con mi mamá, pero no sabíamos por qué. Mi mamá lo escalabro al viejo ese con un ladrillo, porque cuando ella estaba en el baño el viejo se fue a cogerla y ella lo escalabro. Nos echaron de allí y buscamos otra pieza. Se bregaba para el agua, para lavar, para todo. Mi mamá no estaba enseñada; pero se iba a trabajar todos los días por allá al campo. Fuimos a dar a la hacienda de La Montaña. Ese señor nos dio una pieza, hacían harta comida y

nos daban, y como estábamos pequeñitas empezamos a coger café. Nos mandaban a llevar el café a las horas de la comida, porque no podíamos con el café que cogían, éramos muy pequeñitas, pero nos rendía mucho. Jugábamos mucho con los hombres, con los muchachos, los que fuera, y por eso unas viejas nos odiaban y otras nos querían y nos defendían.

A partir de la llegada a Dolores, y ya sin la protección que brindaban los hombres de la familia, Leonor y Betty van a vivir muchas vicisitudes, y Betty se encontrará nuevamente con esa otra violencia, no la de las armas, sino la violencia contra su propio cuerpo, así lo relata Leonor:

Rosita, mi hermana grande, se vino para donde una madrina que tenía en Girardot, y me llevó a mí. Yo tenía una madrina que me pusieron por allá y ella tenía una hija que se llama Escilda. Escilda la convidó para un plan por allá de noche, y ella se fue y nosotros como éramos tan brinconas, pues ahí vamos. Entonces ese tipo, que era el administrador de la hacienda de La Montaña, cogió a Betty y la violó, y ella casi se muere. Llevaron a un señor Arturo que la inyectó. Lo echaron a él. Yo no sé por qué sería, y se fue para otra hacienda. Ahí quedó embarazada Betty, de once años, no había cumplido aún los doce.

Como pudo verse a lo largo de la primera parte del relato de Leonor, en la que se refiere a su niñez, las niñas campesinas no tenían infancia, pues eran tratadas como hombres y como adultas siendo muy pequeñas. Crecían y antes de entrar en la adolescencia y cuando menos se lo esperaban eran acosadas y algunas de ellas fueron violadas. Muchas quedaban embarazadas

siendo unas niñas, como de hecho le sucedió a Betty, quien fue sorprendida por el administrador de la hacienda, que la violó cuando tenía once años. La embarazó y después la siguió utilizando sexualmente:

Él llevaba mujeres a dormir allá, eso era normal. Nadie se preocupaba por el niño o por la niña, nada. Ella quedó en embarazo y le decían: “Usted tiene que decir que es hijo de un soldado”. Nosotros conocíamos a los policías en ese tiempo de La Violencia por allá en Herrera, en todos esos pueblos, en el monte, pero no conocíamos al Ejército. Y a Betty le decían: “Usted tiene que decir que llegaron los soldados y que usted se acostó con uno de ellos”. Ella le hacía de comer a los trabajadores en la hacienda y la operaron del apéndice ya estando embarazada. Es la única hija que ella tiene, y hoy en día es profesora. Ese hombre la maltrató, me contó en estos días. Ella siguió viviendo con él, porque ¿qué más hacía? Él llevaba mujeres a dormir allá y la ponía a hacer... Él tenía treinta y cinco años. Cuando ella estaba en embarazo y le faltaban quince días para tener la niña, dice que estaba por allá sentada calentándose y él la arrastró y le dijo: yo vengo a hacer cositas con usted y la llevó a rastras para la pieza y se la comió a las malas ahí. Dice ella que casi se moría del dolor, pero ¿a quién le decía? A nadie.

El episodio de la violación y el posterior embarazo suscita una serie de preguntas respecto al papel de la cultura en el ocultamiento de un hecho que, al parecer, resulta deshonroso. ¿Deshonroso para quién? ¿Quiénes le aconsejaban a la niña embarazada que dijera que su hijo tenía por padre a un soldado? ¿Era esta la forma que evitaba que se supiera que la niña había sido violada y

que su hija era producto de una violación? Es evidente que nadie pensaba en la niña embarazada, lo importante era guardar las apariencias, excusar al violador y echarle la culpa a un supuesto soldado. La niña no tenía a nadie a quien contarle lo que le había pasado, nadie a quien reclamarle o pedirle una explicación. Así era el mundo silencioso y cruel de las niñas campesinas que nunca tuvieron derechos:

 Mi hermana tuvo a la niña, sufriendo y como sea estudiando, a pedazos y a retazos. Nosotras nos fuimos para Chaparral con la niña. En Dolores duramos como unos quince años.

A pesar de lo relatado por Leonor, del doloroso episodio de la violación de su hermana y de los posteriores abusos del administrador de la finca, la hija de Leonor considera que la historia de su mamá y de su tía en Dolores fue muy “inspiradora”, porque se la rebuscaban, trabajaban y hacían amigos, y no se amilanaban ante nada. Así lo manifiesta en su relato:

 Ellas se crecieron como mujeres y como que se empoderaron, porque eran amigas. Nosotras somos muy dadas a ser amigas de los hombres. Ellas desde chiquiticas fueron amigas de todos los hombres y los hombres empezaron a verlas como de igual a igual, a valorarlas, como trabajaban en el campo y todo eso. Ponían negocios, ponían tiendas, vendían tinto, aguardiente. Los señores del pueblo, los ricos del pueblo, las empezaron a respetar. Peleonas sí eran, con toda esa historia de violencia tan fuerte, peleaban con todo el mundo, sobre todo con las viejas, porque las mujeres somos tremendas.

Leonor corrobora lo dicho por su hija y cuenta esta anécdota:

Una vez mi mamá fue a lavar ropa —el agua era muy escasa— en una quebrada en Dolores, que se llamaba Aguadulce. Ahí iba a lavar y las viejas la empujaban y le decían “quítese que este lavadero es mío”. Nosotras estábamos subidas en un palo de mango bajando mangos y a las viejas las cogimos a mango. Casi matamos a esa vieja a puro mango. La vieja le cogió respeto a mi mamá, porque nosotras la obligamos.

La hija de Leonor interrumpe nuevamente para dar su punto de vista respecto al papel que desempeñaban su mamá y su tía en un mundo patriarcal y machista, donde la única forma de ganar respeto era igualándose con los hombres, algo que las mujeres tradicionales percibían como peligroso:

Ellas estuvieron en un proceso muy violento y se volvieron agresivas, peleaban como muchachos. Peleaban. Claro, a las mujeres no les gustaba porque eran niñas bonitas, tenían una cinturita. Usted viera los vestidos de esa época, tan bonitos. Yo conocí los vestidos. Ellas eran niñas bonitas, ya la otra había superado lo del embarazo, trabajaban y ganaban su dinero. Entonces las mujeres del pueblo veían peligro en ellas, porque se reunían y eran amigas de los hombres. Como eran niñas todavía les decían cosas y ellas de una vez respondían a golpes.

Las circunstancias de la vida de Leonor y de su hermana Betty fueron muy duras desde cuando eran unas niñas. Ellas se criaron solas, nunca fueron a la escuela y durante los años álgidos de La Violencia estuvieron expuestas a mil peligros. Cuando ya

fueron independientes, desarrollaron mecanismos para vivir en un mundo duro y aprendieron a trabajar y a desempeñarse en variados oficios. Cuando entrevisté a Leonor, me llamó la atención su actitud de “yo puedo sola, no necesito a nadie”. Leonor continúa con su relato:

Teníamos a un doctor Parga Cortés que nos sacaba de la cárcel, porque nos metían a la cárcel. El doctor Ossa tenía una droguería con la señora Encarna y nosotros les decíamos el doctor Ossa y la señora Escarba. Él se aguantaba y nos decía “las diabras”. Nos pedían mucho a Marina, la hija de Betty, cuando era chiquita, pero nosotras no regalábamos a esa muchacha, la cargábamos para todos lados. Ahí fue donde yo conocí a Hugo, el papá de mi hija. Él andaba con Teófilo Rojas, “Chispas”, y yo me fui con él.

HUGO, UN HIJO DE LA VIOLENCIA

En este punto resulta interesante insertar el relato de Hugo, el primer marido de Leonor, quien vivió durante muchos años en Venezuela hasta que murió. A instancias de su hija, que lo convenció de dar su versión de los hechos, Hugo le hizo llegar su relato por correo electrónico a su hija. Con el fin de aclarar quién era su papá la hija, dice lo siguiente:

Mi papá es hijo de una familia bien de Barrancabermeja, Santander. Mi abuela, la mamá de mi papá, era hija de un viejo que fue coronel de la Guerra de los Mil Días y su mujer era una señora de por allá del Llano. Mi abue-

la se casó con un señor santandereano y vivieron en Santander un tiempo y después se fueron para Dolores, Tolima. Mi papá estudiaba en Bogotá. Mi papá es un hombre supremamente inteligente, y ya empezó por los lados de la izquierda a tener sus relaciones y sus cosas. Él estudiaba en Bogotá, pero lo jaló más la cosa de la guerrilla, estar en el proceso con las FARC, tenía sus relaciones allá. Cuando fue a Dolores, conoció a mi mamá, ya no estudió más y se fue con mi mamá.

La narración de Hugo es sorprendente por su densidad. Leonor, en su extenso relato, se refiere muy poco a su exmarido; en cambio, su hija hablaba de él con mucha frecuencia y daba la impresión de que se trataba de una persona muy contradictoria y difícil de entender. El relato de Hugo es corto y muy preciso que comienza con una escena emblemática de lo que fue La Violencia: la quema por parte de unos conservadores de la finca donde vivía su papá, que era un liberal.

Empecemos por el comienzo... Un día cualquiera estaba yo estudiando en el Liceo La Salle en Bogotá, cuando mi padre dejó dos meses sin visitarme, lo que hacía mensualmente. Me preocupé y esperé que llegara la familia de un compañero de apellido Cortés, y cuando terminó la visita, le caí a mi amigo Cortés para preguntarle qué sabía de los míos. Él se puso nervioso, lo que me confirmó que sabía algo, pero no me lo quería decir. Esperé que fuera de noche y en los baños lo presioné y él me confesó lo siguiente: “A tu papá lo hirieron aunque está vivo, pero la hacienda sí la quemaron, 160 hectáreas de algodón fueron quemadas el 6 de agosto del año 1949”.

Ante la infausta noticia, Hugo se sintió obligado a dejar el colegio y regresar a su tierra con el fin de hacerse cargo de los asuntos familiares. Su relato se ubica en 1949, cuando los estragos de La Violencia conservadora asolaban los campos tolimenses, con posterioridad al asesinato de Gaitán:

Los compañeros me ayudaron a preparar mi fuga del colegio y ellos, con sus sábanas, me hicieron un lazo para bajar tres pisos del dormitorio a la calle. A la medianoche me bajé a la calle y me fui a la estación del tren, esperé que abrieran la estación, me subí al tren y esperé que me llevara a Girardot, y desde allí a la finca en un camión. La aventura dentro del tren fue un episodio, escondiéndome del conductor para que no me entraran. Llegue a Girardot y de allí fui en un camión a la finca de mi padre. De La Joya no quedaba nada, solo escombros y cenizas. Me fui a la casa de un compadre de mi padre. El hecho de llegar fue un episodio, porque terminé en un armario, allá me llevaron almuerzo y allá estuve el resto del día. Cuando todos dormían, me fui al cuarto del hijo mayor y lo puse en confesión. Se negó a decir nada, lo saqué de la casa y allá nos dimos golpes.

Confesó hasta lo que no era cierto. En concreto, los nombres de los autores de la quema de los algodones de mi padre, el hecho de que mi padre les metió candela a los algodones alrededor de la casa y cuando se unieron las dos candelas, mi padre en un jeep sacó a la familia. Vivían en El Espinal en el Tolima. Pero como caso curioso y como hábito propio de los viejos, mi padre llegó a la cerca que dividía la finca con otra y paró el jeep, abrió el broche, pasó el jeep a la finca siguiente y vino a cerrar

el broche, y ahí fue que le pegaron el tiro en el fémur. El tiro le rozó la columna, él se subió al jeep y arrancó; pero dos kilómetros más adelante cayó privado sobre el timón del jeep. Mi mamá entonces apagó el motor y pasó a mi padre al puesto de ella y manejó en adelante hasta llegar al Hospital San Rafael de Girardot. No quiso seguir al Espinal. En el hospital de Girardot le confirmaron la rotura de la columna vertebral.

Los autores del atentado eran unos conservadores de apellido Bocanegra, quienes no contentos con haberlo herido, regresaron por la noche al hospital para tratar de ultimarlo:

Esa noche los Bocanegra trataron de sacarlo del hospital; pero el director del mismo se opuso y esa misma noche lo trasladó a Bogotá en donde duró un tiempo. Allí lo volví a ver por última vez. Allí curó sus heridas pero quedó paralítico. Duró 6 años así, y después se murió.

Lo que siguió a la muerte del patriarca fue el desplazamiento forzado de la familia hacia un pueblo de Santander:

La familia se fue vivir a Curití, Santander, donde mi madre consiguió trabajo como maestra en la escuela pública y a la cuadra vivían. Esa casa la compro mi mamá, y allí en una ocasión yo los visite.

Sin embargo, Hugo no se quedó con la familia en Santander; se sintió responsable por lo ocurrido a su padre y regresó al Tolima con la intención de vengarlo:

Yo regresé a la finca y esperé a que se durmiera el compadre Palma, entré a la casa, le hurté la carabina y la caja de munición y me fui a un galpón de la finca de los Bocanegra y espere a que amaneciera. Apareció la señora, prendió el fuego para hacer el café y ahí le disparé al primero de los Bocanegra que entró y luego a otro y corrí. Dejé la carabina y las municiones botadas y corrí y corrí sin parar. Yo veía policías por todos lados; llegué al río Magdalena, lo crucé, nadé y en algunos pedazos la corriente me llevaba, no sé cómo lo crucé y cómo no me ahogué. Seguía viendo policías que me seguían por todos lados, los puros nervios. Llegué a Girardot y me lancé rumbo a la salida para Bogotá. Observé a un señor serio, de edad, y le pedí el favor que me llevara a Bogotá. Él me dijo “Súbase”. Me subí a la cabina y arrancó hacia Melgar.

Hugo no aclara en su relato quién fue la persona que lo recogió y lo llevó hasta Bogotá, de allí a Boyacá y de allí a los Llanos Orientales, donde Hugo entró a formar parte de la guerrilla liberal:

Esa persona tuvo el arte de ponerme a hablar como una lora. Le conté todo lo que había vivido. La confianza que me inspiró. Le conté algunas cosas que me habían pasado y que me comprometían. Llegamos a Bogotá y el siguió para Duitama, Boyacá. Al llegar allí paró en una casa y me dijo: “Espéreme aquí, no se baje”. Lo esperé, salí de la casa y me llamó. Yo me bajé y me recibieron en la sala y luego me llevaron a una alcoba y me pidieron que no me moviera de allí. La alcoba tenía baño, yo cumplí y luego me llevaron comida y me dijeron que durmiera un rato. Les hice caso y a la madrugada llegó mi ángel de la guarda. Me hizo levantar y salimos de la casa. Nos

montamos en una camioneta Willys y salimos rumbo al Llano, a los Llanos Orientales de Colombia donde la guerrilla mandaba con el comandante Franco a la cabeza.

Nacido en Sogamoso, Boyacá, el coronel Eduardo Franco Isaza fue uno de los líderes de las guerrillas liberales del Llano que, entre 1949 y 1953, combatieron los abusos cometidos por los chulavitas en Boyacá y Casanare. Al morir su padre en Casanare, Eduardo Franco Isaza se unió a la guerrilla en la que fue compañero de Eliseo Velásquez, reconocido combatiente. Franco Isaza estuvo bajo las órdenes de Guadalupe Salcedo, el jefe mayor de esta guerrilla, y en 1953 se opuso al desarme y entrega incondicional de los guerrilleros al gobierno de Gustavo Rojas Pinilla, lo que lo llevó a exilarse en Venezuela:

Llegamos a un sitio y allí me presentaron al general Franco. Él me investigó y entre las preguntas que me hizo, una fue si yo sabía escribir en máquina. Le dije que sí, y luego me llamó de nuevo a su hamaca en donde estaba y me dijo que yo iba a ser su secretario, que él me enseñaría lo que tenía que hacer. El general Franco me nombró su secretario y ahí comencé una nueva vida en un mundo que no conocía. No tenía que ir al combate, eso creía, porque estaba en la oficina, pero cuál oficina si era una hamaca la oficina, allí en las rodillas tenía la máquina de escribir para escribir lo que el general me dictaba. Pero era una vida diferente, llena de zozobra pero con un espíritu de combate, y con una causa para ayudar a los liberales que sufrían los embates de la violencia. Estaba feliz y allí estuve por tres años largos. Sé que tuve una serie de triunfos en contra de los conservadores. Lamen-

tablemente no sabía nada de mis padres, ignoraba si mi padre vivía o había muerto.

Un día cualquiera me llamó el general Franco y me dijo que tenía que ir a terminar el bachillerato, pero que desde allí cumpliría una labor para la guerrilla. Terminé el bachillerato y era un enlace entre el general Franco y un grupo de políticos. Luego que termine el bachillerato, me tenía listo el cupo en la universidad para hacer la carrera de ingeniero mecánico. Pero seguía siendo el intermediario entre los políticos y la guerrilla, y esto terminó al entrar al poder Rojas Pinilla. Tomé parte en la entrega de armas, pero de inmediato se me dio un transporte para que viajara a la frontera con Venezuela, en donde me esperaba una patrulla del Ejército. Esta me llevó a Caracas, donde me entrevisté con el presidente, y se me dio un apartamento en donde tenía comida y hospedaje que era pagado por un oficial del ejército de Venezuela, pero no sé cuánto duró.

Estando en Caracas, Hugo se entera de que las cosas en su natal Tolima están empeorando y decide regresar; sin embargo, tiene que hacerlo dando un rodeo por el Valle del Cauca para remontar la cordillera y caer al Tolima, camino que era frecuentado por las guerrillas para desplazarse de un departamento al otro:

Supe que las cosas en el Tolima estaban mal y tomé la decisión de irme para allá, y me fui para Chaparral. Pero no pude entrar por ahí, y me fui a Floridablanca en el Valle, donde luego de una larga caminata por el páramo me incorporé a la guerrilla con el “Comandante Peligro”, y desde allí tomé parte en muchos combates.

Hugo menciona que al llegar al Tolima entró a formar parte de la guerrilla liberal comandada por Leopoldo García, conocido como “General Peligro”. A partir de ese momento, las trayectorias de vida de Hugo y Leonor comienzan a coincidir, pues el “General Peligro” le pide a Hugo que se desplace a Dolores, con el fin de conformar en esa región un nuevo frente armado, y es allí donde Hugo conoce a Leonor y se va a vivir con ella:

Un día me llamó el “Comandante Peligro” y me pidió que me fuera a establecer un frente en Dolores, Tolima. Allí conocí a una gran mujer, Leonor, la que se convirtió en mi compañera y confidente. Desde allí y en su compañía, cumplí una misión de entrega de información, de medicinas, municiones, y armas todo desde muchos pueblos y ciudades del Tolima y desde una camioneta de un almacén llamado El Progreso.

La solicitud que le hizo “Peligro” a Hugo de establecer un frente en el municipio de Dolores podría explicar porque la familia de Leonor se desplazó hacia ese municipio, pues según lo dice la misma Leonor, “Peligro” también había sido muy cercano a su familia. De lo relatado por Hugo en el párrafo anterior respecto a su papel como proveedor de armas e información, su hija comenta lo siguiente:

Fíjate que él habla de que cumplían trabajos con mi mamá, de entrega de armas. Yo no sé, pero en mi recuerdo muy lejano hay una camioneta verde de esas compactas, redonditas... Y casi que puedo leer el aviso rojo que decía “Almacenes El Progreso”, en letra pegada. La entraban por un portón grande a la casa de mi abuela. Casi que estoy por creer que eso pasó cuando yo tenía como

cuatro o cinco años y mi mamá ya no estaba... Creo que esa fachada le funcionó durante varios años. Ahí viene otra parte de la violencia que le tocó vivir a mi mamá. Estaba embarazada y vivía con él. No estaba casada, vivía con él, y tuvo un niño que se llamó Hugo. En las idas y venidas de mi papá, vino el Ejército a buscar a mi papá y cogieron el niño y lo colgaron.

Según lo deja ver el relato de la hija de Leonor, a su padre lo perseguía el Ejército por sus vínculos con la guerrilla, lo que se traducía en una constante zozobra para él y su mujer. Leonor interrumpe a su hija para dar su versión de lo ocurrido:

Hugo tenía como cuatro días de nacido. Yo estaba desayunando y había un muchacho, ese muchacho murió, lo mataron. Yo vivía en una casita bonita de material y Hugo me pagaba el arriendo, la comida y todo. Dejé el niño en la casa y me fui a desayunar, le di tetica y lo dejé. Cuando de pronto vi bajar al muchacho delante del Ejército que venía más atrás. Yo tenía un revólver, dos revólveres y uniformes en un estuche de una grabadora que tenía en el cielo raso donde vivía y los uniformes estaban envueltos. A Hugo le tenían bronca y a nosotras también. Yo vi el muchacho que bajó adelante, más atrás venía una patrulla como de unos diez soldados. Yo arranqué a correr y había un andén alto, tenía cuatro días de haber nacido el niño, y salté y me cogió un dolor que ya me moría, pero llegué donde estaba mi niño. Ya lo tenían agarrado de una patica así, colgando. Y yo me le mandé a ese soldado, y dije, "aquí me hago matar". Entonces el soldado me dijo "estese ahí, estese ahí". Yo me volé por un alambrado y salté cercas y fui a salir a la

calle central a donde una señora Marcela que nos quería mucho. Llegué allá con el niño moradito del dolor de la piernita. El soldado me dijo: “Tranquila, yo le digo a mi cabo que ya requisé todo”. Fuimos a dar donde el doctor Rivera y el doctor me le puso cuidado a la patica, a la rodillita. En esas Hugo andaba con “Chispas”.

Teófilo Rojas, conocido como “Chispas”, fue un guerrillero liberal nacido en el municipio de Rovira, Tolima, en 1930. Durante La Violencia se conformó un grupo armado cerca a Rovira, que estuvo integrado por los hermanos Arsenio, Leónidas y Ezequiel Borja, liberales que eran perseguidos por la policía chulavita. Entre esos campesinos acogidos por los hermanos Borja estaba un niño de doce años llamado Teófilo Rojas, quien en 1950 huyó luego de ver el asesinato de algunos familiares y vecinos en el caserío de Guadualito. El relato de “Chispas” fue recogido por los autores del libro *La violencia en Colombia* y en este se refiere al incidente:

En el año 1949 y 50, cuando vivía al lado de mis padres, en una finca que llamábamos “La Esperanza”, donde trabajábamos y vivíamos muy tranquilos, hasta cuando, me recuerdo como si fuera ahora, empezaron a llegar gentes uniformadas que en compañía de unos particulares, trataban muy mal a los que teníamos la desgracia de encontrarnos con ellos, pues a los que menos nos decían nos trataban de “collarejos”,¹² “H. P.” y otras palabrotas por demás ofensivas, cuando no era que nos pegaban o

.....
¹² “Collarejos”, “patiamarillos” y “nueveabrileños” fueron algunos de los nombres que utilizaron los conservadores para referirse despectivamente a los liberales durante La Violencia.

nos amenazaban, lo que nos mantenía llenos de miedo, que aumentó espontáneamente cuando dieron muerte a muchos y atropellaban a los niños y violaban a las mujeres, haciéndoles todo lo que se les antojaba. Y yo, que entonces no tenía sino escasos trece años, a mí me daba mucho miedo y me dolía todo lo que hacían, me resolví a largarme de cerca de esas gentes tan malas, a ver si evitaba morir por fin en sus manos.¹³

Leonor habla de “Chispas” con cariño y detalla algunos aspectos de su vida y de su modo de proceder:

“Chispas” era muy simpático para hablar, eso lo quería a uno, en todo momento era abrazándolo, yo lo quería mucho porque él era muy bueno. Él era de Rovira. Nosotros anduvimos por todo eso con él y la vez que nos dimos bala con el Ejército, bajamos un avión, pero desgraciadamente cayó para el lado de ellos. “Chispas” me decía: “Vaya atiende al novio y me cuenta qué hicieron”. “Chispas” tenía puros muchachitos, el más viejo era “Punto” que tenía 21 años. El resto éramos puros muchachos, hombres no más. Mujeres solo yo, porque era la mujer de Hugo. Esa vez dijo “Punto”, cuando se me acabó el parque doy blanco y se le acabó, dio blanco y le pegaron un tiro, pero no se murió. Entonces al niño ese lo mandó fusilar “Chispas”, porque no permitía que mataran gente que no tuviera algo importante. Lo mandó matar por eso, Teófilo lo ordenó y abrimos hueco y lo enterramos. Yo duré poquito con “Chispas”, como un año.

.....
¹³ Véase Guzmán Campos, Fals Borda y Umaña Luna, *La violencia en Colombia*.

Las alianzas que se hacían entre los diferentes bandos no dejan de sorprender. Leonor, por ejemplo, vivía con Hugo, quien era un guerrillero; pero tenía amores con un militar; por ser la mujer de Hugo, hacía parte de la banda de “Chispas”, y este la alcahueteaba para que anduviera con el militar. Y Leonor se valía de todas esas componendas afectivas las que utilizaba a su favor:

Yo me mantenía en el pueblo, pero tenía un novio que era teniente. Como en ese tiempo le dejaban a uno hablar con el Ejército. El teniente nunca me preguntaba nada de la guerrilla ni yo le contaba. Yo antes le sonsacaba cosas a él. El teniente Calvache era el novio mío. Él llegaba, nos encontrábamos y nos sentábamos en los pelambres en el parque y nos poníamos a hablar. A veces íbamos a misa, a cine y, bueno, Teófilo, “Chispas” a mí me dejaba salir, todas las veces que yo quisiera. Con la banda de “Chispas” a uno lo cuidaban más. Como ya estábamos grandes no nos maltrataban ni nada. Él era muy bueno... No le digo que yo tenía un novio militar, un teniente, y él me dejaba salir cada ocho días para que fuera a charlar con el novio. Y el novio me ayudó a sacar a mi mamá de por allá. Yo le decía que cuidadito con él, que no me lo fueran a matar ni nada, que cuando él fuera de patrulla, nada de nada. Él me hacía caso, yo he tenido como modo de mandar la gente, me tienen que hacer caso.

Leonor se refiere a su mamá que por esas épocas también vivía en Dolores:

Mi mamá Romelia vivía en Dolores; pero por la vaina de que a la niña le daban esos ataques tan duros, no le arrendaban en ninguna parte. La niña ya tenía siete años.

La hija de Leonor interviene nuevamente y relata lo siguiente:

La niña se llamaba Flor Ángela, y era hermana menor de mi mamá. Tenía un retardo mental causado por la meningitis que le dio durante el viaje desde Herrera hasta Dolores. A mi mamá (la abuela Romelia) se le murió la niña estando donde esa señora, ya la niña tenía siete años. Eran unas cochas de barro que estaban lejos, lejos... pues uno porque ya estaba enseñada a andar, pero ella con la niña en los brazos. La trajo a Dolores y la enterró.

Los relatos de la madre y de la hija no siempre son complementarios. En este punto resulta evidente que Leonor quiere seguir hablando de las circunstancias violentas de la época que le tocó vivir; mientras que su hija prefiere ahondar en los aspectos afectivos y sentimentales que rodearon su vida, discernir quién fue su padre, qué lo motivaba, por qué hacía lo que hacía. La hija de Leonor comenta lo siguiente:

En Dolores, mi papá tenía a mi mamá, pero también tenía una novia, una niña bien del pueblo, hija bien de familia. Ya mi mamá no era hija de familia, porque trabajaba y tenía sus negocios. Entonces mi papá se fue para Barrancabermeja y se llevó a mi mamá y la dejó donde la mamá de él. Le dijo que se quedara allá y vino y se casó con la novia que tenía aquí en Dolores; pero le dio serenata con violín a mi mamá cuando nació el niño...

Pero retomemos lo de mi papá. Él le dijo a mi mamá: "Yo me voy para Dolores a hacer algo". Regresó y se casó con la otra señora. Luego volvió a Barrancabermeja, le dio una carta a mi mamá y le dijo: "Váyase para Bogotá a

buscar a unos compañeros y lleve esta carta.” Ella se vino, pues ya había muerto mi hermanito Hugo, que murió en Barrancabermeja. Se vino pero no sabía que estaba embarazada, pues me estaba esperando a mí. Llegó a Bogotá y destapó la carta. Era una carta donde mi papá le decía que se fuera, que él se había casado con otra. Entonces ella se regresó a Dolores como pudo y llegó sin plata y sin nada.

Leonor complementa lo dicho por su hija:

Cuando Hugo me dejó, me vine para Dolores donde había un señor, Pachito Gallo, porque era gallero, le gustaba jugar a los gallos. Él me dijo, “Leíto, manéjeme esto y partimos utilidades y yo de dónde coger plata y en embarazo?”, pues le dije que sí y me hice amiga de todos los del banco y del gerente.

Ante el abandono de Hugo, Leonor se llena de rencor y recuerda todo lo que hizo por él mientras vivieron juntos, poniendo en peligro su vida:

Yo lo sentía por lo que había hecho conmigo, porque él nos ponía a mí y a una muchacha de un viejo rico de Dolores, a cargar armas desde Cúcuta hasta Girardot. Yo me acuerdo de eso y odio a ese hombre por eso. Porque ¿qué tal que nos hubieran cogido en una de esas? Uno se ponía una faja y se metía el parque y viajábamos y allá nos recibía un viejo, nos mandaban con cosas para allá.

La hija de Leonor interrumpe el relato para aclarar cuál era el oficio de su papá: “Creo que la función de mi papá era esa, comprar

armamento, conseguir armas para la guerrilla”. La hija habla de la vida de su madre y de su tía en Dolores, se refiere a la falta de una educación formal que compensaron con creatividad y destreza:

Mi madre y mi tía empezaron a tener su independencia, ya manejaban su vida como querían, trabajaban, un trabajo que no era para mujeres. No habían estudiado, no tenían ninguna formación académica, ¿qué les tocaba hacer? Pues poner negocios propios y en ese tiempo no era usual que una mujer pusiera una tienda donde se vendía trago. Era una cafetería, como una tiendita, pero vendían aguardiente, cafecito.

A lo largo de todo el relato es notoria la insistencia de la hija de Leonor por conocer las circunstancias que rodearon su nacimiento: “Mi mamá quedó embarazada del primer niño, de Huguito, a los catorce años, lo tuvo a los quince, y a mí me tuvo a los diez y seis”. Pero Leonor prefiere referirse a las circunstancias que rodearon la muerte de su hijo Hugo, una muerte que ella atribuyó a brujería y que la hizo sufrir mucho:

El niño se me murió en Barrancabermeja, me lo ojearon. Yo no sabía nada de eso; pero existe. Resulta que yo vivía por ahí a la entrada de las petroleras, y me fui ese día para la escuela, el niño tenía ya cinco meses. Lo arreglé bien bonito y me fui con él. En el bus donde iba, iba un negro jetón feísimo que me dijo: “Déjame cargar a tu hijo pa’ pegarle”. Yo le respondí “No le pego yo, y sí voy a ponérselo a usted para que le pegue”. Lo miré feo. El niño empezó enseguida a ponerse como con malestar y se llenó todo el cuerpito de unos nacidos pequeñitos y cuando llegué allá, el niño llegó malo, eran como las diez

de la mañana. Enseguida lo llevó Hugo para el médico y le formularon. Muy rara la enfermedad del niño, estando limpiecito, porque era muy limpio y se le hizo un tumor así encima del pulmoncito. Yo toda la noche me le pasé con él y como a las dos de la mañana, tenía sueño, y le dije a Hugo que el niño blanqueaba los ojitos. Yo había visto morir gente grande; pero no les había visto la cara. Muertos, matados, pero no les había visto la cara, y seguro el niño se estaba muriendo, y yo le decía “No me haga así, papito, no me haga así”. Él se reía un poquito. Cuando se reventó ese tumor, se murió el niño.

A Leonor le dio muy duro la muerte del niño. Trató de desencajarse y se puso muy mal. Su dolida reacción ante la muerte del hijo inquieta a la hija y la lleva a insistirle a su mamá para que cuente cómo fue su propio nacimiento: “Cuente esa historia de cuando yo nací. Ella estaba sola y encerrada, y nací y me golpeó, y ella no se dio cuenta”.

Pero la madre está interesada en contar otra historia, en recordar cómo fue el nacimiento de su hijo Hugo, qué fue lo que ella sintió y vivió con su hermana Betty y el sueño que tuvo mientras estuvo inconsciente:

Yo no sabía por qué cuando tuve el niño sufrí tanto; inclusive duré cinco días sufriendo. Entonces llamaron al Dr. Rivera, que fue y yo no sé qué me hizo, pero yo me privé. Desde las 8 que nació el niño hasta las 11 de la noche yo estuve privada y no me podían revivir.

Mientras estuvo privada, Leonor tuvo un sueño que la remontó a su infancia, cuando se encontró con su hermanito muerto. Su sueño habla de juegos compartidos, de alegrías, de ingravidez:

Yo tenía un hermanito que se mató con una escopeta de fisto. Se la puso aquí, se le zafó, se salió el tiro y se voló esta tapita. Nosotras estábamos pequeñitas cuando él se mató. En el sueño estuve en Herrera haciendo cosas por allá con mi hermano muerto. Entonces sí hay otra vida. Él anduvo conmigo todo el tiempo; pero no andábamos por el suelo, sino por lo alto, volábamos. Estuvimos en unas partes hermosas, en un jardín hermoso y también estuve en la finca, con él y con Betty andando. Nosotras habíamos dejado un poco de ollas y de cosas enterradas en La Violencia, cosas de la casa escondidas, porque pensábamos volver. Dejamos todo eso enterrado y en el sueño fuimos a sacar eso con mi hermanito. Él no, pero yo sí las sacaba. Él me decía aquí le queda tal cosa y yo le hacía caso. Pero él no me tocaba, andábamos juntos pero él no me tocaba. Jugábamos nosotros, poníamos un palo allí, él se montaba en una punta y nosotros en la otra, le llamábamos trompetón. Vamos a jugar y nos íbamos a montarnos en esos palos. Estuve jugando con él y me dijo: “Nos vamos a ir a una parte más linda”. Y yo estiré la mano, y él ya me iba a dar la mano para irnos cuando me despertaron. Son cosas, hay gente que no cree, pero yo no me lo estoy inventando. Eso lo viví yo. Cuando me desperté venía cansada, cansada, fue que anduvimos mucho con mi hermanito.

Ante lo que acaba de contar su mamá, la hija aclara que, a raíz de ese sueño, su mamá se dedicó a leer mucho sobre regresiones. Finalmente, Leonor accede a hablar del nacimiento de su hija:

Después fue cuando ella nació en Dolores. Como yo sufrí tanto cuando nació el niño, pensé que iba a ser lo

mismo con ella, que iba a sufrir mucho. Me empezaron los dolores como a las doce de la noche, unos dolorcitos, como había estado trayendo leña pensé que podía ser por la traída de la leña. Yo tenía una señora ahí, en la misma casa. Se llamaba Merceditas, ella me quería mucho y me dijo: “Mija, ¿qué es esa mala cara?”. Yo le dije que tenía unos dolores bajitos y como ganas de orinar y ella me dijo “Acuéstese”. Yo le pregunté: “¿No será de tener el niño?, porque me duele acá; no debe ser porque solo tengo siete meses”. Y ella me dijo: “Vamos a llamar a la señora Purita”, una señora que vivía enseguida y que era partera. La llamó. Esa señora era como si fuera sabia, dijo: “Es una niña y nace a las diez de la mañana”. Ese día nacieron cinco niñas, y como por buena suerte, a ella la puse Marta. Yo le puse Marta, y ese día le pusieron a todas esas muchachas Martas y nacieron, y era la última que faltaba y después seguía yo. La señora estaba rapidito atendiendo a la señora para venirme a atender a mí. Sonaron las campanas cuando salió la niña. La señora golpeando para que le abriera, y yo no sabía que ella ya había nacido. Yo sentí cuando ella salió, pero creí que ellos salían así, sin nada. Como yo no vi cuando nació el niño. Ni me di cuenta. Yo no sabía nada de esa placenta. Yo estaba muy polla y no sabía nada de eso. Cuando sentí que me colgaba algo y era ella, la cogí así y le abrí la puerta a la señora, y esa señora le echó mano a la niña. Tienen mucha práctica. Me cogió. Yo era muy delgadita, y me subió a la cama. Ella me atendió y nació la niña muy chiquitica. Me tocó ir a comprar por allá cosas, porque no tenía nada. Como todavía no era tiempo. Yo dije: “Cuando tenga ocho meses, le alisto todas las cosas a ella”. Tenía alcohol como mantiene uno en la casa.

La hija de Leonor nació sietemesina y Leonor se la entregó a su madre, a la abuela Romelia. Hugo iba a verla y se encariñó mucho con ella, según lo relata Leonor:

Cuando llegó Hugo, ya la niña estaba señorita. Tenía como un mes. Él iba y mi mamá lo quería mucho. La que no lo quería era yo, ni lo odiaba, nada; ahí hablábamos. Él se quedaba noches allá y mi mamá le tendía un catre en la sala y le ponía la niña y él dormía con ella. Hugo siempre la quiso más a ella. Él me llevó hartas cosas cuando nació ella, y hablábamos y el arrodillado me suplicaba que me fuera con él, y a mí me daba risa. Yo ni lo odiaba ni nada. Yo dejé a la niña con mi mamá. Ya era grande cuando la dejé. Ella no mamaba, no quiso mamar. Yo dure tres meses abriéndole la boquita y le metía la teta pero no mamó.

El patrón familiar respecto a la maternidad parece ser el de unas madres que paren a sus hijos, los dejan siendo muy pequeños y se los entregan a las abuelas para que los críen. Recién nacida su hija, Leonor y Betty se van para Chaparral y dejan a la hija de Leonor, recién nacida, con la abuela. Sin embargo, llevan consigo a Marina, la hija de Betty. De esa circunstancia nació un vínculo muy fuerte entre la hija de Leonor y su abuela Romelia:

Yo me fui sola con Betty. Nos fuimos para Chaparral y nos llevamos a Marina, la hija de Betty. Trabajamos en una fábrica de café que había en Chaparral, empacando café. Ahí duramos con la niña bregando. La dejamos a guardar por allá en alguna parte. Yo venía a ver a mi hija. Ella sí mamaba de la abuela, y yo era la que la cuidaba. Venía, le daba tetero, la bañaba, la vestía y volvía y me

iba. Nos pagaban bien, porque nos alcanzaba la plata.
Yo le compraba muchos muñecos y ropa bonita a Marta.

Ante lo que acaba de decir su madre, su hija recuerda lo que sentía por ella cuando era chiquita y la veía de vez en cuando:

El primer recuerdo que tengo de mi mamá es una señora que venía y me traía ropa y me pegaba, porque yo era muy malosa. Me traía ropa bonita y juguetes. Yo no recuerdo a mi mamá como mamá... Yo la empecé a ver a ella como mamá cuando ya era muy grande, porque ella era una señora que venía y me traía cosas.

Leonor interviene en la conversación y se refiere a su permanente trashumancia y al abandono en que dejaba a su hija:

Ella no sufrió porque la crio mi mamá. Sufría cuando yo la tenía, porque yo la dejaba y me iba por allá; uno cuando es joven es así. A veces me la llevaba, otras la dejaba, pero más de ocho días no la tenía.

La hija de Leonor habla de su amor por la abuela, quien en realidad fue como una madre para ella:

Yo siempre me quería ir para Dolores, donde mi abuela. La busqué y la encontré. No me demoré mucho, pero anduve como unas cinco cuadras. Mi abuela conmigo fue... Es que la historia de mi mamá siempre moviéndose de pueblo en pueblo, buscando trabajo con mi tía y con la niña de ella, a veces también la dejaban donde mi abuela. Mi tía después tuvo un esposo, Chepito, que en ese tiempo era el rico del pueblo y que dejó de estudiar

por quedarse a vivir con ella. La niña tenía menos de cinco años cuando mi tía se fue a vivir con Chepito. Mi mamá se iba mucho; no permanecía en Dolores, y mi tía vivía con Chepito, y era la rica de la familia.

La lealtad y el compromiso afectivo que Romelia nunca tuvo con su hija Leonor, y que Leonor tampoco tuvo con su hija Marta, los tuvo Leonor con su hermana Betty, con quien se crio y con quien compartió los años más duros de su infancia: “Yo me acuerdo que yo cuidaba a Betty cuando estaba en embarazo. Ella duró mucho tiempo con Chepito”. La hija de Leonor continúa hilvanando recuerdos de aquellos tiempos:

Mi abuela trabajaba mucho y siempre estaba conmigo, cuando llegó mi tío Marcelo, a quien alguna vez le habían matado a la esposa. La envenenó la madrastra. El tío Marcelo tenía dos niños y mi mamá se fue a cuidar los niños allá. Se enfermó mi tío. Yo creo que era un ataque de la vesícula, me imagino. Ellos decían que era colerín. En la casa mi abuela a mí me cocinaba aparte; me acuerdo que empecé a comer comida normal ya muy grande, porque como era la niña de siete meses, toda la vida con el cuento de la comida especial para la niña. Cuando llegaron los niños de mi tío Marcelo, mi mamá estuvo una temporada cuidándolos porque habían quedado huérfanos. A mi tío esa noche le dio un ataque de colerín, decían ellas. Yo era muy chiquita y me mandaron a subirme por allá a buscar una hierba, y yo traje la famosa hierba para hacerle el remedio. Al otro día mi tío contó que había comprado veneno para ratas y que me iba a envenenar ese día por la rabia que me tenía porque a mí me cuidaban mucho y a sus niños no. El tío era guerrillero y me odiaba porque

me tenían criada muy especialmente. A sus niños también pero me imagino que como la cultura de la casa era que la niña que había nacido chiquitica había que cuidarla más, y mi mamá dejaba plata suficiente para que me cuidaran muy bien, por eso me odiaba.

A estas alturas de la entrevista, y después de conocer de primera mano detalles menudos de la vida de esta familia de liberales del sur del Tolima, me doy cuenta del cambio sufrido a lo largo de los años por la abuela Romelia, a quien su nieta Marta llama mamá. Con el paso de los años, Romelia se convirtió en una abuela amorosa y protectora, después de haber sido una madre muy desentendida de sus hijos. Según el relato que hace Leonor, cuando su mamá Romelia fue madre, sus hijas mujeres no valían nada; en cambio, con sus nietos la que valía era su nieta Marta. Respecto a las preferencias afectivas de su madre Romelia, Leonor dice lo siguiente:

Pero fijese cómo era ella. A Griselda, su hija mayor, la hermana mayor de todos nosotros y la primera que tuvo, la tenían estudiando en un buen colegio en Chaparral. Cuando nosotras crecimos, ella ya se había ido. En cambio, a Betty y a mí no nos pusieron a estudiar. A Griselda la tenían en un buen colegio y pagaban para que alguien la cuidara; en cambio, a nosotras, no.

Ante lo que acaba de decir su madre, la hija de Leonor salta a defender a su abuela: “Ella fue una mujer que trabajó toda la vida hasta que se murió. Hacía de todo: cogía café, escogía café”. A lo que Leonor añade: “Nosotras también hicimos eso por allá en la Hacienda de La Montaña: cogíamos café, escogíamos, hacíamos pelear a la gente...”.

El relato ya está muy avanzado y Leonor no ha hecho mención de su padre, como si nunca hubiera existido. Extrañada, le pregunto a Leonor cómo era él y qué recuerdos tiene, a lo que responde:

Mi papá no vivió con mi mamá. Nosotras estábamos chiquitas cuando ellos se separaron. Él en La Violencia iba a vernos a nosotras, pero ellos se quedaban juntos, porque mi mamita quedó en embarazo del último hermano mío, el que está enfermo en Florencia, que también se llama Drigelio.

CAQUETÁ, LA TIERRA PROMETIDA PARA LOS DESPLAZADOS POR LA VIOLENCIA

La vida en Dolores llegó a su fin para Leonor y Betty. Decidieron entonces ir a probar la suerte en la frontera de la colonización, que por esa época era el departamento selvático del Caquetá. Allí vivía uno de los hijos de Romelia, llamado Marcelo, quien era guerrillero y tenía unas tierras en Cartagena del Chairá. Leonor habla de ello:

Nosotras teníamos una tienda en Dolores y la vendimos y nos fuimos para Florencia cuando mi hermano estaba en el Caquetá. Él era el papá de los negritos que criamos en Dolores. A él también lo mataron allá en el Caquetá.

La hija de Leonor interviene y explica quién era ese tío que vivía en Caquetá: “Mi madre se refiere al tío Marcelo, el que me quería envenenar”. Leonor continúa con su relato:

Nos fuimos para el Caquetá, llevábamos platica y nos fuimos todos. Marcelo estaba por allá en Cartagena del Chairá. Tenía una mejora por allá. Allá en Florencia buscamos un barrio bueno para vivir en una casa y se nos acabó la plata. Teníamos muy buena ropa, porque desde que empezamos a trabajar compramos ropa bonita. Con Hugo yo aprendí a comprar ropa de marca, porque cada vez que íbamos por allá nos compraban ropa bonita a mí y a una muchacha que era hermana de Chepito, el marido de Betty. Ellos tenían plata, pero ella era muy loca y andaba conmigo. Nosotros teníamos harta ropa. Betty tenía crédito en las joyerías, en los almacenes, en todas partes. Vendíamos los vestidos a dos pesos. Cogíamos las ollas, las brillábamos con esponja seca y las vendíamos.

La hija de Leonor se refiere a esta nueva etapa en la vida de su madre y de su tía. Andaban nuevamente como familia extensa, moviéndose de pueblo en pueblo. El grupo familiar estaba compuesto por la abuelita Romelia, su hijo Drigelio, Leonor, Betty, su hija Marina y varios niños, entre los que estaban los dos de Marcelo:

Es que éramos los dos niños de mi tío Marcelo; Marina, la hija de mi tía Betty; yo, y tres muchachitos que recogieron por ahí. Los dejaron a guardar y se quedaron a vivir con nosotros. Estaban también mi abuelita Romelia y “Gelo”, que estaba prestando el servicio militar. Ellas dos trabajando para mantenernos a todos.

La hija de Leonor aclara que “Gelo” era el apodo con que llamaban a Drigelio, el hermano menor de su mamá que había sido bautizado con el mismo nombre del tío abuelo Drigelio. También

aclara que se fueron para el Caquetá porque allá vivía el tío Marcelo en Florencia. Vivían de las ventas que hacían Leonor y Betty de ollas, ropa, de lo que fuera:

Cuando mi tía Betty estaba con el esposo, cada ocho días estrenaba zapatos para cada vestido. Tenía mucha ropa y cuando se separó, eran maletas y maletas de ropa. Cuando se gastaron toda la plata en Florencia, no les quedó sino ropa. Entonces sacaban la ropa y empezaban a ponerle precio, esto se puede vender en tanto y se iban a los pueblos a vender. Cogían unas ollas que tenían, muchas eran nuevas, vajillas y todas esas cosas que tenían. Me acuerdo que había unas ollas sin tapa, las ollas gogo, les pusieron ellas. Se iban de pueblo en pueblo en el Caquetá vendiendo mercancía hasta que se les acabó la plata, porque todo nos lo comíamos.

A continuación, Leonor se refiere a un fenómeno mesiánico que se dio en el Caquetá durante la década de los sesenta del siglo xx; se trataba de una secta donde las mujeres vestían de blanco, usaban falda larga y se amarraban la cabeza. Los hombres usaban barba larga, y todos traían una cruz amarilla en el brazo:

En el Caquetá había un viejo que le decían hermano José Gregorio. Se ponía una cruz amarilla, pero no se ponía costales.¹⁴ Mi hermano les decía los hermanos crucetos, porque tenían dos cruces. Ese día se murió ese

.....
¹⁴ Esta referencia a los costales está relacionada con los “encostalados”, una secta mesiánica que proliferó en el Tolima durante La Violencia y que muy posiblemente Leonor y su familia conocieron, pues sus miembros deambulaban por las carreteras con la parte derecha de sus cuerpos envuelta en costales.

viejo, el hermano Gregorio. Todos los caqueteños eran seguidores del hermano Gregorio. Nosotras teníamos la foto del hermano José Gregorio que hace milagros, íbamos de casa en casa y vendíamos. Conseguíamos plata como fuera. Yo taponaba, Betty peluqueaba y un muchachito nos prestaba la herramienta de peluquería. A veces nos tocaba buscar a quién arreglarle las patillas a cincuenta centavos. Betty cosía, se llevaba las telas y yo desbarataba. Nos amanecíamos, porque ella no sabía coser pero hacía el deber.

Cuando la familia llegó a Florencia, esta aún era una región tranquila. La destreza con que Leonor se acoplaba a las circunstancias la llevó a improvisarse como adivinadora. A continuación, Leonor se refiere a sus dotes de quiromancia:

En Caquetá estuvimos desde 1968 como hasta 1974. Nosotros en Florencia vivíamos alejados de la violencia. Vivíamos en una casita a las afueras, pues por ahí nos dieron posada y no pagábamos arriendo. En frente de donde vivíamos había una viejita que echaba el naipe. Yo iba y ponía cuidado a lo que ella le decía a la gente, a las viejas que iban a que les echara el naipe y eso me sirvió. En la casa donde vivíamos nosotros había una viejita que estaba para morir, era la mamá del dueño de la casa. Yo le echaba el naipe y le decía las mismas cosas que yo oía que la vieja le decía a las mujeres que iban. Yo le decía “Usted se va a morir”. La señora me daba tres huevos y un peso, porque yo le decía cosas que oía allá. Yo estaba muy polla; yo he sido más bien pilosa para conseguir plata. Y entonces la señora se murió. Ya se nos había acabado la plata y teníamos ropa de nosotras para

vender. Betty era más tonta que yo; por eso yo a ella no la dejo nunca, porque me demoro tres días para verla y sufro mucho. Ella se enferma, yo llego y ella se alienta.

Leonor nunca estudió, ni cuando era niña, ni de joven. Fue su creatividad y las ganas de salir adelante lo que la impulsó a ejercer diversos oficios improvisados como comerciante, vendedora, lectora de cartas y otros más. En tal sentido, ella es un buen ejemplo de la persona que vive del rebusque permanente. En su relato se refiere a su oficio de adivinadora y lectora de naipes:

Entonces fue cuando me volví bruja. Estábamos en Telecom llamando a Florencia y había unas viejas chismoseando diciendo que la señorita Blanca había quedado en embarazo del inspector. Nosotras estábamos oyendo cuando les dije que también adivinaba la suerte y saqué los naipes. La señorita Blanca se arrimó y nos dijo: “Yo quiero que me lea el naipé”. Nada menos le saqué que estaba en embarazo y que era de un hombre casado. Uno va coordinando y buscando las palabras, y me cogen qué fe. Iban los del Incora, iba la Policía a que les leyera el naipé. Yo el día viernes no me bajaba de cien y ciento cincuenta pesos por leer el naipé, y Betty leía el tabaco. Yo me hacía a un lado y ella al otro. Yo le decía que mirara y pusiera cuidado, y que arreglara de alguna manera para que le dijeran cosas. Ella ponía a esas viejas borrachitas de fumar tabaco.

En este punto interviene la hija de Leonor y cuenta lo siguiente:

Había una vecina a la que llamaban Matildita. Era una solterona y mi mamá empezó a leerle las cartas. Empezó

a decirle que se le iba a morir el papá y que el novio que tenía era casado, y resultó que era verdad.

En sus orígenes, la familia de Leonor había estado muy ligada al nacimiento de la guerrilla liberal en el sur del Tolima y a las ligas agrarias. En la región donde ahora vivía la familia de Leonor había predominio de guerrilleros de las FARC. Conocedora de ese pasado insurgente, le pregunto a Leonor si mientras estuvieron en el Caquetá tuvieron relaciones con las FARC, a lo cual me responde:

No, para nada, para nada. Nosotras sobreviviendo, sobreviviendo. Lo que pasa es que en ese tiempo por allá no había tanta guerrilla. En esa época el Caquetá era sano. Era un departamento que estaban colonizando. Nosotras andábamos por todos los pueblos. Nosotras fiábamos y cobrábamos a la siguiente semana, como hacen los cacharreros. Fiábamos y nadie nos pagaba y con los niños en ayunas. Andaban con los hijos de Marcelo y otros que recogieron. Un día íbamos pasando por una cantina de pueblo y salió una señora y nos preguntó: “Oigan, señoritas, ¿ustedes arreglan los negocios?”. “Aquí está el pasaje para devolvernos para Florencia”, pensé yo. “Sí, señora”, le dije “¿qué se le ofrece? Vale quinientos pesos pero con la condición de que si usted no vende, el lunes nosotras venimos y le devuelvo sus quinientos pesos”. Pensé: “Con quinientos pesos hacemos mercado y nos vamos para Florencia otra vez, que quedaba cerquita y valía como dos pesos el pasaje. Era barato. Ay, por dios, ¿yo qué le digo a esta señora para que venda?”. Me paré por detrás de ella y le dije: “Párese aquí en frente y concéntrese que va a vender mucho y yo le hago la oración

aquí”. La señora sacó los quinientos pesos y me los dio y nos fuimos para Florencia.

A los ocho días que veníamos a cobrar y a ver qué nos decía, nosotras empezamos a andar por los muros, para que no nos fuéramos a encontrar a la señora hasta que tuviéramos la plata para irle a pagar. La señora mandó una peladita que nos dijo: “Señoritas, que vayan donde mi mamá”. Pues nos tenía almuerzo con gallina y tenía un arrume de canastas de cerveza desocupadas y botellas de aguardiente. Nos dijo: “Uy, señoritas, no saben cómo he vendido. Nunca en la vida había vendido tanto”. “Es que los secretos que yo me sé son muy poderosos”, le dije a la señora.

La hija de Leonor complementa el relato de su madre: “Compraban unas aguas de colores, nos ponían a envolver unas moneditas en papeles de colores, iban y vendían por allá. Ellas se rebuscaban la vida, en la casa había comida y colegio para todos”. Y Leonor añade: “Las teníamos en buen colegio a ellas dos, a Marina y a Marta”. La hija de Leonor continúa con su relato:

Cuando mi mamá se volvió bruja, había una señora que era vecina de nosotras que tenía a su familia en un barrio decente. En Florencia había un sitio que se llamaba La Vega, era la zona de tolerancia y ella tenía una casa de citas allá. Pero a su familia la tenía aquí y era vecina nuestra. Con el cuento de que ellas eran brujas, las llevaba para que peinaran y maquillaran a las prostitutas.

Leonor corrobora lo dicho por su hija:

La vecina me decía: “Camine, que tengo tantas muchachas, para que les lea el naipe y las arregle”. Yo iba y me ganaba buena plata con ellas. Yo les cobraba. Como era yendo a las casas, era a domicilio y había que cobrar más; no que fueran allá, a la casa mía. Yo hacía plata cada ocho días para el mercado. Una vez llegué, fue la última vez que fui, porque ya había peinado y me faltaba la última y no tenía secador. Les echaba la laca y se las pasaba por encima, les hacía molletes, las pintaba. Había unas bonitas que se prestan; pero había otras más feas y bregaba tanto, pero ahí las arreglaba. En ese tiempo se usaban los vestidos apretados y unos buenos tacones. Cuando de repente dijeron ahí viene “la bola”. La bola era el carro donde cargan a la gente que recogen en la calle, a las viejas y a todos los que no tienen papeles. Yo pensé “Si no me llevan por no tener papeles, me llevan por bruja”. Y entonces me salté una tapia donde ponen vidrios. Allá en el Caquetá las matas de banano son así, gordas. Había una mata de banano en frente y allá afuera en la calle había un señor de esos que pelan el arroz con máquina. Allá conocí las botas de caucho, porque no las conocía, tenía unas botas de caucho amarillo. Como el Caquetá es plano, cuando llovía se enlagonaba bien feo. Eso había mucho vidrio de los que botaban de las casas, y ahí estaba yo con las matas de plátano. Pues quedé colgada de la mata de plátano, pero me eché toda la plata. No dejé ni diez centavos, porque unas me pagaban con monedas y me la eché toda acá. Me alcancé a rayar un poquito un brazo.

La hija de Leonor celebra la creatividad de su mamá y su capacidad para ganarse la vida como fuera: “Ella se arreglaba para irse, se ponía aretes grandes, pañoleta, y tacones. Yo me acuerdo de esa imagen de ella, de bruja. Se disfrazaba para ir a hacer su negocio”. La hija de Leonor me pregunta:

¿Usted conoce Florencia? Es a la orilla del río toda la construcción, es el río Hacha, y para ir a donde nosotros vivíamos se podía subir por toda la orilla del río. Nosotros primero vivíamos en el mejor barrio, después nos tocó irnos a un barrio pobrecito, porque no había con qué.

Y Leonor comenta: “Ya no había plata para pagar arriendo, pero llevaba noventa pesos que había hecho ese día. Noventa pesos eran muchos, eran como noventa mil pesos de hoy...”.

Sin embargo, el incidente con la Policía y la huida de Leonor por entre los vidrios y las matas de plátano le hicieron coger miedo. Su hija comenta al respecto: “Pero, bueno, ahí dejó de trabajar en eso, porque le cogió miedo, por lo que fuera”.

Y Leonor comenta que le cogió miedo al oficio de leer los naipes, porque de tanto aventurar con la suerte de los demás, todo lo que decía se volvía verdad: “Le cogí miedo porque todo lo que decía me salía”. Y la hija de Leonor comenta lo siguiente:

Cuando se murió el novio de Matildita, la vecina, mi mamá le cogió miedo y no quiso volver a hacer eso. Pero de alguna manera intuitiva pienso que logró desarrollar esa capacidad, porque es que ella ganaba plata con eso. Le cogió miedo porque era pronosticarle la muerte a la gente. Mi tía, en cambio, era más cobarde para eso. Mi tía era más de hacer cosas, hacía vestidos sin saber nada. En ese tiempo se usaba una tela que se enrollaba, era como

un nylon y ella lo cortaba, mi tía sin saber coser, en la vida había cosido y hacía pantalones. Mi mamá era más viva, podía inventarse cosas, entonces los negocios de ellas eran hacer somieres, coser ropa, peluquear, taponar muebles, hacían de todo y además eran brujas. Allá en Florencia había unas viejas ricas, unas Guzmán, dueñas de una droguería que querían ponerles un consultorio. Pero en eso se murieron el novio y el papá de Matildita, y entonces mi mamá no quiso.

EL REGRESO A GAITANIA. LEONOR Y BETTY SE CASAN DE NUEVO

La hija de Leonor se refiere a esta nueva etapa en la vida de su mamá y su tía. La abuela Romelia se queda en Caquetá; pero Leonor y Betty deciden regresar a su tierra, el sur del Tolima:

Mi abuela se quedó y a mí me trajeron como en 1975. La abuela murió hace unos añitos, en el 2000. Ella se quedó por allá y ellas se vinieron a trabajar a Gaitania. Ellas no buscaron a Gaitania por nada en especial, ellas buscaban donde hubiera gente para poner negocios, para vender mercancías. Ellas viajaban buscando lugares donde hubiera grupos humanos para explotar lo que ellas sabían hacer. Ya sabían peluquear y coser.

Sorprendida por el regreso de la familia a una zona que seguía convulsionada por la violencia y el conflicto armado, hago una pregunta acerca de la situación de orden público que había en la región cuándo regresaron a Gaitania. Leonor responde que

estaban los ingenieros abriendo la carretera entre Gaitania y Planadas y su hija explica que los militares de la base eran los que estaban abriendo la carretera y que también había infantería, porque seguía siendo una zona de guerrilla. Tenían militarizado el pueblo. Leonor complementa lo dicho por su hija:

Había uno que otro guerrillero por allá lejos, y entonces ahí fue que me conocí con mi marido. Él era militar y mi hermana se conoció con el esposo que trabajaba en Telecom. Cuando yo me junté con él, era sargento vice-primerero, después era sargento segundo. Estaba haciendo carrera para sargento mayor cuando pidió la baja.

La hija de Leonor se refiere a la nueva vida de su madre casada con el militar:

Ellos se casaron después de un tiempo y mi tía se quedó con el esposo que consiguió allá, en el pueblo. Después al “Negro” (el esposo militar) lo trasladaron y ellos siguieron viajando por todos lados; pero yo ya no vivía con ellos. Es que en la familia de él son rubios y él es el único moreno. No es que sea negro, pero se quedó el “Negro” y todos le decimos “Negro”. Espere porque mi mamá está como resumiendo mucho, y yo sé que de pronto hay partes bonitas. Vivieron con él un tiempo por allá y luego se vinieron aquí a Ibagué. El “Negro” salió del Ejército, pero como los militares no saben manejar la plata, hizo un negocio mal hecho y se quedaron sin nada. Yo estaba en embarazo, entonces me quedé por acá y mi mamá se fue para Gaitania, adonde mi tía Betty. Mi tía Betty tenía negocio y se fue a trabajar allá otra vez con ella y puso

un restaurante. Ella nunca había vendido comida, pero cocina muy rico.

Leonor es más contundente en su relato cuando cuenta que montó el restaurante a pesar de la oposición de su marido, el militar:

En el Ejército le decían también el “Negro” Castrillón. Estuvimos en muchos pueblos, siendo él militar y en Gaitania nos casamos. Cuando me fui a conseguir la casa, cuando iba a hacer la casa, cuando estaba buscando la casa, el “Negro” me dijo: “Yo con ‘sancocheras’ no vivo”. Y yo le dije que tampoco con pelados vivía; ya nos habíamos casado. Bueno, yo puse el restaurante ese día, compré dos kilos de carne para el desayuno, uno de hígado, y uno de un revuelto, hice un caldo con eso, compré arepas, chocolate, pan y los vendí rapidito. Y al almuerzo me fui y traje otros dos kilos, y vendí como dos arrobas de carne ese domingo. Hice almuerzo, como en un restaurante más o menos bueno y tenía un buen comedor.

La hija de Leonor se refiere a la nueva casa de su mamá, a su buen gusto para decorarla, al restaurante que había montado y al éxito que obtuvo con este; también se refiere a los ahorros que hizo para comprarse una finca:

Tenía sus muebles, su casa bonita. Ella ya tenía otra forma de manejar su vida. En ese pueblo nadie tenía la cultura del comedor bonito, de una casa arreglada, porque vivían como campesinos. En cambio, ella llegó con su casa, con alfombra, con todo organizadito; la gente veía la casa y ella cocina muy rico, y había mucha gente. Profesionales que iban por alguna razón y la casa

era grande. Ella arrendaba habitaciones. Con eso juntó plata para comprar una finca.

LEONOR RETORNA AL CAMPO, A SUS ORÍGENES

La hija de Leonor se refiere con admiración a esa capacidad de su madre para volver a retomar el duro oficio de la agricultura, luego de haber sido vendedora, cocinera y demás oficios des-
empeñados por ella:

Ella empezó a trabajar en la finca. Mire la forma de las manos de mi mamá: mi mamá tiene unas manos muy bonitas. Ella echando azadón y el “Negro” no, él no subía por allá.

Leonor se refiere a sus labores en la finca, a la pérdida de esta y a sus achaques físicos que ya no la dejan trabajar en el campo:

Mi marido no subía por allá, porque fue militar; pero vendí mercancía con él también. Nos fuimos, pero a él todavía no le habían pagado las cesantías y nos fuimos a vender mercancía. Hoy no tengo nada. Será porque la finca me tocó dejarla. Ya no siembro por las rodillas. Yo sembraba hectáreas de fríjol, de maíz.

La hija de Leonor explica que cuando regresaron a Gaitania, los campesinos estaban cultivando amapola; pero que cuando ellas llegaron ya todo el mundo había ganado plata y el Ejército ya estaba fumigando las cosechas. Cuenta que en esa parte del sur del Tolima, al igual que en otras regiones de Colombia, hubo

un fuerte apogeo del cultivo de la amapola, tanto que cambió la cultura del pueblo:

La gente campesina dejó los cultivos de pan coger por ponerse a cultivar amapola. Claro, era plata fácil y mucha plata y empezaron a construir y a comprar cosas. Los muchachos empezaron a comprar carros y armas, y la guerrilla también. Un tonto que había sido trabajador de la casa y era comandante de la guerrilla, tenía revolver con cache de oro, una vaina absurda. A la guerrilla también le dio por empezar a cultivar esa vaina, pero ya no. Se quedó con el pecado y sin el género, porque terminó metiéndose en el cuento y tampoco quedó con plata.

Leonor se refiere al predominio guerrillero que hubo y que sigue habiendo en la zona:

Como no había guerrilla, el Ejército se fue y los dejaron. Pero en ese tiempo mandaban en el pueblo, en la gente, todos hacían lo que la guerrilla quisiera. Yo no me dejé mandar de nadie, ni de la guerrilla. La guerrilla ya se había ido de la finca mía porque cuando llegó el Ejército se fueron todos los que había en la finca. Iba un tonto ahí con bombas que a guardarlas allá en la casa, y yo lo paré y le dije: “Usted en mi casa no guarda nada y me devolví”. Yo iba de a caballo y venía hasta el caserío de San Miguel. Ellos tenían un mercado. Yo les dije: “Antes me sacan todo lo que tengan ahí porque llega el Ejército y yo ¿qué les digo?”.

En este punto la historia de Leonor da un cambio brusco. Después de rebuscarse durante varios años en el Caquetá, desempeñando

varios oficios que le permitieron vivir sin aprietos, Leonor regresa a su tierra, se casa nuevamente con un militar, compra una finca y se pone a cultivar. Pero el dolor en las rodillas no le permite realizar los trabajos del campo como lo hacía antes. La finca de Leonor quedaba en medio de una zona frecuentada por la guerrilla y los guerrilleros solían ir a su finca a pedirle favores. Su historia deja ver cómo el frente guerrillero de la zona ya había entrado en el negocio de las drogas, al igual que los campesinos que veían en el cultivo de la amapola la oportunidad de mejorar sus condiciones de vida. El dinero producto de la venta del alcaloide fue cambiando la vida de los pueblos: los campesinos compraron casas, vehículos y armas, y de esta forma dilapidaron el dinero.

La hija de Leonor explica cómo ha sido esa convivencia con los guerrilleros que viven en la zona desde tiempos atrás, una convivencia que nunca ha estado exenta de tensiones. Leonor siempre ha sido una mujer fuerte, decidida y que enfrenta las situaciones y nunca se ha amedrentado ante amenazas de nadie. Por eso cuando los guerrilleros mataron a un vecino suyo, Leonor se les enfrentó, tal como lo dice en su relato:

Mataron a un señor de nombre Aureliano, que fue muy buena gente conmigo y con todos. El comandante guerrillero lo mandó a matar. Yo fui y le dije al comandante hasta de qué se iba a morir ese día. Me dio mucha rabia, y ese día me le paré en la puerta.

Él me dijo: “va a venir un tal comandante y le voy a decir al camarada que usted no me deja entrar el material a su casa”.

Yo le dije: “vaya dígame si quiere, móntese acá. Ahí le dejo ese caballo para que vaya y le diga, yo miedo no le tengo,

ni a usted ni a ellos; así usted sea muy matón, no lo dejo que pase de acá, me da un paso para acá y le pego un tiro”.

Él me dijo entonces: “pues yo también tengo”.

Y yo le dije: “hágale, yo no nací para semilla”.

Entonces el hombre le hizo señas al muchacho para que se llevara el caballo, los caballos pues eran cuatro, figúrese para llenar una pieza, un rancho bien pequeño y para llenar una pieza y a posta que el Ejército en todo eso. No, así fuera el papá mío.

La hija de Leonor explica cómo el marido de su mamá siendo militar pudo quedarse a vivir en una zona donde había predominio guerrillero:

El “Negro” es el único militar al que dejaron quedarse viviendo allá. Cuando abrieron la carretera, se casaron muchos militares con muchachas del pueblo y fueron después de retirados a vivir allá y no los dejaron entrar. Al “Negro” sí. Es que el “Negro” no se mete en nada, no es agua, ni es pescado. La que manda en la casa es la señora, la que decide qué hacer, es la señora. El “Negro” es un viejo bonachón y buena gente. Tiene su temperamento y sus cosas dentro de la casa, pero el “Negro” no se mete en nada. La guerrilla aprendió a verlo como eso, que es un tipo que... y por ella, porque a ella la respetan; no la quieren. La respetan.

Enseguida Leonor se refiere a las circunstancias en que fue asesinado su vecino Aureliano. El relato deja ver los peligros que

circundaban la nueva vida de Leonor, casada con un militar y viviendo en una zona dominada por la guerrilla:

Había un matón que mataba a la gente, mataba mucho, por cualquier diez pesos mataba a una persona. Ese matón iba a matar al “Negro” y no supimos nunca cuál era el motivo. Entonces el guerrillero Jerónimo¹⁵ fue a la finca de un señor que tiene plata y le preguntó: “¿De quién es aquella finca?”

Y este contestó: “Esa finca de enfrente es de la señora de un militar”.

Entonces el guerrillero dijo: “Ah, a él es a quien tengo que mandar fusilar”.

“Y ¿por qué?”, preguntó el hombre.

“Porque me han llevado muchas quejas”, respondió Jerónimo, el guerrillero.

“¿Y quién ha llevado las quejas?”.

Por ahí nombró al tal hombre ese malo, al matón que había. Entonces el dueño de la finca le dijo a Jerónimo “Pues ahí están muy equivocados, porque ese hombre hace veinticinco años que vive por acá y porque no se mete en nada es que lo han dejado quedarse”. Jerónimo se vino entonces para donde José Céspedes, otro rico,

¹⁵ Jerónimo Galeano fue el jefe de seguridad del comandante Alfonso Cano de las FARC, muerto en el 2011.

y él le dijo exactamente lo mismo. Entonces se fue y se quedó atrás de la finca de nosotros, más bien cerca, donde Alejandro, el hermano de Aureliano al que mando matar, y le dijo, parece que se hubieran puesto todos de acuerdo. Nosotros no sabíamos nada, estábamos bautizando a un niño de un muchacho que mató la guerrilla por cuantos, porque el chino era buen muchacho, y ahí fue cuando me contaron.

Hacia 15 días el matón había estado ahí en la casa; estaba todo borracho en el pueblo. Ese matón era un combatiente raso; pero era famoso por malo, por matón; mataba con mucha facilidad, no era ni guerrillero. Hacía como quince días yo iba a comprar los plátanos para llevar para la finca, en la plaza, cuando él venía con el revólver en la mano. Yo sabía cómo era el matón, porque él mismo me lo había contado. Eso yo tuve unos encartes con ese hombre.

Entonces el matón me preguntó: "Señora, ¿está don Luis?".

Y yo le dije que no, pero él sí estaba ahí.

Cuando el "Negro" sentía que llegaba alguien, abría la ventana y miraba, pero ese día no la abrió.

Entonces yo le dije: "¿Para qué lo necesita?".

Y él dijo: "Es que lo necesito para un negocio", y llevaba el revólver en la mano. Yo le dije "No, él no está", y me fui saliendo, fui saliendo con él.

Yo toda considerada, toda digna con él le dije: “Oiga, guarde ese revólver que de pronto lo ve la Policía”. “Pues les doy bala”, me contestó. Y yo le dije: “No, no se ponga en eso, camine”. Y me lo llevé. El día que estábamos bautizando al niño del chino que habían matado, mi vecino Aureliano nos contó que al “Negro” lo iba a matar ese tipo, ese día lo iba a matar. Pero cuando uno no se va a morir, pues no se muere, porque él “Negro” no abrió la ventana. Me preguntó: “¿dónde está?”. Yo le dije: “Está en Bogotá porque está enfermo”, yo inventé y me salí.

El matón siguió yendo a la finca cada ocho días, todas las noches iba y yo le tenía miedo. Yo tenía un perro que me lo mataron ellos también. Se llamaba Dandi. Era un perro así, grande, negro. Cuando ellos entraban, el perro se paraba en el portón en las dos manos, latía, era bravo de noche, de día no. El hombre ese llegó como a las siete de la noche, se paró y me dijo: “Voy a matar el perro”.

Yo me le metí en medio y le dije: “No me va a matar el perro”.

Y él me dijo: “¿Por qué, no puedo?”.

Yo le dije: “Sí, sí puede, pero no debe”.

Dandi éntrese y lo entré a la pieza, el perro me hacía caso. Me senté a conversar y converse con él. Yo lo aliñaba de un modo, de otro, me daba miedo pues que me matara el perro. Al fin, le hice comida, le hacía una cosa y ríame con él y duró como hasta las diez de la noche ahí y después se fue.

A la semana siguiente de haber estado por allá, un día que estaba borracho en un paradero llegó la guerrilla y le dijo: “Hermano, camine que tenemos un tipo por allá arriba amarrado en San Miguel, debajo del puente, camine para que le haga usted. Es que es un amigo y nos da vaina a nosotros”.

Él se fue de una vez y allá había cuarenta tipos, y los cuarenta le dieron bala; pero ese hombre no se moría. Él mismo me había contado que cuando llegaba a una casa, le daban comida, comía, y cuando el señor, el dueño de la casa se volteaba, el tiro de él era acá y que ahí lo dejaba. Me contaba a mí y yo riéndome con ese hombre hasta las diez de la noche, sabiendo cómo era de asesino.

Yo le pregunto a Leonor qué diferencias percibe ella entre las guerrillas de los años cincuenta, cuando ella era una niña, sus tíos estaban metidos en actividades guerrilleras y había constantes enfrentamientos entre liberales y conservadores, y esta guerrilla que merodea actualmente por la zona. Su respuesta es desconcertante, pues hace caso omiso de las escenas de crueldad y sevicia que a ella le tocó vivir siendo niña cuando sus tíos y allegados cercanos, que eran liberales, estaban trenzados en una confrontación a muerte con conservadores y chulavitas:

Había mucha diferencia, porque en ese tiempo peleaban de verdad por algo, tenían su motivo. El uno era liberal y el otro era conservador. Pero estos pelean porque sí, porque ellos tienen que ganarse el poder. Pero ¿cuál poder? Matan a la gente porque sí, porque fulano fue y dijo tal cosa y no investigan nada. Eso se lo dije al que mató a Jerónimo: “Es que ustedes no investigan; eso es

lo que he oído en muchas partes donde ha habido guerrilla”. En ese tiempo no mataban así, allá investigaban y tenían que darse cuenta. El primero que mataron así fue cuando estaba la guerrilla, cuando les decían la chusma.

Ante las confusiones evidentes que tiene su mamá, la hija trata de aclarar cómo funcionaban las adscripciones políticas durante La Violencia y cuáles son las diferencias entre las guerrillas liberales de los años cincuenta y la guerrilla marxista que aún pervive en la zona. Según se deduce de su relato, en lo que tiene que ver con la vida cotidiana y con la resolución de conflictos locales, realmente no existen mayores diferencias, pues las motivaciones parecen ser las mismas: pleitos personales y venganzas. La hija aclara lo siguiente:

Lo que quiere decir mi mamá es que ellos no manejaban el concepto político, porque no tuvieron la formación política que se desarrolló después. Durante La Violencia era instintivo que los liberales y los conservadores se pelearan, pero realmente no tenían el concepto interiorizado de ser liberal o de ser conservador, sino que creían que nosotros los liberales éramos los buenos y los malos eran esos que mataron a nuestra familia, y los otros pensaban lo mismo. Mientras que ahora puede que haya más concientización política. Sin embargo, allá en esa zona, los asesinatos se dan más porque el vecino corrió la cerca, o porque fulana se está acostando con fulano. Van y le dan la queja a la guerrilla. Esa es la vivencia de ellos. No ven el concepto político que hay detrás, porque la vivencia de ellos es esa. ¿Allá la guerrilla para qué sirve? Para matar ladrones, para poner orden, para matar al tonto del pueblo que hace escándalo cada ocho días.

Ese es, entre comillas, el orden que impone la guerrilla. Ellos viven eso, lo cotidiano es lo que están viviendo. La diferencia que ella ve es que antes mataban por un concepto político, nosotros somos los buenos y ellos son los malos; pero tampoco lo tenían claro.

Yo les pregunto si habiendo tanta guerrilla, hay paramilitares en la zona y la hija me responde: “En Gaitania, no. Llegaron únicamente hasta Planadas los paramilitares del frente Atá Rojo.¹⁶ Lo que pasa es que nunca han subido hasta Gaitania”.¹⁷ Y acto seguido la hija hace una aclaración importante para entender cómo eran las cosas en la región de Gaitania y Planadas durante La Violencia, cómo la zona estaba claramente dividida entre los diferentes grupos armados y cómo sigue funcionando esa división territorial:

.....

¹⁶ El grupo paramilitar más conocido del sur del Tolima se llamó Rojo Atá. Prestó servicios de sicariato, vigilancia de tierras y seguridad privada a narcotraficantes de la zona. A medida que los conflictos de tierra se agudizaron y que las FARC ampliaron su capacidad extorsiva, estas autodefensas se fortalecieron. También florecieron con los cultivos de amapola en la parte montañosa y fría de la cordillera Central, especialmente hacia el sur del departamento. El influjo del dinero del narco hizo que el grupo original se dividiera y comenzaron los conflictos entre distintos bandos por el control del negocio. Las FARC comenzaron a combatir estos ejércitos privados del narcotráfico en Rioblanco, Chaparral, Ataco, Coyaima y Planadas. Verdad Abierta, “El largo recorrido del paramilitarismo en Tolima”.

¹⁷ Las raíces del paramilitarismo en el Tolima son profundas. Desde comienzos de los años cincuenta el Ejército formó un grupo de apoyo para enfrentar a las guerrillas liberales de la época, comandado por “Mariachi”. Según el Instituto de Estudios para el Desarrollo y la Paz, este fue el primer grupo paramilitar en Colombia. El grupo mutó, y al tiempo que de las guerrillas liberales surgían las FARC en Marquetalia, a comienzos de los años sesenta, el Ejército usaba a los miembros del grupo “para” como guías para combatir a los guerrilleros. “Mariachi” cayó en esas confrontaciones, y su lugarteniente, “Canario”, asumió el grupo. Véase *Ibíd.*

Mi mamá maneja el concepto de *Gaitania para arriba*, porque en esa parte del territorio ellos se manejaban como querían, era su terreno; en cambio, de *Gaitania para abajo* había Ejército, había Policía y no era tan fácil acceder al pueblo. Explica que ellos, los guerrilleros liberales durante La Violencia, bajaban al pueblo con sus vestidos militares, porque no había ni Ejército, ni Policía, y eran ellos los que mandaban en el pueblo. Hubo una época en que yo fui para unas vacaciones, y en esa época a la señora que le jugaba sucio al marido, la subían y la castigaban, y al tipo que le era infiel a la señora también lo castigaban, a las chismosas las ponían a barrer la plaza, hacían ese tipo de cosas. Pero había también un orden que uno a veces añora, porque no había ladrones.

En Colombia es frecuente oír este mismo argumento de añoranza por el “orden” que imponen los grupos armados en zonas y regiones donde están ausentes las instituciones del Estado, y este es suplantado por el grupo armado que impone sus reglas de juego. La hija de Leonor comenta lo siguiente:

Imagínese que una vez yo trabajaba en Bogotá con una entidad oficial y vacunábamos en todo el país. Me mandaron a vacunar a Gaitania y, entre otras cosas, vacuné a la guerrilla contra la hepatitis B y, bueno, les vendí algunas vacunas a ellos. Hice una jornada de vacunación en el pueblo, mi mamá se había ido para no sé dónde y el “Negro” también había salido. Ella tenía en la mesa de noche un revólver y en la otra tenía unas joyas y una plata. No me dijeron nada, me entregaron las llaves y se fueron. Con el cuento de la jornada de vacunación y las enfermeras me fui y se me olvidó el asunto.

Como a la una me acordé y me vine corriendo y allí estaba puesta la llave en la mesa de noche donde tenían la plata, había como cinco millones, estaba el revólver y en la otra estaban las joyas. Y ahí estaban, tal y como yo lo había dejado desde las nueve de la mañana, abierto todo y ahí estaba. Ellos ponían el orden y no había ladrones. Uno podía vivir con la puerta de la calle abierta y nunca entraban. En cambio, ahora no, ahora hay Ejército. Los milicianos de la guerrilla ahora también son ladrones; se han degenerado de tal manera, siendo un pueblito que tiene 1500 habitantes en la parte urbana; es un caserío, son como cinco cuadras. No. Tiene por ahí unos 2500 habitantes. Hay colegio, hay escuela, pero ya hace unos años, cuando la guerrilla mandaba, había ese tipo de orden, pero ya no. Llegó el Ejército y los soldados preñaban a las niñas; por eso hay cantidad de embarazos, embarazos precoces.

El matrimonio temprano y forzado de las niñas ha sido recurrente en muchas regiones rurales, donde las niñas son violadas con frecuencia por familiares cercanos o iniciadas sexualmente desde muy jóvenes. En sociedades patriarcales, como la colombiana, las niñas de estratos pobres son reducidas a bienes de cambio con el consentimiento de los familiares, y a ello hay que añadir la situación que introdujo el cultivo de la amapola en la región durante un tiempo, la rápida acumulación de dinero que propició y el consiguiente cambio de valores en la comunidad. La hija de Leonor se refiere a ello:

Usted ve cantidad de muchachitas con niños. Sida, hay sida a la lata. O sea que el pueblito ya no tiene nada de esa tranquilidad. Los que mandan en la guerrilla ya no

son conocidos, son otros nuevos que han llegado últimamente.

Y yo les pregunto si actualmente a la región no han llegado los integrantes de grupos delincuenciales como las Águilas Negras, los Urabeños o Los Rastrojos, a lo cual la hija de Leonor responde que no. Se refiere, en cambio, a los vínculos afectivos que se crean en aquellas regiones donde la guerrilla se ha establecido por mucho tiempo y la gente que vive allí se acostumbra a su presencia:

No, no, no, solo llegan hasta Planadas. Pero para Gaitania no suben. Siento que ellos tienen una barrera imaginaria, porque Gaitania siempre ha sido un pueblo de guerrilla. Los que menos tenemos, tenemos un primo en la guerrilla, y es muy difícil meterse en una zona donde uno tiene vínculos de afecto. Si ellos están aguantando hambre allá, la gente les sube mercado y les da. Yo vivo acá, no tengo nada que ver con las FARC; pero yo voy a Gaitania y si tengo la forma de ver a alguno de los guerrilleros, me subo a verlos, y yo no tengo nada que ver con las FARC, pero tengo amigos en la guerrilla, gente que quiero. Puede ser que políticamente no estemos ahí, pero somos revolucionarios y tenemos identificados conceptos de cambio para este país, y eso ya nos une. De alguna manera elemental eso pasa con la gente del pueblo. Yo pienso que los paramilitares no entran hasta allá por eso, porque sienten que es muy difícil entrar a una zona donde toda la gente ha tenido y tiene vínculos con la guerrilla, así ellos hagan cosas feas a la gente del pueblo. En un tiempo, mi mamá los tuvo en su casa. Venían a mi casa y se quedaban, les hacía de comer. Hay un afecto entre las personas, no es político, no es de identificación. Para los

paras es muy difícil entrar allá por eso. De entrar, tienen que entrar a matar a una cantidad de gente y volver a hacer las masacres, y les queda difícil porque la guerrilla baja muy fácil del monte. Ven gente nueva y enseguida la guerrilla se va a dar cuenta, entonces les toca pelear para hacer una masacre. Allá es muy fácil que hagan una masacre con el Ejército, pero les toca pelearla. Por eso yo creo, y esa es mi forma de apreciar la situación, que nunca han subido, de pronto van unos poquitos, pero no suben hasta allá por eso.

Una vez terminada la entrevista, la edité de común acuerdo con la hija de Leonor, y después de leerla varias veces, comencé a darme cuenta de un fenómeno que caracteriza no solo su historia de vida, sino la de otras mujeres que entrevisté. El relato de Leonor traza una elipse que va desde sus vivencias cuando era niña y vivió, en compañía de su hermana, la soledad propia de los niños y niñas campesinos librados a su suerte que para sobrevivir conformaban mundos que corrían paralelos al mundo violento de los adultos. Después de mil peripecias, Leonor retorna a su tierra y retoma el rol que tuvo su madre, el de agricultora. Entre uno y otro momento transcurrieron setenta años. Sus tíos fueron campesinos liberales alzados en armas que conformaron ligas agrarias y que vivían inmersos en el ambiente enrarecido de La Violencia, en el cual eran frecuentes los asesinatos, las masacres y demás atrocidades. La alianza que existió entre Leonor y su hermana Betty cuando eran niñas fue lo que muy posiblemente contribuyó a que ellas sobrevivieran y llegaran a adultas, sorteando situaciones difíciles y adaptándose a nuevos entornos.

El relato de Leonor está lleno de silencios y de temas que no quiso abordar, algunos de los cuales fueron complementados por su hija, quien dejó ver con sus intervenciones las contradic-

ciones existentes en su relación con la madre. Leonor no tuvo infancia y sus años de niña fueron muy duros, debido a la falta de interés de la madre por sus hijas, un rasgo que ella heredó, y que va a reproducir más tarde con su propia hija. Ella es, sin lugar a dudas, una campesina aguerrida, una luchadora que nunca contó con el apoyo de las instituciones y que a su edad sigue viviendo en la zona que la vio nacer y crecer.

Revisada una vez más la extensa entrevista que le hice a Leonor, se la envié nuevamente a su hija, para que le diera una última mirada, y le quitara o añadiera lo que creyera conveniente. Ella me la devolvió con el siguiente texto que anexo a continuación:

Quise buscar el tiempo para leer el texto, demoró. Quise leer con toda la tranquilidad posible. Creo que está perfecto, solo que no sé si incluiste el aporte de mi papá en el relato completo, porque no lo vi, ni en la primera parte que leí antes y que desafortunadamente está en el otro computador que está dañado. Hubiera querido unirlo para tener una visión total de esa vieja historia contada mil veces; solo que esta vez interpretada desde el ángulo de una analista de nuestra sociedad.

Este proceso me ha ayudado a ver a mi mamá de una manera diferente. No como una heroína, aunque nunca la sentí como tal, y sí siempre la sentí muy fuerte y valiente, sentir que no ha cambiado. Ahora la veo como una mujer que se ha salvado de la violencia, de otra manera... Ella se hubiera podido convertir en un monstruo de venganza, sin conciencia, con su historia y su rabia habría podido perder todos los filtros, y veo que se salvó.

Lo que he entendido es que a pesar de los pesares, mi mamá es un ser muy bueno. Sigue llena de humanidad. Es sensible. Es de una solidaridad sin límites. Nunca perdió el vínculo con el campo, a pesar de que gran parte de su vida la vivió en la ciudad. Disfrutó sus comodidades y regresó a una zona rural a reescribir su historia de la misma manera, como si nunca hubiera salido de allí. Es como si buscara a propósito los escenarios violentos de lucha, de guerra, como si inconscientemente sintiera que pertenece allí y no va a salir de esos espacios. Ella habría podido quedarse en una ciudad intermedia como Ibagué, viviendo una vida sin sobresaltos, con su "Negro", viviendo de esa pensión, una vida tranquila, y hasta con un negocio, como era su costumbre.

Creo que la cercanía con mi tía es real; pero pudo haberse dado al contrario. Si mi mamá hubiera estado bien, mi tía Betty hubiera terminado viviendo aquí. Si lo del karma es cierto, creo que mi mamá está pagando por alguna razón el suyo. Pero, la verdad, lo que creo es que ella buscó vivir en esta zona, porque necesita resolver todas esas frustraciones y todas esas tristezas que le quedaron de su niñez.

Quiero darte las gracias, porque con este ejercicio me has permitido iniciar un viaje en la historia de mis papás que me ha llevado a entenderla desde otro ángulo, y de alguna manera también me ha permitido sanar mis carencias, mis frustraciones y mis dolores.

Finalmente, siento que el Estado nunca va a poder pagar su deuda con las miles de Leonores y de Bettys que se

quedaron en el camino de esta guerra que ya lleva tantos años. No hay reparación posible para las víctimas de un conflicto: si sobrevivieron ilesas físicamente, nadie les va a devolver su inocencia, su vida de niñas, sus juventudes malgastadas en la supervivencia y su vejez sin la paz interior que debieran tener todos los seres humanos.

Estas guerras patrocinadas nos han dejado tantas marcas invisibles que nada, ni nadie, podrán cambiarlas. Las consecuencias son difíciles de romper, porque fortalecen las cadenas de los maltratos intrafamiliares, la predisposición a la rabia, a la venganza, y eso ¿cómo lo cambiamos?

El fenómeno es claro, y más para los estudiosos de la sociedad, pero lo que he entendido es que a quienes les quitaron la oportunidad de vivir una vida feliz, como es el caso de mi familia, les dañaron su psiquis de tal manera que solo las salva su fuerza interior, porque han sido terreno abonado para esta violencia que no tiene fin.

CAPÍTULO VI

Teresita en el mundo de los “comunes”¹

Al contrario de lo que ocurrió con Leonor, quien tuvo una primera infancia muy dura y solitaria, Teresita fue una niña mimada por su padre que siempre se preocupó por ella, porque estuviera bien vestida y limpia, por comprarle ropa nueva. A la muerte de este Teresita conoce la extrema pobreza y su vida se convierte en una odisea, pues tiene que sortear muchas dificultades durante su adolescencia y juventud para llegar a convertirse en una connotada líder agraria.

PRIMERA INFANCIA Y MUERTE DEL PADRE

Yo nací un 29 de abril de 1929. Mis padres son de La Vega, Cundinamarca, tanto mi padre como mi madre.

¹ Entrevista a Teresita, 8 de junio de 2013, en su casa del Boquerón, Cundinamarca.

Allá nacieron los primeros hijos de ellos, que son cuatro varones, y enseguida nació yo, la quinta de la familia, que soy yo, que nació el quinto día de la semana. Para mí el quinto día es el jueves, puede que sea otro día, porque de pronto hacen otro balance, pero para mí el quinto día es el jueves. O sea, por familia soy la quinta, por días en el día que nació soy la quinta, el quinto día de ese tiempo cuando nació era jueves, para mí era jueves, yo no me acuerdo, pero para mí era jueves.

Teresita inicia su relato imprimiéndole, desde el comienzo, un sello político inconfundible, al poner en duda si en realidad el jueves es el quinto día, como ella lo cree, o si puede haber otras interpretaciones. Lo dice con sus palabras, “de pronto hacen otro balance”, haciendo alusión al partido, a la colectividad política de la que formó parte desde su juventud. Este lenguaje político aflora a lo largo de toda su narración:

El pobre padre mío era un gran hombre. Se llamaba Luis María, y era un hombre muy hacendoso, un hombre que quería lo mejor para sus hijos, para su familia. Yo no sabía qué era andar descalza, no conocía eso; para mí eran los mejores zapatos, con medias, con *shorts*, con blusita. “Hay que bañar muy bien la niña, colocarle medias y bañarla muy bien y tenerla muy bien”, le decía a mamá, y ella como era una mujer tan hacendosa le hacía caso. Ah, la niña ya está muy bien vestida. Cuando nació yo, que era la única niña, y el resto eran varones, a los varones los trataban como varones y a mí como una niña. Pensaban que yo iba a ser de pronto una reina, y vea cómo quedé de grande (risas). Eso fue una vida muy digna, muy linda mientras fue mi niñez, y en mi pura

niñez mi papá se murió. Hermanos de papá fuimos siete. Cuando el falleció quedamos siete y ahorita le digo las edades más o menos y después mi viejita, ya aburridita, quedó como de 28 o 29 años viuda.

Teresita recuerda con dolor los últimos momentos de su padre antes de morir, y eso que solo tenía cuatro años cuando eso ocurrió:

Cuando murió mi papá, yo tenía cuatro años y medio, porque él, yo me recuerdo bien, yo fui a despedirme de él cuándo le hicieron el guambo. Eso fue en un pueblito que se llama San Bernardo, que queda más allá del Salado, un barrio de Ibagué, que queda hacia allá, en el Tolima. Entonces a él lo sacaron para San Bernardo, dizque para salvarlo y que no se fuera a morir; pero él ya no se pudo volver a parar. Lo último que oí yo fue: “Hay que echarlo para el hospital de Ibagué”. Y a él cuándo lo tenían en el hospital, le hicieron un toldillito para que no se fuera asolear; solo ahí, acostadito. Me fui a mirarlo, me agaché a mirarle la carita, y él me volteó a mirar. Él no hablaba porque estaba muy grave y qué gotas de lágrimas que le salían. Unas gotas así, gruesas le lavaron las mejillas. Ese es el recuerdo que tengo de él. Le vi esas lágrimas y se lo llevaron de ahí. No lo volví a ver jamás, no lo volví a ver más. La pobre viejita sí que lloraba.

La madre de Teresita quedó viuda a los veintiocho años con siete hijos, y ese cambio drástico de vida precipitó a la familia a la extrema pobreza:

¡Mi mamá quedó viuda con siete!, y ella lloraba y lloraba. Entonces yo me dije: “Mi mamá quería mucho a papá”,

porque ella lloraba y ella se sentía mal con siete hijos ahí, al pie de ella, llorando. Ella se iba para algún lado y corran todos detrás. Y parecía que ella también se nos moría, era un desespero, una zozobra que nos parecía que la muerte nos fuera a llevar a todos, a los papás y a nosotros. Y nosotros suplíquele: “Mamita, no, mamita, cuídese”. Todos los muchachos lloraban; los varoncitos lloraban. Yo no sé cuántos años tendría el mayor; por ahí unos doce. Cada dos años había un hijo, cada dos años nacía uno. Entonces hagamos la cuenta: el mayor tendría unos doce años, el otro diez, el otro ocho, el otro seis, y la de cuatro y medio, que era yo y otras dos niñas: la menor que yo, que me sigue a mí que tenía, pues yo tendría cuatro y medio, tendría unos dos años menos.

Al poco tiempo de morir el padre, la mamá de Teresita se enamoró de otro hombre y se volvió a casar, y de esta manera los siete niños adquirieron un padrastro a quien le decían don Tulio, un hombre del campo rudo que al comienzo trataba a sus hijastros con puros planazos de machete y golpizas:

Mi mamá se volvió a enamorar de un señor y me tocó aguantarme a mí eso. Fue una cosa ¡terrible, terrible, que no se lo deseo a ningún ser humano! Yo quería matarlo. Él era un borrachito cuando llegó a conocer a mamá, era un borrachito, le gustaba mucho tomar aguardiente del más bravo. Entonces llegaba borrachito y se ponía loco y nos sacaba a peinilla. Eso hacía, sonaba esa peinilla, voleaba esa peinilla, pling, plom, y nosotros corríamos todos para el cafetal. Sí, le daba planazos a las cosas para que sonara duro.

En su relato, Teresita evoca un sonido que ella asocia con el miedo y la soledad; el sonido metálico seco que produce el machete cuando se lo golpea de lado, algo que los campesinos llaman planazos, buscando con ello golpear más que cortar:

Entonces nosotros todos nos perdíamos de la casa, no quedaba nadie, nadie, nadie, porque no había más familia todavía, porque todavía no habían producido más hijos. Él acababa de llegar a meterse con mi pobre madre, inocente, ignorante, pues ella lo aceptó. Fuera una mujer como yo, seguro que yo no me meto con ningún tipo más. Si ya se me murió mi marido, yo dejo las cosas así y sigo viviendo mi vida con mis hijos. Siete, sí siete; pero los hubiera educado, seguro que los hubiera educado, y después le cuento por qué, cómo educamos a estos que son de nosotros, que afortunadamente ambos estamos, la pareja, afortunadamente.

ÉRAMOS ARRENDATARIOS, VIVÍAMOS EN EL CAMPO

La familia de Teresita fue de campesinos colonos arrendatarios que se movieron por una amplia región comprendida entre los departamentos de Cundinamarca, Tolima y Caldas; siempre en busca de nuevas tierras:

Eso, estábamos viviendo en una hacienda de Aures que queda de Ibagué para allá, al lado del San Juan de la China. Por allá nací en el campo. Yo no digo nací en una capital, en Ibagué; no, nací en el campo. La casa era

una casa muy elegante porque esos señores de Aures tenían unas buenas haciendas y todos eran doctores. Emiliano Mejía era el papá de esos señores Aures, y él era doctor, era médico, mi padrino también era médico. Ellos eran muy amables y nos dejaron la mejor casa de la región. Tenían hartas fincas y casas. Éramos arrendatarios. Papá cogía el café en compañía, imagínese. Él lo secaba y se vendía, y la mitad era para el patrón y la otra mitad para nosotros. Y lo que era maíz, fríjol, arveja y plátano, o lo que había, era para el consumo de la familia. Él no nos quitaba fríjol nada, arveja nada, nada, nada para criar animales, gallinas. Entonces por eso mi mamá era una mujer que llegaba y echaba dos camadas de huevos, camadas se llamaban, echaba las dos camadas al tiempo, cogía y rayaba los huevitos con un carbón, los marcaba y echaba las dos camadas al tiempo. Yo no sé cuánto les echaría, quince o veinte huevos a cada gallina, y salían esos cuarenta pollos, o treinta y cinco si se perdían algunos. Enseguida amarraba una gallina para “desenclocarla” y dejaba los pollos solo con una gallina y esa gallina criaba semejantes pollos (risas). Y con eso, yo no sé, nos lo daría para comer o los vendería. Yo no sé qué haría ella. Papá había comprado una vaquita y le dijo a mi mamá: “Ahí le dejo, mijita, esa vaca para mis tres niñas”. Ya no era yo, sino eran las tres niñas. Esa vaca es para las tres niñas. Y nosotros, uy, qué haríamos con esa vaca si era la vaca que papá nos dejó.

Siguieron tiempos difíciles para la mamá de Teresita, quien estaba muy joven y además tenía que velar por sus siete hijos chiquitos. La narración de Teresita detalla las condiciones en que vivía su familia campesina:

Siguieron de ahí para adelante las tragedias, la pobreza, la ruina, andando descalzos, sin zapatos, no sabíamos que eso existía. Entonces, uy, los pies míos se volvieron casi redondos, andando descalzos. De ahí yo me enfermaba de los pies, me chuzaba, y yo lloraba. Entonces al fin me mandaron a traer unos alpargates de fique; mejor hubieran vendido cotizas de esas llaneras, pues rico, pero no, eran alpargatas de fique. Me trajeron unos que no me quedaron buenos, no me cupieron los pies en los alpargates (risas). Decía esa vaina el mayorcito: “eso hay es que mandárselos a hacer porque a ella no le queda bueno nada”. Era por mis pies redondos (risas). Y yo iba y me lavaba esos pies en el lavadero, como hay lavaderos de piedra, yo me refregaba bien, me limpiaba los pies, a veces me quedaban bien mis alpargaticos. Eran para ponerme elegante (risas) y no me quedaban buenos; por fin, por ahí me los consiguieron.

A lo largo de su relato Teresita utiliza muchos diminutivos para hablar. Ante una pregunta mía por las costumbres religiosas de la familia, si rezaban, si iban a misa, Teresita responde ampliamente explicando lo siguiente:

Mamá, al principio, era católica. Yo tenía unas tales madrinas que eran religiosas a morir, católicas que hacían esos villancicos de fin de año y nos llevaban, pero a mí me daba pereza eso. Y todos esos niños cantaban tan bonito. Y yo, ay, qué pereza, sin ganas. Entonces los mejores regalos se los daban a los que más bonito cantaban, a los que más hacían y a mí me daban por ahí cualquier pendejadita. Y las madrinas no hacían sino castigarme porque yo no era muy religiosa. Mi mamá no nos decía

nada, era: “ay, pobrecitas, mis chinitas”. Ella no se ponía brava, “pobrecitas mis chinitas”. No nos decía más: “pues qué va a hacer, mijita”. Y es que a ella la regañaban porque no nos enseñaba a rezar, y ella procuraba a ver si nos podía enseñar a rezar y eso no nos sentaba ninguna cabecita.

Desde la cuna fui atea, sí, y de ahí cuando echa uno a conocer el mundo, a conocer la verdad, a conocer la realidad, descubre uno que es una mentira, se inventaron ese Dios, yo no sé cuántos años hará que se inventaron ese Dios que tenemos todos, para todo. Sí, yo tengo un Dios para mí, y ¿sabe qué Dios tengo para mí? La energía, la guapeza, la verriquera, el espíritu mío, ese será mi Dios. Entonces digo “Dios mío —pero el mío, el que yo tengo— ayúdame a ver si puedo hacer esto, a ver si puedo con este palo, con esta piedra, si rajo, si tumbo o si hago esto”. Después pasábamos al Evangelio, a cantar las canciones del Evangelio. Es que ya se me olvidaron, eso es mucha canción, pero ya se me olvidaron. Y después que pasamos al Evangelio, los hermanos míos eran muy ateos, todos ellos, vieron que la religión era mentira.

Después ellos me dejaron a mí donde la profesora que era evangélica. Estando ahí escuché lo que decían en la reunión y dije “ahh, estaban hablando tal vez con Dios ellos sí”; pero no, estaban peleando por la plata. Yo estaba enferma con una fiebre que me dio con viruela, me dio la viruela y entonces yo estaba ahí acostada y ellos en la sala de reuniones, reunidos peleando por la plata. Entonces fui y les conté a mis hermanos y les dije, eso también

es lo mismo. Entonces me pasaron al espiritismo. Y el espiritismo es la mentira más grande que puede haber; esa sí es la mentira más cruda, porque yo me puse así con los ojos cerrados porque dizque venía no sé qué espíritu, a ver que venía el otro espíritu. Y me dije “ahora sí los voy a coger aquí en la mentira”. Yo ya estaba grandecita, ya tenía como mis doce años, y sí señor, yo decía que venía el espíritu de no sé quién, y los clarividentes con los ojos abiertos decían que sí, que eso era cierto. Que eso era cierto, entonces como todo mundo se pegaba su discurso con el espíritu ahí, entonces yo también recibí un espíritu de no sé quién y me pegué un discurso; pero yo sabía que era mentira, que lo que yo estaba diciendo era mentira y todo el mundo aplaudía, dijeron que sí. Y yo dije: “Miércoles, eso es un engaño totalmente”; por eso desde niña fuimos ateítos. Me gusta porque siquiera uno ve lo bueno y ve lo malo y se da cuenta. Siempre un cura rezando, y diciendo “este día que ya pasó y la noche que llega”. Ay no, eso no.

UNA FAMILIA POBRE COLONIZADORA DE BALDÍOS

Acerca de los colonizadores de baldíos se han escrito varios textos. Quizá los estudios más profundos sean los de Katherine LeGrand, quien en su libro *Colonización y protesta campesina en Colombia, 1850-1950*, hace un retrato muy detallado de las formas de vida, las dificultades y las incertidumbres propias de los colonizadores. El relato de Teresita es interesante porque pone de presente el “hambre” de tierra, propia del campesino que no

la tiene, y cómo ese impulso lo lleva a moverse continuamente en busca de nuevas parcelas. Su relato es rico en detalles acerca de lo que cultivaban, dependiendo de la altura a la que se hallaba la tierra y de sus condiciones de productividad:

De La Vega, Cundinamarca, papá y mamá se fueron para Ibagué y entonces los señores Aures los contrataron, porque mi papá era un trabajador con mucha experiencia, muy buen trabajador. Lo contrataron y se lo llevaron para Aures, para esas haciendas donde nacimos nosotras, nació yo, nació Silvina y nació Luisa, esas tres. Otra vez con ganas de tierra, nos fuimos para Santa Elena, Tolima, con ganas de conseguir fincas, que por allá había fincas, monte bonito para trabajar, entonces nos fuimos todos, los varones con muchas ganas de tener propiedades, de tener cosas. Por eso nos fuimos todos, yo todavía era una niña muy pequeña. Yo creo que en ese tiempo cuando nos fuimos para Santa Elena, Tolima, creo que yo tenía unos 8 años, era pequeña, todavía no tenía ambiciones de nada. Con unos zapaticos que ahí era cuando me tocaba refregarme los pies porque eran muy anchos y no me cabían los pies entre los zapatos. Después ya nos compraron zapaticos a todos, los muchachos ya trabajaban, los muchachos se volvieron unos trabajadores muy tremendos: cogían café, lo que fuera, echaban azadón, lo que fuera, picaban leña. El mayor, Efraín, fue hasta aserrador y ganaba platica, y eran muy buenos hijos, muy buenos hermanos, demasiado.

Cogimos para Santa Elena y allá fundamos una finca muy bonita en tierra fría, una finca grandísima, no sé cuántas hectáreas eran pero había harta tierra, mucha

tierra. Eran baldíos y rastrojo también. Y no había casa, entonces fuimos e hicimos un ranchito y allá nos metimos en ese ranchito. Después hicieron una casa de astilla, el roble sirve para sacar astillas para hacer casas, para el techo. Al techo le ponían un tendido de astillas de roble y la techaron toda con eso y la hicieron muy bonita, esa casa sí la hicieron para hacerle varias piezas, claro en el piso, abajo, pero sí le hicieron varias piezas: donde estaba mamá, donde estábamos nosotras las mujeres, y donde estaban los varones. La hicieron así, con pasadizos bien organizados.

Eh, ave María, cultivábamos de todo y de todo se daba. ¡La comida que se da en tierra fría! Se daba hasta el maíz, pero duraba un año en dar, el del páramo, el maíz de tierra fría. Y se daban las chuguas, se daban las habias; casi no me gustaban, ácidas son, y las chuguas sí son muy ricas, y se daba la papa criolla todo el año. Y maíz, como le digo, las coles, era col verde, unas que crecen ahí y que parece un árbol; uno les quita las hojas y le echa eso a los frijoles, a la comida. Una comida muy saludable; el ajo se daba, se daba la cebolla, de la cabezona y de la larga, y la remolacha y la zanahoria. Todo eso cultivábamos, repollo, no le digo que se daban hasta los fríjoles.

A pesar de la abundancia y las buenas condiciones en que vivían, la familia decide trasladarse a Caldas en busca de nuevas tierras. Los hermanos de Teresita se fueron de peones a coger café:

Nos fuimos de ahí por las ganas de tierra pero la dejamos, ¿por qué la dejamos? Por los hermanitos andariegos, se fueron a ganar plata a Caldas, cogiendo café. Querían

ganar plata para poner esa finca de primera y se amañaron en Caldas. Los que se iban eran tres, solo nos quedaba Miguelito, que era el que yo le seguía, Miguelito. Entonces, él se quedaba ahí con nosotros, y él era el que más quería la finca. Él quería nunca venderla, pero entonces era el menor de edad, muy menor de edad y no podía decidir. Entonces los mayorcitos convencieron a mamá que había que vender esa finca y nos fuimos para Caldas. Allá había un señor que se llamaba Anastasio Tovar; era una gran persona. Tenía una hija casada y de la esposa no me acuerdo cómo se llamaba, no me acuerdo cómo se llamaba esa señora. Yo la tenía muy en mi mente pero se me olvidó el nombre. La hija de ellos se fue para Villarrica en el Tolima —Andalucía se llamaba Villarrica—. Ella se fue para Villarrica porque allá les iban a dar unas parcelas. Pero le dio la fiebre, las paperas y el paludismo.

¿Que buscaban los campesinos pobres cuando se desplazaban a las zonas de frontera agrícola o zona de baldíos? Buscaban una cierta independencia económica que les permitiera alimentar a sus familias, ejercer cierto control sobre los procesos de producción y producir algunos excedentes. Sin embargo, la constante presión que ejercían los terratenientes sobre las tierras recién abiertas y cultivadas por los colonizadores propiciaba que estos dejaran sus fincas y buscaran nuevas tierras, siempre con la promesa de encontrar ese mundo anhelado por ellos. La narración de Teresita pone en evidencia las ilusiones y deseos que se hacían las familias pobres respecto a un mundo donde no había terratenientes y abundaba la comida.

LA ILUSIÓN DE IR A VILLARRICA

En el relato de Teresita, Villarrica, que antes de ser municipio fue un corregimiento denominado Andalucía, donde predominaban los liberales, aparece inicialmente como una promesa de nuevas tierras. Con el paso del tiempo, la supuesta promesa se convierte en fuente de dificultades y de sufrimientos indecibles. Según cuenta el marido de Teresita, quien es originario de esa región, centenares de veteranos de la Guerra de los Mil Días habían tomado posesión de esas tierras y a cada uno de ellos el gobierno de Alfonso López Pumarejo le entregó una parcela de veinticinco hectáreas:²

Cuando vivíamos en Caldas empezó una propaganda tan tremenda de que estaban dándole tierras a la gente en Villarrica. Cuando llegamos allá solo quedaban malas tierras que no servían para nada; pero era lo que quedaba. Por allá no daban sino fiebres, paludismo, daban pape-ras y fiebres palúdicas. Nos quedamos allá porque nos habíamos ido todos, y para devolvernos, ¿adónde?, si ya habíamos entregado las fincas tan bonitas que teníamos en compañía en el Cañón de los Juanes. Eso queda en Pijao, Caldas. Eso es vereda de Pijao, Caldas.

Como la hija de Anastasio se fue para Villarrica, entonces mamá y don Tulio —así le decíamos al esposo de mi mamá— comenzaron con esa jaqueca que también se iban a volver finqueros y entonces se fueron para allá y nos llevaron a todos. Y como mi hermano Gerardo, el

² Véase Prada, *La vida que vivimos*, 26.

que mataron en Villarrica, no podía desprenderse de mi mamá, porque decía que ese hombre la dejaba morir de hambre, la dejaba abandonada. Y ya ella con todo ese poco de hijos que tuvo de él, Isabel, Rosa, Ruth y Jorge. Ahhh, sí y con el que se murió fueron cinco hijos más.

La madre de Teresita tuvo otros cinco hijos con su nuevo esposo, de manera que la familia ya era muy extensa y había muchas bocas que alimentar. Teresita continúa su relato acerca de las penurias que tuvieron que enfrentar, pues su mamá estaba embarazada nuevamente. Nos habla de lo malsano que era el lugar y de la necesidad permanente de la familia de arrimarse adonde se podía:

En Villarrica, a nosotros nos agarró una mano de fríos y de fiebres, y paperas. Íbamos a las casas del campo, a veces nos daban posada por ahí en un zarzo; pero era feísimo, feísimo. Uno acostumbrado a las casas de Caldas, unas casas tan cómodas, con todo, unas casas muy bien hechas. Así era la casa de los Juanes, donde vivimos, era tan hermosa. Tenía una casa para secar el café, corría uno el carro y allá tendía el café, lo secaba y lo revolvía con los rastrillos y después cuando ya estaba seco, se bajaba en churungo y se metía en los costales, bien escogido, bien arreglado. Y allá en Villarrica dormíamos por ahí en el zarzo; de los ranchos de la gente nos aburrimos, y mi mamá ya iba con la barriga de la menor. Entonces nos salimos, dije yo, nos vamos a morir por acá, salgámonos.

GERARDO, EL AMADO HERMANO DE TERESITA

Entonces el hermano que mataron en Villarrica, Gerardo, vino y le dijo a don Tulio: “yo tengo que acompañar a mamá, porque si no usted es capaz de dejarla morir de hambre, de dejación; yo me voy y la acompaño a ella”. Muy inteligente el hombre, se puso a aprender zapatería, aprendió zapatería y se colocó donde un señor Garavito Muñoz. Se fue para allá a trabajar y le ayudó a él y lo quisieron como si fuera hijo de ellos. Eso mandaba en el almacén, mandaba en todo, hacía zapatos, arreglaba sombreros, qué no hacía ese hombre. Entonces nos dio la mano, consiguió una casa, una pieza en arriendo muy grande donde un señor Joaquín Neira, nos arrendó esa pieza para vivir ahí y tratar de salir de las enfermedades. A mí yo no sé por qué la muerte no me ha buscado; a mí me dieron las tales paperas, y la gente que no se podía mojar, era prohibido mojarse. A mí me mandaron con el platón de aluminio grandote lleno de ropa y yo me lo ponía aquí en la cabeza, porque ¿cómo más lo llevaba? Aquí en la cabeza y agarraba para un caño y métame en ese caño. Mi mamá decía: “Mija, ¿y si usted se muere? Y yo lave esa ropa.

Mi mamá no se levantaba, porque le daba pena que estaba pipona; la cocina era en comunidad, había unos fogones y varia gente cocinando ahí y ella le daba pena, por eso me mandaba a mí. Y me decía: “si está hirviendo una sopita, la más elegante que vea usted por ahí, caldito, pida una tacita para que le traiga a la niña”, la más chiquita que tenía ella, que era Rosa. Entonces para llevarle hasta arriba la comidita yo iba y se la llevaba. Era pesadísimo, yo digo, la vida mía ¿por qué ha sido tan pesada? Toda la vida, ¿por qué? Eso es muy terrible, y así nos estuvi-

mos en esa tal Villarrica, en ese tal pueblo hasta que se aburrieron de tal manera de estar pagando arriendo.

Lo que describe Teresita es la vida cotidiana de una familia muy numerosa que apenas sobrevive, donde los niños y las niñas desempeñan oficios pesados desde muy pequeños. No hay nadie a quién recurrir, las enfermedades se curan con hierbas y remedios caseros, las mujeres paren sus hijos con parteras y siempre es la extrema pobreza la que expulsa a la gente en busca de nuevos rumbos:

Entonces nos fuimos para una hacienda que se llama Santa Bárbara, que queda cerca a los Alpes, un pueblito que queda cerca a Villarrica. Cuando uno va para Villarrica, pasa primero por los Alpes, entonces ahí uno cogía por un camino que llegaba hasta esa hacienda que se llamaba Santa Bárbara. Allí nos dejaron una pieza así, como mi mamá estaba por dar a luz, entonces nos dejaron la mejor pieza, la pieza que tenían para que los patrones hicieran la reunión o para pagar obreros, o lo que fuera. Entonces esa nos la dejaron. Ahí fue Gerardo y dijo: “bueno, mi mamá se viene para acá; pero si le dejan una pieza buena”, porque nos mandaron a un rancho muy infeliz por allá para abajo, y Gerardo se fue a ver qué pasaba con mamá y vio que estábamos viviendo en un rancho que estaba para caerse, muy fea esa hoya a pie, quedaba muy lejos y Gerardo dijo “No, mi mamá se muere allá”.

Estábamos en Santa Bárbara y Gerardo el hermano mío no desamparaba a mamá, no se confiaba del tal padrastro, porque él no era malo pero era de esa gente que no es ágil

para resolver los problemas económicos, para rebuscarse. Él era el jornalito, lo que se ganaba al día, el jornalito y eso, poquitica platica que recogía y toda la gastaba en un mercadito; pero eso no era suficiente para un hogar, para una familia grandota. Entonces él se puso a eso y yo venía y él me mandaba el mercadito de lo mejorcito para mamá, buena comida.

Ahora yo era la guisandera porque la guisandera de ese grupo era mamá que estaba enferma, en dieta. Don Tulio, que era el padrastro; Miguelito, que estaba con nosotros, acompañándonos todavía, y los hermanitos menores: Jorge, Isabel, Rosita y Ruth, que fue la que nació ahí. Estaba yo en eso cuando me dieron unos sabañones. Me puse a andar por la cacota de café, allá me mandaban a buscar huevitos, una “kika”, que ponía por allá huevitos. Yo le robaba el huevito para darle a mi mamá un caldito, para no dejarla en ayunitas; mientras hacía sopita o algo. Entonces me mandaba por esa cacota, y para que no se me quedaran esas chancletas, yo me las quitaba y me hundía en esa cacota de café y me dieron unos sabañones que casi me matan. Me dio paludismo, me dio de todo otra vez, me repitieron las enfermedades que antes había tenido. Sí, me ha dado paludismo tres veces, pero del mortal. De ese paludismo que hasta deja secuelas en el cerebro. Bueno, entonces al fin salimos otra vez, quién sabe para dónde...

Durante la primera parte de la entrevista, la hija de Teresita ha estado presente y silenciosa mientras su madre habla de su vida. Sin embargo, en este punto interviene por primera vez, preocupada porque su madre no está llevando un orden cronológico

en su relato, sino que salta de un tema al otro. Ante ello la hija propone lo siguiente:

Sigamos como un orden, uno ve que cuando están haciendo este tipo de entrevistas se dan unos saltos tan tremendos. Si, por ejemplo, bonito lo que preguntó sumercé de la pura infancia. Me hubiera gustado que mi mamá hubiera hecho más énfasis en el papá, en don Luis.

Teresita no le hace caso a su hija y continúa con su relato:

Gerardo nos trajo y nos fuimos todos para Apulo, porque ellos se iban a cuadrar con una empresa de cemento a trabajar allá, Cementos Samper. Ellos iban a trabajar todos como empleados, menos Miguelito, porque él todavía no era mayor de edad. Iban a trabajar como empleados para pensionarse más tarde, cuando ya fuera tiempo, porque en ese tiempo había las pensiones, conseguía trabajo la gente y hasta que se pensionaba se podía ir. Entonces se fueron y no pudieron conseguir ningún trabajo. Casi se ahogan en los ríos de por ahí. Porque iban por allá donde podían echar machete y el hermano de nosotros, el Gerardito, se fue a trabajar en zapatería en Tocaima para podernos acompañar y estar pendiente de nosotros. Él trabajó en zapatería, pero de noche.

Teresita se refiere, con vergüenza, a las salidas nocturnas de su hermano Gerardo, quien se iba a los cultivos de maíz de los alrededores del pueblo para robarse algunas mazorcas, las metía en un costal y se las llevaba a su mamá para que hiciera arepas, coladas y lo que se pudiera. Tan crítica era la situación económica de la familia:

Pobrecito mi hermano, me da pena pero lo tengo que contar (risas): de noche se iba con unos talegos que había en ese tiempo para echar pan, esos talegos grandes pero de lienzo, talegos bien hechos; se compraba dos talegos y se iba en la noche a desgranar maíz, a dónde habían maiceras y nos llevaba dos talegadas llenísimas de maíz, mazorca desgranada para que hiciéramos colada, arepas, lo que fuera. Entonces llegaba mamá y le decía: “Mami, usted póngalos a moler, que amasen eso bien, haga arepitas y mande a las chinitas a vender arepas o a vender lo que prepara, eso, y hagan comida para ustedes”. Entonces me mandaban a mí. Yo estaba para cumplir los quince años y entonces me mandaba a mí a vender arepas en Tocaima; no, en Apulo, en la estación del tren, a vender arepas o ahí ella fritaba chicharrones, no sé qué más preparaba y me mandaba a mí.

Como muchas niñas campesinas de la época, Teresita tuvo la experiencia de ser acosada por algunos hombres mayores que se aprovechaban de su juventud e ingenuidad para insinuarse, manosearla y hacerle propuestas. De manera valiente, pero con mucha vergüenza, Teresita se refiere a una de esas experiencias:

Entonces salió el inspector de higiene y dijo: “A ver, señorita, haga el favor y me presta su carné de sanidad”. Yo casi me muero, dije “me cogió la Policía, me agarraron, me van a matar, me dieron unos nervios tan terribles”. Entonces yo dije: “Mamá, yo no vendo más, porque a mí me cogió la Policía. Era el inspector de higiene pero yo pensaba que era la Policía; me cogió la Policía ¿y por qué? Porque no tengo carné de salud”. “Que muestre a ver sus papeles”, decía. Las viejas, las otras vendedoras,

todas tenían carné y entonces me sapearon. Una pobre china tonta qué iba a tener. Los primeros días vendí y rico, porque llegué a la casa con platica. Después entonces no fui capaz de volver allá a la estación, porque me dio mucho miedo. El inspector me dijo: “La cito para mañana a las 8 de la mañana en el puesto de salud, allá en Apulo”. Qué miedo, eso temblaba yo, de allá para acá como que comencé a temblar. Después le cuento cómo fue que comenzó el puro temblor.

Entonces yo madrugué y mi mamá me dijo: “Sola no se me va, usted lleva a Miguel”, el hermanito al que yo le seguía. Pero el inspector de higiene, como serán de ágiles, mandó a mi hermano por allá a hacer un mandado. Mi mamá le había dicho a Miguel: “Usted no se me separa de la niña, no se separa, usted tiene que estar en todo”, le dijo ella. Y él muy obediente se estuvo ahí; pero el inspector le dijo: “Vaya para tal parque y que le manden no sé qué”. El chinito no fue pendejo, se fue haciéndole caso pero se devolvió ligero, no dio con el sitio.

El inspector me estaba haciendo la requisita corporal y a mí me cogió pero qué miedo. A mí, ¿quién me había tocado? Nunca, nadie. Él no fue grosero, no, pero me hizo la requisita y me dijo: “Usted no ha estado con hombre”. Ay, eso más me hizo temblar. Esa requisita tan vasta, hasta ahora que cuento esto. No se lo he contado ni a mi marido; eso daba hasta pena, pero hoy lo estoy contando. Es que me pasó a mí de niña, una cantidad de cosas que de niña me pasaron, era como para ser traumatizada o algo así; pero no me quise dejar traumatizar, no quise. Me dio el carné, y me dijo: “Si las viejas le preguntan, no

les vaya a contar nada”. Bueno, entonces no quise volver a vender, no fui más vendedora. Con un carné que por ahí lo tengo y ni siquiera volví a venderle nada a mamá. Bueno, ahí tengo todavía el carné. Toda la familia, todos en manada, hasta don Tulio, nos fuimos para Villarrica otra vez.

DE NUEVO EN VILLARRICA CUANDO MATAN A GAITÁN

A Jorge Eliécer Gaitán nosotros lo conocimos con buena anticipación antes de matarlo y fuimos muy gaitanistas todos. Por ejemplo, un hermano mío, el que mataron en Villarrica, hasta peleó con la familia por defender a Jorge Eliécer Gaitán. Porque la familia decía que Jorge Eliécer Gaitán era comunista, que era un peligro que fuera comunista Jorge Eliécer Gaitán, porque esa era la propaganda, que él era un comunista. Entonces nosotros como liberales dijimos “no, si es un comunista, entonces no lo podemos respaldar, hay que votar es por un liberal”. Entonces Gerardo, mi hermano, dijo: “¿Cómo se les ocurre a ustedes atacar a un hombre por unas ideas revolucionarias? Si son ideas comunistas son revolucionarias, hay que mirar es el programa de Jorge Eliécer Gaitán”. Y se enfrentó a pelear con nosotros. Yo dije: “A mí si no me metan en sus cuentos, yo me voy. Caminen muchachos”.

Los que podían votar eran los hombres; las mujeres no teníamos derecho a votar, ni edad todavía. Yo tenía die-

cinueve años cuando mataron a Jorge Eliécer Gaitán. Estaba en edad de casarme, de volverme mamá.

Lo mataron a él cuando estábamos en Villarrica. Pero los liberales no pelearon, no dispararon, sino que cogieron a la gente que era conservadora y les echaron la culpa de haber matado a Gaitán. Los conservadores echaron muchas pestes contra los liberales en Villarrica, dijeron que dizque los habían matado, que los habían torturado, que los habían robado. A ellos no les robaron nada, más bien los liberales traían gallinas del campo para la comunidad toda, para hacer comida para la gente, en especial para cuidar a los conservadores. Los liberales gaitanistas agarraron a los conservadores, y sacaron a la Policía. La Policía tuvo que irse, y pusieron una guardia civil. Ellos formaron su propia policía.

Teresita se está refiriendo a varias cosas que no quedan muy claras en la parte final del párrafo anterior. En primer término, se refiere a la participación de los liberales en la conformación de una junta de gobierno provisional en Villarrica tras la muerte de Gaitán. Teresita aclara que los liberales gaitanistas que se amotinaron, no pelearon, ni dispararon, ni robaron, lo que hicieron fue retener a los conservadores y meterlos a la cárcel. Lo que viene posteriormente es la revancha conservadora contra los liberales por los disturbios y la persecución desatada contra estos a raíz de la muerte de Gaitán. Al pueblo llegan los policías chulavitas, encabezados por el “Chato Aureliano”, “La Gata”, “El Peludo”, “Mirus”, “El Chato Ortiz”, entre otros, quienes se hospedan en casas de conservadores e inician la persecución

de liberales y comunistas.³ También aparece en escena el señor Eduardo Gerlein, un cacique conservador procedente de la costa Atlántica, quien se hace presente en la región, acompañado por los chulavitas y por su amigo Antonio Molina, jefe conservador de Villarrica.⁴ El asesinato del señor Molina por parte del liberal Obdulio Moncaleano en un café frente a la plaza de mercado del pueblo enardece los ánimos y da lugar a matanzas y desapariciones ejecutadas por los chulavitas.⁵

TERESITA Y EUSEBIO SE CASAN

En medio de esta sangrienta guerra que enfrentó a liberales, conservadores y chulavitas, Teresita conoció a su marido Eusebio, de quien había sido novia por un tiempo:

Entonces ahí fue donde conocí a este doctor. Ya éramos un poquito novios. Yo me dije “si él es godó, se jodió”,

.....

³ La policía chulavita provenía de municipios conservadores del norte de Boyacá, como Guicán, Boavita, La Uvita, Guacamayas y San Mateo, y de veredas como Chulavita, perteneciente al municipio de Boavita. Su aparición en escena durante La Violencia fue un recurso del presidente Mariano Ospina Pérez, quien hizo desplazar contingentes de chulavitas hacia la capital y hacia otros lugares con el fin de contener la violencia que se desató en el país por el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán. La violencia extrema de los chulavitas se debió al afán de retaliación y venganza por la persecución de la que fueron objeto los conservadores cuando terminó la hegemonía conservadora y fue elegido presidente el liberal Enrique Olaya Herrera, en 1930. Su gobierno propició una liberalización forzada de las regiones conservadoras. El odio acumulado y la sed de venganza contra los liberales explica su comportamiento violento y atroz. Véase González, *Poder y violencia en Colombia*, 259.

⁴ Véase Londoño, *Juan de la Cruz Varela*, 474 y 475.

⁵ Comunicación personal de Edisson Peralta, Ibagué, julio de 2014.

porque yo no me caso con un godó. Le cogí un odio a los godos, un odio tan terrible. Entonces dijo mamá: “Pongámosle cuidado a ver si él sale aquí también con los manifestantes, porque él vivía en el campo y nosotros en el pueblo”. Entonces si salió, y yo dije “sí, yo si me voy a poder casar con ese señor, con ese muchacho”. Él tenía veinticuatro años y yo diecinueve. Menos mal, porque me casé; pero mal pensado también, porque si yo me doy cuenta de semejante violencia del 9 de abril y de semejante situación tan terrible, semejante violencia en Villarrica, yo no debí haber tenido hijos, no debí haberme casado, ni haber tenido hijos. Ponerlos a sufrir a mis chiniticos. Cuando le cuente la vida de Abelardo le va a dar mucho pesar.

A mí me quisieron sacar de Villarrica cuando La Violencia, me quisieron sacar para dejar a mi marido solo por allá, guapo para trabajar con la gente del monte. Pero yo no me dejé sacar. A mí me dijeron: “Mula muerta en el camino de la revolución”, y yo dije: “¿mula muerta porque tengo tres hijitos y porque los quiero y los estoy cuidando?”.

En su relato, Teresita no se muestra interesada en ubicar cronológicamente los eventos que tuvieron lugar en Villarrica como parte de la guerra declarada por el general Rojas Pinilla contra una población que era considerada comunista por el establecimiento político. Para claridad de los lectores, la guerra del Gobierno contra los pobladores de Villarrica comenzó en abril de 1954. Teresita va narrando los hechos en desorden, a medida que se va acordando de ellos. En este punto resulta claro que su manera de relatar corresponde a una visión del mundo que en

nada se parece a la de los historiadores, que siempre andan tras las fechas y los hitos cronológicos. En cambio, Eusebio, el marido de Teresita, publicó su autobiografía, donde hace un relato cronológicamente ordenado que se destaca por su coherencia temporal.⁶

En los párrafos anteriores Teresita no da detalles precisos de lo que fue la guerra de Villarrica, no habla de sus protagonistas, no menciona nombres, y ello indica que, como todas las guerras, la de Villarrica también fue una guerra de hombres contra hombres.⁷ Sin embargo, es de anotar la insistencia de Teresita en quedarse al lado de su familia, a pesar del peligro y las dificultades que ello implicaba, lo que deja ver su carácter decidido y el compromiso con sus convicciones. Teresita habla de la guerra, pero de una manera metafórica, utilizando un procedimiento que se asemeja al empleado por la mujer sobreviviente del Holocausto entrevistada por Dori Laub y mencionada en el capítulo IV.

En lo que sigue, Teresita va a narrar algo muy doloroso: la situación de pobreza en que vivían sus hijos pequeños en medio de las incertidumbres y los peligros de la guerra, un relato pormenorizado que su marido no hace, pues su relato se centra en los pormenores de la guerra:

Se me murió la niña la menor. Se me murió por puro descuido de todos, hasta mío, porque yo podía haber agarrado a esa vieja que tenía los medicamentos, los purgantes y haberla acuellado, haberle quitado los purgantes y haber purgado a mis hijos. Pero no, no fui capaz, fui incapaz de hacer eso. Ella me decía: “Es que eso es para

.....
⁶ Véase Prada, *La vida que vivimos*.

⁷ El lector interesado en un estudio detallado de lo que fue la guerra de Villarrica puede leer el libro de Aprile-Gnisset, *La crónica de Villarrica*, de 1991.

los hijos del compañero Palma,⁸ porque él viene y me pide los remedios, y ¿yo qué hago si se los gasté?”. Y yo dije: “Se me van a morir los niños y se me murió la primera niña. Chiquitica mi hija y los otros dos estaban ahí todos chiquitos, eran todos de cargar a la espalda”. Tres niños para yo cargármelos a la espalda o conseguirme un buen amigo que me ayudara a sacarlos. Un hermanito mío que hasta ese tiempo estaba todavía por allá con nosotros, un hermanito mío, Jesús, que ya se murió. Se murió la niña por falta de un purgante, no era por falta de más, porque apenas ella murió las lombricitas y los animalitos le salían así.

Entonces yo dije: “Se me van a morir estos dos, porque ya estaban botados en el piso. Esa niña y el otro niño, el mayor, se me van a morir”. Entonces dije: “no, señor, no me dejo más de esta señora y fui, la insulte y le dije, ‘vaya mire mi niña muerta y mire cómo está arrojando los parásitos, yo vine y le pedí a usted, suplicándole que me diera los purgantes y usted no me los dio. Me hace el favor y me da los que le queden, los que sean para purgar a mis dos hijos’, ya me los llevo y los voy a purgar”. Y me los llevé y los purgué, en unas bacinillas que hay, así de grandotas, que cargaba para que ellos no tuvieran que ir al monte. Purgué primero al chinito, al varón, porque ellos son más imponentes y más bravitos. Entonces lo purgué primero a él una hora antes y después la purgué a ella, a la niña. Y salió el gusanero, se repletó ese vaso

.....
⁸ Los privilegios existen aún entre revolucionarios. Los hijos del compañero Palma tenían más derechos que los hijos de Teresita a no morir de lombrices o diarrea.

hasta casi coparse, hasta el morro, del mayor. Y después le puse el vasito a ella. “Ay, mamita, yo no quiero el vaso”, le pasé el vaso a ella y lo mismo. Ya se me estaban muriendo, ahí botados en el piso muriéndose los dos... Engusanados totalmente.

Como estaría yo también, pero yo para mí no tomé nada. Yo tenía por ahí veinticuatro años, porque ya tenía mis tres hijos. Abelardo es mi hijo, el mayor. Él era un niño de cinco años y por ahí andando entre el barro se me quedaba perdido, enterrado y yo con las otras niñas. Se me iba con una hermanita de él chiquitica también y mi muchacha. Ella llegó de once años a dónde mí. Yo no tenía si no a Abelardo, y ella cargaba mi niño cuando ella podía, porque como eran las niñas, la Marinita y la Eunice, ella se cargaba una y yo me cargaba la otra. Bueno, y cómo me ayudó, esa fue la salvación mía esa niña. Ella se murió de cáncer a la garganta. Le salió un cáncer por acá, en el esófago. Perdió la posibilidad de comer, de tragar, eso no podía. Entonces se murió, tocaba hacerle una operación para echarle la comida era por acá.

La nacida de los niños fue en una finca, en unas condiciones lamentables, porque estábamos en una casa donde no había agua, no había sanitario, había barrial por todo lado, la cocina quedaba muy lejos de donde uno dormía. Yo después me fui de ahí. Yo dije “esto no es para mi hijo”. Entonces hice una hamaca de costales y le puse unas cabuyas largas que llegaban hasta la cocina para mecerlo cuando él lloraba. Mecerlo y cuando lo estaba meciedo que él supiera que yo estaba ahí al pie y se dormía, pero yo me salí muy pronto de allá.

El relato anterior es demoledor, porque escenifica la lucha de una mujer campesina por la supervivencia de sus tres hijitos, en medio de las balas, las masacres y los asesinatos permanentes. Por un lado, Teresita se refiere a lo que significó para ella la guerra de Villarrica y lo hace describiendo en detalle su batalla contra las lombrices y los gusanos que amenazaban con arrebatarles a sus hijos. Se trata de un relato femenino hecho por la mujer aguerrida que siempre fue Teresita, al pretender criar a sus tres hijos chiquitos en medio de la más absoluta pobreza y de una guerra que no daba tregua. Otro aspecto interesante de su relato es que pone en evidencia los privilegios que tenían los dirigentes del Partido Comunista respecto a las medicinas disponibles y cómo ella, para poder acceder a unos purgantes, tuvo que arrebatarlos a la mujer que se los estaba guardando a un determinado camarada.

LA VIOLENCIA DESGARRA A LA FAMILIA CON LA MUERTE DE GERARDO

En lo que va del relato hemos visto cómo vivían las familias campesinas liberales pobres en la zona de Villarrica, donde no había ninguna presencia de instituciones, donde la gente sabía que existía un Estado, porque llegaban soldados y policías que en vez de protegerlos los atacaban. Los niños morían de diarrea, de disentería y de enfermedades curables. Sin embargo, La Violencia no había impactado aún a la familia de Teresita hasta que Gerardo, su hermano, se fue para la guerrilla:

Bueno le sigo contando lo de mi pobre hermano Jorge Gerardo. Mi hermano Gerardo se reveló cuando mataban

a la gente, la descuartizaban, la amarraban de una vez de las piernas y arrié ese caballo para allá, para desbaratar a un hombre por el delito de ser gaitanista, por ese gran delito de ser gaitanista, acabarlo así, porque no se volteó a la chusma conservadora. Tenían que matarlo así, y él dándose cuenta. Vivíamos en una casita, arriba de un sitio que le decían Shangháí, donde había mujeres de esas que atienden a los hombres por plata, cómo le decimos, como un prostíbulo. Gerardo miraba por un hueco hacia abajo y veía todas esas humillaciones en Villarrica, y entonces decía: “¿Fue que se acabaron los hombres? ¿Qué pasa?”. Y entonces se armó. Se tomaron unos aguardientes con mi mamá. Yo estaba criando a mi Abelardo y no tomé, porque yo estaba dándole de mamar al niño. Ellos se tomaron unos tragos, hablaron y lloraron. Yo no lloré ni nada. Los veo a cada nada reunidos tomándose unos tragos. Él se despidió, la besó, se despidió de mí también, del niño y se fue. Y nos dijo: “No sé si nos volvamos a ver”. Se fue solo, a buscar gente amiga para armarse.

Quizá el verdadero bautizo de sangre para Teresita y el hecho que la precipitó a tomar una posición política contraria a la de los partidos tradicionales fue el asesinato de su amado hermano Gerardo, un episodio que tiene hondas repercusiones en su vida y en sus creencias y que la lleva a definir sus amores y sus odios políticos:

A Gerardo lo cogieron, lo tuvieron detenido y lo pusieron a barrer la plaza. Nosotros dijimos “mataron a Gerardo, porque no lo soltaban”. Esos se llamaban los chulos, pero eran policías chulavitas. Él se les voló porque un amigo

le dijo “vuélese, vuélese, que a usted lo van a matar. Vuélese, Gerardo, pero vuélese”. Entonces ahí fue cuando él llegó donde mamá, y compraron el aguardientico. No. Ella tenía, y se tomaron sus tragos y él se voló esa misma noche. Le dijo a mamá: “Yo me consigo amigos y me armo; pero yo no tolero que sigan matando a la gente así. A mí sí me matan, que me maten peleando, pero no así, que me humillen así no”, y se armó.

Sí, Gerardo tuvo un grupo de gente armada. Consiguió gente con ganas de rebelarse, pero no se animaban, no había con quién. Él ya había pagado servicio militar y tenía sus capacidades. Cuando mataron a Jorge Eliécer Gaitán, él estaba pagando el servicio militar, y cuando llegó a Villarrica y vio semejante violencia que seguía y seguía, dijo: “Esto no tiene remedio. Esto hay que armarse uno también”, y sí, tenía capacidad de organizarse. Entonces al fin se quedó solo, porque la gente es muy cobarde. Eso es lo que a mí más me duele. Me hace hasta berrear de ver la cobardía de la gente. Se le volaron para defender el pellejo. Se le volaron a él todos. Se quedó solo, con una mujer que lo acompañó hasta que él le dijo: “Sálgase, porque aquí me rodean y me matan, y yo no quiero que usted se muera. Sávese de alguna manera. Váyase antes de que llegue la chula a matarme aquí en el monte”.

La chulavita lo cercó, puro cercado, cercado alrededor de donde él estaba. Todos los sapos les dijeron a dónde estaba y la policía chulavita lo asesinó allá. El desbarató su arma. No la pudieron encontrar completa el arma. Estaba despedazada y la había botado lejos. Les tocó buscar

para poder recuperar el arma, para saber qué arma era y cómo era. Todo como un militar bien verraco. Eso le pasó a mi Gerardo.

A Gerardo, como a tantos otros liberales de la época, lo mató y lo destazó la policía chulavita. Y la suya no fue una muerte cualquiera: lo golpearon, lo torturaron, le cortaron el brazo, lo decapitaron y lo castraron. Teresita habla del profundo dolor que embargó a su mamá por el resto de su vida, de la negación por la que optó al no aceptar la muerte del hijo que siempre veló por ella y de su eterna espera por su regreso:

Llevaron su mano para la Alcaldía. Llevaron también la cabeza y los testículos para demostrar que sí era mi hermano el que habían matado. Entonces así mataron a mi Gerardo, y se quedó por allá así. Mamá no quiso aceptar que a Gerardo lo habían matado. Decía que Gerardo estaba vivo, que un día ella lo encontraría. Y vea, se murió la viejita y nunca lo encontró; pues claro, ya lo habían matado. Ella no quiso aceptarlo, él no tenía que morir. Ay, pobrecita mi viejita, las mamás.

Entonces yo ya tenía mi niño. Imagínese, mi niño Abelardo, dándole de mamar, chiquitico por ahí de seis meses. Yo decía si no fuera por este niño, yo iba y le decía al señor alcalde: yo conozco estos restos, yo los conozco, y me llevo una lanza y cuando salga el Alcalde a atenderme, se la zampo y le hago aun cuando sea una herida y que me maten ya a manos libres, me entrego. Pero mi niño ¿a quién se lo dejo?, ¿acaso mamá me lo iba a educar? ¿Acaso mamá me lo iba a volver un doctor? No, ninguno, ni el papá me lo iba a volver un doctor. Tenía que

estar la mamá para acabarlo de criar y para poderle dar las primeras ayudas de cultura. Entonces dije “No, por mi hijo prefiero perder a mi hermano, pero mi hijo vale mucho”. Yo pensaba que mi hijo tenía que ser un hombre grande, que mi hijo desde que nació pensé: este va a ser un hombre grande.

La decisión de Teresita de no sumarse a la cadena de venganzas por el asesinato de su hermano, a pesar de que ganas no le faltaron cuando la venganza era algo tan común durante La Violencia, contribuyó a que ella diera un salto hacia una vida de compromiso político. En lo que sigue de su relato, Teresita lamenta que su hermano, por falta de formación política, se haya sacrificado de manera tan inútil:

Lástima que Gerardo no hubiera tenido la instrucción de una gente más avanzada, como la de un Fidel Castro, como la de un Che Guevara, como uno de los rusos, pongámsle. Pero no, le pasó lo mismo que le pasó al hermano de Lenin: se fue a la aventura, pobrecito, pero no había otro camino por el momento; hay muchos caminos pero estaban en la distancia. Yo he visto morir a mucho líder, a gente capaz, a mucha gente, dirigentes prestigiosos y se han muerto esperando la revolución y se mueren de viejos. De ochenta, casi hasta de noventa años, y no, la revolución no llegó, nunca llegó. Hay que tener donde vivir dentro del mal, vivir ahí, bregar ahí a respirar mientras nos morimos también.

Ya seguimos sufriendo en Villarrica, y luego cogieron a mi padrastro, a don Tulio. Lo cogió la Policía, le dieron una paliza para matarlo. Claro, él se arrodillaba,

porque era evangélico, pobre viejito, se arrodillaba y le pedía al señor: “señor, por favor, castiga estos pícaros, no los dejes que sigan haciendo esto”, delante de ellos arrodillado, ahí, en una pila de agua que había en la plaza, pidiendo castigo para esos pícaros que lo tenían así. Diga dónde está Gerardo, diga dónde está, usted era el polvorero, el que le daba la mano. Claro que era el polvorero, pero ni siquiera fue por allá, ni siquiera supo dónde estaba, él no. Pobre viejito humilde. Pero no lo mataron, lo soltaron después de que lo dejaron ensangrentado, le dieron una golpiza a ese viejo, casi dejándolo inútil y sin embargo lo llevaron hasta donde vivía mi mamá, donde estábamos nosotros. Le decían: “Llame a su mujer que ahí está”; pero mi mamá no estaba. Ella ya se había volado de Villarrica. Todos se volaron, mamá, los hermanos, todos, solo quedábamos yo y una hermana mía.

Y ahí estaba yo donde la hermana mía, pero a la hermana mía la quería mucho una señora que era muy conservadora y comadre de ella. Mi hermana no le dijo a su comadre que ahí me tenía escondida. Ella no le dijo porque entonces no me dejaban salir. Me tenía ahí escondida y me decía: “Teresita, si yo le digo a mi comadre que usted está aquí, ahí si nos trae a la policía y nos matan. No le digo nada, quédese calladita con el niño, dele tetica cuando vaya a llorar”, así.

Como siempre sucede en Colombia con los familiares de las víctimas, la policía chulavita y los conservadores de Villarrica iniciaron una persecución constante contra la familia de Gerardo después de su asesinato. Ello obligó a los miembros restantes

de la familia a irse de Villarrica para salvar sus vidas, incluida Teresita, que huyó con su hijo en brazos:

Estando en Villarrica me enfermé muy feo y terminé donde mi mamá. Me llevé a los hijos, y Eusebio quedó por ahí con todo ese poco de gallinas y animales. Él se quedó y por ahí iba a vernos, pero se quedó en la finca esa que se llamaba Cielo Roto, porque no era sino llover y llover. Y mi marido Eusebio por allá. Él sí podía salir. Estaba de buenas que podía salir y por allá pudo salir. Vendía maicito, compraba maíz para vender, compraba panela y puso un puestico en la plaza. Él sí podía salir, y de ahí sí se perdió. Eusebio se perdió, porque le tocó esconderse por allá, y entonces le llegaron también y se escondió donde la familia, la familia de él en Villarrica, que eran pudientes. Se escondió por allá. Cuando esto ya era de noche. Don Tulio llegó y después llegó Eusebio, a la pura madrugadita, cuando ya don Tulio se había ido. Don Tulio se fue después que se fue la chulata, así llamábamos a la chulavita, se fue la chula y lo dejó solito por ahí para que se muriera aporriado. Don Tulio llamó y llamó, y Silvina mi hermana le abrió. Entonces él le dijo: “yo me voy, porque aquí vuelven y me cogen y me obligan a tener que entregarlos a ustedes, sobre todo a mí que era la hermana de Gerardo”. Entonces, enseguida, él se fue y me dijo: “salgase, Teresita, lo más temprano que pueda, salgase”. Entonces él se fue y compró los tiquetes. Él pudo ir a comprar los tiquetes, yo me fui escondidita por un potrero así, tapada con una sábana.

Entonces yo me fui para donde una viejita que era evangélica y le dije: “Deme posadita aquí mientras llega el bus,

que ese pita apenas llegué”. Ella me dijo: “pobrecitos ustedes, cómo les andan de duro, qué vida, pobrecitos”, y yo con el niño, solita con el niño. Allá llegué yo donde la viejita evangélica y me dio posadita mientras llegaba el bus a la madrugada. Silvina me dijo: “Por el trasteo no se preocupe, por las cosas suyas no se preocupe, que yo se las mando, yo se las aforo a Girardot y usted va y las saca allá de la agencia”. Las aforaba a Girardot pero no con dirección sino a la agencia; entonces uno iba y las sacaba. Sí, entonces me mandó hasta la máquina, todo me lo mandó Silvina.

Durante la guerra de Villarrica, la ciudad de Girardot se convirtió en el sitio de encuentro para los desplazados del oriente del Tolima. Allá llegaban a refugiarse y a esconderse de la constante persecución:

Yo me fui para Girardot y él también, porque él iba en el carro y allá nos encontramos. Cuando pasamos Los Peligros, una parte que llaman Los Peligros, ya bajando de Cunday, llegó don Tulio y le hizo el pare al carro. En ese mismo bus se fue don Tulio y ahí todo ensangrentado, todo feo y nos miró mal, pasó y nos miró mal. Don Tulio estaba verraco por la paliza que le dieron por culpa de mi hermano Gerardo. Yo pensé dentro de mí: “don Tulio está verraco, qué tal que nos sapié”. Pero no nos sapió, se fue y cuando ya nos bajamos todos, nos tiramos nosotros al piso los dos, no llevábamos sino los pañales del niño, la ropa del niño y nosotros, los cuerpos de nosotros y el niño. Entonces nos botamos de ese bus rápido, los dos como militares casi, porque no sabíamos si por ahí venía la chula o qué. Nos botamos. Entonces enseguida don

Tulio se paró, no se bajó ahí sino más allacito. Hizo parar el bus para no quedarse con nosotros, y nos dijo: “Qué pena, yo les hice una cara como de que no los conocía, porque si no de pronto los cogían a ustedes”. Ay, eso está en la historia, está en la historia de mis hermanos, mi gente guarda eso como una belleza del viejito, y yo que lo quería matar cuando se metió con mi mamá. Sí, yo lo quería matar y lo hubiera podido matar, porque yo era muy celosa.

Sí, fue muy duro. Fuera del trabajo, fuera del oficio, esos sacrificios morales. No, es imposible. Por eso yo fui una mujer muy dura. Llevé mi hogar como mejor pude: respetando ese hogar, respetando a mis hijos. Toda una vida ausente tantos años de él, de Eusebio, mi marido; pero yo respeté mi hogar, porque yo no quise ser como mi mamá. Mire, si se muere mi marido, yo salgo adelante por esos niños no más. No les voy a poner otro, un reemplazo.

Así fue, así me tocó la vida. Es muy terrible. Muchas cosas se quedan, me decía Chevo, los cuenticos, las cositas, las cancioncitas que se inventaban. Se podría hacer un libro de cuántas páginas, quién sabe, muchos libros de todo lo que fue una vida. Mucho, muy larga, una vida de 84 años que ya cumplí, los cumplí en Semana Santa. 84 años ya es mucho, es mucho vivir. Claro, mucho pasarse uno de la cuenta, yo decía qué me pasa, ¿será que voy a ser inmortal? No, imposible.

De Villarrica, de último, estuvimos por allá volteando en Girardot. Fuimos a Viotá. Entonces nos volvimos otra vez para Villarrica, siempre buscando el mismo chicharrón,

para Villarrica a ver, y de ahí nos fuimos nuevamente hasta Caldas. Buscando no tanto la tierra, sino trabajo sano. Nos fuimos para Caldas cuando salimos de Viotá, de la Escuela de Cuadros, una escuela regional.

LA ESCUELA DE CUADROS DE VIOTÁ

Después del asesinato de su hermano y de todos los acontecimientos que siguieron, Teresita se desilusionó de los liberales, mientras su odio hacia los conservadores se hacía más profundo. Ella venía de una familia liberal en el seno de la cual su hermano Gerardo había sido el único en oponerse y resistir la violencia de los chulavitas y conservadores en Villarrica, y por ello terminaron matándolo. Todas esas circunstancias la llevaron a darle un vuelco a su vida y de campesina liberal pasa a ser una dirigente comunista. Inicialmente se vinculó con los comunistas del pueblo de Viotá, en Cundinamarca, donde existía desde 1952 una escuela de formación de cuadros en la que se preparaban los militantes en teoría política y revolucionaria:⁹

Yo le conté a un periodista checo o sueco, porque vino a hacerme una entrevista en un congreso del Partido Comunista, vino a hacernos una entrevista a unas cuantas mujeres, entre ellas yo. Me dijo ¿por qué ingresó al Partido Comunista? ¿Qué le pasó a usted? Entonces le dije, pues por esto, porque vi que los hombres liberales no tenían pantalones, porque vi que los hombres liberales se volteaban y no eran capaces de defender ni siquiera

⁹ Véase Prada, *La vida que vivimos*, 59.

el hogar; por eso me fui y busqué a esos viotunos, porque esos sí sacaron a la policía chulavita y no la dejaron meterse a la región. Por eso me enamoré de los comunistas y me volví comunista. Sí, por un tiempo me volví comunista. Ya no puedo decir que tengo política, ya soy apolítica, pero revolucionaria sí, eso sí a morir, porque yo no consiento que se estén volteando.

Por ejemplo, como muchos que veo por acá. Aquí están con el Polo, se quitaron de ahí y se fueron con otro, que se salió de ese partido. No, yo esa doblez no es conmigo. A mí me decían: “usted es una volteada porque se volvió comunista”, y yo les decía: “No, señor, yo avancé, yo me superé, superé esa etapa en vez de irme para el partido godo a ver si me va mejor”. No, yo me superé a ver si me va un poquito mejor, a ver si aprendo siquiera a comprender un poco más. Y sí, muy bueno porque ahora sé quién escribió *El capital*. En Viotá eran comunistas a morir todos, y a mí no me querían aceptar porque eran muy sectarios, decían que las mujeres no podían entrar porque son muy chismosas.

Una vez llegó Jaime Vargas a dictar una conferencia pública, una intervención pública de masas y entonces yo pedí la palabra: “Doctor, ¿puedo hablar?”.

Y él respondió: “Claro y ¿quién dice que no? Hable, ¿qué quiere?”

Dije: “Yo quiero ingresar al Partido Comunista, ¿por qué no me reciben, qué es lo que les pasa, qué defecto tengo yo para no ingresar al Partido Comunista?”

Y él dijo: “Defecto lo tienen los comunistas que no quieren recibirla a usted. Recíbanla ya. Es la tarea de ustedes. ¿Dónde vive?”

“En San Gabriel”, respondí yo.

A pesar de las reticencias para que ingresara, Teresita se hizo miembro del Partido Comunista e ingresó a trabajar como cocinera:

Fui de una vez a la primera reunión con ellos. Me recibieron en el partido. Había una viejita, la mujer de don Gregorio, una viejita que no me acuerdo cómo se llamaba, pero hasta bien brutica que era. Uno también es bruto pero no hasta allá. Hacíamos unas reuniones muy grandes y ella pegaba unos gritos, unas vivas: “¡Viva el femenino de San Grabiell!”, gritaba ella (risas). Pobrecita la viejita, ella fue la que me llevó como cocinera para allá a esa reunión, y yo le dije: “¿si podrá ayudarme a pelar papá, yuca, plátano?”. “Claro —dijo— puede ir, usted es muy activa, vaya y me ayuda”. Cuando ya estaba la reunión en grande, yo ya estaba cocinando. Qué preguntas hacían y qué cosas dije yo, estiré la mano y dije: “Es que a mí no me recibieron en el partido, ¿qué será lo que me ven?, ¿qué males tendré yo, qué defectos tendré?”. Pobrecita esa viejita, porque les ayudé a hacer sancocho, si no, no me meto al partido.

Tengo algo de memoria pero tenía mucha, el doble, el triple de la que tengo ahora, la memoria para aprender. La gente se asustaba, yo estaba estudiando en la escuela de cuadros y me aprendía las cosas, porque les ponía

cuidado. Me decían unas señoras de Bogotá: “¿qué es lo que usted hace? ¿Qué es lo que le pasa a usted que se le queda todo y a nosotras no?”. Entonces yo les dije: “Ponerle cuidado al profesor, no embobarme con otros pensamientos, ni mirar para otros lados, sino ponerle cuidado a la clase y coger lo esencial y guardarlo. Eso es lo que hay que hacer y grabarlo ahí. Eso sí yo era como un buen computador, mi cabecita grababa las cosas”.

Cambiando un poco de tema, le pregunto a Teresita si ya estando dentro del partido tuvo oportunidad de conocer a alguno de los dirigentes agrarios o guerrilleros comunistas que habían venido del sur del Tolima a apoyar a los campesinos de Villarrica. Su respuesta pone en evidencia que no solo conoció a Isauro Yosa, conocido como “Mayor Lister”, aunque ella lo llama “Mayor Sanín”, sino a Alfonso Castañeda, “Richard”, dos de los dirigentes comunistas más importantes en ese momento:

De las guerrillas del sur del Tolima conocí a los que llegaron de por allá y se metieron a Villarrica. Conocí a “Richard”, qué tipazo que era. Cómo me consentía mis dos niñas, como si fuera el papá o un hermano, o un tío. Las cogía y las alzaba, las quería a esas dos niñas. Conocí también al “Mayor Sanín”, que también llegó del sur del Tolima. A él le llegaron a la madrugada a su casa donde él vivía por allá en La Mercadilla y lo cogieron, lo amarraron y se lo llevaron en ropa interior. Lo sacaron por Cunday y lo llevaron. Yo dije a él lo matan. Yo esperaba que lo mataran, pero no lo mataron, porque después lo vimos en el Llano. Por allá estaba el “Mayor Sanín”. ¿Cómo era que se llamaba? Isauro Yosa, era un dirigente agrario, un dirigente el verraco. Yo lo conocí, sí lo conocimos. Y

cuando se lo llevaron, nos trajeron el informe, se llevaron al “Mayor Sanín”, se lo llevaron amarrado. No lo mataron. Él se murió ya de viejo. Él estuvo por allá. Isauro Yosa... A él lo quería mucho “Richard”, “el mayor Richard”, lo quería mucho, Castañeda sí, pero no me acuerdo bien del nombre, por allá le decíamos era “Richard”. Él se casó con la hija de don Domingo Moreno, que era hermana de “Mariachi”, un hombre que estuvo en el Batallón Colombia. No era Jesús María Oviedo, que también lo llamaban “Mariachi” yo me acuerdo. Ese es un guerrillero liberal que se entregó. Pero es que a ese otro también lo llamaban “Mariachi”; pero él era de apellido Moreno, era hermano de la mujer de “Richard” y se fue con la guerrilla después de ser un militar. Se llamaba Albertino Moreno, estuvo en el Batallón Colombia en Corea, era un militar muy preparado. Y lo hirieron, era muy guapo, se le enfrentaba al combate... Lo tumbaron en un combate y él se tapó con hojas... Sí, lo taparon, lo ayudaron, estaba muy inútil. Esos muchachos, entre ellos estaba “Venado”.

Y entonces mataron al hermano de “Richard”, que se llamaba ¿Venenito, Veneno? Él, “Richard” era tan guapo. Yo dije: “Ese ‘Richard’ debe estar llorando y fui a mirarlo y no, estaba serio sí pero no lloró”. A Moreno, cuando lo hirieron, a mí me tocó cargarlo, sacarlo de allá dónde estaba, eso sí me tocó ayudar. Esa era una condición de las mujeres que nos volvimos enfermeras, aprendimos a inyectar, a hacer curaciones y todo eso. Y sabíamos que él estaba por allá, que los compañeros lo taparon con basura para que no lo fueran a matar. Entonces nosotras nos fuimos y como pudimos lo trajimos, nos lo sacamos, así. Eso fue en Galilea, y nos lo llevamos hasta arriba, hasta La Cumbre

se llamaba. Allá lo llevamos entre puras mujeres. Y allá lo tuvimos y lo curamos, lo alentamos, lo pusimos bien.

Después, una compañera en Bogotá de la UMD, una organización de mujeres, lo regañaba, lo insultaba y lo miraba como si fuera el portero. Y yo le dije: “¿usted no sabe quién es este señor? ¿Usted acaso no se imagina qué valor tiene este hombre?, nosotras valemos nada ante él y usted mirándolo como a un sirviente, como a un mandadero. No sea grosera”, le dije. Qué pena, ¿cómo era que se llamaba esa muchacha? Era diligente, muy capaz y todo pero vea que tan dominante, regañando a gente sin saber quiénes eran. Lo que es no saber, le dije, lo que es la ignorancia.¹⁰

LOS CAMPESINOS COMUNISTAS SE JUNTAN EN GALILEA Y MARCHAN HACIA EL DUDA

Se denomina *columna de marcha* a los desplazamientos forzados de familias campesinas que huían de la represión y de la perse-

.....

¹⁰ La llegada a Villarrica de los guerrilleros comunistas que venían del sur del Tolima marcó una distancia con los guerrilleros liberales agraristas, que eran partidarios de acogerse a la amnistía decretada por el gobierno del general Gustavo Rojas Pinilla. Los comunistas traían otras ideas, pues querían continuar y ampliar la lucha, orientados por el Partido Comunista. La actitud complaciente de los campesinos de Villarrica, quienes los sureños consideraban conformistas y gobiernistas, generó mucho recelo entre estos últimos. Los testimonios recogidos por José Jairo González entre los habitantes de Villarrica insisten en que estos no eran comunistas sino liberales; sin embargo, el gobierno de Rojas Pinilla los atacó acusándolos de comunistas. Esta misma situación se vivió en El Davis, sur del Tolima, entre “limpios” y “comunes”. González, *Poder y violencia en Colombia*, 303.

cución de los gobiernos conservadores, una forma de organización campesina peculiar a la región comprendida entre Tolima, Huila, Meta y Cundinamarca. Parece que el nombre deriva de las lecturas que algunos guerrilleros comunistas habían hecho de los textos de Mao Tze-Tung y la larga marcha del Ejército Rojo. Juan de la Cruz Varela decía que aunque la columna de marcha de Marquetalia era la más conocida, la del Palmar, encabezada por él, había sido la más numerosa y la más heroica. Así lo cuenta Teresita:¹¹

Bueno, entonces, se distribuyó todo lo que era el movimiento porque ellos ya no podían estar en ningún lado, en cualquier lado los mataban, ya no era sitio para estar. Estábamos en Galilea, todos por allá y se repartió a la gente en brigadas. Eusebio ni siquiera se halló porque estaba en Viotá en pleno comité central y yo sí estaba con mis hijitos ahí.

Se conformó una columna de marcha integrada por cuadros políticos de la regional del partido y por numerosas familias de campesinos comunistas que habían sido desplazados de Villarrica y regiones circunvecinas. Iban hombres en armas, mujeres, niños y ancianos. Fueron muchos los padecimientos que sufrieron las familias desplazadas al transitar por esas inhóspitas selvas andinas. Juan de la Cruz Varela estima que había unos cuatro mil campesinos que salieron de Galilea rumbo a Sumapaz.¹² Según el relato de Teresita, al llegar la columna de marcha a un sitio denominado Palacio, se partió en dos: los que siguieron hacia

¹¹ Tomado de Londoño, *Juan de la Cruz Varela*, 493.

¹² *Ibid.*

el Sumapaz y El Duda, en busca de Juan de la Cruz Varela, y los que se regresaron. La travesía duró cerca de tres meses:

Entonces dijeron: “Este es el grupo de marcha que se va para el sur otra vez”. Ahí llegó Chevo, o de pronto don Tulio por acá, por el lado de Cabrera, por el lado del páramo. Íbamos a salir desde Galilea por unos lados, por el lado de Vegones pero arriba en la selva. Nos fuimos y salimos al páramo. Nosotros nos fuimos con esa niñita, con Abelardo y Eusebio. Entonces yo le conté a Eusebio todas las cosas, que me habían humillado, que me había dicho mula muerta y todo eso. Yo les dije a los señores del partido, los del regional que se creó allá en el oriente del Tolima y en la provincia de Sumapaz, les dije: “Compañeros, yo ahora sí me les quitó del lado. Me retiro. Ustedes verán. Los que se quieran quedar se quedan y los que se quieran ir se van”. Les dije yo así: “Ustedes son libres de hacer lo que quieran, pero yo sí me voy”. Yo sabía que Eusebio llegaba y se iba conmigo para Sumapaz.

Entonces nos fuimos por Palacio. En Palacio fue que nos repartimos los que nos fuimos para El Duda y los que siguieron en la marcha. El Duda es la misma Sumapaz. Pasamos un páramo. Yo llevaba mis niñas, llevaba la que me quedaba. Íbamos a vernos con Juan de la Cruz Varela, a encontrarnos y a entregarnos al regional. Llegamos a El Duda, primero llegamos desde la olla de Palacio, oriente del Tolima, desde ahí nosotros nos fuimos, organizamos la marcha. La ida de nosotros fue con buena gente. Siempre iban algunas personas, amigos, una señora María de Casallas y el otro, Roldán le decían a él, ellos y nosotros, el

grupito de nosotros eran estos y la familiecita de nosotros, con Eusebio. Los comunistas que había del plan regional se devolvieron, se salieron no por Villarrica sino que se salieron por Vegones. Ellos buscaron otra vida no allá, ni con Juan de la Cruz, ni tampoco con “Richard”. Juan de la Cruz vivía en El Duda. Pobrecito, él pensó que tal vez íbamos a matarlo a él. Ni más faltaba.

Llegamos a Ucrania, que era más allá, pero en otro lado. Colindaba con El Duda. Llegamos a Francia, y ahí nos estuvimos como dos días recuperándonos un poquito, comiendo, bebiendo, haciendo reuniones con la gente, echando chisme de todo lo que era la tragedia y hablando de la revolución. Que nos íbamos a tomar el poder, que íbamos a hacer esto y lo otro. Bueno, hablábamos del triunfo por allá, detrás de esas piedras y esos sitios tan peligrosos hasta para ahogarse uno por ahí, y creíamos que con eso íbamos a lograr la revolución. ¡Cómo seríamos de inocentes los pobrecitos! Y así llegamos allá, había hasta líderes, viejas que hablaban, destacadas mujeres que hablaban de principios; pero yo creo que ellas no sabían qué eran los principios tampoco. Eran dirigentes, lo mismo que nosotros, dirigentes, cuadros más o menos, cuadros del partido, que habían estado en Villarrica organizando también las cosas. Se me olvidaron los nombres. Lástima se me olvidaron los nombres. Es muy importante grabar esos nombres para que queden en la historia, porque pobres viejas, sí trabajaron.

Llegamos y por un cable pasamos el río Sumapaz, el río Duda lo pasamos con los niños. Ahí nos recibieron compañeros muy lindos, unos compañeros que a uno

le decían “Manolete”, era un hombre muy divino, muy precioso. Nos recibió como todo un familiar, sin conocerlo nosotros. Hasta ahí lo vimos, y en vez de recibirnos mal, nos recibió como todo un caballero. Le llevamos la credencial, los papeles que llevábamos como credencial, se los dimos a él que era el que estaba de puesto ahí. Él era político, un político militar, medio político y medio militar. Esos son los más grandes, los verdaderos estrategas, pero muy buena persona, de conciencia estaba muy bien el hombre. Nos ubicó por ahí, nos mandó para la casa de Pedro Aguirre, donde había un médico que se llamaba Rangel. Le decían Rangel. Yo no sé si sería un médico titulado; pero ahí le decían el médico Rangel y él nos atendió. Él nos hizo un tratamientico, nos medicó a todos, a los niños, a mí y nos dio remedios.

Nos atendieron muy bien ahí, la señora Alba. Porque como eso era de semanitas, la jornada de paseo de caminata era de semanitas. Íbamos a pie, con todo a las costillas, equipo y chinos a las costillas, todo a pie. La grandecita, ella cargaba alguno. Y la chiquita ella caminaba a veces o a veces me la cargaba yo. O la otra, la cuñadita también me ayudaba, demasiado preciosa, se llamaba Encarnación. Ella era hermana de Eusebio por madre, por padre no, tenía el apellido de la mamá.

Hasta aquí llega el relato de Teresita en lo que respecta a su participación en los movimientos insurgentes que nacieron y se desarrollaron durante La Violencia. Lo que sigue a continuación es el diálogo que entablan Teresita y su hija a propósito del exterminio de la Unión Patriótica, de la cual formaron parte Eusebio, Teresita y la hija. El partido se conformó como una

opción política para militantes, líderes y dirigentes agrarios de izquierda, al cual se vincularon algunos guerrilleros que se desmovilizaron con ocasión de los fracasados diálogos de paz entre las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) y el gobierno de Belisario Betancur.

LA FAMILIA SE DESPLAZA AL META Y SE INTEGRA A LA UNIÓN PATRIÓTICA

A partir de este momento Teresita le cede la palabra a su hija para que relate la dolorosa experiencia de la familia al integrarse a la Unión Patriótica en el departamento del Meta. Teresita inicia el relato de la siguiente manera:

El proceso de paz con Belisario Betancur en La Uribe se aprobó y de allí se conformó la Unión Patriótica, que florecía como una maicera con buen abono. Florecía y después que masacre tan terrible a semejante cantidad de líderes que no habían llegado a matar a nadie en la vida, que no habían cargado ni un revolver en la vida, si no que eran dirigentes, líderes populares. Ella, mi hija, es la que más tiene claro todo lo que fue el proceso de la Unión Patriótica, cómo fue la masacre y cómo fue la negociación en La Uribe. Ella es la que tiene el conocimiento más puro. Él no tanto, porque él no tiene buena memoria, pero sí le puede decir muchas cosas.

La hija de Teresita ha permanecido relativamente callada durante toda la entrevista; pero al oír el nombre de la Unión Patriótica, se siente interpelada y entra de lleno en la conversación, aludiendo

al proceso de paz que tiene lugar actualmente, desde el 2013, entre guerrilleros de las FARC y representantes del gobierno de Juan Manuel Santos, en La Habana, Cuba:

Yo tengo mucha claridad sobre eso. Yo pienso que eso que mi mamá dijo ahorita sobre el proceso que se está viviendo es supremamente importante y creo que la intención de ella es decir que hay que agregarle a este proceso de paz el ingrediente de la verdad, sí de la verdad. Es decir, tanto por el lado del gobierno como el de las fuerzas militares legales. Sí, se han cometido muchos crímenes, unos de lesa humanidad y otras muertes impunes. Y por el otro lado la guerrilla también, que no nos vengan con el cuentico que ellos solamente combaten, ellos también han cometido muertes impunes.

El relato de la hija de Teresita comienza con un reclamo que ubica la conversación en el tiempo presente, en el que exige verdad a todas las partes que han estado durante sesenta años en conflicto, incluyendo a los guerrilleros de las FARC:

Entonces, el que mata impunemente debe pagar para bien de la patria, de la sociedad, para bien de todos y para bien de ellos mismos. Para tener salud también, sí para la salud hasta mental. ¿Cómo se les ocurre matar a una persona que de pronto fue por allá, por esas zonas, y que sus familiares jamás tuvieron la oportunidad de saber cómo fue que ocurrió eso, qué fue lo que pasó? Entonces ellos deben decir también la verdad, los guerrilleros deben decir que pasó. Que no nos vengan a decir que es imposible ya. No dicen absolutamente nada, que digan de la mucha gente que han matado. Mucha gente

que uno ve que dice: “mi hijo, mi esposo, se fue por allá para esa zona, de pronto a rebuscarse la vida, de pronto con un contratico, y los mataron” y por allá operaba un frente de las FARC.

El reclamo que hace la hija de Teresita es relevante en términos de la memoria y de la historia de lo que ha sido el largo conflicto colombiano: conocer la verdad de lo ocurrido. Su reclamo no es aislado; se escucha con frecuencia decir lo mismo a otros integrantes de la Unión Patriótica que se sintieron abandonados por las FARC cuando comenzó la persecución y el asesinato de tantos de ellos:

¿Cómo así que no van a responder y a decir? Ese ingrediente sí sería muy importante, que dijeran la verdad, de lado y lado, que dijeran la verdad hasta donde se pudiera, ¿no es así? Uno entiende que hay un gran porcentaje de impunidad en esos procesos, sí; pero que lo que se pueda, que lo digan, que se vea la voluntad. Ahorita ¿cómo van a decirnos unos guerrilleros, que lo han sido toda la vida, que van a ser unos cobardes que no van a ser capaces de decir la verdad? No tienen pantalones, no tienen pantalones. No, pues, qué miedo irse para la cárcel luego. ¿No son guerrilleros que aspiran al poder por medio de las armas? Entonces tienen que estar revestidos de valentía, y eso me parece que es un signo de mucha valentía, reconocer los errores que se cometieron, errores muy graves ante la patria. Si no es así, yo no entiendo por qué no hablan claro, porque eso no es así de fácil como venir a echarnos otra cantidad de carreta como la que siempre han echado.

Un reclamo sentido de alguien que estuvo afectivamente muy cerca de la posibilidad revolucionaria, de alguien que creyó que las cosas podían cambiar en Colombia:

Porque ¿habrá algo más doloroso que el genocidio de la Unión Patriótica? Algo más grave para la patria no puede haber. Fue ese genocidio de la Unión Patriótica el que le quitó a nuestra juventud la visión de país. A la Unión Patriótica la liquidaron entre el Ejército y los paramilitares, ¿no es así? Los liquidaron y una cosa muy terrible fue esa teoría que se inventó el Gobierno para justificarse, que dizque a los líderes de la Unión Patriótica los mataron por la combinación de las formas de lucha. Qué cosa tan cruel, qué cosa tan macabra decir eso. Vea, a nosotros nos tocó vivir lo que fueron los acuerdos de tregua y de paz en La Uribe, Meta. Nosotros estábamos en el Meta, estábamos en Villavicencio. Ya ellos habían hecho ese recorrido y nosotros estábamos en el Meta donde mi papá y mi mamá jugaron un papel muy importante como dirigentes políticos.

Para los integrantes de la Unión Patriótica que no provenían de las filas armadas de la guerrilla de las FARC y que ingresaron al movimiento por sus convicciones políticas y porque buscaban un cambio profundo de las cosas, es una afrenta decirles que los asesinatos se debieron a la política que siempre tuvieron las FARC de combinar el trabajo político con la lucha armada. Ni Teresita, ni su marido, ni su hija pertenecieron a la guerrilla; tampoco hicieron parte de la lucha armada:

Mi papá fue durante casi diecinueve años diputado a la Asamblea del Meta, siempre por la izquierda, siempre

por los campesinos, siempre por ser un revolucionario, un líder muy importante. Y mi mamá igual. Entonces ¿qué pasó? Se firmaron los acuerdos de tregua y paz bajo el gobierno de Belisario Betancur en La Uribe Meta y allí fue donde nació la Unión Patriótica, y ahí en el Meta fue donde más floreció. En el Meta logramos darles un golpe a los gamonales, darle un golpe al caudillismo de allá de esa época, a la derecha de allá de Villavicencio y se logró sacar un senador, el Dr. Pedro Nel Jiménez Obando, hijo de Pedro Nel Jiménez Restrepo. Sí, él fue uno de los mejores oradores que ha tenido este país. El papá de él. Sacamos un senador, imagínese usted, sacar un senador la izquierda.

En esa época en el Meta había una trayectoria de lucha muy grande, estaba el Partido Comunista, que venía impulsando esas luchas y luchas agrarias y toda esa cuestión. Se sacó un senador, eso no era cualquiera cosa, eso era un hecho supremamente importante, se sacaron tres representantes a la Cámara. Sí, se sacó la Cámara por Arauca, que en ese tiempo no era departamento sino era la intendencia de Arauca. Se sacó la Cámara por la Comisaría del Guaviare, y se sacó la Cámara por el departamento del Meta. También se sacaron 120 concejales. Imagínese, esas curules que siempre las había tenido la derecha, que siempre las había tenido la oligarquía llanera, por decirlo así y semejante golpe. Se sacaron cuatro concejales y se sacaron cuatro diputados. Imagínese que no había sino un concejal, siempre era uno, que era él, mi papá. Él fue la curul legendaria, toda la vida diputado a la Asamblea del Meta, toda la vida.

Y hoy es un desplazado de allá, sin seguridad social, la pensión no la alcanzó a pedir porque le faltaron unos días. Bueno, en fin, una situación terrible después de haber luchado como luchó.

La hija de Teresita deja ver su amargura ante el abandono en que se encuentran sus padres, que ahora ya están viejos. Para continuar con su relato, ella explica su visión de lo que sucedió en el Meta:

Yo lo que quiero hacer ver es la mentira de que esos logros fueron por la combinación de las formas de lucha. Nada, absolutamente nada que ver. Eso es un invento, eso es una calumnia. Eso es lo más oprobioso que pueden decir, que fue porque se combinaron las formas de lucha que los mataron.

En el Meta se hicieron los acuerdos, base de ese acuerdo nació el movimiento de la Unión Patriótica. Y entonces ¿qué pasó? Tenemos que decirlo acá: los guerrilleros que se destacaron en ese proceso de paz eran incluso hasta muy tímidos. Ellos no querían figurar, no querían ser concejales, ni diputados, ni nada, solamente se destacaron en el Meta que fue donde floreció más la Unión Patriota, donde tuvo más fuerza. Ellos mismos dijeron: “queremos que las listas estén conformadas por los líderes populares que ha habido por acá, líderes de las mujeres, líderes de los campesinos, líderes de los sindicatos. Ellos que sean los que conformen esas listas”.

Y entonces se hicieron unas listas tan bonitas allá en el Meta que todo mundo decía: “son listas de oro, gente muy querida, líderes reconocidos, líderes de mucha trayectoria

y además de mucha honestidad”. A los que no se les puede decir “vea, él fue diputado, pero aprovechó para robar no sé cuánto de los contratos”. No, nada, de eso. Honestos, sí, como tal. Una honestidad sin tacha. Entonces llegaron allí todos esos candidatos, eso se votaba, eso como sería que para ir a inscribirse en la Registraduría, a veces no se registraban todos los candidatos. Yo decía, “vamos a sacar todo, vamos a sacar 7, vamos a sacar 6 concejales acá para el municipio, que se inscriban no más 3 o 4, que yo creo que no se sacan”. Pero no, se sacaban todos, la gente votó, se conquistaron concejos municipales pero en pila, todo muy bien, sí, algo muy bonito.

Y entonces ahí fue cuando dijeron que había combinación de las formas de lucha. No, ninguna combinación de las formas de lucha, solamente se acogieron a los acuerdos de paz, no se salieron de ese marco; eso es mentira. Eso sería como decir que los dirigentes de la Unión Patriótica iban con un pliego petitorio de las necesidades más tremendas que tenían en cada municipio y que en la otra mano llevaban una bomba, por ejemplo. Ese es un argumento de la derecha.

Ahora eso fue una lucha armada, hay que mirarla honestamente, fue una postura ideológica esbozada dicen que por otros dirigentes del partido. Por ejemplo, el camarada Gilberto Vieira era quien decía que había que combinar todas las formas de lucha, pero se le entendía a él que era para no condenar a ninguno a que no luche contra la opresión en el mundo, ¿sí? Pero eso no se puede trasladar así de manera mecánica para pensar que estábamos aquí jugándole sucio al proceso de paz. No, eso sí no se le jugó.

Ahí fue como se conquistaron esas curules en franca ley democrática, franca lid democrática.

Una vez constituida la Unión Patriótica expuso un programa muy bonito, yo hablo del Meta porque no tuve conocimiento de todo el país. Muy bonito, un programa que recogía todas las grandes ambiciones del pueblo llanero y el pueblo llanero no solamente lo entendió, sino que lo apoyó, transformando a muchos hombres y mujeres de la sociedad llanera en concejales, diputados, en representantes a la Cámara y en senadores. Así fue, no fue de otra manera, nosotros somos testigos, porque nosotros estuvimos allá. Y ¿qué pasó? Los mataron de la forma más salvaje, uno por uno, en un día había hasta tres asesinatos y aprovechaban los entierros para matar a más. Una mujer que fue alcaldesa del Castillo, Meta, María Mercedes, imagínese, eso ¿quién iba a decir que ella era una guerrillera? No, éramos un movimiento totalmente ideológico, totalmente de ideas.

En su narración, la hija de Teresita deja ver la furia que siente al recordar cómo fueron matando a los integrantes de la Unión Patriótica uno por uno, cómo fueron liquidando ese movimiento político. Acto seguido se refiere a sus papás y al reconocimiento que tuvieron por parte de la gente allá en el Meta:

Como será el reconocimiento que el pueblo llanero hace de estos dos señores. Allá no dicen el compañero Eusebio, ni dicen la compañera Teresa. Dicen mamá Teresa, dicen por allá en esas partes alejadas del Llano, en esos municipios como Puerto Rico y todo eso. Dicen mamá Teresa y papá Eusebio. El trabajo de esa gente era de

poco a poco, de verdad, como concientizando a la gente, no una cosa así como en manada, tan grande, no, solo un poco de gente. Empieza la gente a pensar ¿de dónde mueven tantos recursos para poder mover tanta gente? Otra cosa que no me gusta de ninguna manera es que los de la Marcha Patriótica¹³ digan que van por una segunda independencia. ¿Cómo van a ir por una segunda independencia?, eso es echar abajo todo el trabajo del libertador Simón Bolívar, de Sucre, de Nariño, toda esa gente que se dio verdaderamente la pela para podernos independizar de España. Entonces ¿cuál segunda independencia? No, la independencia nos la dieron ellos y completa. Están ahí los patriotas, ahí está la Pola y ahí está Zabarain.

Es interesante la posición política asumida por la hija de Teresita. Aunque se trata de una mujer que tiene un ideario político de lucha por la equidad y la justicia, no es partidaria de la lucha revolucionaria que busca cambiar el sistema político. Prueba de ello es el respeto que muestra tener por los símbolos y los próceres de la Independencia.

Al recapacitar un poco acerca de lo narrado por Teresita, se puede decir que su relato tiene la forma de un círculo, pues se inicia allí mismo donde termina. Sin embargo, la mujer que partió no es la misma mujer que regresó, pues profundos cambios tuvieron lugar en su forma de mirar el mundo. Su relato es el de una mujer valiente, dotada de una gran fuerza interior, que la llevó a oponerse a las duras circunstancias de su niñez

¹³ La Marcha Patriótica es un movimiento político y social de izquierda. Fue fundado en 2012 y, según su ideario político, busca alcanzar una segunda y definitiva independencia.

y juventud. Su actuar en la vida podría caracterizarse como de permanente choque con las limitaciones y con las carencias del mundo que le tocó vivir, lo que contribuyó a convertirla en una reconocida dirigente campesina.

Consideraciones finales

*No aceptes lo habitual como cosa natural. Porque en
tiempos de desorden, de confusión organizada, de
humanidad deshumanizada, nada debe parecer natural.
Nada debe parecer imposible de cambiar.*

Bertolt Brecht

Finalizo este libro retomando la figura que lo inspiró, la del ángel de la historia del que habló Walter Benjamin en su novena tesis sobre la historia. Una forma de hacerlo podría ser estableciendo una analogía entre el silencio del ángel cuando observa las ruinas del pasado y la mudez de quienes hemos vivido, presenciado u oído hablar de la catástrofe que fue La Violencia. Mas no, en este caso quiero interpelar al ángel a partir de aquellas voces que sí logramos oír: las de Leonor y Teresita, especialmente, porque son voces apenas audibles en la trama narrativa que existe sobre La Violencia en Colombia.

Como pudimos conocer a partir de sus relatos, estas dos mujeres no tuvieron interlocutores, porque en la época en que fueron niñas no existían los necesarios espacios donde pudieran

hablar de sus temas íntimos, de sus miedos y preocupaciones o de sus ilusiones. Fueron niñas que nacieron en condiciones económicas precarias, que hicieron parte de estructuras familiares patriarcales en las cuales los roles de las mujeres estaban predefinidos y sus voces condenadas al ostracismo. Sin embargo, a pesar de hacer parte de una misma clase social, sus trayectorias vitales fueron diferentes. Tanto Leonor como Teresita trascendieron los lugares tradicionales destinados a la mujer campesina para buscar otros horizontes: Leonor desarrolló un instinto que le permitió adaptarse a las cambiantes condiciones de su vida, improvisó varios oficios y logró salir adelante. Teresita, en cambio, encauzó políticamente su vida desde muy temprano al adquirir un compromiso con el Partido Comunista, que la llevó por caminos azarosos.

En el segundo capítulo del libro planteé la existencia de un abismo, de una distancia casi insalvable entre las mujeres rurales que vivieron en carne propia La Violencia y las mujeres ciudadinas de clases altas, que la vieron pasar muy a lo lejos. Sin pretender hacer un análisis de la estructura de clases, pues ese nunca fue mi objetivo, aludí a ese abismo apelando a la obra *Shibboleth*, de la artista Doris Salcedo, convencida de que la experiencia propiciatoria del arte es capaz de tender puentes entre la representación del conflicto y el sufrimiento irrepresentable, entre el análisis racional y el cúmulo de sentimientos que no encuentran expresión. Evitando las explicaciones pero abundando en señalamientos, alusiones, metáforas y miradas sugestivas, el arte nos confronta con lo indecible, algo que difícilmente logramos hacer a partir del análisis racional.

Ese mismo abismo al que alude *Shibboleth* se intuye en los relatos de las mujeres ciudadinas cuando hablan de sus vivencias y experiencias en relación con La Violencia. En ellos, toma el lugar de la alteridad, de eso Otro tan lejano e incomprensible.

De los relatos también se deduce que las mujeres que vivieron La Violencia en carne propia no la conceptualizaron, no se hicieron ideas acerca de ella, simplemente la padecieron como si se tratara de algo irremediable y las experiencias traumáticas que vivieron las incorporaron a sus vidas con el fin de seguir adelante. En cambio, las mujeres que no la vivieron, pero oyeron hablar de ella, se horrorizaron no tanto por sus contenidos atroces, sino porque se trataba de algo por fuera de su propio mundo, algo extraño e inexplicable. Y entre las experiencias de unas y la extrañeza de las otras, se tendió un vacío, una brecha de silencio y de olvido. A ese silencio quise referirme en este libro.

Gaitán fue un símbolo de esperanza para muchos colombianos, sobre todo para familias liberales que veían en él una luz en el horizonte, una posible esperanza de redención; pero a Gaitán lo mataron y después de su muerte se precipitó una persecución implacable que empujó a miles de campesinos a que dejaran sus tierras y sus pertenencias y se desplazaran buscando otros horizontes. Tanto Leonor como Teresita hicieron parte de esa marea incontenible de desplazados por La Violencia. La fuerza que las empujó, y que continúa empujando a miles de habitantes rurales en contra de su voluntad, es la fuerza vertiginosa que genera la violencia que nos ha circundado por casi setenta años. Sin embargo, como lo dejan ver los relatos de Leonor y Teresita, a pesar de las penurias vividas, de las mil peripecias que tuvieron que sortear —y que las convierten en sobrevivientes—, a pesar de las experiencias violentas que fueron acumulándose en sus vidas, ambas mujeres regresaron ya de adultas a su tierra natal, a ese paraíso perdido que habían dejado momentáneamente atrás.

En sus relatos se percibe una sensación permanente de peligro ante ciertas situaciones violentas. Es como si no tuvieran solución posible y por ello existiera la necesidad permanente de dejar atrás lo que causa terror, lo que no tiene explicación,

aquello de lo que nadie habla. Durante La Violencia, el peligro podía estar encarnado en un pariente machista y abusivo con el que se tenía que convivir; en los sonidos que anunciaban la llegada de gente con disposición a matar; en los gritos partidistas, monótonos y alicorados, que se pronunciaban en las cantinas, o en una adscripción partidista, heredada de padres a hijos, a la que se despreciaba u odiaba. Lo paradójico del caso es que, después de muchos esfuerzos, las personas lograban dejar atrás los escenarios que entrañaban peligro, para retornar, finalmente, a esos mismos escenarios.

Al hurgar en las ruinas del pasado, necesariamente se entra en contacto con episodios catastróficos que, por lo general, no tienen explicación y que, aunque lo intentemos, no se pueden remediar. El ángel de la historia quisiera detenerse, despertar a los muertos y recomponer lo destruido, porque se siente interpelado por las ruinas del pasado. Si nuestro ángel transitara por entre los restos y las ruinas de memoria que dejaron tras de sí los doscientos mil muertos de La Violencia, ¿podría ser testigo de las vivencias de los que nunca hablaron, de los que nunca reclamaron, de los que nunca fueron reivindicados por la justicia? ¿Podría el ángel reclamar la representación de quienes fueron asesinados y sus cuerpos tirados a los ríos con el fin de desaparecer toda evidencia? En suma, ¿podría el ángel representar nuestra catástrofe?, y ¿cómo sería esa representación?

Como vimos en el tercer capítulo, la metáfora sobre la historia que nos plantea el ángel de Benjamin requiere necesariamente dos gestos: una mirada concernida hacia atrás, hacia las ruinas del pasado que van quedando esparcidas, y un reconocimiento de ese pasado en ruinas como propio. En el caso colombiano, estas dos condiciones son problemáticas, porque La Violencia ha sido olvidada por la mayoría de los colombianos, que desconocen sus causas y poco indagan por sus consecuencias. Sus contenidos

atrocies nunca se socializaron y su simbolización ha sido muy incipiente. Fuera de los sobrevivientes y de los investigadores que la han estudiado, ¿quién en Colombia reconoce ese pasado en ruinas como algo propio? Sin embargo, a pesar de la extrañeza mediante la cual enfrentamos La Violencia, considero que la figura de ese ángel desamparado y solitario, que trazó Benjamin con finos rasgos, representa a cabalidad nuestra catástrofe.

¿Cuántas Leonores y Teresitas lograron sobrevivir para contar sus memorias?, y las que no lo hicieron, ¿qué secretos se llevaron consigo? La historia de La Violencia ha sido escrita como si se tratara de eventos lineales de fácil comprensión. Pero como pudimos ver a través de los extensos relatos, los acontecimientos sucedían de un momento para otro, arrastrando consigo a la gente que no entendía qué estaba pasando. ¿Cómo reconocer, entonces, los vacíos que han quedado en los intersticios de las tramas narrativas, para esclarecer un pasado lleno de silencios y darle finalmente un sentido? Una memoria fidedigna de La Violencia tendría que permitirnos escuchar el sonido de las cadenas que arrastraban las volquetas en su recorrido nocturno por algunos municipios del Tolima; tendría que sintonizarnos con las penurias de las largas marchas hacia lo desconocido que emprendían los campesinos al desplazarse. Quizá si escucháramos esos sonidos ya apagados y sintiéramos el terror que estremeció a tantos campesinos al ver venir la muerte, nuestra mirada podría volverse hacia atrás y, a la manera del ángel, reconocer como propias las ruinas de La Violencia.



Bibliografía

FUENTES PRIMARIAS: ENTREVISTAS EN AUDIO¹

Entrevista a Inés, en su casa de Ibagué, 26 de enero de 2013. Formato MP3: 94,9 MB. Duración: 1:12:25.

Entrevista a Olga, en su casa en Bogotá, 29 de mayo de 2013. Formato MP3: 92,3 MB. Duración: 1:07:25.

Entrevista a María Teresa, en su casa en Chía, Cundinamarca, 3 de mayo de 2014. Formato MP3: 94,2 MB. Duración: 1:35:02.

Entrevista a Lola, en su casa en Bogotá, 3 de agosto de 2014. Formato MP3: 98,2 MB. Duración: 1:43:00.

Entrevista a Leonor, primera parte, en casa de Carlos Orlando Pardo, en Ibagué, 26 de enero de 2013. Formato MP3: 94,3 MB. Duración: 1:08. Segunda parte. Formato MP3: 116 MB. Duración: 1:24:00.

Entrevista a Teresita, en su casa de Boquerón, Cundinamarca, 8 de junio de 2013. Formato MP3: 133 MB. Duración: 1:37:00.

¹ Los apellidos de las mujeres entrevistadas fueron suprimidos con el objeto de proteger la identidad de quienes rinden sus testimonios.

Entrevista al “Sargento Pascuas”. Tomada de Aurora Moreno Torres.
 “Campesinos del sur del Tolima: estudio de caso, 1960-1965”.
 Tesis de pregrado en Historia de la Universidad del Valle (s. f.).

FUENTES SECUNDARIAS CONSULTADAS

- Agee, Jane. “Developing Qualitative Research Questions: A Reflective Process”. *International Journal of Qualitative Studies in Education* 22, n.º 4 (2009): 431-447.
- Alape, Arturo. *Diario de un guerrillero*. Bogotá: Abejón Mono, 1970.
- Alape, Arturo. *El Bogotazo: memorias del olvido, abril 9 de 1948*. Bogotá: Planeta, 1983.
- Alape, Arturo. *La paz, la violencia: testigos de excepción*. Bogotá: Planeta, 1985.
- Aprile Gniset, Jaques. *La crónica de Villarrica*. Bogotá: Instituto Latinoamericano de Servicios Legales Alternativos, 1991.
- Arendt, Hannah. *La condición humana*. Barcelona: Paidós, 2005.
- Arguedas, Alcides. *La danza de las sombras: apuntes sobre cosas, gentes y gentezuelas de la América española*. Barcelona: Sobs. de López Robert y Comp., 1934.
- Benjamin, Walter. *El narrador*. Introducido, traducido, notas e índices de Pablo Oyarzún. Santiago de Chile: Metales Pesados, 2008.
- Benjamin, Walter. *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*. Introducido y traducido por Bolívar Echeverría. México: Universidad Autónoma de Ciudad de México, 2008.
- Benjamin, Walter. *La dialéctica en suspenso: fragmentos sobre historia*. Santiago de Chile: LOM, 2009.
- Benjamin, Walter. *Para una crítica de la violencia y otros ensayos*. Iluminaciones IV. Madrid: Biblioteca Nueva, 2010.
- Braun, Herbert. *Mataron a Gaitán*. Bogotá: Aguilar, 2013.

- Butalia, Urvashi. *The Other Side of Silence: Voices from the Partition of India*. Durham: Duke University Press, 2000.
- Caruth, Kathy. *Trauma: Explorations in Memory*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1995.
- Castañeda, Alfonso ("Richard"). "Antes éramos héroes, ahora bandoleros". *Voz Proletaria* 23 (1964): 7.
- Cavarero, Adriana. *Relating Narratives: Story Telling and Selfhood*. New York: Routledge, 2000.
- Clifford, James. *The Predicament of Culture: Twentieth Century Ethnography, Literature and Art*. Cambridge: Harvard University Press, 1988.
- Clifford, James y George Marcus. *Writing Culture: The Poetics and Politics of Ethnography*. Berkeley: University of California Press, 1986.
- Copelon, Rhonda. "Intimate Terror: Understanding Domestic Violence as Torture". En *Human Rights of Women: National and International Perspectives*, editado por Rebecca Cook. Philadelphia: University of Pennsylvania Press, 1995.
- Das, Veena. "Voices of Children". *Daedalus* 118, n.º 4 (1989): 262-294.
- Das, Veena. *Mirrors of Violence*. Oxford: Oxford University Press, 1990.
- Das, Veena. *Critical Events: An Anthropological Perspective on Contemporary India*. Oxford: Oxford University Press, 1995.
- Das, Veena. "The Act of Witnessing: Violence, Poisonous Knowledge and Subjectivity". En *Violence and Subjectivity*, editado por Veena Das, Arthur Kleinman, Mamphela Ramphele y Pamela Reynolds. Berkeley: University of California Press, 2000.
- Das, Veena. "Trauma and Testimony: Implications for Political Community". *Anthropological Theory* 3, n.º 3 (2003): 23-307.
- Das, Veena, Arthur Kleinman, Mamphela Ramphele y Pamela Reynolds. *Violence and Subjectivity*. Berkeley: University of California Press, 2000.
- Echeverría, Bolívar, comp. "El ángel de la historia y el materialismo histórico". En *La mirada del ángel: en torno a las tesis sobre la*

- historia de Walter Benjamin*. México: Era y Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, 2005.
- Echeverría, Bolívar. "Introducción: Benjamin, la condición judía y la política". En *La mirada del ángel: en torno a las tesis sobre la historia de Walter Benjamin*. México: Era y Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, 2005.
- Fajardo, Darío. "La Violencia 1946-1964: su desarrollo y su impacto". *Revista de Estudios Marxistas* (Bogotá) 21 (mayo-agosto 1981): 39-59.
- Felman, Shoshana. "Benjamin's Silence". *Critical Inquiry* 25 (Winter 1999): 201-234.
- Felman, Shoshana y Dori Laub. *Testimony: Crises of Witnessing in Literature, Psychoanalysis and History*. New York: Routledge, 1992.
- Freud, Sigmund. *Civilization and Its Discontents*. New York: W. W. Norton, 1961.
- Gaitán, Jorge Eliécer. *Obras selectas*. Tomos V y VI. Bogotá: Imprenta Nacional, 1979.
- Galende, Federico. *Walter Benjamin y la destrucción*. Santiago de Chile: Metales Pesados, 2009.
- Gandler, Stefan. "¿Por qué el ángel de la historia mira hacia atrás?: sobre el concepto de historia de Walter Benjamin". *Utopía y Praxis Latinoamericana* 8, n.º 20 (2003): 7-39.
- Gómez Dávila, Ignacio. *El cuarto sello*. México: Impresiones Modernas, 1952.
- González, Fernán E. *Poder y violencia en Colombia*. Bogotá: Odecofi y Cinep, 2014.
- González, José Jairo. *Espacios de exclusión: el estigma de las repúblicas independientes, 1955-1965*. Bogotá: Cinep, 1992.
- González, José Jairo y Elsy Marulanda Álvarez. *Historias de frontera: colonización y guerras en el Sumapaz*. Bogotá: Cinep, 1990.

- Gutiérrez de Pineda, Virginia. *Honor, familia y sociedad en la estructura patriarcal*. Bogotá: Centro Editorial Universidad Nacional de Colombia, 1988.
- Guzmán Campos, Germán, Orlando Fals Borda y Eduardo Umaña Luna. *La violencia en Colombia*, 2 tomos. Bogotá: Carlos Valencia Editores, 1980.
- Hanssen, Beatrice. *Walter Benjamin's Other History: Of Stones, Animals, Human Beings and Angels*. Berkeley: University of California Press, 1998.
- Hobsbawm, Eric. *Rebeldes primitivos*. Barcelona: Ariel, 1983.
- Jelin, Elizabeth. *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo XXI, 2002.
- Laub, Dori. "An Event without a Witness: Truth, Testimony and Survival". En *Testimony: Crises of Witnessing in Literature, Psychoanalysis and History*, editado por Shoshana Felman y Dori Laub, 75-92. New York: Routledge, 1992.
- Laub, Dori. "Bearing Witness or the Vicissitudes of Listening". En *Testimony: Crises of Witnessing in Literature, Psychoanalysis and History*, editado por Shoshana Felman y Dori Laub, 57-74. New York: Routledge, 1992.
- LeGrand, Catherine. 1988. *Colonización y protesta campesina en Colombia, 1850-1950*. Bogotá: Imprenta de la Universidad Nacional de Colombia.
- Londoño, Rocío. *Juan de la Cruz Varela: sociedad y política en la región de Sumapaz (1902-1984)*. Bogotá: Facultad de Historia de la Universidad Nacional de Colombia, 2011.
- Lowy, Michael. "Reflexiones sobre América Latina a partir de Walter Benjamin". En *La mirada del ángel: en torno a las tesis sobre la historia de Walter Benjamin*, compilado por Bolívar Echeverría. México: Era y Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, 2005.
- Manrique, Ramón. *A sangre y fuego: el asesinato de Gaitán, un drama que conmovió al mundo*. Bogotá: Nomos, 2013.

- Marcus, George y Michael Fischer. *Anthropology as Cultural Critique: An Experimental Moment in the Human Sciences*. Chicago: University of Chicago Press, 1986.
- Marulanda Álvarez, Ely. *Colonización y conflicto: las lecciones del Sumapaz*. Bogotá: Tercer Mundo, 1991.
- Marulanda Vélez, Manuel. “Carta de Tirofijo a parlamentarios del MRL”. *Anales del Congreso de Colombia (Bogotá)* (5 de agosto de 1964): 754-755.
- Marulanda Vélez, Manuel. *Cuadernos de campaña*. Bogotá: Abejón Mono, 1973.
- Matta Aldana, Luis Alberto. *Colombia y las FARC-EP: origen de la lucha guerrillera*. Tlalaparta: Nafarroa, 1999.
- Medina, Medófilo. “La resistencia campesina en el sur del Tolima”. En *Pasado y presente de la violencia en Colombia*, compilado por Gonzalo Sánchez y Ricardo Peñaranda, 311-343. Bogotá: Fondo Editorial Cerec, 1986.
- Medina, Medófilo. “La violencia en Colombia, inercia y novedades, 1945-1950, 1985-1988”. *Revista Colombiana de Sociología V*, n.º 1 (1995): 49-75.
- Medina, Medófilo. *Cuadernos de historia del Partido Comunista de Colombia*, 2 tomos. Bogotá: CEIS e Inedo, 1989.
- Molano, Alfredo. *Los años del tropel: relatos de La Violencia*. Bogotá: Fondo Editorial Cerec y Cinep, 1985.
- Molano, Alfredo. *Trochas y fusiles*. Bogotá: Iepri y El Áncora, 1994.
- Moncada, Alonso. *Otro aspecto de la violencia*. Bogotá: Promotora Colombiana de Editores, 1963.
- Muñoz Rojas, Catalina y María del Carmen Suescún. “Memorias de las décadas de 1930 y 1940 en Colombia”. *Revista de Estudios Sociales* 41 (2011): 160-166.
- Oquist, Paul. *Violencia, conflicto y política en Colombia*. Bogotá: Instituto de Estudios Colombianos, 1978.

- Orozco Abad, Iván. *Combatientes, rebeldes y terroristas: guerra y derecho en Colombia*. Bogotá: Iepri y Temis, 1992.
- Ortega, Francisco. "Rehabitar la cotidianidad". En *Veena Das: sujetos del dolor, agentes de dignidad*, editado por Francisco Ortega, 15-38. Bogotá: Instituto Pensar Universidad Javeriana y CES Universidad Nacional, 2008.
- Ortega, Francisco, ed. *Veena Das: sujetos del dolor, agentes de dignidad*. Bogotá: Instituto Pensar Universidad Javeriana y CES Universidad Nacional, 2008.
- Ortiz, Carlos Miguel. "Historiografía de la violencia". En *Historia al final del milenio: ensayos de historiografía colombiana y latinoamericana*, compilado por Bernardo Tovar Zambrano, tomo 1, 371-423. Bogotá: Editorial Universidad Nacional de Colombia, 1994.
- Osorio Lizarazo, José Antonio. *El día del odio*. Buenos Aires: López Negri, 1952.
- Palacios, Marco. *El café en Colombia*. Bogotá: Presencia, 1979.
- Palacios, Marco. *Entre la legitimidad y la violencia: Colombia, 1875-1994*. Bogotá: Norma, 1995.
- Pécaut, Daniel. *Orden y violencia: Colombia 1930-1952*, 2 volúmenes. Bogotá: Siglo XXI, 1987.
- Pécaut, Daniel. "El populismo gaitanista". En *La democratización fundamental: el populismo en América Latina*, editado por Carlos María Vilas. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994.
- Pedraza, Zandra. *En cuerpo y alma: visiones del progreso y de la felicidad*. Bogotá: Ediciones Uniandes, 2011.
- Prada, Eusebio. *La vida que vivimos: historia campesina*. Bogotá: Aurora, 2008.
- Rabotnikof, Nora. "El ángel de la memoria". En *La mirada del ángel: en torno a las tesis sobre la historia de Walter Benjamin*, compilado

- por Bolívar Echeverría. México: Era y Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, 2005.
- Reátegui, Félix. “Las víctimas recuerdan: notas sobre la práctica social de la memoria”. En *Recordar en conflicto: iniciativas no oficiales de memoria en Colombia*. Bogotá: ICTJ y Unión Europea, 2009.
- Reyes, Emma. *Memoria por correspondencia*. Bogotá: Laguna Libros, 2012.
- Rosaldo, Renato. *Culture and Truth: The Remaking of Social Analysis*. Boston: Beacon Press, 1989.
- Sánchez, Gonzalo. *Las ligas campesinas de Colombia*. Bogotá: El Tiempo Presente, 1977.
- Sánchez, Gonzalo. *Los días de la revolución: gaitanismo y 9 de abril en provincia*. Bogotá: Centro Cultural Jorge Eliécer Gaitán, 1984.
- Sánchez, Gonzalo. “Violencia, guerrillas y estructuras agrarias”. En *Nueva historia de Colombia*, t. 2. Bogotá: Planeta, 1989.
- Sánchez, Gonzalo. *Guerra y política en la sociedad colombiana*. Bogotá: El Áncora, 1991.
- Sánchez, Gonzalo. *El Bogotazo fuera de Bogotá: gaitanismo y el 9 de abril en provincia*. Bogotá: Biblioteca Libanense de Cultura, 2008.
- Sánchez, Gonzalo y Doony Meertens. *Bandoleros, gamonales y campesinos: el caso de La Violencia en Colombia*. Bogotá: El Áncora, 1983.
- Sarlo, Beatriz. *Siete ensayos sobre Walter Benjamin*. México: Fondo de Cultura Económica, 2000.
- Seremetakis, Nadia. “The Memory of the Senses, Part I: Marks of the Transitory”. En *The Senses Still: Perceptions and Memory as Material Culture in Modernity*, editado por Nadia Seremetakis, 5-6. Chicago: The University of Chicago Press, 1994.
- Steinberg, Michael. *Walter Benjamin and the Demands of History*. Ithaca: Cornell University Press, 1996.
- Tackels, Bruno. *Walter Benjamin: una vida en los textos*. Valencia: Publicacions de la Universitat de Valencia, 2012.

- Tafur Pinto, Wilmer Duvan. “El movimiento guerrillero y el bandolerismo en los municipios de Chaparral y Rioblanco, durante los gobiernos de Laureano Gómez y Rojas Pinilla (1950-1957)”. Tesis de Grado, Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad del Tolima, Colombia, 2007.
- Taussig, Michael. *Shamanism, Colonialism and the Wild Man*. Chicago: University of Chicago Press, 1991.
- Téllez, Pedro Claver. *Punto de quiebre: el asesinato que marcó el comienzo de las FARC*. Bogotá: Intermedio, 2013.
- Uribe, Ángela. *Perfiles del mal en la historia de Colombia*. Bogotá: Editorial de la Universidad Nacional de Colombia, 2009.
- Uribe, Ángela y Camila de Gamboa, eds. *Fuentes del mal*. Bogotá: Editorial Universidad del Rosario y Editorial Universidad Nacional de Colombia, 2012.
- Uribe, María Victoria. “Bipartidismo y masacres en el Tolima durante La Violencia”. *Revista Análisis (Colombia)* 4 (separata 1990).
- Uribe, María Victoria. *Matar, rematar y contramatar: las masacres de La Violencia en el Tolima, 1948-1964*. Bogotá: Cinep, 1990.
- Uribe, María Victoria. “Violencia y masacres en el Tolima: de la muerte de Gaitán al Frente Nacional”. *Credencial Historia*, n.º 18 (junio 1991), <http://www.banrepcultural.org/node/32650>.
- Uribe, María Victoria. *Antropología de la inhumanidad: un ensayo interpretativo sobre el terror en Colombia*. Bogotá: Norma, 2004.
- Uribe, María Victoria. “Dismembering and Expelling: Semantics of Political Terror in Colombia”. *Public Culture (University of Chicago Press)* 16, n.º 1 (2004): 79-95.
- Uribe, María Victoria. “Prácticas de memoria, imaginarios de verdad: tres mujeres víctimas de la guerra en Colombia”. En *Historia cultural desde Colombia: categorías y debates*, editado por Amada Pérez y Max Hering. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Universidad de los Andes y Universidad Javeriana, 2012.

Vega Cantor, Renán. *Gente muy rebelde: indígenas, campesinos y protestas agrarias*. Bogotá: Pensamiento Crítico, 2002.

Verdad Abierta. “El largo recorrido del paramilitarismo en Tolima”, 2012. <http://www.verdadabierta.com/la-historia/244-la-historia/auc/4023-el-largo-recorrido-del-paramilitarismo-en-tolima>

Zemelman, Hugo. *El ángel de la historia: determinación y autonomía de la condición humana*. Barcelona: Anthropos, 2007.

Este libro fue compuesto en caracteres Minion Pro 11 puntos, impreso sobre papel Propal de 70 gramos y encuadernado con método *Holt Melt*, en septiembre de 2015, Bogotá D. C. Xpress. Estudio Gráfico y Digital S.A.